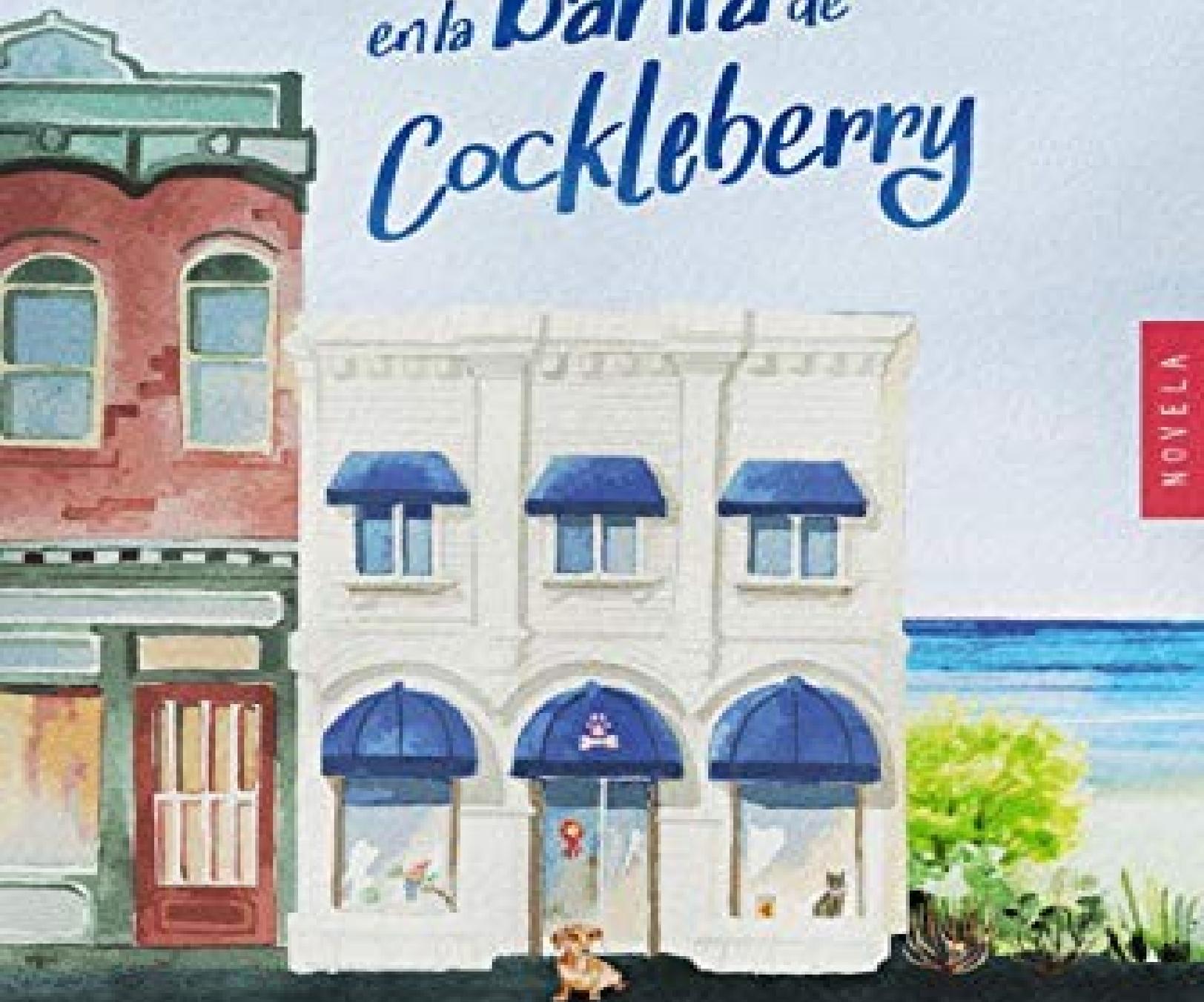


NICOLA MAY

La *Tienda de la Esquina*
en la *bahía de*
Cockleberry



NOVELA

bóveda

NICOLA MAY

La *Tienda* de la *Esquina*
en la *bahía* de
Cockleberry



bóveda

Índice

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42

CAPÍTULO 43

CAPÍTULO 44

CAPÍTULO 45

CAPÍTULO 46

CAPÍTULO 47

CAPÍTULO 48

CAPÍTULO 49

CAPÍTULO 50

CAPÍTULO 51

CAPÍTULO 52

CAPÍTULO 53

CAPÍTULO 54

CAPÍTULO 55

CAPÍTULO 56

CAPÍTULO 57

CAPÍTULO 58

CAPÍTULO 59

CAPÍTULO 60

CAPÍTULO 61

EPÍLOGO

CRÉDITOS

*Para las mujeres en todas partes:
que pueden, que quieren y que hacen y harán...*

*Del sufrimiento han surgido las almas más fuertes;
los caracteres más grandes están marcados de cicatrices.*

Kahlil Gibran

PRÓLOGO

—¿Están ustedes seguros de que no se equivocan de persona?

Rosa se quitó el gorro de lana de color azul vivo y se rascó la nuca, alborotándose todavía más los rizos de pelo castaño oscuro.

Aquel abogado alto, de rostro delgado y pálido, asintió con la cabeza.

—Sí, claro que lo estamos. El bufete Evans, Donald y Simpson no comete errores. Señorita Larkin, usted ya es la propietaria titular de la Tienda de la Esquina de la bahía de Cockleberry.

Entregó a la desconcertada joven de veinticinco años una cartera de piel muy desgastada y le indicó un pequeño candado de combinación que sujetaba su broche de latón.

—Mire usted. En el testamento se decía que usted, y solo usted, podría abrirlo, con la fecha de su nacimiento.

—Todo esto es muy raro —dijo Rosa—. Y ¿dónde está exactamente ese sitio, la bahía de Cockleberry?

—En Devon, querida, en Devon —dijo el abogado, y le dirigió una mirada por debajo de las gafas sin montura—. Supongo que sabe dónde está Devon, ¿verdad?

—Señor Donald, aunque hable con acento *cockney*, no soy tonta.

—Muy bien; pues ¡ábralo! —dijo el abogado, que se revolvía de impaciencia—. Hace días que esperamos saber lo que hay dentro —le confesó.

Rosa, sin dar muestras de emoción, le clavó los ojos, que eran de un verde llamativo, y le preguntó tranquilamente:

—¿Necesito alguna cosa más?

—Esto... no. Pero ¿no va usted a... ?

—Tengo que irme a trabajar —replicó Rosa. Se volvió a poner el gorro y la bufanda; se subió la cremallera de la cazadora forrada de piel y se dirigió a la puerta.

—Le agradezco mucho su ayuda —dijo.

Y se marchó.

—¡Qué grosera!

El abogado, contrariado, miró por la ventana de su despacho en Staple Inn y vio cómo la joven, con la cartera en los brazos, atravesaba el helado patio adoquinado y salía al bullicio del antiguo barrio de los abogados de Londres.

CAPÍTULO 1

—Llegas tarde otra vez, Rosa. Esta es una tienda de precios bajos, no una ONG.

—Ay, señor Brown, alegre esa cara. Ya estoy aquí, ¿no?

Pero el jefe de Rosa estaba enrojeciendo y no se le apreciaba ni el menor asomo de su sonrisa habitual.

—Voy a tener que despedirte, Rosa. Necesito que mi personal esté comprometido y que sea honrado, y me parece que tú no sabes lo que significa esa palabra. Ya se te había advertido. Hablaré con la oficina central para que te preparen la liquidación.

Rosa soltó un suspiro.

—¿En serio? —dijo. Al no recibir respuesta por parte del señor Brown, tomó la cartera del suelo y añadió—: Pues puede decirles, de paso, que de todos modos ya hacía semanas que quería meterles esta mierda de trabajo desmoralizador por ese culo que tienen en forma de moneda de libra.

Cuando Rosa llegó a su casa a media mañana, su anciana vecina estaba colgando de la puerta de entrada de su casa una guirnalda de acebo.

—Vuelves temprano, querida.

—Y el premio a la vecina más cotilla del año es para... ¡Ethel Beanacre! —dijo Rosa entre dientes.

—¿Cómo dices, cielo?

—Nada, Ethel; hablaba sola.

La cartera desgastada también despertó el interés de la vecina.

—¿Es que has atracado un banco?

La risita repelente con que acompañó Ethel su broma recordó a Rosa a cuando Catherine Tate hacía el personaje de la abuelita.

Rosa buscó su llave.

—No se lo digas a nadie, ¿vale? —le dijo, llevándose un dedo a los labios y guiñando un ojo.

—Entonces, ¿vas a volver al trabajo más tarde? —preguntó la anciana frunciendo los labios—. Ese perro tuyo que ladra hasta que vuelves a la hora de comer me tiene harta.

Rosa, sin hacerle caso, cerró la puerta de entrada, apoyó la espalda contra la puerta y se deslizó hasta el suelo. Un miniteckel nervioso salió corriendo a saludarla y se puso a lamerle la cara con delectación.

—Hoy no es buen día, Perrito Caliente —le dijo Rosa—. Han despedido a mamá otra vez. —Le pasó la mano por el suave pelaje castaño—. Pero no todo está perdido, porque, según parece, ahora soy dueña de una tienda que está en alguna parte, muy lejos. ¿Qué te parece? ¿Eh?

—¿De qué estás hablando?

—¡Josh, por Dios, qué susto me has dado! ¿Qué haces aquí?

—Bueno, es que vivo aquí —dijo Josh, y bostezó—. Me hacía falta dormir un poco. Anoche estuvimos bebiendo mucho, por la Navidad..., ya sabes cómo somos los del rugby. —Sonrió—. Entonces, ¿este mes tampoco me pagas el alquiler, supongo? Menos mal que me caes bien.

Josh tenía seis años más que Rosa y era bastante apuesto, en plan oso. Era alto, ancho de hombros, y con el principio de barba que lucía aquella mañana estaba sexy. Rosa estaba segura de que con el trabajo que tenía en la City de Londres ganaba lo suficiente como para que no le hiciera falta alquilar una habitación. Se figuraba que le gustaba tener compañía, nada más. Sabía que aquella casa adosada, en una bocacalle de la Whitechapel Road del East End londinense, en un barrio que en tiempos era pobre pero ahora era muy deseable, debía de haberle costado un dineral; y las

cuatrocientas libras que pagaba ella al mes eran muy poco para Londres.

Josh la asió del brazo y la levantó del suelo con un único movimiento grácil.

—Venga, vamos a tomarnos un té y me cuentas lo que te ha pasado esta vez.

Caliente se puso a ladrar de nuevo.

—¡Cállate! —gritaron los dos al unísono, y pasaron por el comedor a la cocina.

Sentados a la mesa ante sendas tazas de té humeantes, contemplaban la cartera sin abrir, que les devolvía la mirada como si fuera un huésped molesto.

—Entonces, debes de tener alguna idea de quién te lo ha dejado, ¿no? —dijo Josh por fin.

—¿Cómo? ¿La pequeña Rosa Larkin, que no tiene familia digna de mención? La verdad es que, habiéndome criado en hospicios y en casas de acogida, no tengo mucho en qué basarme, ¿no te parece?

—Lo siento, Rosa, no era mi intención...

—No seas tonto, Josh; no pasa nada. Parece que ni siquiera el abogado sabe quién está detrás de esto. Todo es muy raro. Le llevaron la cartera a su despacho sin más, con una carta con mis datos y el dinero al contado suficiente para pagarle la minuta por ponerse en contacto conmigo. Dios sabe cómo me había localizado esa persona misteriosa, teniendo en cuenta que no tengo domicilio fijo y que suelo estar sin trabajo. Y yo no he hecho nada para merecerme un legado como este. La verdad es que me extraña que no me hayan detenido todavía por haber robado a Caliente.

—Pero ¡si lo estaban maltratando delante de la tienda! Hiciste lo que había que hacer —dijo Josh, y se subió el pequeño perrito salchicha a las rodillas—. Pobrecillo. Te imagino cuando te lo metiste en la mochila y echaste a correr como el viento —añadió, riendo—. Se te daría muy bien marcar un ensayo. Quizá debieras apuntarte a nuestro equipo de rugby, una persona como tú nos

vendría bien. —Se puso otro azucarillo en el té y gruñó—: Dios, me encuentro fatal; pero, venga, vamos a abrir la cartera. No es propio de ti estarte conteniendo.

—Tengo algo de miedo, por algún motivo.

Caliente percibió el cambio del estado de ánimo de Rosa; la miró y profirió un leve gañido.

—No lo tengas —dijo Josh, poniendo una mano sobre la de ella—. Estamos aquí, contigo. Vamos, adelante.

—El que me lo dejó, sea quien sea, sabía mi fecha de nacimiento... ¡Qué raro!

Rosa respiró hondo e hizo girar las ruletas oxidadas del candado de combinación.

En su interior había tres sobres marrones. Rosa empezó a abrirlos desgarrando el papel.

El primero contenía los títulos de propiedad del inmueble citado, en la bahía de Cockleberry, junto con diversa documentación relacionada con los servicios, las tasas municipales, etcétera.

Josh los tomó.

—Ya estamos. En las escrituras deberá venir el nombre del anterior propietario, y misterio resuelto. ¡Oh!

—¿Qué pasa?

—Está en blanco. El dato que nos interesa está en blanco. Dios, esto es muy raro, y no estoy seguro de que sea legal; pero dejémoslo así de momento. Pero las facturas vienen a nombre de un tal Ned Myers. Hum... Pero podría ser solo el arrendatario. ¿Te suena de algo ese nombre?

Rosa negó con la cabeza.

Josh tomó un trago de té.

—En todo caso, sigue.

El segundo sobre contenía unas llaves en un llavero con una estrella de mar. También había una nota escrita a mano con letra vacilante.

Querida Rosa

No desconfíes de este regalo, pues te elevará el alma y la fortuna.

Déjate guiar por tus ángeles y la paz estará a tu lado.

Si dudas, frota el llavero; contiene una energía libre y pura.

Yo estaré a tu lado por mucho que suba la marea.

—¡Qué montón de chorradas! —exclamó ella.

—A mí me parece muy bonito, Rosa.

—Ay, Josh, qué cursi eres a veces.

—Muchas gracias. Qué ejemplo de agradecimiento.

—Mira, supongo que sí debo estar agradecida con el que pensó en mí cuando se despedía del mundo, sea quien fuera. Pero no nos emocionemos demasiado, porque ese sitio puede ser una chabola. Y también puede ser una broma de mal gusto, ¿quién sabe? Todo esto parece un poco demasiado bueno para ser verdad.

—Pero es puro ladrillo, Rosa..., te han dado una propiedad que es toda tuya. La verdad es que es maravilloso.

—Lo más probable es que la venda, en cualquier caso. ¿Para qué quiero yo una tienda? Y, en cualquier caso, ¿por qué iba a querer nadie dejarme nada bueno?

—A veces no te entiendo, la verdad. Mira, abre el último. Quizá nos dé más datos —dijo Josh, entregándole el último sobre, que era grueso.

—¡Ay, Dios! ¡Mira!

Rosa empezó a volcar sobre la mesa fajos de billetes mientras Caliente ladraba, excitado.

—Ya puedo comprarme esas botas que quería desde hace siglos —dijo. Cuando apareció otra carta escrita con letra vacilante, añadió —: Ay, más cursiladas sentimentales. Léelo tú, Josh, yo voy a ponerme a contar.

—No hace falta. Lo dice aquí.

Josh se puso a leer en voz alta.

Querida Rosa

Esta cantidad de 2000 libras te permitirá trasladarte a Devon y te servirá para ir empezando.

El regalo que te hago tiene la cláusula de que NUNCA podrás vender la Tienda de la Esquina de la bahía de Cockleberry. Cuanto sientas que ha llegado el momento oportuno, solo podrás traspasarla a una persona que te parezca que lo merece de verdad; y solo entonces.

—Ay, entonces el plan se va a la porra. Pero ¿cómo se iban a enterar ellos si lo vendo, en todo caso?

Mientras decía esto se encendió de pronto el televisor de la cocina. Caliente abrió un ojo, lloriqueó y volvió a arrebujarse en el regazo de Josh.

—¿Te has sentado en el mando a distancia, Josh? —le preguntó Rosa, inquieta.

—No; está encima de la nevera. Puede que «ellos» estén a tu lado, ¿eh, Rosa?

—No empieces. Estar en el mundo real ya es bastante difícil de suyo, ¿para qué volver de fantasma? Habrá sido una subida de tensión eléctrica.

Contó quinientas libras del dinero y se las entregó a Josh.

—Toma el alquiler de este mes... y seguramente te habré robado de la nevera más de cien libras de comida hasta ahora.

Josh volvió a meterlas en el sobre.

—Quédatelo, con mis mejores deseos. Me alegro mucho por ti, Rosa. Pero esto no quita el hecho de que ahora me dejarás, ¿verdad?

—Ya te las arreglarás —dijo Rosa, sonriendo.

—Te voy a echar de menos, maldita sea, perra loca.

—Querrás decir que vas a echar de menos las mejores mamadas de borracha que te han hecho nunca.

—Eso también —dijo él, sonriéndose a su vez—. ¿Quieres que te acompañe para asegurarme de que todo está en orden? Puede que

allí no haya ni siquiera agua corriente. Y tendrás que buscarte un sitio donde vivir.

—No; esto lo tengo que hacer por mi cuenta —le dijo ella—. Ya me has ayudado bastante, y tengo a Caliente para que me haga compañía, claro.

—Pero no te irás hasta después de las Navidades, ¿no?

—No; odio la Navidad. En todo caso, tú estarás con tus padres, y así no tendré que pensar en la mierda habitual. Haré algo de equipaje y saldré mañana. Supongo que los trenes llegan hasta Devon, ¿no?

Josh se rio.

—Eres increíble —dijo.

—Aspiro a serlo —repuso Rosa con una sonrisa.

Josh se enderezó la corbata.

—Mira, será mejor que me vaya a trabajar. A la vuelta cogeré algo de comida para llevar y después podremos estudiar tu ruta.

—Lo mejor será que traigas pescado frito con patatas fritas, supongo, ya que me voy a la costa.

CAPÍTULO 2

Cuando el tren se detuvo en la estación de la bahía de Cockleberry, Rosa sentía mariposas en el estómago. Caliente había pasado casi todo el camino durmiendo, pero ahora estaba agitado y lloriqueante.

Bajó del tren tan deprisa como se lo permitía su carga de una maleta pesada y una bolsa de basura negra, y casi se sintió aliviada ella misma al ver que el miniteckel levantaba la patita inmediatamente en el borde de un puesto ambulante de café.

—¡Eh! —exclamó el tipo de barba pelirroja que llevaba el puesto. Rosa, al verlo, pensó que parecía un vikingo delgado.

—Ay, Dios mío, lo siento mucho —dijo al instante—. Debería haberme bajado en Exeter, pero no sabía si nos daría tiempo a volver a subir. Le compraré una botella de agua y lo lavaré.

El hombre estudió a la forastera desaliñada que tenía delante. Por debajo del gorro de esquí con pompón de color azul vivo le asomaban rizos castaños que le enmarcaban bien el rostro pequeño y redondo. Bajo los vaqueros oscuros ceñidos le asomaban unas deportivas Nike que habían conocido tiempos mejores. Tenía en la mejilla izquierda una cicatriz pequeñita que parecía un rayo en miniatura. Y el hombre llegó a la conclusión de que, aunque no llevaba ni rastro de maquillaje, era muy linda al natural.

Sonrió.

—¿Vienes de lejos, entonces?

—Sí, de Londres.

—Vienes a ver a la familia por Navidad, ¿eh?

Caray, pensó Rosa. Y ella que se había hecho la ilusión de que en una población nueva podría disfrutar del anonimato.

—Sí; eso es. Ahora, la verdad es que debo ponerme en marcha. ¿Dónde está la parada de taxis, por favor?

El hombre barbudo se rio, dejando ver que le faltaba un diente.

—¿Parada de taxis? Puedo darte el número de Ralph Weeks. Vive en la bahía y es el que hace de taxista por aquí. Pero no sé si estará libre, ya que los miércoles es cuando más trabaja, porque no hay autobuses a Ulchester. Por cierto, me llamo Seb —añadió, tendiéndole una mano enfundada en un guante.

—Yo soy Rosa, y este es Caliente.

Seb soltó una franca carcajada.

—Caliente... ¿El perrito Caliente? Me parece que es el nombre de perro más gracioso que he oído en mi vida.

—Bueno, es salchicha, y lo robé, por eso es «caliente».

—Entonces tiene más gracia todavía. Espera, voy a llamar a Ralph por ti, ya lo tengo en mi teléfono. ¿Y dices que robaste a Caliente?

—Es un cuento largo, pero no llames a la policía. ¿O tampoco hay de eso en la bahía?

—Aprendes deprisa, Rosa —dijo él, llevándose el teléfono a la oreja—. No responde. Mira, me estoy helando y ya iba a cerrar, en todo caso. ¿Te podría acercar yo a alguna parte?

Ya eran las cuatro de la tarde y había oscurecido, y, como ella también estaba cansada y tenía frío, accedió.

—Si nos puedes dejar en la Posada del Barco, sería estupendo —dijo.

Cuando los pasajeros y el equipaje estuvieron a bordo, Seb dijo a gritos, para hacerse oír entre el ruido de su vieja furgoneta blanca, que tenía claramente roto el tubo de escape:

—Me temo que no es ninguna limusina, pero me sirve para ir de un sitio a otro.

Rosa sostenía el cuerpecito de Caliente, que estiraba el cuello para ver lo que pasaba entre la oscuridad.

—¿Aquí tampoco hay farolas, entonces?

Seb se rio.

—Sí; aquí viene francamente bien una linterna. Yo ya me conozco todas las losas rotas de la acera y todos los baches de la carretera. Aunque el ayuntamiento sí hace el esfuerzo de poner algunas luces de Navidad, a las que llegaremos en seguida.

Al bajar por una calle estrecha, Rosa intentaba localizar la Tienda de la Esquina; pero llevaba la dirección en su bolsa y no quería que Seb se diera cuenta de que estaba buscando algo. Aquello era asunto de ella y quería que lo siguiera siendo, al menos de momento.

Entraron en otra calle estrecha y Rosa se animó al ver tiendas de regalo pintorescas, una panadería y una carnicería, todas ellas hermosamente decoradas por las fiestas. Como ella no había conocido en su vida más que el ajetreo de la vida de ciudad, aquello era para ella casi como volver atrás en el tiempo. Vio una pareja que columpiaba a su hijo de los brazos y que entraba después en uno de los cafés, en cuyo escaparate semiempañado de vapor se exhibía una variedad imponente de tartas y pasteles.

Ella no había llegado a conocer jamás la vida familiar normal como tal. Su madre biológica había sido una alcohólica, y en la partida de nacimiento de Rosa no figuraba el nombre del padre. Según le habían contado, a pesar de los esfuerzos de su madre por cuidar de ella, los servicios sociales se la habían quitado cuando tenía seis meses.

Y entonces habían llegado Maureen y Len, que no habían conseguido tener hijos y la habían tomado en acogida a ella pensando adoptarla. Por desgracia, cuando Rosa tenía solo seis años, a Maureen le diagnosticaron un cáncer en fase terminal, y Len era incapaz de ocuparse de una niña pequeña y de una esposa al borde de la muerte. Entonces empezaron para ella los viajes inestables entre asilos infantiles y padres de acogida. Tuvo por el camino un par de «casi adopciones», pero, como Rosa era una niña

muy conflictiva, nadie había estado dispuesto a quedarse con ella de manera permanente.

Rosa suspiró y acogió a Caliente en su regazo. Siendo sincera, la relación disfuncional que había tenido con Josh, a base de mamadas (solo cuando estaba borracha), había sido lo más parecido a la felicidad que había llegado a sentir ella... y ahora también había renunciado a aquello.

Pero las renunciadas eran un hecho frecuente para Rosa.

No soportaba a los tontos.

Seb volvió la mirada hacia ella.

—Qué sollozo más fuerte. Ya casi estamos; cuando doblemos esa esquina tendremos delante el Barco.

Redujo la velocidad y cambió de marcha, esperando a que pasara una moto a toda velocidad.

Entonces fue cuando Rosa lo vio. La tienda. A la luz de los faros de la furgoneta, vio que tenía una fachada interesante, curvada. A la puerta principal se le estaba cayendo la pintura de color turquesa, y todavía tenía colgado un letrero de «cerrado» de aspecto maltrecho. Por encima de los hermosos escaparates de estilo antiguo decía con letras desvaídas «la Tienda de la Esquina». Al parecer, por encima de la tienda había un piso desocupado. Rosa, al verlo, se emocionó. Si la tienda tenía también vivienda, todo aquello no le parecía tan mala idea de pronto.

—Qué lástima —dijo para sí en voz baja.

—¿Lo dices por la Tienda de la Esquina? —le preguntó Seb.

—Sí.

—Lleva cerrada ya unos cinco años. Antes era una pequeña mina de oro.

—¿Qué vendían?

—De todo y cualquier cosa. Era muy popular, tanto para la gente de aquí como para los turistas. La verdad es que tiene algo de misterio, pues el viejo que la llevaba, el señor Myers, estuvo trabajando hasta que, literalmente, ya no era capaz de subir por la escalera empinada que da a la vivienda.

—Ay, pobrecillo; pero ¿qué tiene de misterioso?

—Ah, solo que ninguno de aquí entendemos por qué no se ha puesto a la venta.

—¿No tenía familia?

—Nunca dijo nada de eso. Murió con noventa y ocho años, en la residencia de la colina, acompañado de los muchos amigos que había hecho por aquí.

—Ah, qué bien.

—Pues aquí estamos. La Posada del Barco, milady.

—Muchísimas gracias, Seb. ¿Te doy algo para la gasolina?

Rosa recordó de pronto los fajos de billetes que llevaba en la bolsa y que el prudente Josh le había dicho que se abriera una cuenta corriente en cuanto pudiera.

—No seas tonta. Ya me invitarás a una copa aquí alguna noche —repuso Seb, y sonrió—. Instalaos Perrito Caliente y tú; y, si no te veo, aunque estoy seguro de que te veré por aquí, que pases buenas vacaciones y feliz Navidad a los dos.

Hizo unas cosquillas al pequeño teckel por detrás de las orejas y se bajó para ayudar a Rosa a apearse del asiento del pasajero, antes de sacarle el equipaje de la parte de atrás.

CAPÍTULO 3

Cuando Josh la llamó por teléfono, Rosa estaba en su habitación dando de comer a Caliente.

—Solo quería asegurarme de que habías llegado bien a Devon.

—Sí, aquí estamos, sanos y salvos. Pero parece que la tienda se encuentra en mal estado. Me he enterado de que lleva vacía cinco años; y, aunque no me gusta decirlo, creo que a algunas gentes de aquí les va a molestar un poco que se haga cargo de ella una joven advenediza de la capital.

—Entonces, ¿ya has ido a verla?

—No, solo he pasado por delante en coche viniendo para aquí. Es francamente pintoresca, con unos escaparates a la antigua preciosos.

—Entonces, supongo que estás dispuesta a afrontar el desafío, ¿no?

—Bueno, tampoco me queda otra elección, ¿verdad? No puedo defraudar a mi benefactor misterioso. Aunque tengo miedo, Josh. Yo no sé nada de llevar un negocio.

—No te preocupes. Mañana entra, míralo bien y a ver qué te parece. Si quieres, puedo ir allí en mi coche con mi amigo Carlton. Ha llevado la renovación de muchas tiendas. A lo mejor solo le hace falta una buena limpieza y unos retoques.

—Vale, gracias. En todo caso, la habitación que tengo, en el pub de aquí, es acogedora, y me alegro de haberla tomado para varias noches. Domina la bahía. Ay, Josh, aunque solo lo he visto a oscuras, la verdad es que es muy bonito, con las luces de Navidad que se reflejan en el mar. No veo la hora de que se haga de día para

que Caliente y yo salgamos a explorar. Pero, escucha, lo principal es que... ¡adivina qué! Encima de la tienda hay una vivienda.

—¡Ay, Rosa, qué bien! Eso es estupendo.

—Bueno, vamos a ver en qué estado se encuentra, ¿no? Era de un viejo de más de noventa años, y había vivido allí durante mucho tiempo.

—Entonces, ¿crees que fue él quien te la dejó?

—No quiero pensar en eso siquiera. Ahora ya estoy aquí y tengo que ver lo que pasa. —En este momento, el teckel se puso de pie en la cama y empezó a azotarle la cara con la lengua—. ¡Aaag! —exclamó Rosa, conteniendo la risa—. Saludos de Caliente, por cierto.

—Salúdale de mi parte tú también —dijo Josh, e hizo una pausa. Después, añadió—: Estoy muy solo sin vosotros dos.

—Pronto empezarás a disfrutar de la libertad... y, como has dicho, puedes pasarte por aquí siempre que quieras. No sé lo grande que será el piso. Te llamaré mañana por la noche.

—Vale. Duerme bien y, cuando entres allí mañana, sé positiva. Creo que esto es bueno para ti; es volver a empezar de cero.

—Pero a mí me encanta Londres, Josh.

—Ya lo sé, Rosa; pero recuerda: ¿cuántas veces has dicho que querías ser tu propia jefa?

—Es eso que dicen: cuidado con lo que deseas, ¿eh? —dijo Rosa, riendo—. Caliente y yo estaremos bien. Voy a procurar que no hunda el pub a ladridos esta noche; pero parece que está tan agotado como yo, el pobre. Bien; un baño, y a la cama. Buenas noches.

—Buenas noches tenga usted, señora.

CAPÍTULO 4

U nos golpecitos en la puerta hicieron despertar a Rosa de su sueño profundo.

—Buenos días, querida. Venía a preguntarte si vas a querer desayunar. Dejamos de servir desayunos dentro de veinte minutos.

—Ay, sí, gracias —respondió Rosa, cayendo en la cuenta de que, con la emoción de su llegada al pub la noche pasada, no había cenado nada y estaba muerta de hambre—. ¿Puedo llevar el perro al comedor?

—Claro. La verdad es que tengo ganas de ver al pequeñajo. En el bar tengo unas orejas de cerdo que le vendrán a la medida.

Rosa sonrió. Por allí todo el mundo parecía superamable. Estaba dispuesta a aprovecharlo bien hasta que se dieran cuenta de que ella era la nueva propietaria de su querida Tienda de la Esquina.

Sheila Hannafore tenía un pelo que Rosa solo podría calificar de blanco brillante, que llevaba con una especie de permanente cepillada a la antigua. Debía de rondar los sesenta y cinco, pero tenía un aspecto estupendo para su edad. Las mejillas sonrosadas le sentaban bien con su rostro agradable, y tenía la dentadura más perfecta que Rosa recordara haber visto nunca en su vida.

—Se llama Sheila, ¿verdad? Perdona, tengo muy poca memoria para los nombres.

—Sí; esa soy yo. Propietaria y encargada de la Posada del Barco desde hace treinta años. Lo llevo en la sangre, cielo.

—¿Y la lleva usted sola?

—Sí, por desgracia. Brian, mi difunto esposo, falleció el año pasado.

—Lo siento mucho.

—Pues no lo sientas, era un cabroncete miserable, y con uno de sus seguros de vida me hice un *lifting* y me arreglé la dentadura, lo cual me sirvió para aliviarme un poco mi dolor.

—Casi le iba a comentar lo de los dientes, tienen un brillo increíble.

—Sí; los marineros dicen que cuando me pongo a enseñar los piños ya no nos hace falta el faro.

—Qué gracia.

—Pues sí. ¿Desayuno inglés completo, niña? ¿O eres de esos raritos del sur que tienen miedo a un poco de trigo o de carne?

—Con todo, por favor.

—Bien, bien. Te traeré algo de agua y te daré una oreja para el perro. Aunque en este sitio lo que se suele tomar a primera hora suele ser algo para la resaca. Solo que ahora ya no me acuerdo de cómo se llama.

—Caliente.

—No, hoy no, querida. Fuera hace un grado bajo cero.

—No, lo que digo es que mi perro se llama así, Caliente.

—No me digas. Me has pillado en fuera de juego con eso.

Rosa se rio. El acento de Devon le gustaba. Y su primera impresión de Sheila Hannafore también le gustaba.

—Me lo llevaré a dar un paseo rápido mientras usted prepara el desayuno —le dijo.

—Haz lo que tengas que hacer, encanto. Yo volveré en un periquete.

Cuando Caliente se hubo dado su paseo y se quedó a gusto y se hubo instalado bajo la mesa a masticar la oreja de cerdo, Rosa sintió que le sonaban las tripas ruidosamente. Sheila salió oportunamente de detrás de la barra con un plato enorme de comida.

—Pues esto es lo que yo llamo un banquete —dijo Rosa, tomando el cuchillo y el tenedor—. Muchas gracias.

—Que te aproveche, querida. Y... ¿te puedo preguntar por qué has venido por aquí?

—Esto... a visitar a la familia, nada más —dijo Rosa, mojando una salchicha en la yema de color amarillo vivo de uno de los huevos.

—¿Y quiénes son, pues? Nunca te había visto por aquí.

—Sheila... Te puedo tutear, ¿verdad?

—Claro, querida.

—Tenía que descansar de Londres, eso es todo. Eso es una locura; y había oído hablar de lo precioso que es Devon, y bueno..., pues aquí estoy.

—Entonces, ¿no vas a pasar las Navidades con tu familia?

—No. No nos tratamos mucho.

—Ay, qué pena. Mis chicos nunca dejan de visitarme. El más pequeño vendrá en su coche más tarde. Lástima que vaya a venir después esa especie de novia que tiene; pero a esa edad ya no les puedes decir lo que tienen que hacer, ¿verdad? El mayor viene con Martha, su mujer, y con todos los nietos, claro, el día de Navidad por la mañana. Ya ves, es que viven a la vuelta de la esquina. Son tres criaturas, y los quiero de aquí a Pekín.

—Qué bien.

—Bueno, eso espero. Tendrán que ayudar un poco; esto es el centro de todo el movimiento en la Navidad. Ya tengo preparados los pavos rellenos, dispuestos para la avalancha.

—¿Abres el día de Navidad, entonces?

—Ay, aquí se trabaja trescientos sesenta y seis días al año, querida. Siempre pongo un día de más por las veces que cerramos las puertas con clientes dentro.

—Parece que este es un sitio de los que me gustan a mí —le comentó Rosa.

—Bueno, pues has reservado hasta Nochebuena... ¿Por qué no te quedas un par de días más? Esto es como una gran familia feliz.

—Es muy posible que lo haga. Te lo diré más tarde, ¿de acuerdo?

—Claro. Siempre dejo una habitación libre para los perdidos y despistados. Tendrás que compartir el baño con los míos, pero todos están bien educados. Bueno, voy a lo mío. Tengo que decorar unas tartas. Que lo pases bien por aquí, cariño.

Cuando Rosa subía las escaleras empinadas para volver a su cuarto, soltó un gran eructo.

—Mejor fuera que dentro, como digo siempre.

—Dispense —dijo Rosa, llevándose la mano a la boca—. Perdón; no sabía que hubiera nadie por aquí.

La chica que estaba en el rellano añadió:

—Soy Titch Whittaker. Metro cincuenta raspando y unas tetas de muerte, según Seb Watkins.

—Ah, vale —dijo Rosa, sonriendo.

—He estado limpiando tu habitación mientras zampabas. Tienes colgada una cazadora muy bonita.

—Esto..., gracias.

Rosa calculó que Titch debía de tener poco más de veinte años.

—Bueno, que pases un buen día... Te llamas Rose, ¿no?

—Rosa; y, gracias, lo pasaré bien.

—¿Rosa no es nombre de gitana?

—Ah... No estoy segura.

—Y ese pelo negro azabache que tienes... es precioso, de verdad. Eres como un animal salvaje, Rosa.

Titch bajó por las escaleras con su abrillantador de muebles en la mano y se perdió de vista.

Rosa abrió su maleta y volvió a comprobar el dinero que le quedaba. Cuánto agradecía a Josh no haberle aceptado las quinientas libras de alquiler que le debía. La verdad es que era una persona muy especial. Descontadas las cien libras del billete de tren, y si pagaba cinco noches de alojamiento a sesenta libras la noche, habría gastado cuatrocientas libras; le quedarían unas mil seiscientas. Toda una fortuna para ella, en dinero contante y sonante. Pensó que no le vendría mal darse una vuelta por las

tiendas y gastarse algo; pero lo primero que tendría que hacer sería visitar la Tienda de la Esquina.

Extrajo el juego de llaves con el llavero de estrella de mar que había encontrado en la cartera desgastada; puso a Caliente la correa, descendió a la planta baja con él en brazos y salió a la calle.

Aunque hacía frío, el aire estaba límpido, y Rosa soltó un suspiro de felicidad al contemplar el hermoso entorno que la rodeaba. El pub estaba frente al mar, de modo que solo tuvo que dar unos pasos para llegar a la playa. Cuando soltó a Caliente de la correa, este se puso a ladrar y a correr de un lado a otro como loco. No había sentido nunca la arena en las patas, y solo se las había mojado en agua en una fuente del parque de Battersea. Rosa tampoco había visto nunca una playa parecida a aquella, con charcas de agua de mar entre las rocas y acantilados a ambos lados, por los que se podía subir a los campos por una senda muy trillada que parecía interminable.

El mar estaba en calma y desprendía pequeños mechones de espuma en los puntos donde lo azotaba el aire frío. Rosa arrojó a Caliente un pedazo de madera dejado por las olas y caminó hasta el borde del agua, contemplando con admiración el efecto de las ondas que bañaban perezosamente la orilla. En el asilo infantil no iban nunca de vacaciones propiamente dichas; hacían excursiones de un día de vez en cuando, y lo que llamaban vacaciones consistía en que los mandaban a otro asilo de Wiltshire, donde había más bien campos y flores que mar y arena.

Rosa se imaginó lo precioso que estaría aquello en verano, aunque también habría mucha gente..., lo cual sería bueno cuando se tenía un negocio. Pero aquel día le agradaba, más bien, que solo estuvieran desafiando el frío del invierno otra persona que paseaba a un perro y ella.

Volvió la mirada hacia la Posada del Barco. Era un edificio antiguo, pintado de blanco, azotado por los elementos y con una muestra que representaba un antiguo velero, y Rosa se preguntó

qué historias podría contar. El otro paseante de perro, una figura alta y delgada, caminaba hacia ella, y, cuando se acercó, Rosa reconoció la barba y la coleta de Seb Watkins.

—¿Todo bien, Rosa? ¿Cómo te va?

Rosa pudo verle bien la cara a la luz del día. Le costaba trabajo determinar su edad, pues, aunque tenía un rostro de aspecto juvenil, se le apreciaban claramente las arrugas alrededor de los ojos. Pensó que podría tener treinta y pocos años. Se preguntó cómo estaría sin barba. Los pelirrojos no le parecían feos en absoluto, pero odiaba las barbas. Le recordaban a un cuidador del asilo infantil que la ponía enferma por las miradas lascivas que dirigía a las adolescentes, incluida ella misma.

—Bien, gracias. No me dijiste que tenías perro.

El labrador negro olisqueó a Caliente, y los dos se pusieron a jugar.

—Muchas cosas no las digo —repuso Seb, y sonrió.

—¿Cómo se llama?

—Jet. En todo caso, supongo que estás llena a reventar con el desayuno del Barco, ¿no?

—Y estaba buenísimo.

—Sí, Sheila sí que sabe dar gusto al estómago de todos, por lo menos. Entonces, ¿a qué te dedicas hoy?

—Ah, a unas cosas y otras. Creo que voy a explorar un poco más. A mirar las tiendas, ya sabes.

Tocando las llaves que llevaba en el bolsillo, pensó que quizá tuviera que sincerarse sobre la cuestión de la tienda antes de lo que hubiera querido. Aquello no era como Londres, desde luego; le resultaría casi imposible guardar reserva sobre sus asuntos.

Caliente llegó corriendo hasta ella con una botella de plástico vieja que habían llevado las olas hasta la orilla y la dejó caer a sus pies.

Seb sacudió la cabeza.

—Condenadas botellas de plástico —dijo, y se agachó a recogerla—. La gente tiene que darse cuenta de que solo tenemos

un planeta.

—¿No trabajas hoy, Seb?

—Sí, pero dentro de un rato. En esta época del año hay pocos viajeros en los trenes de primera hora, y no me merece la pena.

Caliente ladró a Seb, molesto porque le había quitado su nuevo juguete. Rosa se apresuró a abrocharle la correa.

—Bueno, pues que tengas un buen día —dijo a Seb.

—Tú también. Ya nos veremos por aquí.

Para volver hasta las tiendas desde la playa había que subir bastante, y cuando Rosa llegó a lo alto se sentía algo ahogada. En Londres, lo más parecido al ejercicio que hacía era ir andando al trabajo o a los muchos bares que solía frecuentar. Y pasear a Caliente, claro; pero este, con sus patitas cortas, se conformaba con dar una vueltecita rápida a la manzana.

El olor a café y a bollería que salía de los diversos sitios de comidas era encantador. De hecho, era encantador sentirse libre. No tener que ir a hacer un trabajo aburrido. No tener que soportar el metro en la hora punta. Empezaba a darse cuenta de lo agradable que era el mero hecho de tener algo de tiempo. Tiempo para ella misma. Tiempo para ser libre.

Volvió a contemplar la bahía. Ahora había gaviotas que revoloteaban sobre las orillas. Tendría que acostumbrarse al ruido de sus chillidos, que eran casi tan molestos como Caliente cuando tenía uno de sus ataques de ladridos.

Nerviosa, llegó a la entrada de la tienda. Por fortuna, esta estaba frente a un banco que no había abierto todavía, por lo que no había espectadores próximos. Rosa sintió un arrebató de emoción cuando hizo girar la llave en la vieja cerradura. Fuera lo que fuera lo que la estuviera esperando detrás de aquella puerta azul, el caso era que la vieja Tienda de la Esquina era puro ladrillo, como había dicho Josh, y era suya. Era su primer hogar. Un regalo. Aquello era increíble, la verdad, y todavía no estaba segura de que no se tratara

de un gran error. Nunca le habían dado nada hasta entonces; y ¿por qué a ella, en todo caso?

Se sobresaltó cuando le cayó una telaraña del marco de la puerta. Se la limpió de la cara y cerró en seguida la puerta a sus espaldas, seguida de cerca por Caliente. Recordó que había visto en la televisión un episodio del programa de búsqueda de viviendas *Location, Location, Location* en el que una señora ciega decía que su perro lazarillo sabría si una casa era buena para ella o no; por eso, Rosa iba a procurar fijarse en las reacciones de Caliente.

Accionó el interruptor de la luz... Nada. Pero, claro, no podía haber electricidad; la tienda había estado cerrada cinco años. Se estremeció de frío. En un rincón había un radiador, de modo que al menos tendría calor cuando todo estuviera funcionando. Las múltiples estanterías, que habían sido blancas, estaban cubiertas de una gruesa capa de polvo. Sonriendo para sus adentros, tomó un osito de peluche azul sucio y una tetera de cobre vieja que estaban junto a una bufanda rosa húmeda y a un reloj despertador, restos de la mercancía ecléctica que vendía el viejo señor Myers, al parecer con tanto éxito.

Levantó con prudencia una manta verde desvaída y descubrió una caja registradora arcaica, igualita a otra con la que le había encantado jugar de niña en el asilo; cuando se pulsaban las teclas, saltaba la cantidad tras una ventanita de cristal.

Todo olía a humedad y a moho; pero vio con alivio que los techos y las paredes parecían intactos y que el local no estaba en tan mal estado, aunque habría que hacerle una limpieza a fondo y pintarlo. Tras el mostrador había un arco por el que se accedía a una zona pequeña de cocina y a un aseo, y había unas escaleras que subían a la vivienda superior. Más allá se encontraba un pequeño almacén que daba a un patio reducido y muy mono donde había una mesa redonda de metal con adornos y dos sillas. Una sombrilla hecha jirones estaba apoyada en una escalera de caracol metálica, por la que cabía suponer que se accedía al piso superior.

Caliente parecía muy satisfecho con su tarea de olisquearlo todo y no había ladrado ni una sola vez, lo cual era una buena señal. Rosa, tiritando de frío, lo tomó en brazos.

—Vamos, chico, vamos a ver nuestra casa nueva.

Volvieron al interior y Rosa cerró la puerta trasera con la llave del llavero de estrella de mar.

Al subir las escaleras comprendió por qué se había tenido que dar por vencido el señor Myers cuando era anciano. Eran los escalones más estrechos y más empinados que se había encontrado Rosa en su vida.

—Quizá te tenga que montar aquí un ascensor para perritos —dijo, jadeante, al oído del teckel, e inspiró por un momento su olor perruno tranquilizador.

En lo alto de las escaleras había un rellano pequeño, que daba por la izquierda a una cocina, minúscula pero utilizable. Sobre una cocina blanca pequeña, con horno, había un hervidor de agua antiguo, de los que silban, y entre los baldosines blancos mugrientos había varios con imágenes de estrellas de mar. Los muebles habían visto tiempos mejores, pero todo se podía arreglar con una buena limpieza.

Rosa abrió la nevera y retrocedió un poco ante el moho que le salió al encuentro. Dejó abierta la puerta, prometiéndose que daría un repaso al interior con lejía. Había sitio para una lavadora, pero aquello tampoco tenía gran importancia, pues la noche anterior había visto desde el taxi una lavandería automática en una de las calles estrechas. Más a su derecha estaba el baño.

—Color aguacate... Qué bonito —dijo en voz alta, y soltó una risita al imaginarse la cara que pondría Josh, aficionado a tener la casa impecable, cuando viera aquellas piezas de baño anticuadas. En los grifos dobles estaba montado todavía un tubo de ducha de plástico de aspecto gastado. Había algunos de aquellos mismos baldosines de estrella de mar, y a Rosa le encantó el viejo espejo de estilo de camerino de teatro, rodeado completamente de bombillas.

Había un dormitorio de tamaño aceptable, con una vieja cama de hierro sin colchón y un armario de caoba grande al que le hacía falta un buen pulido.

Sobre las ventanas antiguas de guillotina había visillos y gruesas cortinas azul marino que olían a mohó. Se asomó para contemplar la vista: la ventana daba a la calle, que ya se empezaba a llenar de madrugadores que iban de tiendas.

Más allá había otra habitación pequeña que contenía un hermoso escritorio recubierto de piel verde. Las paredes eran de un amarillo mostaza horrible; las cortinas, de color marrón oscuro.

Caliente empezó a lloriquear mientras olisqueaba alrededor del escritorio.

—Déjame que mire el cuarto de estar, pequeño, y después te bajo para que hagas pis.

Pero no hizo falta llevarlo al piso de abajo para ello. Rosa, boquiabierto y llevándose las manos a la cara de alegría, no se creía lo que tenía ante los ojos. Sí, era cierto que la pintura color crema del largo cuarto de estar estaba fatigada y que colgaban telarañas del techo; pero la puerta doble del final, que dejaba entrar a raudales la luz del sol de invierno, daba a una pequeña azotea desde la que se dominaban hermosas vistas de la bahía y del campo que la rodeaba. Más aún: la escalera de caracol que había visto en el patio trasero llegaba hasta esta terraza.

—Guau, solo puedo decir guau.

Rosa no solía llorar, pero en aquellos momentos sentía que las lágrimas se le asomaban a los párpados. Se había preguntado de qué sería aquella llave de forma rara que había en el llavero... y ahora tenía la respuesta.

Caliente ladró ruidosamente y salió corriendo para levantar la patita contra una vieja maceta de terracota. Rosa se adelantó para asimilar todo lo que la rodeaba. Levantó la cabeza hacia el cielo y susurró:

—Gracias. Seas quien seas, muchas gracias.

Ante ella bajó flotando por el aire una pluma blanca...

Aquel momento mágico se truncó cuando Caliente vio una gaviota posada en la barandilla de metal que rodeaba la terraza y se puso a ladrar de nuevo.

—Vete para adentro, Caliente. Basta ya.

Lo que menos interesaba a Rosa era llamar la atención. Hizo que Caliente volviera a entrar en la casa con ella, cerró las puertas de cristalera, llamó a Josh y le dejó un mensaje de voz.

—Ay, Dios mío, Josh, tienes que verlo. El cuarto de estar tiene una terraza de azotea con vistas al mar. Y en la tienda hay una caja registradora mecánica, de esas antiguas. Hay mucho trabajo que hacer, pero creo que seguramente solo será de decoración, pintar, etcétera, de modo que se puede hacer. Pero no hay electricidad, y todavía no he probado a abrir los grifos. Quizá me puedas llamar más tarde, porque no estoy segura de lo que tengo que hacer para arreglar todo eso.

Rosa volvió a la realidad y se estremeció de nuevo. Qué lástima que estuvieran en el maldito invierno. Tendría que organizar la calefacción antes de ponerse a limpiarlo todo, pues allí haría demasiado frío para estar mucho tiempo sin que le diera una hipotermia. Fue a tomar las llaves de la puerta de la terraza. Qué raro: estaba segura de que las había dejado en la cerradura. De pronto, apareció Caliente con el llavero de la estrella de mar en la boca.

—Ah, aquí están. Se me han debido de caer con la emoción. Bueno, vámonos; a mamá le hace falta un café, y después podemos ponernos a intentar arrojar un poco de luz y de calor sobre todo esto.

El Café, Té y Mar era una cafetería pequeña y pintoresca. Y tenía internet gratuito, lo cual era siempre una ventaja. Tenía estanterías por todas partes con curiosidades de tema marinero, además de libros de todas clases con un letrero que decía: «Leer, devolver, contribuir».

Rosa estaba encantada de ver que allí parecía que los perros eran bienvenidos en todas partes. Siempre le habían molestado las restricciones; y, al fin y al cabo, ¿qué importaban unos cuantos pelitos de mascota entre amigos?

Ató la correa de Caliente a la pata de la mesa de la esquina y fue al mostrador, donde había un reno iluminado que lucía un gorro navideño y una hucha de cerámica con una bailarina de cabaret que sostenía un letrero que decía: «Los que dan propina son simpáticos».

—Ah, hola, Rosa.

—Caray, sí que te mueves.

Titch sonrió. El pelo rubio que llevaba corto le sentaba bien con sus rasgos de duendecillo, y Rosa, al observarle los grandes pechos apretados por un estrecho jersey entendió el comentario nada políticamente correcto que había hecho sobre ella Seb.

—Eso dicen todos —dijo ella, guiñándole un ojo—. Por aquí tienes que coger el trabajo que haya, y a mí no me da miedo trabajar. ¿Qué te pongo?

—Un café, por favor.

—¿Un café normal? Mejor, porque aquí no servimos todas esas porquerías de Londres. O sea, lo del *flat white*... ¿Por qué no pide la gente un café con leche sin más? Y todo eso de la leche desnatada... A mí que me den leche con toda su nata. Es mucho más sana, en todo caso. ¿Pongo un poco de agua para Caliente?

—Estoy de acuerdo... y, sí, gracias, estaría muy bien.

—¿Vas a pasar aquí la Navidad, no?

—Esto..., sí, probablemente. Sheila dice que hay sitio.

—Quédate; vive un poco... y el día de Navidad va a ser una juerga con los Hannafore. El hijo menor de Sheila no está nada mal. Pero ahora tiene novia, es una pena. Aquí tienes. —Sirvió a Rosa su café—. Son dos libras, por favor, y ahora traigo el bebedero para el perro.

Dos libras por un café no estaba mal, en comparación con los precios de Londres. Vivir allí empezaba a resultarle más interesante

por momentos.

Josh la llamó en el momento en que Rosa se estaba quitando la cazadora.

—Perdona que no te atendiera —le dijo—. Estaba en una reunión.

La voz familiar de Josh reconfortó a Rosa.

—Qué rollo —dijo.

—Ya lo sé; pero no todos podemos ser ricos herederos de fincas junto al mar, ¿verdad? Así que... cuéntame. En el mensaje que me dejaste parloteabas con tantos nervios que no fui capaz de entenderlo todo.

Rosa, procurando hablar bajo para que no la oyera Titch, contó a Josh con gran alegría lo que había descubierto.

—Pero de lo que me he dado cuenta con esto es de que no tengo ni puñetera idea de cómo se llevan las cosas normales de una casa. Las únicas facturas que he pagado en mi vida son las del teléfono. Siempre había vivido de alquiler hasta ahora, y no he hecho más que pagar la renta sin tener que pensar en nada más.

—Vale, yo te ayudaré. Entonces, ¿no hay electricidad, gas ni agua?

—Hum... No llegué a probar el agua.

—Vistas las circunstancias, dudo que esté dada. ¿Funcionaba el retrete?

—No lo he usado todavía.

—Vale. ¿Te acuerdas del primer sobre que abriste?

—¿Ese tan soso con todo el papeleo?

Josh, en su oficina de la City, sonrió.

—Sí, ese —dijo—. Bueno, pues ahí venían facturas. Por ejemplo, en las del gas puede decir Gas de Gran Bretaña. Las de la electricidad también estarán claras. Lo que tienes que hacer es ponerte en contacto con todos los proveedores (en las cartas vendrán los números de teléfono) y decirles que te has mudado allí, para que puedan abrir una cuenta a tu nombre. Quizá tengas que demostrarles que eres la nueva propietaria; pero ya nos

preocuparemos de eso cuando llegue el momento. Puede que la luz esté cortada solo del contador; vale la pena empezar por comprobarlo. Lo más probable es que el agua solo esté cerrada con la llave de paso, de modo que compruébalo. Es posible que se hayan vaciado todas las cañerías; tendrás que esperar a que se llenen.

—¿La llave de paso? Ni siquiera sabía que el agua se cerrara con llave. ¿Cómo la encontraré?

—Vale, para eso tendrá que venir un fontanero. Pero yo, en tu lugar, lo haría hoy mismo, pues ya llega la Navidad y todo cierra durante dos semanas. Lo más probable es que el fontanero también te pueda asesorar sobre el contador de la luz.

—Vale, gracias por todo. No parece tan difícil, al fin y al cabo; y cuando lo tenga todo funcionando podré ponerme a limpiar, y después me instalaré allí —dijo ella, soltando un suspiro de satisfacción.

—Entonces, quédate en el pub, más o menos cómoda, y ya podrás ponerte en marcha entre Navidad y Año Nuevo. También te iba a decir que podré escaparme de casa de mis padres y pasar allí un par de días..., solo si tú quieres, claro.

—Eso sería estupendo, Josh; pero ¿estás seguro?

—Claro que estoy seguro. Tengo ganas de ver a Caliente... y también a ti, claro.

—Ja, ja, qué gracioso eres.

Josh se rio.

—Solo tengo que estar de vuelta para la fiesta de fin de año en el club de rugby. Bueno, tengo que seguir con lo mío.

—Vale; nos vemos... Y gracias de nuevo, Josh; eres una estrella.

CAPÍTULO 5

Todas las compañías de servicios le habían atendido de maravilla. Le habían prometido que se encargarían de todo inmediatamente, a pesar de lo poco que faltaba para la Navidad. Encontrar un fontanero había sido más difícil. Rosa había buscado alguna empresa local por internet, pero no había encontrado nada. De modo que, corriendo el riesgo de que cualquier pregunta abriera el grifo de los cotilleos, había recurrido a Sheila y le había contado la mentira de que un turista con el que había hablado en la tienda de pescado y patatas fritas estaba buscando un fontanero y que ella le había prometido enterarse y pasarle el número. La posadera se lo había dado inmediatamente.

Rosa había optado por saltarse el desayuno para evitar más conversaciones con Sheila; había madrugado y, acompañada de Caliente, que la seguía con impaciencia, se encaminó directamente a la Tienda de la Esquina. Encantada de tener ya electricidad, había rebuscado hasta encontrar con satisfacción una vieja aspiradora de cuerpo cilíndrico en uno de los armarios de la cocina. Estaba de puntillas, levantando el tubo para quitar alegremente las telarañas del techo, cuando sonó un golpe fuerte en la puerta de la tienda.

Ella se había esperado, por algún motivo, que el fontanero sería mucho más viejo. Pero Luke, por el contrario, no debía de haber cumplido la treintena. El pelo castaño corto le sentaba bien con su rostro descarado, y las largas pestañas le acentuaban los ojos pardos. Unas pestañas de muerte, de hecho. Aunque Rosa no solía maquillarse mucho, cuando lo hacía tenía que estar sus buenos cinco minutos con el pincel del rímel para dejarse las pestañas la

mitad de largas que aquellas. No era muy alto, como metro setenta y cinco; pero la verdad era que la mayoría de los hombres eran altos comparados con el metro sesenta de ella.

—Buenos días. Eres Ruth, ¿verdad? Soy Luke, Luke el fontanero.

—Hola. La verdad es que me llamo Rosa.

—Perdona. Nunca apunto nada. Y si me lo permites, te diré que es agradable ver por aquí una cara nueva y bonita.

Rosa sintió que se sonrojaba.

—Lo mismo digo —consiguió decir.

—¿Bonito, yo? Suelen decirme bien parecido, apuesto o misterioso.

Rosa se rio.

—Está bien; pasa.

Cuando Luke dejó una bolsa de herramientas grande en el suelo de la tienda, Caliente llegó trotando al momento y le metió el hocico.

—Hola, pequeño —dijo el fontanero, y se inclinó para acariciarlo con suavidad—. Ay, me encantan los animales.

—Es Caliente..., es mi chico. Aunque parezca mono, a veces es un puñetero cabezota y metomentodo.

—¿Sale a la dueña, entonces?

—¡Qué grosero! Si me acabas de conocer —dijo Rosa, riendo—. En todo caso, perdona que no te haya sabido explicar nada por teléfono, pero es que no me había tenido que encargarme por mi cuenta de nada como esto hasta ahora.

—¿Es que eres de buena familia, Rosa?

—¿Con mi acento? No lo creas.

Si tú supieras, pensó; pero le agradaba la actitud franca de Luke. Ella no era capaz de tratar con personas que no fueran directas y sinceras.

Se dispuso a recibir un bombardeo de preguntas sobre la tienda; pero las preguntas no llegaron. Luke estuvo servicial y encantador, y le explicó todo lo que habría que hacer para poder volver a hacer funcionar el agua y la calefacción de manera segura.

—Te puedo pagar al contado, si te viene bien —le propuso Rosa, con la esperanza de que así le costaría menos.

—Claro que me vendría bien. Gracias —dijo Luke. Se rascó la cabeza, y añadió—: Mira, me figuro que estás empezando con esto, de modo que te voy a cobrar cien libras, todo incluido. ¿Qué te parece?

—Pues gracias, Luke. Es estupendo.

Josh le había explicado que los fontaneros no eran baratos, de modo que aquello le parecía muy razonable.

—Hay una cosa más —añadió Rosa, hablando despacio—. Sé que esto puede parecerte un poco raro, pero ¿te importa que esto quede entre tú y yo, de momento?

—No tiene nada de raro. Está claro que ya te has dado cuenta de que por aquí no te puedes tirar un pedo silencioso sin que salga publicado en la *Gaceta de los Acantilados del Sur*.

—Sí. Me está costando acostumbrarme, después de vivir en Londres. Allí podía andar desnuda por la calle sin que nadie se inmutara.

—Eso me habría gustado verlo.

—¡Oye! Entonces, ¿cuándo puedes empezar?

Rosa se estremeció. En la tienda hacía mucho frío, y todo sería mucho más fácil cuando hubiera calefacción y agua caliente.

—¿Qué te parece ahora mismo? Si tú quieres, se entiende.

—Creo que sí, Luke el fontanero.

Mientras Luke se afanaba en volver a poner en marcha el sistema de calefacción, Rosa siguió pasando la aspiradora y sacando toda la basura al patio de abajo. Con el duro trabajo se olvidó del frío. Al cabo de un rato, Luke la llamó desde la cocina.

—¿Preparada? —le dijo. Encendió una cerilla larga y, con un fuerte *wuus* de la vieja caldera de gas de la cocina de abajo, se encendió una llama piloto.

—Es increíble lo poco que has tardado en ponerlo en marcha —dijo Rosa, emocionada.

—¿Verdad que soy maravilloso? —bromeó Luke—. Para ser sincero, no ha hecho falta purgar mucho los radiadores. Esto tardará un tiempo en calentarse; pero el pequeño Caliente y tú pronto estaréis calientes, calientes, calientes. —Sonrió con su propia broma, y añadió—: Si quieres, puedo quedarme a poner el programador; además, quiero comprobar que todos los radiadores funcionan como es debido.

—Sería estupendo, gracias.

—Pero asegúrate de que hagan una revisión a la caldera; es muy vieja. Vale. —Luke miró su reloj—. No me creo la hora que es ya. Me muero de hambre. Me voy a pasar por el Co-op para pillar un sandwich; ¿quieres tú otro?

—Sí, gracias. Así no tendré que responder a las preguntas de los desconocidos. Traeme cualquier cosa que tenga pollo y un paquete de patatas fritas saladas. Y trae unas bebidas..., ah, y una lata de comida para perros, para Caliente, ¿te importa? Y le gusta un poco de pepino de postre; si lo tienen en esta época del año sería estupendo. Toma.

Rosa fue a su bolsa, contó las cien libras y le dio veinte más.

—Yo invito al almuerzo —dijo.

Cuando Luke se hubo marchado, Rosa abrió el grifo de la cocina. El agua salía caliente. Soltó un suspiro de alivio. Supuso que Josh estaría orgulloso de ella por haberlo resuelto todo por su cuenta. De hecho, ella misma se sentía un poco orgullosa. También empezaba a sentirse algo abrumada. Eran mucha tarea... y ¿qué pasaría si se le terminaba el dinero? Todavía tenía que comprar muchas cosas. Necesitaba un colchón y también un sofá. Además, tenía que traer existencias a la tienda para poder abrirla. Y ahora tenía que pagarse ella misma sus facturas, como una persona mayor. Pero se figuró que el desafío consistía en aquello, y que la persona que le había dado el dinero, fuera quien fuese, había confiado en que se podía hacer con menos de dos mil libras.

Mientras cerraba el grifo del agua caliente y abría la fría para llenar el hervidor de agua, Rosa llegó a la conclusión de que esa

noche volvería a su habitación de la Posada del Barco y empezaría a pensar en lo que vendería. Seb le había dicho que el viejo señor Myers vendía accesorios y cosas variadas, pero tendría que vender bastantes para obtener un beneficio y afrontar los gastos.

Luke llamó a la puerta con suavidad, y ella le volvió a abrir. Le caía bien..., de hecho, la atraía. Hacía un año desde su última relación..., si es que se le podía llamar así.

Había conocido a Greg hacía tres años, en uno de los muchos trabajos que había tenido, el de vender seguros por teléfono por las tardes para un banco. También aquel trabajo le había parecido odioso. Greg era su supervisor, cinco años mayor que ella. Una noche le había pedido que se quedara, y habían terminado follando en el servicio de caballeros. No es que se sintiera orgullosa de aquello precisamente; pero Rosa no había sido nunca dada a contenerse. El sexo le resultaba más fácil que el compromiso. Las emociones hacían daño. Los encuentros informales, no.

En realidad, habían tenido tres meses de juego previo. Salieron algunas noches al pub cercano a su trabajo, en Holborn, y echaron algunos polvos sueltos más en la casa compartida de él. La relación había terminado cuando él le dijo que sus cifras de ventas eran tan bajas que ya no podía seguir ocultándola y que tenía que despedirla.

Había tenido su relación más larga a los dieciséis años. Conoció a Sam Everett en el instituto de secundaria local. Estuvieron juntos dos años. Rosa no sabía verdaderamente cómo era el amor, pero sabía que lo que tenían entonces, fuera lo que fuera, era agradable. Sam le había asegurado su amor eterno y hasta le había propuesto que se casaran cuando él volviera de la universidad. Pero cuando llevaba un mes estudiando en Cardiff le había enviado un mensaje de texto (sí, *un mensaje de texto*) para decirle que lo sentía mucho pero que había conocido a otra persona y que lo suyo había terminado.

Esto, sumado a sus problemas de abandono durante la infancia, no había favorecido mucho su confianza en los hombres, de modo

que después de Sam y hasta que había conocido a Greg, Rosa había tenido una serie de relaciones de una noche. Aunque estos encuentros le parecían divertidos cuando estaba llena de vodka, tampoco le potenciaban mucho la autoestima.

Luke le entregó algo de cambio y le dijo:

—He conseguido volver sin ser visto. De hecho, creo que podría ser el próximo James Bond.

—Me encantaría poder decir que yo sería tu señorita Moneypenny, pero mi presupuesto para poner esto en marcha es bastante reducido.

Los dos se rieron y, seguidos por Caliente, que ladraba, se retiraron a la cocina del fondo, donde Rosa sirvió al teckel su comida. Cortó un trozo de pepino para dárselo más tarde.

—Espero que no te moleste, pero he comprado esto para los dos. Me pareció que te merecías un pequeño regalo de bienvenida, aunque lo hayas pagado tú.

Como un prestidigitador, o como mister Bean sacando las cosas de un picnic, Luke extrajo de su abrigo una botella de Prosecco y unos vasos de plástico. Abrió la botella y llenó los vasos, y Rosa y él fingieron chocar unas copas.

—Bienvenida a la Tienda de la Esquina de la bahía de Cockleberry —dijo Luke—. Que seas muy feliz aquí, sin olvidar al señor Salchicha.

—El señor Salchicha... Me gusta. Y, gracias, Luke; es encantador.

Apuraron los vasos y Rosa empezó a sentirse muy relajada.

—Gracias de nuevo por haberme ayudado, faltando tan poco para la Navidad.

—Un placer —dijo Luke, y volvió a llenar el vaso de Rosa—. Entonces..., ya sé que he prometido no ser cotilla como todos los demás, pero ¿estás aquí para quedarte o solo estás arreglando la tienda para otra persona? Sin ánimo de ofender, pareces muy joven para haber podido permitirte un local como este.

—Creo que me quedaré aquí... Quién sabe. Tengo que sacar esto adelante.

—¿Para ti o para otra persona? —insistió Luke. Encendió un cigarrillo sin pedir permiso y le dio una honda calada.

—Las dos cosas.

—¿Qué vas a vender?

—Ahí está la cosa... No tengo ni idea. No tengo planes. Me acaban de dar las llaves, y aquí estoy.

—¿Te las han dado? ¿Lo ves? Ya decía yo que eras de buena familia.

—No es eso. Alguien que no conozco me lo dejó en su testamento, y...

—No hace falta que me cuentes más.

Luke la miró fijamente a los ojos y Rosa sintió que le devolvía la mirada. Ya confiaba en él, por algún motivo.

—Quiero contártelo —le dijo—. Verás, ni siquiera sé quién me ha dejado este local. Lo primero que pensé fue venderlo sin más; pero las condiciones del testamento no me lo permiten. Cuando llegue el momento, podré entregárselo a otra persona que lo merezca. El trato es ese.

—Bueno, pues no te olvides del fontanero que te arregló las cosas el primer día, ¿vale?

Rosa, incómoda, sintió que se sonrojaba mientras seguían comiéndose los sándwiches.

Cuando ya habían terminado con la botella de Prosecco, Rosa tuvo hipo.

—Me parece increíble; yo tenía que trabajar hoy, pero me has emborrachado. Pero es verdad eso que dicen de que el alcohol te calienta.

—Has hecho mucho esta mañana, ¿por qué no te tomas un descanso? Podrás hacer más mañana. Y, aunque lamento decírtelo, aquí la temporada de venta a los turistas no se pone en marcha hasta Semana Santa; de modo que también tienes que pensar en lo que puede necesitar la gente de aquí.

—Hum. Gracias por el consejo. Pero, venga, vamos a la tienda a ver si ya se ha caldeado con los radiadores.

Luke envolvió la colilla de su cigarrillo en el papel de un sándwich y siguió a Rosa y a Caliente.

—Quizá puedas ayudarme tú a decidir lo que estaría bien que vendiera aquí —dijo ella—. Todavía no he recorrido todas las calles, pero ¿hay algo que falte por aquí?

—Mi madre siempre dice que le gustaría poder ir a algún sitio a comprar flores frescas y tarjetas bonitas... Lo digo por si te sirve de algo.

—Vale. Supongo que tendré que investigar algo más para atraer a las masas, pero lo tendré en cuenta, al menos.

Era un deleite tener algo de calor por fin. Encendió y apagó la luz tres veces seguidas. Luz, refugio y calor: era un buen principio.

—Eres una chica con suerte. Yo daría el brazo derecho por tener un sitio como este. Tampoco sabía que la vivienda de arriba fuera tan bonita. Gracias por enseñármelo. Bueno, ¿qué hora es?

—Casi las cuatro.

—Mierda, ¿tan tarde es? Más me vale ponerme en camino.

Luke empezó a recoger sus herramientas. Bostezó.

—La verdad es que no debería conducir después del Prosecco —comentó—; pero aquí se perdona todo, con tal de que no atropelles a nadie.

CAPÍTULO 6

Era la mañana del día de Nochebuena, y Rosa se despertó con los chillidos de las gaviotas que trazaban círculos sobre la bahía. Tenía la boca seca, y Caliente lloriqueaba pidiendo salir. Rosa buscó el teléfono en la mesilla de noche. Las seis y media.

—Ay, lo siento, chico, debes de estar desesperado. ¿Qué clase de madre estoy hecha?

Saltó de la cama y dejó al perrito en el suelo con delicadeza. Se puso unos pantalones de chándal y un jersey viejo, tomó su chaqueta y se caló el gorro sobre los rizos incontrolados. Como era tan temprano, no se preocupó de ponerse un sostén ni de echarse nada en la cara. Tomó la correa de Caliente y los dos bajaron corriendo por las estrechas escaleras de incendios, a las que podía acceder directamente desde su habitación, que estaba en un extremo del pub.

Cuando llegaron abajo, Caliente estuvo haciendo pis un rato que pareció de diez minutos. Aquello recordó a Rosa que ella no había tenido tiempo de pasarse por el baño de la habitación.

Sacó una golosina canina del bolsillo de la chaqueta, se arrodilló y le frotó vigorosamente la piel con las dos manos.

—Aquí tienes; buen chico. Muy buen chico.

El perrito devoró la golosina y después frotó su cabeza contra la de ella y estornudó.

Rosa se puso de pie. Le parecía increíble haber dormido tanto tiempo. Cuando había vuelto al pub, después de estar con Luke, se había sentido un poco atontada, y pensó echarse una siestecita. La siesta se había convertido en un sueño maratónico de doce horas.

Debía de hacerle falta. Pero ahora tenía una sed terrible y el pobre Caliente debía de estar muerto de hambre.

No tenía ni idea de a qué hora abría ninguna tienda, de modo que puso a Caliente la correa y subieron los dos por la cuesta empinada que iba de la bahía a la calle Mayor. Si había algo abierto, sería el Co-op.

Cuando pasaron ante la Tienda de la Esquina, Rosa sonrió para sus adentros. Ella sabía que todo aquello no sería fácil, y en circunstancias normales, ante un desafío como aquel, ella optaría por echar a correr, pero, como era su desafío, solo de ella, sentía una emoción extraña. La tienda todavía tenía un aspecto muy desangelado, sobre todo porque la noche anterior ella había bajado las viejas persianas húmedas para que nadie pudiera verla cuando estuviera dentro. Pero no tardaría en organizarlo todo y en volver a darle un aspecto acogedor.

Entonces se quedó paralizada por un instante. Durante una fracción de segundo le pareció haber visto una luz en la cocina del fondo. Qué raro. Estaba segura de haberla apagado; pero también era verdad que había estado un poco bebida. No llevaba encima las llaves para entrar a asegurarse, pero volvería a subir para comprobarlo cuando su perro y ella hubieran comido y bebido. Echó otra rápida ojeada y todo estaba ya sumido en completa oscuridad, de modo que podría ser que se lo hubiera imaginado sin más.

—¡Viva, Caliente! ¡Está abierto!

Dejó al perro atado en el exterior y empujó la puerta.

En el supermercado Co-op no había nadie, salvo la mujer de aspecto soñoliento que estaba detrás del mostrador, leyendo una revista, y que ni siquiera levantó los ojos cuando entró Rosa. Esta tomó un batido, un sándwich, algo de comida para perros y un ejemplar de la *Gaceta de los Acantilados del Sur* y llevó la cesta al mostrador.

—Todavía no lo habrán publicado ahí —le dijo la mujer, sin levantar la vista aún—. Ya saldrá en el número de la semana que viene.

—Perdone, no sé qué quiere decir —dijo Rosa, torciendo el gesto.

—El incidente de anoche. ¿No viste el coche de policía delante del Barco?

—Pues... no, no lo vi.

—Pero tú te alojas allí, ¿no?

¿Cómo era posible que una completa desconocida supiera ya quién era ella?, pensó Rosa, molesta.

La mujer siguió hablando sin esperar respuesta.

—Sí, una cosa terrible. La novia del hijo de Sheila quiso bajar a pie desde la estación porque su novio se había retrasado para ir a recogerla; eso me han contado. Y la rozó un coche. Le hizo una mala fractura de tobillo. Y lo que es peor es que el coche no se detuvo; la dejó tirada en la calzada a la pobrecilla. Si no hubiera sido porque Ralph Weeks iba a recoger a otra persona, se habría quedado allí toda la noche. Gracias al cielo que no está haciendo mucho frío para la época del año; si no, podría haberse muerto.

—Oh, no... Qué terrible. Pobre chica.

—Eso es. En Cockleberry no pasan cosas así. La última vez que vi un coche de policía fue cuando la vieja señora Perivale se resbaló con el hielo y la ambulancia no podía entrar por el camino de acceso a su casa.

La mujer soltó una fuerte tos. Una tos que solo podía deberse a haber fumado toda la vida.

—Me llamo Mary, por cierto —siguió diciendo—. Vivo en la casa de la Espuma Marina, con mi abuelita, que es mayor. Eres Rosa, ¿verdad? Eso es —añadió, respondiéndose a sí misma—. Rosa Larkin. Un nombre muy bonito.

¿Es que todos los habitantes de aquel pueblo sabían quién era ella? Rosa se propuso tener más cuidado desde entonces a la hora de hablar en confianza con la gente. Quizá no debiera haberse fiado de Luke; pero el Prosecco le había soltado la lengua, y él le había parecido cálido y auténtico.

Rosa dio a Mary un billete de cinco libras; dijo a Mary que echara los cinco peniques sobrantes en la hucha benéfica a favor de las Ambulancias del Aire y salió de la tienda rápidamente.

Desató a Caliente, le dio una golosina y se bebió el batido de un tirón. Mientras bajaba de nuevo hacia la playa, pensó en Mary. Era un personaje de aspecto interesante. Con el pelo largo y oscuro que le llegaba hasta el trasero y con su cara morena, curtida, parecía la típica bruja de los libros infantiles. Rosa no tenía idea de la edad que podría tener. Era un poco como Seb; era posible que el rostro curtido la hiciera parecer más vieja de lo que era. Pero solo el cielo sabía la edad que podría tener su «abuelita, que era mayor», ya que, aun poniéndose en el mejor de los casos, Mary debía de tener cumplidos los cuarenta. Rosa se dijo que quizá fuera la brisa marina lo que daba energía a la gente de por allí. Al fin y al cabo, el señor Myers, que había llevado la tienda antes de ella, había fallecido con noventa y ocho años.

Cuando llegó a la bahía, echó una mirada al aparcamiento del pub. No había rastro de coches de policía; solo estaba el viejo Golf descapotable blanco de Sheila.

Rosa eligió una piedra adecuada para sentarse, abrió el sándwich y se puso a devorarlo. El sol invernal ascendía entre la bruma y las olas bañaban suavemente la orilla. Aunque tenía frío, Rosa sentía paz. La verdad era que aquel era un lugar muy especial.

Extrajo unas tiras de bacon de su sándwich para que Caliente tuviera algo que picar y le prometió:

—En cuando volvamos te pondré la comida, señor Salchicha.

Aquello no había sido una buena idea, claramente, pues las gaviotas también habían creído que era la hora del desayuno para ellas, haciendo que Caliente se pusiera a ladrar con fuerza y a perseguirlas a cien por hora.

—Chist, hombrecito; la gente sigue dormida.

—Ojalá.

Rosa dio un respingo.

—¡Seb! Me has sobresaltado.

—¿Hoy no toca fritanga en el pub, entonces?

—Hoy no. Tenía que sacar de paseo a Caliente. ¿Está Jet por aquí?

—Sí —dijo Seb, y señaló la orilla del mar, donde Jet perseguía a las olas—. Anoche estuvo rondando por aquí la pasma —dijo a Rosa—. No he querido bajar hoy en la furgoneta por si seguían aquí, ya que después de lo de anoche en el pub seguramente sigo dando positivo. ¿No te apetecía beber algo a ti anoche, entonces?

—Estaba tan cansada que me quedé dormida antes de las siete. La verdad es que me parece increíble. En mi casa no me pasaba nunca.

—Es maravilloso lo que puede hacerte aquí el aire del mar.

—Empiezo a darme cuenta de ello.

Seb se agachó a tomar una piedra y la arrojó hacia el agua. Caliente salió corriendo tras ella.

—En todo caso, si vino la pasma fue porque a la novia del hijo de Sheila la atropelló un coche cuando bajaba de la estación. Qué loca, por esas calles oscuras. —Clavó en Rosa una mirada crítica—. Vosotros, los de ciudad, sois todos iguales..., demasiado impacientes. Podría haberse esperado a que fuera a recogerla.

—Ay, qué pena, ¡es terrible! —Rosa no quiso molestarse en decirle que ya lo sabía—. ¿Está en el hospital, o ya está de vuelta?

—En el hospital. Está claro que se le ha roto la muñeca.

Rosa sonrió para sus adentros. El boca a boca podía ser muy peligroso. A mediodía le dirían que la muchacha estaba enyesada de pies a cabeza.

—¿A qué hora pasó todo eso, entonces? —le preguntó—. Me parece increíble no haber oído nada.

—Ah, a eso de las seis y media, creo; puede que a las siete. —Rosa advirtió entonces que Seb le miraba fijamente la zona del pecho—. Tienes algo de frío, ¿eh?

Rosa se había desabrochado la cazadora cuando se sentó a comer, y los pezones, sin la protección de un sujetador, le

asomaban del jersey. Si hubiera sido Luke el que se lo decía, ella quizá hubiera respondido con una broma en plan de flirteo; pero al tratarse de Seb, que no la atraía ni pizca, le dio un poco de asco.

Se subió rápidamente la cremallera de la cazadora, pensando «tío guarro». Procurando sonreír un poco, llamó a Caliente con un silbido y dijo escuetamente:

—Bueno, tenemos que irnos. Que pases buen día, Seb.

—Ah, voy a tener una mañana agitada en la estación, siendo el día de Nochebuena y tal. Tengo preparadas bastantes empanadas de carne. —Se puso a liarse un cigarrillo—. Entonces, ¿tendremos el gusto de verte en el pub esta noche? Eso espero, teniendo en cuenta que es una de las fechas más destacadas del calendario del Barco.

—Sí, puede ser. Ya va siendo hora de que confraternice con la gente de aquí, ya que he venido a pasar las Navidades.

Consiguió sonreír tras decir esto, aunque pensó que lo más probable era que todos supieran ya quién era ella, maldita sea.

CAPÍTULO 7

Rosa volvió a su habitación y, mientras Caliente devoraba su lata de comida para perros, ella se puso algo de ropa vieja adecuada para hacer trabajos de limpieza. Cuando los dos estuvieron listos, sacó de su bolsa el bolso y las llaves, puso a Caliente la correa y bajó por las escaleras de incendios antes de que Sheila pudiera encontrarla y preguntarle dónde iba. Aunque la noticia sobre la novia de su hijo no era agradable, a Rosa no le apetecía mantener una larga conversación sobre el asunto.

Cuando llegó al borde del aparcamiento vio que Titch caminaba hacia ella, y susurró entre dientes: «Mierda».

—¿Todo bien, Rose?

A Rosa le pareció inútil corregirle el nombre.

—Sí, todo bien; gracias, Titch. Voy a darme un paseo con Caliente. ¿Te importa decirle a Sheila que hoy no voy a querer desayuno?

—Se lo diré. ¿Te veremos más tarde? Aquí siempre hay buen ambiente en Nochebuena, y te puedo presentar algunas de las pocas pollas solteras de la bahía de Cockleberry, si te apetece.

Se cubrió la boca con la mano fingiendo humorísticamente estar escandalizada y siguió andando.

Con Titch, Rosa se estaba sintiendo muy casta por comparación. Desde que había llegado allí no había pensado en el sexo ni una sola vez. En realidad, no era cierto. Si Luke hubiera querido revisarle la fontanería un poco más, ella quizá hubiera accedido a dejarse limpiar las cañerías; pero, francamente, le importaba más

dejar preparada la tienda lo antes posible, y, lo que era más importante todavía, la vivienda también.

Rosa tuvo que subir de nuevo la cuesta empinada para volver al Co-op. A primera hora de la mañana se le había olvidado que necesitaba productos de limpieza; pero aquel día estaba comprometida con el trabajo. Ahora que había pasado la aspiradora por todas partes, pensaba dejar limpios el baño y la cocinilla de abajo, así como el baño y la cocina de arriba. La primera prioridad era poner en marcha la tienda; pero si no contaba con un sitio donde dormir, tendría que estar soltando sesenta libras al día por cama y desayuno en la Posada del Barco, y la verdad era que no quería gastarse ese dinero después del día 26.

Tenía el pequeño problema de la falta de colchón; pero se había traído su propia ropa de cama, y en caso de necesidad podría arreglárselas en el viejo sofá hundido. Había dormido en sitios peores en el pasado, desde luego.

Mary seguía allí detrás del mostrador, sacando cartones de cigarrillos de un embalaje grande. Saludó a Rosa diciéndole:

—No te perdemos de vista por aquí, ¿eh?

Rosa, que había temido el bombardeo de preguntas que se le vendría encima si la atrapaban con las manos en la masa con una cesta llena de trapos, lejía, guantes de goma gruesos y líquidos de limpieza, sabía que tendría que tener preparada una historia para cuando llegara a la caja.

—Había pensado ayudar un poco a Sheila y hacerle algo de compra, con todo lo ocupada que está ahora mismo —dijo.

—Pues ella no suele comprar de marca blanca...

—Pues hoy sí, Mary.

—Entonces, Rosa, jovencita, ¿cuáles son las últimas noticias?

—La verdad es que no lo sé, y tengo prisa. Lo siento.

Mary tosió.

—Deberías venir a ver a mi vieja abuelita. Ella te hará perder la prisa. Dice la buenaventura, ¿sabes? Pero a ti quizá no te haga falta, ¿eh?

Guiñó un ojo, le dio la espalda y siguió poniendo cartones de cigarrillos en el estante que tenía detrás.

Rosa abrió con la llave la puerta principal de la tienda. Con el calor de los radiadores se había acentuado el olor a humedad, y fue a la cocina de atrás y abrió de par en par la puerta que daba al patio.

—Puf, Caliente, hoy vamos a poner ventilación en vez de calefacción, ¿vale? Prefiero pasar frío un rato y empezar a librarme de esta peste a humedad.

Rosa fregó y limpió las cocinas y el baño hasta que los hubo dejado relucientes. Bueno, todo lo relucientes que podían estar una vieja pila de cocina de porcelana y un baño con piezas de color aguacate de los años 70. El retrete de abajo estaba como nuevo. ¡Se podían comer sopas en él! Le encantaba que tuviera una cisterna alta de las antiguas, con cadena, y (¡sí!) al final de la cadena había también una estrella de mar de cerámica.

Se preguntó por qué habría tantas estrellas de mar por todas partes y llegó a la conclusión de que debía de ser por lo de vivir junto al mar. Había visto montones de maquetas de barcos en las ventanas y ya había perdido la cuenta de las casas que tenían nombres de tema marinero.

Cuando Josh la llamó por teléfono solo le faltaba limpiar la nevera de arriba. Se quitó los guantes de goma sudados y se dejó caer en el sofá beis hundido.

—Señor Smith... —le saludó.

—Rosalar. ¿Estás bien?

—No te desmayes, pero llevo horas limpiando.

—¿Cómo? ¿Eres tú la de la escuela de limpieza del «enseñaré a la mesa un plumero y con eso bastará»? ¿Eres tú?

Rosa se rio.

—Sí, soy yo. Y la verdad es que lo he pasado bien. Ha sido muy satisfactorio.

—Ojo, no digas esas cosas, que vas a hacer que nieve el día de Navidad. Pero me parece bien que suenes tan positiva.

—Sí; todo va bien, al menos de momento. Y también espero que te sientas orgulloso de mí, porque..., atiende: la calefacción y el agua caliente están conectadas y funcionan, y ya tengo electricidad.

—Caramba, muchacha. Entonces, ¿localizaste a un fontanero?

—Sí. Apreté los dientes y pedí a Sheila, la del pub, que me recomendara a uno. Y era mono, además.

—¿Cuánto te ha cobrado?

—Solo cien libras al contado... Me ha parecido razonable.

—Sí, ha sido barato; y, sí, estoy orgulloso de ti. Creí que tardarías mucho más en arreglarlo todo, en estas fechas.

—Entonces, ¿vas a venir a vernos?

—Si tú sigues queriendo que vaya. ¿Hay algo que te falte y que necesites desesperadamente?

—Lo que necesito no creo que quepa en tu deportivo de dos plazas, porque necesito un colchón, y también un sofá. El que hay aquí no tiene arreglo. Hasta me da miedo meter la mano por el fondo para ver si encuentro algo de dinero.

—Uno nuevo será caro —dijo Josh, pensando en voz alta—. Quizá puedas mirar anuncios en el periódico o escaparates de ahí.

—No quiero un colchón de segunda mano.

—Hay que ver, ¿desde cuándo te has vuelto tan fina?

Rosa guardó silencio. Estaba claro que Josh no se acordaba de cuando ella le había dicho en confianza que había tenido que dormir en tantos colchones sucios, y a veces mojados, por sus propios accidentes de niña, que se había jurado a sí misma que, cuando se lo pudiera permitir, jamás volvería a tener un colchón de segunda mano. Pero también era verdad que cuando se lo había contado estaban borrachos los dos. A ella le resultaba más fácil contar la verdad sobre sus cosas personales cuando estaba bebida.

—Vale, entendido. Me basta con que vengas tú. Será encantador verte. Me mudaré al piso de arriba el día 26, y dormiré con mi ropa de cama y mi almohada en el sofá; me las arreglaré así hasta que me haya organizado mejor. Pero ¿y tú? ¿Dónde vas a dormir? ¿Te cabe en el coche una cama hinchable y un edredón?

—No te preocupes por mí; ya haré algo. De modo que procura pasar bien la Navidad, ¿entendido? ¿Qué vas a hacer tú?

—Esta noche tomaré algo en el pub con la gente de aquí; después, el día de Navidad, comeré con Sheila y con su familia; aunque el chisme del año es que a la novia de su hijo la atropelló anoche un automovilista que se dio a la fuga.

—Mierda.

—Sí. Todavía no he hablado de ello con Sheila; he querido perderme de vista de momento. No te puedes creer lo cotillas que son todos por aquí.

—Bueno, el lado positivo es que tú ya no eres la última novedad. Rosa se rio.

—No lo había visto por ese lado.

—¿Cómo está Caliente?

—Aquí está muy a gusto. Se ha aficionado mucho a la playa y a perseguir a las gaviotas.

—Ay, qué majo. Bueno, me tengo que poner en marcha. Me voy en coche más tarde a casa de mis padres y todavía no he hecho el equipaje. Mete la mano por ese sofá, nunca se sabe lo que puedes encontrar.

—Qué asco. Vale, conduce con cuidado. Entonces, ¿qué día vendrás?

—Pasaré la noche del 26 con los padres, y después saldré para allá.

—Estupendo; nos vemos entonces, y que pases feliz Navidad.

Rosa se puso los guantes de goma para protegerse y palpó por el fondo del sofá. Siguió hurgando por el lado derecho y, para su desilusión, solo encontró una aguja de hacer punto, un imperdible grande y dos lápices.

—Ni siquiera un penique, Caliente; qué mal.

El pequeño teckel entreabrió un ojo y volvió a quedarse dormido junto a Rosa mientras esta buscaba por el otro lado. Al cabo de un momento notó algo duro.

—Eh, hasta puede que sea una moneda de dos libras.

Pero no era una moneda. Del objeto redondo colgaba una cadena de alguna clase. Rosa tiró con suavidad, extrajo el objeto oculto y se quedó boquiabierto. Pues se trataba de un zafiro enorme, con un hermoso engaste de oro y unido a una cadena algo descolorida, pero que claramente era también de oro auténtico. Se quitó los guantes y lo miró bien. En el borde del engaste estaban grabadas las palabras «Mi querida T». Al darle la vuelta vio otras palabras grabadas con letra muy bonita: «Espérame donde el cielo se junta con el mar».

—Qué romántico —murmuró Rosa. Frotó respetuosamente la joya exquisita con su plumero. Qué suerte tenía T, fuera quien fuera. No tenía idea de la antigüedad del colgante ni de cuánto tiempo llevaba allí el sofá. ¿Era posible que el colgante hubiera estado a la venta en la tienda y que hubiera ido a parar al piso de arriba de alguna manera?

Rosa decidió que se lo enseñaría a Josh para ver qué opinaba. Si valía unas cuantas libras, quizá pudiera venderlo para comprar existencias para la tienda.

CAPÍTULO 8

—**P**orras.

Rosa arrojó el único par de medias que tenía, ahora con carreras, a la papelera que estaba bajo su mesita de noche. Aunque las Navidades no eran su época del año favorita, pensaba que debía hacer un esfuerzo. Había querido ponerse el vestido de lana rojo con minifalda y las botas negras. Se probó el conjunto ante el espejo y pensó: «Que le den, me lo pondré sin medias». Tenía unas piernas bastante bonitas, y sabía que Sheila tendría encendida una buena lumbre en la chimenea, como siempre.

Caliente estaba dormido en el suelo, pero entreabrió un ojo cuando Rosa puso a su lado un masticable de pollo y un cuenco de agua fresca. También quedaba un buen trozo de pepino. Sin hacer caso de su ama, el perrito se abalanzó sobre el pepino de una manera que no tenía nada de mona.

Rosa le acarició las suaves orejas y le prometió:

—No tardaré, chico. Solo me asomaré por allí y volveré en seguida.

Puso algo de dinero en su bolso y bajó al piso inferior. Ya sonaban los villancicos a todo volumen, y el bar estaba lleno a rebosar, aunque solo eran las siete de la tarde.

Seb se plantó inmediatamente a su lado.

—Sí que te has puesto guapa, ¿eh? —dijo, y le pellizcó la nalga izquierda.

—Eh, ¡quieto! Todavía no es Navidad, hermoso.

—Seb Watkins, ten quietas esas manitas —dijo Sheila desde detrás de la barra, y dirigió a Rosa su sonrisa de estrella de cine—.

¿Qué te pongo, preciosa?

—Un Jack Daniel's grande con Coca Cola, por favor, y mucho hielo.

—¿Está todo bien?

—Sí, gracias. Siento no haber podido bajar a desayunar estos dos días. Me pareció que ya tendrías bastante de qué ocuparte, siendo Navidad y... todo lo demás.

—Te refieres a lo de que a Jasmine la dejaron hecha polvo.

—Sí; lo sentí mucho cuando me enteré. Tu hijo debe de estar muy afectado.

—Está con ella en el hospital. La han tenido que operar... Se llevó un golpe fuerte.

Rosa no quiso alargar la conversación preguntándole si la parte afectada había sido el brazo, la pierna u otra cualquiera. Estaba segura de que no tardaría en enterarse.

—Has estado ocupada, ¿verdad? —le dijo la posadera, cambiando de tema—. ¿Quién se iba a pensar que en este pueblo tan pequeño había tantas cosas que hacer?

Dicho esto, se puso a atender a otro cliente antes de que Rosa hubiera tenido ocasión de responderle. Rosa tomó un largo trago de su bebida, preguntándose si todo el mundo sabría ya a lo que se dedicaba. A lo mejor tenían cámaras de vigilancia conectadas con el pub, o quizá hubieran puesto micrófonos en la tienda para enterarse cuando la ocupara alguien.

Ni siquiera se le había ocurrido preguntar a Luke qué iba a hacer en Navidad, pero lo buscó con la vista entre los clientes. Sí que parecía que estaba allí medio pueblo.

Entonces apareció de pronto Titch, como por arte de magia. Llevaba un vestido negro escotado, comparado con el cual el conjunto de Rosa sin medias parecía francamente recatado. La muchacha tenía el habla algo pastosa.

—Bonito vestido, Rose. Ven, ven aquí conmigo. —Tomó a Rosa de la mano, la arrastró hasta la esquina de la barra y le dijo al oído —: Entonces, ¿doy por supuesto que eres joven, libre y soltera?

—Sí; es verdad, pero resulta que esta noche no estoy con ganas de alternar.

—Me gusta, me gusta.

Titch estaba bebiendo pintas de algo que parecía ser sidra turbia. Eructó, dejó el vaso en la barra y le dijo en confianza:

—En este pueblo no hay muchos tipos decentes; esa es la triste realidad. —Se le iluminaron los ojos—. Me encanta cuando llega la temporada turística y se pasa por aquí algún que otro grupo de despedida de soltero, camino de Ulchester. Esos tipos siempre están dispuestos.

—Y ¿qué hay de Seb?

Titch arrugó la nariz.

—¿Qué hay de él? Que es un cabrón pervertido, eso es lo que hay.

—¿Y Luke?

—¿Luke? Yo no conozco a ningún Luke por aquí.

—Ah.

Pero fue imposible seguir hablando. Titch se había puesto a cantar con la música que sonaba. «Feliz Navidad, próspero año y felicidad», vociferó; después, levantó su vaso en alto y se trasladó a hablar con un grupo de personas que estaban sentadas cerca del fuego.

Rosa tomó otro trago y miró a su alrededor. La verdad era que la Posada del Barco era un viejo pub encantador. El fuego ardía alegremente en un extremo de la sala, y el árbol de Navidad, de más de dos metros de altura, estaba hermosamente decorado con adornos de estilo antiguo que ella supuso que Sheila guardaría siempre de un año para otro. El viejo mostrador de madera estaba adornado en toda su extensión con una larga guirnalda de acebo en la que había más luces parpadeantes.

Seguía llegando más gente, sobre todo familias, algunas con niños y otras sin ellos. Eran varias generaciones las que celebraban juntas aquella fecha especial. Las Navidades eran tristes en los asilos infantiles, en realidad. Les daban regalos y una cena de

Navidad; pero, aunque Rosa no había conocido otra cosa, percibía que le faltaba algo. Lo que anhelaba por encima de todo era el contacto humano. A veces abrazaba a su amiga Ellie tan fuerte que esta tenía que ponerse a gritar para que acudiera a rescatarla un cuidador. La pobre Ellie había tenido la suerte de que la adoptaran cuando tenía diez años; hacía un par de años Rosa se había animado a buscarla en Facebook, pero se había encontrado con una página llena de mensajes de pésame. Trágicamente, la muchacha se había quitado la vida.

Rosa había empezado a tener relaciones sexuales a los catorce años. A aquella edad no le parecía que fuera una cuestión de intimidad; lo único que deseaba era sentirse querida. Recordaba la charla sobre anticonceptivos. Se rio cuando les enseñaron a poner un condón a un plátano. Pero, por fortuna, había prestado atención. No estaba dispuesta de ninguna manera a traer a este mundo a una criatura para que esta tuviera que pasar lo que había tenido que pasar ella. Si apenas era capaz de cuidar de sí misma, ¿cómo iba a cuidar de otro ser humano?

Caliente le había hecho cambiar ligeramente de opinión en este sentido; había sido capaz de dedicar todo su amor a aquel perrito de piel suave, y se sentía muy bien cuando él le manifestaba su amor a su vez, lamiéndole toda la cara, apoyándole la cabecita en el regazo o durmiendo a sus pies. Sonrió, recordando cuando lo había visto por primera vez. Lo había oído ladrar en la acera; lo había mirado y había comentado su manera de andar tan graciosa a Karl, con quien estaba trabajando aquel día en una tienda de la cadena Poundworld. La risa se le convirtió en rabia al momento cuando vio que la propietaria del perrito, una mujer con tatuajes, de cara delgada, le pegaba muy fuerte con el extremo de la correa en el pequeño espinazo. Y lo único que hacía el animal era manifestar con ladridos su enfado por estar atado.

Cuando Rosa oyó los aullidos de dolor del perro, su primera reacción fue salir corriendo a rescatarlo, pero algo en su interior le impidió hacerlo. Sabía que no debía consentir nunca más que le

pasara aquello. Se esforzó por mantener la calma y esperó a que la mujer hubiera entrado en la tienda y estuviera distraída con sus compras. Después, buscó su mochila, que estaba bajo el mostrador, pidió a Karl que se ocupara de la tienda, salió a toda prisa y recogió al perrito. Lo ocultó en la bolsa, saltó al autobús, se apeó en Stepney Green y volvió corriendo a casa de Josh tan deprisa como pudo.

Josh, siempre prudente, había dicho que aquello era un claro delito de secuestro canino y que debía devolverlo..., pero al ver las cicatrices y las heridas en el lomo del miniteckel, se apresuró a afirmar que, uno, Rosa había hecho bien y que, dos, el animalito era bienvenido y podría vivir tranquilamente en la casa con los dos.

Seb volvió a aparecer en la barra. Tuvo que gritar para hacerse oír entre la música y la multitud festiva cada vez más numerosa.

—Ya te dije que aquí era donde había que estar en Nochebuena, ¿no es así? ¿Te apetece un tequila?

A Rosa había empezado a hacerle efecto el Jack Daniel's.

—¿Por qué no? Pero invito yo. Me parece que estoy en deuda por el viaje.

Tres chupitos de tequila más tarde, los dos estaban haciendo mucha bulla en la barra.

Seb se reía.

—Para lo pequeña que eres, aguantas bien la bebida —le dijo—. Necesito echar un pitillo, ¿te vienes?

Rosa salió tras él. Aunque no era fumadora propiamente dicha, cuando llevaba unas copas encima no le importaba dar una calada al cigarrillo de otra persona. Como los bancos del exterior estaban ocupados por otros fumadores, Seb la condujo a la playa.

Rosa aspiró hondamente el pitillo hecho a mano que le ofreció él y rompió a toser con violencia.

—Ay, Dios, no me habías dicho que tenía hierba.

—¡No me digas que no te habías fumado nunca un porro!

—Claro que sí; pero, caramba, está fuerte, y podías habérmelo advertido.

Rosa se tambaleó ligeramente y Seb la asió del brazo para sostenerla. Al mismo tiempo, la arrastró hacia él, le subió la mano por dentro del vestido y empezó a meterle los dedos huesudos en las bragas.

—¡Eh! ¡Para! ¡Déjame!

—Pero, yo creía...

—¿Tú creías qué, Seb? ¿Está borracha, de modo que voy a probar suerte con ella en la playa? No tenemos dieciséis años, maldita sea.

Rosa corrió de nuevo hacia el pub; temblaba y le castañeteaban los dientes. Advirtió que se le había olvidado la llave de la puerta de calle y fue a la entrada del bar, desde donde podría subir a su cuarto por el interior. Habían puesto en marcha un karaoke, pero ni siquiera una mala versión de *La última Navidad* era suficiente para que volviera a animarse con el ambiente.

—¿No te apuntas a una canción, entonces? —le dijo Sheila en voz alta, señalándole la pequeña zona que se había habilitado como escenario—. Podrías hacer un dúo con mi Lucas.

Rosa echó una mirada al escenario... y se puso seria.

—¿Lucas es ese?

—Sí, ese es mi hijo —dijo Sheila, guiñando un ojo.

Rosa se quedó mirando a Sheila y sacudió la cabeza en gesto de incredulidad. Lucas los miró, advirtió la presencia de Rosa y dijo por el micrófono:

—Ah, ¡atención todo el mundo! Allí está. ¡La dama de rojo, más conocida por ser la orgullosa nueva propietaria de la Tienda de la Esquina de la bahía de Cockleberry!

Rosa, ardiendo de rabia por todos sus poros, y mientras la cabeza le daba vueltas por la combinación del alcohol y la marihuana, pasó temblorosa ante Sheila, que ahora lucía una sonrisita burlona, subió corriendo a su habitación, recogió todas sus cosas, tomó a Caliente en brazos y se largó por la escalera exterior.

Cuando intentaba meter la llave en la cerradura de la puerta de la tienda, se sobresaltó por la aparición de una persona que dobló la

esquina.

—Vísteme despacio, que tengo prisa —dijo una voz femenina serena y tranquilizadora—. ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy perfectamente, gracias.

A pesar de la oscuridad cerrada, pudo ver que la señora llevaba un pañuelo oscuro que le ceñía completamente el rostro arrugado. Caliente ladraba como loco.

La anciana tomó con suavidad las llaves de la mano de Rosa.

—Ah, una estrella de mar. Eso es bueno —dijo. Pero Rosa estaba tan alterada que no fue capaz de responder siquiera—. Verás, la estrella de mar representa a la Virgen María, a la que también se da el nombre de Stella Maris, que significa Estrella del Mar. Stella Maris cuida amorosamente de la seguridad de los viajes por las aguas turbulentas, y también se la considera símbolo de salvación en los momentos apurados.

La anciana abrió la puerta con un hábil movimiento y entregó las llaves a Rosa.

—No desconfíes de este regalo, Rosa. Te lo dejaron con amor.

Antes de que la muchacha hubiera tenido tiempo de responder, la señora había desaparecido entre la oscuridad, tan deprisa como había llegado.

CAPÍTULO 9

Cuando Rosa se despertó, Caliente le estaba lamiendo la nariz. Sentía punzadas de dolor en la cabeza.

—Feliz Navidad, mi sabueso querido. Tú, al menos, no me has fallado nunca.

Se incorporó torpemente del sofá hundido y se llevó una mano a la baja espalda, que le dolía. Soltó un gemido al darse cuenta de que no se había puesto una sábana y había dormido con las piernas desnudas sobre el sofá sucio. Pero aquel era el menor de sus problemas. Al parecer, Sheila Hannafore, la matriarca de la mafia de la bahía de Cockleberry, no era tan agradable como ella había creído.

¿Cómo se había atrevido a montarle una encerrona como aquella... y con tanta preparación? El falso de su hijo ni siquiera vivía por allí. Y, lo que era peor, ¿cómo se había atrevido él a ceñirse al plan rastrero de ella? Rosa se daba cuenta de que ella misma no había sido sincera con la cuestión de la tienda, pero aquello era asunto suyo. ¿Por qué tenía que enterarse todo el mundo? Al fin y al cabo, no habrían tardado en saberlo. Y saltaba a la vista que el querido, queridísimo Lucas tampoco estaba muy preocupado por su novia. Presentándose en el karaoke... cabría suponer que se hubiera mantenido al margen, en vista de lo que había pasado. «Ay, hola, soy Luke el fontanero», dijo parodiando su voz. ¡El muy capullo y mentiroso!

Abrió de par en par las puertas dobles del final del cuarto de estar y contempló el hermoso panorama. Hacía frío, pero brillaba el sol. Las gaviotas se cernían sobre el cabo, y se veían los barcos que

navegaban por el horizonte como motas blancas. Miró su teléfono y vio que tenía una llamada perdida de Josh. Recordó vagamente que le había llamado antes de acostarse y no había tenido respuesta.

Bajó a la cocina de la tienda, todavía con la ropa de la noche anterior. Tenía té y leche, gracias al cielo; pero eso venía a ser todo, aparte de medio sándwich que le había quedado del otro día y de un paquete de patatas fritas. Se preparó una taza de té, abrió la maleta y se puso unos pantalones de chándal por debajo del vestido; después, se puso la cazadora y subió a sentarse en la terraza de la azotea, acompañada de su leal perro.

La bahía de Cockleberry estaba en silencio, a excepción de los chillidos pertinaces de las gaviotas. Rosa tomó un buen trago de té, exhaló una gran bocanada de vapor en el aire frío y se dejó tranquilizar por el rumor del mar.

Pensó con amargura que todo había sido demasiado fácil hasta entonces. ¿En qué había estado pensando cuando dejó la seguridad que le daba Josh y la casa de Londres? Pero no tenía por qué quedarse allí; podía marcharse. Pero, por otra parte, ¿dónde volvería, en realidad? ¿Qué tenía ella en Londres, aparte de Josh? Sin estudios ni títulos, no conseguiría más que encontrar otro trabajo estúpido y mal pagado. Ni siquiera tenía amigos de verdad desde que se había trasladado al East End; y los que conocía de antes no se habían molestado en seguir en contacto, salvo para hacer algún comentario humorístico en Facebook de cuando en cuando. Sí, había conocido a algunas personas en sus múltiples trabajos, pero no había ninguna a la que pudiera llamar «un amigo de las tres de la madrugada», una persona dispuesta a dejarlo todo para ayudarle en cualquier momento del día o de la noche. Pensó, torciendo el gesto, que hasta podía ser que al propio Josh le diera un poco de pena y que por eso había sido tan amable con ella.

Tiritando, volvió a entrar en la casa y cerró las puertas. En Navidad, sin comida digna de tal nombre y sin tener siquiera un televisor para ver una reposición de *El muñeco de nieve*. Si hubiera

sido capaz de llorar, se habría derrumbado y se habría deshecho en sollozos.

Sentada en silencio en el sofá desvencijado, con la nariz hundida en la piel tranquilizadora de Caliente, empezaron a volverle los recuerdos de lo sucedido en la noche anterior. Hizo un gesto de repugnancia al acordarse de cuando Seb había intentado meterle mano en la playa. ¿Qué demonios se había creído aquel tipo? ¿Acaso le había dado pie ella? ¡No!

Ay, señor, ¿cómo podría volver a salir a la calle en la bahía de Cockleberry sin pasar vergüenza?

Bajó la vista al suelo. Su bolso estaba volcado donde lo había tirado ella la noche anterior, y su contenido estaba esparcido por todas partes. La estrella de mar del llavero estaba apoyada en el rodapié. La tomó y vio que tenía una mancha de barro, de haberla dejado caer en la acera la noche anterior. Cuando se puso a frotarla con los dedos para limpiarla, un claro rayo de luz iluminó toda la habitación. Caliente se puso tenso y ladró.

Rosa lo hizo callar con suavidad y se puso de pie con expresión de desafío en el rostro.

—Que los jodan..., que los jodan a todos. Si unos cuantos mezquinos se creen que van a poder con Rosa Larkin, no saben lo que les espera.

Abrió el grifo de la bañera. Caliente se levantó, acudió a su lado y se instaló en la vieja alfombra verde que servía por entonces de alfombrilla de baño. A Rosa le encantaba darse un largo baño con burbujas, pero de momento tendría que conformarse con agua sola; ni siquiera tenía gel de baño, pues la noche anterior, con las prisas por marcharse del Barco, se había dejado en su habitación la mayor parte de sus artículos de tocador. Pero al menos el agua estaba caliente y la vieja bañera era profunda.

Se recostó y cerró los ojos. Se dijo a sí misma que había superado cosas peores y que aquella era su oportunidad de dar la vuelta a su vida y de asumir el control. Hizo remolinos en el agua calmante que le rodeaba el cuerpo. Aquella era su casa, su casa

propia; y el o la que se la había dejado..., bueno, debía de haber tenido fe en que ella sería capaz de hacerla funcionar. Pero era una lástima que esa persona no se lo hubiera podido decir en el «mundo real».

Volvió a la realidad cuando una de las bombillas de su espejo de tocador de estilo camerino de teatro emitió un leve estallido y se fundió. Ya solo funcionaban cinco de doce; la verdad era que también debía ir a comprar algunas más.

Mientras se secaba con su toalla rasposa de color crema volvió a evocar los hechos de la noche pasada. Ni siquiera se acordaba de lo que había dicho a Sheila, si es que le había dicho algo. De hecho, ni siquiera recordaba la subida de la cuesta. Una de sus trabajadoras sociales le decía siempre: «Cuando entra el alcohol, sale el buen juicio». Rosa se había burlado de ella por decir aquello, por supuesto, pero ¡qué razón tenía aquella mujer! Recordó tantas veces que había riñas, que se había acostado con una persona inadecuada o que, simplemente, había tomado decisiones ridículas, todo ello estando demasiado bebida para pensar con sentido común. Pero a ella le gustaba beber, pensó Rosa soltando un suspiro. Era una escapatoria. Le ayudaba a dormir. Le ayudaba a olvidar.

Cuando se hubo vestido, bajó al piso inferior, sacó el sándwich a medio comer de la nevera de la cocina de la tienda, dio a Caliente algo de pollo del mismo y apuró medio litro de agua del grifo. Notó lo rica que estaba el agua, fría y de sabor limpio, y sabía, de haberlo visto en tantos programas de supervivencia, que le encantaban, que, aunque pasara dos días sin encontrar comida en aquel lugar dejado de la mano de Dios, no se moriría si tenía agua fresca. Pero tendría que procurar encontrar unas sobras para Caliente.

Cuando se disponía a salir la llamó Josh por teléfono.

—Feliz Navidad a mis dos perritos favoritos.

—Ja, ja. Muy gracioso. Dime qué tiene de feliz.

—Huy, huy. Sospecho que aquí hay una resaca de tequila.

—Deja de hacer como que me conoces muy bien; pero, sí: chupitos, un Jack Daniel's y una calada de hierba, y que el fontanero no era quien él había dicho.

—¿Cómo dices?

Rosa le contó toda la triste historia, saltándose el incidente de los dedos huesudos.

—La verdad es que no entiendo por qué diantres se han tomado tantas molestias para enterarse de lo que pasaba —dijo Josh.

—Yo tampoco lo entiendo. Pero tengo que capear este temporal. Desde ahora no diré nada a nadie. En este pueblo hay mucha más gente, aparte de los pocos que ya han querido fastidiarme. Y no tengo ningún motivo para volver a ese pub. Hay otro en lo más alto de la cuesta que se llama la Nasa de Langostas, y Caliente y yo nos hemos propuesto ver cómo está... Ahora mismo, de hecho. Tenemos que ir a buscar comida.

—Ay, Rosa, ¡no me digas que no tienes provisiones!

—Nada. Bueno, una bolsa de patatas fritas. Me preocupo más por Caliente, pero ya sabes cómo soy yo. Cuando se ha vivido en la calle, esto ni siquiera representa un obstáculo; y tengo agua.

Josh, al otro lado del teléfono, puso cara de aflicción.

—Podría intentar pasarme por allí mañana —dijo—; pero mi madre ha invitado a la tía abuela Deirdre y me dice que puede que sea la última vez que la vea.

Rosa se rio.

—Yo-jo-jó... Qué alegría navideña en la casa de los Smith.

—¡Exacto! Ojalá estuviera allí contigo, gozando de la paz y la tranquilidad. Los sobrinitos y las sobrinitas llevan en pie desde las cinco. Mi madre ya está loca de preocupación porque el pavo no estará hecho antes del discurso de la reina. Debería haber salido con mi padre. Lleva dos horas paseando al perro, y estoy seguro de que le vi echarse al bolsillo una petaca antes de salir.

—De pronto me siento mucho mejor.

—Bien. ¿Quieres que busque en Google lo que está abierto cerca de ti?

—Josh, aunque ya no estoy en la gran ciudad, todavía tengo 3G. La verdad es que me has hecho pensar. También tendré que organizar una línea de internet de banda ancha y un teléfono para la tienda —dijo Rosa, suspirando—. Más gastos condenados.

—Bienvenida al mundo real, chica.

—Vamos a dejar el tema, por favor. Caliente y yo tenemos que ponernos a buscar con los cinco sentidos comida y el modo de redimirnos.

—¡Ja! Creo que lo de la comida será más fácil que lo otro. En todo caso, haz lo que puedas, y yo te veré dentro de un par de días. Si te falta algo, dímelo.

—Gracias, y no tires petardos delante de la tía Deirdre.

Rosa puso la correa a Caliente, que ya lloriqueaba, y le dijo:

—Ya sé que tienes hambre, chico; pero lo vamos a arreglar.

Vio con alivio que las calles estaban tranquilas, a excepción de un par de personas más que paseaban a sus perros y que bajaban hacia la playa, en sentido contrario al de ella, y a las que devolvió amablemente sus saludos diciéndoles «feliz Navidad».

Rosa no se sorprendió al ver que el Co-op estaba cerrado, pero vio con agrado que abrían varias horas por la mañana el día 26. Tuvo que dar tirones a la correa de Caliente para evitar que este lamiera las diversas cosas desagradables que se encontraba por el suelo. Siguió subiendo la cuesta y vio que la Nasa de Langostas era otro edificio blanco, antiguo y pintoresco, con toda la fachada adornada con hermosas cestas colgantes con pensamientos. Entre los bancos del exterior había un árbol de Navidad con luces de colores. Pensó que tenía un aspecto mucho más distinguido que el Barco, que era más de batalla. En una de las ventanas estaba puesto un letrero que decía: «Abierto para copas de Navidad, de 12 a 2», y había otro letrero de «No hay habitaciones libres».

Eran las once de la mañana; faltaba una hora para que abrieran. Tendría que encontrar algo de comida para Caliente antes de esa hora. Recordaba vagamente que en el viaje desde la estación había visto una estación de servicio en lo más alto de la cuesta, al girar

hacia la bahía; debía de estar a un kilómetro y medio de donde se encontraban entonces. Un paseo largo para el mimado de Caliente. Quiso buscarla en internet, pero no había cobertura. En vez de reconocer a Josh que debía haber aceptado su oferta, siguió andando. Todavía afectada por la resaca, se detuvo un momento para dar un descanso a Caliente y para recobrar el aliento ella misma. La cuesta era la mar de empinada; y aunque Rosa tenía un tipito estupendo y la juventud de su parte, que le permitía comer lo que quería y cuando quería, era consciente de que no le vendría mal algo de tono físico en algunas zonas. Tanto andar le serviría para ello, sin duda.

Fue entonces cuando se fijó en las bonitas casitas que estaban a ambos lados de la calle estrecha. Una le llamó la atención porque tenía en el exterior, en el alféizar de la ventana, dos hermosos cristales naturales de colores. En un letrero en la pared pintada de blanco decía: «Casa de la Espuma Marina», y recordó que Mary le había dicho que era allí donde vivía con su abuela. La asombraba que la gente pudiera dejar fuera cosas así sin que se las robaran. En cualquier otra parte desaparecerían en cuestión de segundos.

Siguió subiendo la cuesta, preguntándose dónde habrían atropellado a la novia del bueno de Lucas. Podría haber sido en cualquier parte, pues la calle era muy estrecha y no había iluminación digna de mención.

Cuando ya sentía la boca como el culo de un tejón, la imagen de dos coches repostando gasolina ante una estación de servicio fue el espejismo más maravilloso que Rosa había contemplado en su vida. Pero resultó ser real y no un espejismo; y el cartel de Spar en lo alto confirmaba que la estación de servicio no solo estaba abierta, sino que vendían comida.

Ató a Caliente en el exterior, dijo «feliz Navidad» al joven que bostezaba tras el mostrador y empezó a cazar provisiones. Y el verbo «cazar» resultó ser el más adecuado.

Resultaba evidente que aquella era la única tienda de la zona que estaba abierta la mañana de Navidad y que todo el mundo

había tenido las prisas habituales del último momento. Llegó a la caja con una cesta de alambre que contenía comida para perros, leche, zumo de frutas y papel higiénico. Como no había pan, había tomado también una docena de huevos, dos sobres de bacon, una quiche con fecha de caducidad de aquel mismo día, una lata grande de alubias en salsa de tomate y una tableta grande de chocolate.

—¿No me podrías prestar un bol, por casualidad?

El joven vio a Caliente fuera de la tienda y negó con la cabeza.

—Lo siento, querida, pero detrás hay un grifo del que podrá beber.

Rosa rodeó la tienda hasta llegar al lugar que le habían indicado y vertió en el suelo el contenido de un sobre de comida para perros. Cuando Caliente estaba terminando de devorar el último trozo, se detuvo junto a ellos un coche. Una mujer de mediana edad bajó la ventanilla del pasajero, le dio tres monedas de una libra y le dijo: «Aquí tienes, querida. Feliz Navidad, y que Dios os bendiga a los dos».

El coche se puso en marcha antes de que Rosa hubiera tenido tiempo de reaccionar. Con el pelo revuelto y sin lavar, y teniendo que dar de comer a un perro en el suelo, podía parecer una pobre huerfanita sin hogar; pero nada más lejos de la realidad. No: ella era Rosa Larkin, la orgullosa propietaria de la Tienda de la Esquina de la bahía de Cockleberry; y después del fiasco de la otra noche estaba más decidida que nunca a sacarla adelante.

CAPÍTULO 10

Cuando Rosa pasó por delante de la Nasa de Langostas entraba en el pub una familia de cinco miembros. Llevaban puestos sus gorros y bufandas nuevos de Navidad, y sin duda también llevarían debajo sus mejores vestidos o jerseys navideños. Cuando se abrió la puerta pudo ver en el interior otro árbol con decoración imponente y oyó la cháchara de gente que se divertía.

¿Se divertía?

Rosa había leído una vez un tweet de J. K. Rowling que la había hecho asentir con la cabeza: «En esta época del año nos bombardean con imágenes de vidas perfectas, que tienen tan poca relación con la realidad como el oropel con el oro».

A ella sí que le interesaba ver cómo era el ambiente allí dentro, pero no tenía ganas de hablar con nadie, y además tenía muchas ganas de comerse sus huevos con bacon y de tomar un gran trago de zumo de naranja. Como era mucho más fácil bajar la cuesta que subirla, la muchacha y el perro volvieron a la Tienda de la Esquina en nada de tiempo.

Contenta de estar en la que ya consideraba su casa, Rosa subió directamente a la cocina de la vivienda y soltó una palabrota. Sí, todos los armarios estaban impecables... pero vacíos. Josh se había empeñado en que se llevara un par de tazas, vasos, platos y algunos cubiertos, pero ella no se había acordado o no había pensado en los cacharros de cocina. Ni siquiera había una bandeja de horno.

Abrió la quiche y se cortó una porción grande; por suerte, la lata de alubias con salsa de tomate se abría sin abrelatas. Echó dos

cucharadas grandes en el plato y fue a comer al cuarto de estar.

Envió a Josh una foto de la comida con el texto «¡Sin cacharros de cocina ni microondas!». Y él le respondió con el emoji de «las manos a la cabeza». Rosa levantó el vaso de zumo de naranja diciendo: «feliz Navidad, Caliente». Se imaginó que la quiche era pizza y que las alubias con salsa de tomate eran patatas fritas, dos de sus comidas favoritas después de una noche de salir por todo lo alto. Y no sabía si era porque tenía un ataque de hambre por la resaca o porque había descubierto que le gustaban las alubias frías, pero el caso fue que su pequeño banquete le supo muy bien. También se animó mucho al recordar que le quedaba un paquete de patatas fritas saladas en la cocina de abajo, sabiendo, además, que podía tomar café caliente y la tableta de chocolate de postre. ¡Cosas pequeñas!

Caliente también estaba contento, pues Rosa no solo le había comprado sus sobres de comida favoritos sino que, por suerte, había conseguido encontrar dos paquetes de golosinas perrunas en el fondo de la maleta.

No tener televisor se le hacía raro, pero en cierto modo le agradaba; solo le habría servido para recordarle el día que era; y a pesar de que a ella no le gustaba la Navidad ni todo lo que esta representaba, nadie quería estar solo. Como si le hubiera leído el pensamiento, Caliente se acercó a ella y le lamió la mano. Acto seguido, emitió un olor maravilloso y cálido, a cuero (esencia de perro), y se acomodó en el sofá junto a ella, tendido de espaldas en éxtasis, con la barriga al aire.

Rosa, agradecida porque el piso estaba caldeado y acogedor, se recostó en el edredón, que seguía arrugado sobre el sofá desde antes. Después, tomó su bolsa y se puso a contar de nuevo el dinero que le quedaba. Solo el cielo sabía cuánto se habría gastado la noche anterior, exhibiendo su dinero para pagar chupitos de tequila al asqueroso de Seb. Dos mil libras le habían parecido una fortuna al principio; pero ahora que vivía en el mundo real y que no lo recibía todo de Josh a cambio de un alquiler, empezaba a darse

cuenta de que aquella cantidad no era más que una gota de agua en el mar. Había dejado pagado el alojamiento en la Posada del Barco hasta el día 26, lo cual la fastidiaba un poco, porque así perdía ciento veinte libras. Hasta entonces, el dinero se le iba igual que se le venía; contarlo y hacer presupuestos era una cosa nueva para ella. Antes, si tenía lo suficiente para el alquiler y para el teléfono, y no siempre lo tenía, y para unas copas, se las podía arreglar de alguna manera para todo lo demás.

Abrió el teléfono pensando que podría ver algún programa de televisión grabado u oír algo de música; pero no le apetecía nada. Volvió a la cocina de nuevo. Abrió en su iPhone la aplicación de Notas y se puso a elaborar una lista. Cuencos para postre, una sartén, cazuelas, un cucharón de madera, un microondas, comederos para el perro..., y así sucesivamente.

La lista siguiente fue la de la comida. Pimienta, sal, ketchup, mantequilla, pan... Empezaba a darse cuenta de la suerte que había tenido cuando vivía con Josh. Había dado por supuestos ese chorrito de ketchup y ese pellizco de sal que le salían gratis.

Cuando hubo añadido las toallas, un sofá, un colchón y la pintura, y una estimación de las facturas normales de los suministros, ya estaba a cero. Y todo ello sin tener en cuenta que en el primer sobre se hablaba de las tasas sobre los locales comerciales, que no sabía lo que eran, y de los seguros. Josh tendría que ayudarle con esas cosas al día siguiente. También tenía que cambiar el domicilio de su factura del teléfono y abrirse una cuenta corriente en cuanto terminaran los días de fiesta de la Navidad.

Tendría que seguir durmiendo en el sofá y arreglárselas sin colchón hasta que empezara a ganar algún dinero con la tienda, pero solo el cielo sabía cuándo sería eso. Si se compraba un microondas barato se las podría arreglar con una sola cazuela. La pintura y las brochas eran prioritarias; pero también era indispensable que ahorrara algo para comprar existencias, a las que tendría que dar salida rápidamente, o se encontraría con problemas. Lo que menos quería era tener que buscarse un trabajo en el pueblo

para salir adelante. ¡Habría que oír los cotilleos entonces! A ella no le solía importar lo que pensara de ella la gente, pero, después de lo que había pasado en Nochebuena, le parecía importantísimo que la tienda tuviera éxito. Así tendrían que tragarse todas sus palabras. Les daría una lección.

Después de haberse tomado una taza de café caliente y de haber devorado la mitad de la tableta de chocolate de tamaño familiar, empezó a sentir sueño. Cuando empezaba a quedarse dormida, Caliente se puso a ladrar. Iba y venía de la puerta del cuarto de estar, ladrando ruidosamente. Rosa oyó entonces que llamaban a la puerta.

Se levantó despacio, se frotó los ojos y se pasó las manos por el pelo. Miró su teléfono: eran las cuatro de la tarde del día de Navidad; una hora rara para hacer visitas.

Bajó corriendo y, oculta tras el letrero de «Cerrado», dijo en voz alta:

—¿Quién es?

—Soy yo, Mary, la del Co-op.

Rosa abrió la puerta.

—No es que quiera entrar ni nada, es solo que..., bueno..., mi abuelita vio que volvías a pie de la estación de servicio con bolsas, y hemos oído algo de lo de anoche.

Rosa sintió inmediatamente que se le erizaba el cabello. Era el día de Navidad, pero seguía funcionando el tren de los cotilleos de la bahía de Cockleberry. Pero se ablandó cuando Mary le ofreció un plato cubierto de papel de aluminio.

—Una cena de Navidad para ti. Aunque mi vieja abuelita y yo no somos las mejores cocineras del mundo, supongo que estará más rico que lo que llevabas antes en las bolsas.

Mary estaba allí plantada, revolviéndose inquieta de pies a cabeza. Parecía más joven que cuando Rosa la había visto por primera vez en la tienda. Llevaba la larga cabellera negra recogida en un moño, y sus ojos verdes penetrantes quedaban acentuados

por el abrigo de terciopelo verde moteado que le llegaba hasta los pies.

—Me alegro de que estés aquí —dijo a Rosa—. Esta tienda me encantaba. Y mi abuelita y yo queremos desearte buena suerte.

Rosa tomó el plato de sus manos; estaba caliente. Aquella manifestación de bondad humana la conmovía mucho, aunque ella seguía desconfiando por si se trataba de un ardid para sacarle más información. Pero Mary no le hizo más preguntas.

—Muchísimas gracias, y dale las gracias también a tu abuelita, por favor.

—Con mucho gusto. Feliz Navidad, Rosa, y...

Señaló a Caliente, que había olido el pavo y lloriqueaba, apoyaba las patas en las piernas de Rosa e intentaba saltar hacia el plato.

—Caliente; se llama Caliente.

Mary parecía más joven todavía cuando se reía.

—Feliz Navidad, Caliente. Nosotras tenemos un gato. Se llama Merlín. Bueno, la verdad es que se llama Merlinita, por el cristal natural; pero eso es un poco largo para llamarle cuando sale de paseo por ahí.

—Ah —dijo Rosa, dándose cuenta de que no sabía nada de los cristales naturales ni de sus nombres—. Antes vi unos cristales en la ventana de tu casa. Muy bonitos.

—Uno es una piedra, en realidad. Jade lavanda, la piedra de los ángeles. El otro no recuerdo lo que es. Es que la abuelita los va cambiando. En función de nuestras necesidades —le explicó Mary, y tosió.

El plato de comida se estaba quedando frío y Rosa estaba muerta de hambre. Llegó a la conclusión de que ya habían hablado bastante de cristales naturales.

—Qué interesante —dijo con viveza—. Tendré que conocer a tu abuelita para que me lo cuente todo.

—Queenie.

—¿Qué?

Caliente se estaba poniendo pesado, saltando sin cesar.

—Mi abuelita se llama Queenie. Bueno, no se llama así de verdad, pero todos la llaman Queenie.

—Ah. Vale. Bueno, debo marcharme antes de que este me arranque el plato de la mano.

—Hace lecturas, por si te interesa. Cristales, el tarot... Lo que quieras, en realidad.

A Rosa le pareció que Mary era un poco solitaria y que la compañía de Queenie seguramente no le bastaba, sobre todo en un día como aquél.

—Esto..., vale, lo tendré en cuenta. Bueno, gracias de nuevo, Mary, y que pases bien lo que queda de la Navidad.

Pero Mary seguía vacilando. Miraba fijamente la mejilla de Rosa.

—Tu cicatriz... —susurró. Rosa se llevó la mano a ella, sintiéndose avergonzada de pronto, y Mary se apresuró a añadir—: Te sienta muy bien.

—Vaya, gracias.

Nadie le había dicho nunca aquello de su pequeño defecto en forma de rayo.

—Adiós, Rosa. Y pásate con el plato cuando quieras, serás bienvenida.

—Eso haré. Adiós —dijo Rosa. Pero Mary ya se había perdido de vista entre la oscuridad.

Rosa soltó un hondo suspiro cuando consiguió cerrar la puerta por fin. Muy amable, pero *muy* intensa al mismo tiempo.

Gato negro, cristales naturales, buenaventura. La verdad era que no solía encontrarse con esas cosas en la Whitechapel Road de Londres, y, aunque era escéptica al respecto, no podía evitar que Mary le cayera bien. Era otra inadaptada de la vida, una persona compleja..., y Rosa sentía cierta afinidad con ella.

CAPÍTULO 11

Cuando Rosa se despertó el día 26, se sentía mucho más calmada que veinticuatro horas antes. La comida de las brujas de Cockleberry había estado deliciosa, y Caliente había estado más que satisfecho con la parte que le tocó de pavo y de salchichas chipolatas. Se había sumido en un sueño reparador escuchando canciones de Adele en su teléfono, con Caliente acurrucado a su lado; y ni siquiera le parecía que le doliera tanto la espalda esta vez por haber dormido en aquel sofá desvencijado.

No tenía mucha hambre después del banquete de la noche anterior. Olisqueó la quiche caducada para ver si seguía estando buena y se tomó una porción pequeña. Caliente tenía comida en abundancia, y se estaba acostumbrando demasiado a comer en plato de persona. A Rosa se le había olvidado meter sus comederos en la maleta, y tampoco se había acordado de recordar a Josh que los trajera.

El plan para aquel día era bajar a la tienda y darle otra buena limpieza. También investigaría un poco qué podía vender a los turistas y a la gente del pueblo.

Estaba en la cocina del fondo llenando de agua caliente un cubo que había encontrado en el patio trasero, cuando llamaron a la puerta. Chasqueó la lengua, molesta, pues la verdad era que no estaba de humor para soportar interrupciones.

Cuando llegó a la puerta, alguien estaba imitando el sonido de un clarín, y después oyó, fuerte y clara, la voz familiar de su antiguo casero.

—Ha llegado la caballería. Déjame entrar, Rosalar.

Rosa, sin quitarse los guantes de goma, lo abrazó con fuerza, mientras Caliente llegaba a todo correr y le saltaba piernas arriba, como loco.

—Joshua Smith, he de reconocer que nunca me había alegrado tanto de verte —dijo Rosa, de todo corazón.

Josh se inclinó a acariciar al teckel, que temblaba.

—Hola, chico —le dijo con cariño.

—Pero ¿qué haces aquí? —le preguntó Rosa—. Creíamos que venías mañana.

—Y así era. La verdad es que tenía que dormir en un catre de un metro de ancho, y con dos noches me ha bastado y me ha sobrado.

—¿Entonces no ha sido porque creías que necesitaba que vinieras a rescatarme? —dijo Rosa con una sonrisa burlona—. Y ¿cómo se lo ha tomado tu madre?

—La verdad es que a mi madre no le importó. Solo tuve que prometerle que me pasaría a ver a la tía abuela Deirdre en el camino de vuelta.

—Entonces, esperemos que no estire la pata antes de que vuelvas.

—Qué mala eres.

—Si te encanta... Dime, ¿dónde has aparcado? Quería decirte que he visto un aparcamiento en lo que llaman el Llano.

—Lo encontré; pero, por favor, no me digas que esta es la única entrada.

—Eso creo.

—No puede ser. ¿Cómo lo meterían todo aquí? En todo caso, enséñame esto —le pidió Josh, encogiéndose de hombros—. Estoy impaciente por verlo.

Hicieron una visita guiada, acompañados por Caliente. Cuando volvieron a bajar al patio, Josh se adelantó hasta la cerca del fondo, rebuscó y abrió por fin un portón que había estado oculto entre la vegetación.

—Solo le falta una manija, eso es todo —comentó Josh—. Y aquí están también tus cubos de la basura. Y parece ser que tienes tu

propio espacio de aparcamiento. Aunque... me pregunto de quién es esa furgoneta.

Había una furgoneta Transit cubierta por una gran lona verde, aparcada en un ángulo raro; casi tocaba a la cerca.

—Hum. Puede que, como aquí está tan mal el aparcamiento, y la casa lleva desocupada tanto tiempo, alguien lo haya estado usando como si fuera suyo. En todo caso, esto es excelente. Puedo traer mis cosas por aquí. Voy por ellas. Vale; ponte las bragas y ve preparando un té, cariño. El viaje ha sido largo.

Rosa sonreía mientras metía las bolsitas de té en las tazas. Se sentía muy segura con él.

—¡Rosa! ¡Rosa! —dijo Josh en voz alta desde la puerta de atrás—. Mueve el culo y ven aquí un momento.

Rosa fue al patio... y se encontró con un colchón, por encima del cual asomaban las grandes manos de Josh.

—Ay, Josh. Eres un ángel, caray, de verdad.

—Calla, mujer, y échame una mano.

Después de subir el colchón trabajosamente por las escaleras, volvieron a bajar, seguidos por Caliente, que ladraba.

—¡Y un sofá también! Josh, creo que te quiero.

—Ah, y hay más.

Josh desapareció por el portón del patio y regresó con un microondas y una caja de cacharros de cocina usados.

—Por suerte, el dueño de esa furgoneta ha dejado el sitio justo para que yo pueda pasar por un lado.

Pudieron relajarse y tomarse un respiro con sendas tazas de té y sentados en el nuevo sofá a rayas azules y blancas, que no estaba hundido en absoluto,

—No me creo que hayas hecho esto por mí —dijo Rosa, rozando con la mano la rodilla de Josh.

—Nada de esto es nuevo. Has tenido suerte: mi madre estaba tirando cosas, se disponía a llevar los cacharros de cocina y el microondas a la tienda benéfica. Más aún, se había comprado una cama nueva para los invitados que venían por Navidad e iba a tirar

el colchón viejo. Y no tiene ninguna mancha. Mis padres tienen más dinero del que les conviene.

—¿Y el sofá?

—Fui a llevar a la tienda benéfica algunas otras cosas de mi madre, y acababan de llevar el sofá. Como Carlton no trabaja estas Navidades, le pedí prestada la furgoneta y... bueno, y aquí estoy. Te bastará de momento, ¿no? —concluyó Josh, mirándola con cierta inquietud.

—¿Que si me basta de momento? ¡Me encanta! —exclamó Rosa, y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Caray, ojalá hubiera traído más cosas; ahora tendría garantizada una mamada de aquí a la hora de comer.

—¡Eh! Sabes que eso solo te lo hacía cuando no te podía pagar el alquiler.

—¿Has pensado dedicar este local a la prostitución? Tiene una puerta trasera discreta para que entren y salgan los clientes. Con vistas al mar para los fetichistas aficionados a las gaviotas.

Josh dijo esto aparentando seriedad absoluta.

Rosa se rio.

—¿Te imaginas el cotilleo entonces? —dijo—. Se quemarían por dentro de la emoción.

Josh se levantó y dejó su taza en la cocina.

—Espero que no te importe —dijo—, pero no me he molestado en buscar alojamiento. Pensé que podría dormir aquí, ahora que tienes colchón y un sofá decente. Me he traído mi saco de dormir.

—Claro que no me importa, caray —dijo Rosa, guardando la leche en la nevera—. ¿Crees que habrá algún sitio abierto por aquí donde vendan pintura?

Josh trazó con las manos una forma redonda.

—Deja que lo mire en mi bola de cristal.

—Hablando de eso, subiendo la cuesta vive una pareja la mar de rara, una abuela y su nieta. Tienen cristales naturales en la ventana y todo, y un gato negro que se llama Merlín. Pero la nieta es un encanto, me trajo anoche una cena de Navidad.

—Caramba, qué amable.

Rosa se interrumpió.

—Mierda —dijo—, acabo de acordarme de una cosa de la otra noche. Cuando me emborraché, ¿sabes?

—Eso te pasa muchas veces.

—En Nochebuena, tonto. Bueno, pues me estaba costando trabajo abrir la puerta, y apareció una anciana y me ayudó. Me dijo una cosa bien rara de que este local era un regalo o algo así y después se marchó sin más. ¿No decía eso también en uno de los mensajes de la cartera?

—Ay, Rosa, le estás dando demasiadas vueltas. Este local *sí que* es un regalo. Y también se lo dijiste a Luke el Mentiroso. En todo caso, más vale que vaya a mover la furgoneta, estoy cortando el paso.

Josh salió por el portón de atrás y saludó a un hombre de corta estatura y cabello negro que rondaba junto a la furgoneta blanca, diciéndole:

—¿Todo bien, amigo?

—¿Es suya esa furgoneta que está en la calle? —le preguntó el hombre.

—Sí; perdone, ahora voy a quitarla.

—No, no importa. Solo iba a coger una cosa de la mía.

—¿Sabe si este aparcamiento pertenece a la Tienda de la Esquina? —preguntó Josh.

—¿Quién lo pregunta?

—Lo pregunto yo... en nombre de Rosa, de hecho.

El hombre, en vez de responderle, le dio la espalda y retiró la lona verde de plástico que cubría la furgoneta. Josh observó el letrero del costado del vehículo, «L. Hanafore, fontanería y calefacción», y decidió arriesgarse.

—Ah, ¿entonces usted debe de ser Luke..., Luke el fontanero?

—Mire, tengo un poco de prisa. ¿Tiene que aparcar aquí o no?

—Pues sí, ahora sí.

Lucas soltó un suspiro.

—Vale, espere un momento.

Salió marcha atrás y, asomado a la ventanilla, gritó a Josh:

—Está bien, ¿verdad? Rosa, quiero decir.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Dígale que tengo que hablar con ella.

Josh, formando con los labios las palabras «hijo de puta», encendió su motor y vio alejarse la furgoneta blanca cuesta arriba.

CAPÍTULO 12

Cuando volvió a aparecer Josh, Rosa estaba en la tienda.

—¿Estabas hablando con alguien ahí atrás? —le preguntó, curiosa.

—No. Te lo habrá parecido. La furgoneta ya no estaba, y he podido aparcar detrás.

—Ah, vale, qué bien. ¿Qué te parece si subo estas persianas, ahora que ya es de dominio público que estoy aquí, en todo caso?

—Yo, en tu lugar, las dejaría algún tiempo. No querrás que todo el mundo esté curioseando mientras pintas, ¿verdad?

—No; tienes razón. Hablando de pintura, vamos a ver si hay alguna tienda abierta. Ulchester es la población más grande de los alrededores.

—Vale; ¿por qué no nos damos un paseo hasta allí en la furgoneta? Y podemos comer también; habrá algo abierto. Y estoy seguro de que al pequeño le sentará bien un paseo.

Cuando Caliente oyó esta palabra mágica se puso a ladrar.

—Ay, Josh. Sabes que no debes decir esa palabra hasta que estemos preparados para salir.

—¿Qué palabra? ¿Paseo?

Caliente ya estaba fuera de sí.

Josh se rio.

—Vamos, pues, en marcha. No tenemos prisa por ponernos a pintar hoy. Me puedo quedar al menos tres noches... si tú me acoges, claro.

—Querido, siempre te acogeré, y lo sabes.

Josh esbozó una sonrisita y fingió acariciarle los rizos revueltos.

Cuando iban a subir a la furgoneta, apareció de detrás de la esquina Titch, que llevaba una falda corta y botas altas.

—Hola, Rose..., y hola, tú también —dijo, midiendo de pies a cabeza con la mirada el metro ochenta y cinco de Josh.

—Titch, Josh. Josh, Titch.

—Qué calladito te lo tenías —dijo la otra muchacha.

—Pues estoy aquí, ya ves —bromeó Josh. Subió a la furgoneta y se inclinó para abrir la puerta de Rosa.

—Entonces, supongo que deberán darme un premio —dijo Rosa a Titch.

Titch torció el gesto y ladeó la cabeza.

—¿Un premio? No te entiendo.

—Por haber sido capaz de guardar un secreto en este sitio. Que pases un buen día, Titch.

Y la furgoneta se puso en camino cuesta abajo.

—¿Quién es? —preguntó Josh a Rosa con interés—. Tiene un buen par de patas. Y de pecho tampoco va mal.

—¡Josh!

—Solo comentaba.

—Se llama Titch. O es su mote, en todo caso, creo. Trabaja de limpiadora en la Posada del Barco, y también trabaja en una cafetería. No es mala gente; está un poco loca. Estaba allí la otra noche. Y también creo que está un poco obsesionada por los hombres.

—¡Mira quién lo dice, la Virgen María! Casi me esperaba que me dijeras que ya habías tenido un rollito navideño.

Rosa hizo un gesto de desagrado al recordar los dedos huesudos de Seb que intentaban penetrarla.

—¿Ese silencio significa que sí? —la interrogó Josh, frunciendo un poco el ceño.

—Dios, no. Es verdad que Luke me gustaba... hasta que me di cuenta de que se llamaba Judas de segundo nombre.

—No hay caras feas, Rosa; solo hay gente fea.

—Lo que tú digas. Pero, venga, vamos a pintar esta tienda de rojo.

—¿De rojo?

—Conduce y calla, Josh.

CAPÍTULO 13

Los días pasaron volando, dedicados principalmente a un arrebatado de limpieza, de pintura y de trabajo en general para dejar la tienda en las mejores condiciones posibles. Rosa y Josh también habían conseguido pasear a Caliente por varias playas bonitas, y, después, completamente derrengados, pasaban las veladas en casa con cervezas, vino, comida sencilla y charlando de esto y aquello, antes de acostarse por separado y de roncar hasta que las gaviotas los despertaban de su sueño profundo.

Josh procuró que Rosa no se acercara para nada a la Posada del Barco; y, cosa notable, habían pasado toda la semana sin toparse con nadie que les alterara la tranquilidad.

Josh había medido las viejas persianas húmedas y habían conseguido encontrar en una tienda grande de Ulchester otras ya hechas que encajaban perfectamente. Rosa había elegido un color azul huevo de pato para la puerta principal. Josh le recomendó que esperara a que mejorara el tiempo antes de ponerse a pintar los exteriores.

El día de Nochevieja, a Rosa le pareció que ya podía empezar a llenar los estantes de existencias. Pero la gran pregunta era... de qué.

Aquel día, por la mañana, Josh, con los ojos llenos de legañas, entró en la cocina y se la encontró preparado unos huevos revueltos.

—¿Quieres tú?

—Sí, qué rico. Voy a desayunar, y después será mejor que me ponga en camino, supongo —dijo él. Pero no parecía que le

entusiasmará la idea.

Rosa parecía contrariada.

—Es la fiesta de Nochevieja del club de rugby; sabes que no puedo faltar. Y también prometí que me pasaría a ver a mi tía abuela Deirdre.

—Sé que te tienes que ir. Pero ha sido tan bonito tenerte aquí... Y te agradezco de verdad lo mucho que me has ayudado —dijo Rosa, mientras revolvía los huevos para disimular su tristeza.

—Entonces, ¿ya has entendido todas las gestiones que te he ido explicando?

—Sí —dijo Rosa. Se volvió hacia él e hizo una mueca.

—No te pongas así. El seguro es importante; y, en nombre del cielo, ve al banco hoy mismo y ábrete una cuenta nueva. Puedes domiciliar los pagos del gas y demás.

—Lo haré.

—A veces eres como una niña respondona, ¿sabes? —dijo Josh con severidad.

—¿Y...?

—Esta Rosa... Pero no te cambiaría por nada del mundo —dijo Josh, y le dio una leve palmadita en el trasero—. ¿De modo que ese tal Luke solo había venido aquí a pasar las Navidades, eh? —le preguntó a continuación.

—Esto..., sí. Aunque puede que se quede más tiempo, supongo, si su novia sigue en el hospital. Hoy sale la *Gaceta*; estoy seguro de que dirá todo lo que tenemos que saber. ¿Por qué lo preguntas?

—Ah..., por curiosidad.

—Mira, Josh, todo está bien. Yo estaré bien. Quizá estuve hipersensible. La verdad es que cuanto más gente sepa que la tienda se abre, mejor. Necesito todos los clientes que pueda.

Se llevaron el desayuno al cuarto de estar y se sentaron con los platos en las rodillas.

—Porras. Teníamos que haberte comprado un televisor —dijo Josh—. Pero la verdad es que no nos dimos cuenta; por las noches estábamos tan cansados que no nos importaba.

—No me molesta —dijo Rosa—. Si no tengo tele, me concentraré más en el local; y cuando esté preparada para tenerla puedo mirar los anuncios del escaparate del kiosco de periódicos; quizá venda alguien alguna. En cualquier caso, parece que ese es el punto de intercambio más directo de por aquí.

Caliente entró corriendo de la terraza, temblando por el frío intenso.

—Ven aquí, pobre salchichita —dijo Josh. Dejó el plato y tomó al perro en brazos—. Ahora eres el hombre de la casa; no dejes de cuidar de tu mamá. Ay, lo voy a echar de menos.

—Y a mí también, claro.

—Eso no hace falta decirlo, gata loca.

Rosa se puso de pie de pronto.

—¡Ya está! —exclamó—. Ya sé con qué puedo empezar.

—Dime —dijo Josh sin dejar de jugar con Caliente.

—¡Mascotas! ¿Qué es lo que más he visto desde que llegué aquí? ¡Perros! Las brujas de Cockleberry tienen un gato. En el pub había dos gatos. Es genial.

—Ay, Rosa, no puedes vender animales —objetó Josh—. Seguramente hace falta una licencia especial.

—Animales no, tonto; pero sí todo lo relacionado con ellos. Abrigos para cuando hace frío, comida a buen precio, juguetes, espráis para las pulgas. La lista es inacabable. ¿No se suele decir que el sexo, la comida y los animales siempre venden?

—Pues... solo me suena lo del sexo y la comida.

—Bueno, pues ahora serán también las mascotas. Cuando estuve en el Co-op me fijé en la poca variedad que había de comida para animales —reflexionó Rosa—; y estaba muy cara. No hay muchos autobuses a Ulchester, que es donde están los supermercados grandes con precios bajos, y por eso creo que podía haber más mercado local para más opciones con mejores precios. Además, cuando vengan los turistas con sus perros, quizá pueda ofrecer algunos accesorios para perros. Y comederos bonitos..., sí,

a toda persona que le gustan los perros le gusta también tener un comedero bonito. ¿Y cosas de diseño para perros, también?

Los ojos le brillaban de inspiración.

—Vale; puede ser un comienzo. He visto un autoservicio mayorista en Ulchester; ¿quieres que vayamos por algo de comida antes de que me marche?

—No, no. Esto lo puedo hacer yo. Déjame que calcule de cuánto dinero puedo disponer y haré que me lo traigan.

—¿Necesitas algo más de dinero, Rosa?

—No. Esto lo tengo que hacer yo sola, con el dinero que me dejaron. Puedo empezar con poco e ir ampliando. Ahora, vamos..., piensa. ¿Con qué otra cosa podría empezar sin mucho coste?

—¿Con postales y tarjetas de felicitación, quizá? —sugirió Josh.

—Postales no; ya hay demasiadas tiendas que las venden en esta calle. Pero ¿podrían ser regalos? A mí me gustan las cosas tipo baratijas, y serían estupendas para los niños.

—Buena idea —dijo Josh, sonriente—. Mientras mamá y papá miran cosas para sus nenes peludos, sus propios nenes están entretenidos.

—¡Exacto! Pero tendré que ir haciendo pruebas con esas cosas, Josh. ¡Ahora estoy muy animada!

El entusiasmo de Rosa hizo sonreír a Josh.

—La próxima vez que me pase por aquí, la Tienda de la Esquina será como un minihipermercado.

—Esperemos que sea así, ¿eh? ¡Ay, Dios mío!

—¿Qué?

Rosa salió corriendo y volvió al cabo de un instante con algo en la mano.

—Mira esto. Se me había olvidado. Me lo has recordado al hablar de más dinero.

Josh desenvolvió el objeto que le había entregado Rosa envuelto en papel higiénico.

—Huy, Rosa, qué bonito. Y con ese zafiro tan grande me imagino que debe de valer bastante.

—Eso pensé yo. Mira lo que tiene grabado.

—Ay, qué tierno.

—Lo encontré en el fondo del sofá.

—Ya te lo dije —comento Josh con orgullo—. Nunca se sabe lo que se puede encontrar.

—A mí no me parece mal venderla, ¿y a ti? —le consultó Rosa—. El que encuentra una cosa, se la queda, como suele decirse. Será el empujón que me hacía falta.

—Pero no te precipites, Rosa. Antes de nada, yo la llevaría a que la valoraran como es debido.

—Sí; eso haré —dijo ella, y volvió a envolverlo en el papel higiénico. Después, exclamó—: ¡Ay, no quiero que te vayas todavía!

—Vale. Haremos un trato. ¿Y si nos llevamos a Caliente a dar un paseo y comemos después en la Nasa de Langostas? Tienes que explorarlo, y te será más fácil si te acompaño yo.

—Estupendo. Voy a arreglarme.

El pub de la Nasa de Langostas estaba tranquilo, con la calma que precedía a la tormenta de Nochevieja. En el interior había un cartel que anunciaba que aquella noche habría baile de disfraces: entrada a diez libras, con invitación a dos copas de champán y buffet.

—Eso costaría cincuenta libras por lo menos en Londres —comentó Josh, entre bocado y bocado a su pescado frito con patatas fritas.

—Ya lo sé. Las cosas son mucho más baratas por aquí. Y esta comida está riquísima, además. ¿A ti te parece que esos son los dueños? —dijo Rosa, señalando con el tenedor a los dos hombres que estaban tras la barra.

—Puede ser. Han estado muy amables los dos, ¿verdad? Y por su manera de hablar no parecía que fueran de por aquí.

El interior de la Nasa de Langostas tenía más de gastrobar que de local típico de Devon. Había unas pizarras en las que se anunciaba la feria tradicional de la localidad con hermosa caligrafía,

y en un extremo de la barra había un bonito arreglo de flores frescas.

Terminaron de comer y Josh apuró su pinta de cerveza pálida.

—Bueno. Será mejor que me marche, Rosalar. Me espera un viaje largo, de modo que no puedo beber más.

Pero Rosa, que se sentía algo mareada tras una copa grande de merlot, no estaba dispuesta a dar por terminada la fiesta.

—Venga, Josh; la penúltima —insistió.

—Si me tomo una más, tendré que quedarme.

Rosa adelantó el labio inferior y le miró agitando las pestañas.

—Porfa...

Josh se rindió al instante.

—Ay, bueno, vale...

A las cinco de la tarde, Rosa y Josh no solo habían dado cuenta de una botella de vino y de tres pintas de cerveza, respectivamente, sino que se habían sentado en la barra y se habían enterado de que los dos hombres que llevaban la Nasa de Langostas se llamaban Jacob y Raffaele, estaban casados entre sí y habían vendido lo que tenían en Londres para empezar una nueva vida en el suroeste.

Los dos habían podido permitirse una hermosa casa en lo alto del acantilado, en Polhampton Sands, donde pasaban su tiempo libre. Jacob, que tenía un sentido del humor a la antigua, llevaba el bar, y su marido Raffaele ejercía de cocinero. Alyson, la hermana de Jacob, trabajaba en la barra; se hacía cargo del local cuando los dos se tomaban un tiempo libre. Brad, el novio de Alyson, ayudaba a Raffaele en la cocina.

—Me temo que voy a tener que pedir a esta gente encantadora que se marche —dijo Jacob, que estaba limpiando la barra—. Tenemos que prepararlo todo para más tarde; además, me tengo que poner los trapitos. —Se retiró el flequillo castaño con gesto dramático—. Tengo que ser la belleza del baile, evidentemente.

A Rosa ya le caía de maravilla.

—¿De qué te vas a vestir?

Jacob se dio la vuelta.

—Si ves este culo, sé que pensarás probablemente en Kylie, con sus pantalones dorados eróticos. Pero mi maridito y yo hemos optado por ir de Betty Turpin y Bet Lynch. La mejor creadora de guisos y la mejor posadera de la historia.

Rosa puso cara de perplejidad, y Josh se rio con ganas mientras Jacob le explicaba:

—De *Coronation Street*, querida, unos personajes anteriores a tu época, seguramente. Vale, adiós, pues. Feliz Año Nuevo, a menos que vayáis a venir más tarde, claro. Y adiós, pequeño —añadió, saludando con la mano a Caliente, que había estado notablemente callado, durmiendo bajo el taburete de Rosa.

Mientras se ponían los abrigos apareció un joven de buen aspecto con ropa blanca de cocinero. Debía de ser veinte años más joven que Jacob. Este hizo las presentaciones.

—Te presento a Rosa, que es nueva en el pueblo; es la dueña de la Tienda de la Esquina, nada menos; y este es Josh, su *amigo* —dijo, recalcando esta última palabra.

Raffaele les dio la mano.

—Hola, mucho gusto de conoceros a los dos, pero tengo que irme corriendo; lo siento, se me han terminado los pepinillos.

—No te pega quedarte sin pepinillos, querido —le dijo Jacob cuando ya se alejaba, mientras abría la puerta a Josh y a Rosa—. Hora de marcharse, gente. Feliz Año Nuevo.

—Me parece que esto no es buena idea, Rosa.

—Mira, tendré que plantarles cara en algún momento.

—Pero ahora estás borracha —dijo Josh, inquieto—, y ya sabes cómo te pones cuando estás borracha.

—Te he impedido que te vuelvas a tu casa para ir a la fiesta de Nochevieja de tu club de rugby, de modo que no podemos pensar siquiera en quedarnos sentados en el piso sin tener siquiera una tele para ver el *Hootenanny* de Jools Holland.

—Bueno, podríamos volver a la Nasa de Langostas. Creo que allí habrá unas risas. Veremos a los chicos vestidos de mujer.

Josh casi preferiría haberse marchado antes, cuando había dicho, pero Rosa siempre se las arreglaba para manipularlo hábilmente. Habían vuelto de comer, habían alimentado a Caliente y se habían tomado dos Jack Daniel's con Coca Cola; y ahora, allí estaban, caminando con paso firme por el paseo marítimo hacia la Posada del Barco.

Cuando llegaron ya sonaba a todo volumen la música en vivo y el bar estaba abarrotado de jóvenes y de mayores.

Seb estaba apoyado en la barra y cuando la vio sonrió lascivamente.

—La encantadora Rosa. Te he echado de menos.

Rosa sintió un principio de náuseas.

—Hola, Seb, este es mi amigo Josh. Josh, este es el hombre que tuvo la bondad de traerme desde la estación.

—Ah. Ahora lo entiendo —dijo Seb, asintiendo con la cabeza y guiñando un ojo.

Rosa sintió un escalofrío.

—¿Qué es lo que entiende? —dijo Josh en voz baja, apartando a Rosa de allí.

—Por qué lo rechacé la otra noche.

—Ah. Porque no te gustan las barbas; ¿es eso?

—No, los que no me gustan son los gilipollas.

—Ahora estás soltera, Rosa, supongo.

—No seas ridículo, Josh, maldita sea; es Nochevieja.

«Mustang Sally... cabalga, Rosa, cabalga». Lucas había aparecido y se había puesto a cantar a voces al oído de Rosa. En ese preciso momento, el grupo optó por dejar de tocar, y todos pudieron oír la respuesta que le gritó Rosa con voz de haber bebido.

—Vaya, vaya. Aquí está, el hombre que tiene la boca claramente más grande que la polla.

Los que estaban cerca de ellos soltaron risitas. Sheila se acercó al extremo de la barra y le dirigió la palabra.

—No seas así, Rosa. Es la costumbre que tenemos por aquí cuando llega un forastero.

Josh la tomó del brazo.

—Venga, vámonos de aquí.

—No, Josh; tengo algo que decir.

En ese momento apareció junto a ella una joven que caminaba penosamente con muletas. Debía de tener la edad aproximada de Rosa; iba vestida impecablemente; llevaba una melenita corta reluciente y perfecta y tenía una naricilla puntiaguda y el labio superior estrecho. Rosa no se fiaba de las personas que tenían el labio superior estrecho.

—Hola, soy Jas, la pareja de Lucas —dijo—. De modo que tú eres el motivo por el que llegó tarde a recogerme la otra noche. Ya me contó cómo te le insinuaste cuando te arregló la fontanería. Estarás satisfecha, ¿verdad? —añadió, señalándose la pierna enyesada con una de las muletas.

Lucas ya se escabullía a toda velocidad hacia el servicio de caballeros.

—¿Que me insinué! ¡Que me insinué! ¿Cómo te atreves? Ni siquiera me dijo que tenía novia; y no sé si te habrá dicho a ti que a él lo había enviado su madre, solo para que se enterara bien de lo que hacía yo en mi nueva tienda. Espero que te des cuenta de en qué familia te estás metiendo.

Rosa se disponía a dar una patada a una de las muletas de Jas cuando Josh la levantó en vilo, se la echó bajo el brazo y fue sorteando a la gente hasta salir del pub con ella.

La depositó suavemente junto a las rocas del principio de la playa.

—Esto ha ido bien.

—¿Por qué tienes que hacer siempre de mi condenado caballero andante, Josh? Puedo resolver las cosas por mi cuenta. No te necesito a ti.

Chillaba y daba patadas en el suelo como una niña.

Josh conservó la calma.

—Pero a veces tienes que moderarte. No era el momento adecuado para plantar cara a esa gente. Podrías haberlo resuelto

otro día..., cuando estuvieras serena.

—Ni serena ni sereno. Yo no intenté nada con su dichoso novio. Tonteeé un poco, pero nada más; y ¿quién eres tú para decirme que me modere? Pareces otra condenada asistenta social.

—Quizá te estuviera poniendo a prueba ella. Un tío no dice a su novia que otra mujer había estado insinuándosele... Es decirle demasiado. Pero siendo justos, si él llegó tarde porque estaba contigo, y a la pobre tipa la atropellaron, bueno...

—Bueno... ¿qué? No me dijo nada de que llegaba tarde. De hecho, no me habló de ella para nada. En todo caso, cállate, Josh. Don Razonable, maldita sea. Ojalá hubiera bajado aquí yo sola.

Josh se mordió el labio. Sabía que no era posible razonar con Rosa cuando se ponía así.

—¿Te vuelves a la tienda conmigo? —le preguntó.

Rosa contemplaba el mar, dándole la espalda.

—No, no me vuelvo. Son solo las once de la noche, en Nochevieja. Qué cabrón aburrido.

Josh subió hacia el piso caminando despacio, para que ella pudiera alcanzarlo si quería, pero cuando Rosa estaba de esa manera no había quien la detuviera. Le preocupaba lo que pudiera hacer, pero su paciencia también tenía un límite, y ¿qué otra cosa podía hacer, a menos que la llevara en vilo hasta la casa? Rosa era una persona adulta. Pero era una persona adulta atribulada, desorientada; y cuando había bebido le salían a relucir todas sus inseguridades de la infancia, que se derramaban a su alrededor como un fuego artificial descontrolado.

Entró; dejó salir a Caliente un rato para que hiciera pis, y se sentó en la terraza de la azotea. Le llegaba por el aire tranquilo el sonido de la música, y oía canciones y gritos de todas clases. Estuvo tentado de subir a la Nasa de Langostas y celebrar allí el Año Nuevo, pero se lo pensó mejor. Llamó al teléfono de Rosa y oyó el tono de llamada que él conocía bien, que sonaba en el cuarto de estar, donde ella se había dejado olvidado el aparato.

Cuando faltaban diez minutos para la medianoche, Josh no pudo soportar más las dudas sobre los líos en que se pudiera estar metiendo Rosa, y se encaminó de nuevo hacia la playa. No la vio sentada en la piedra de la playa donde la había dejado. Empujó la puerta del pub y cuando quiso darse cuenta lo estaban empujando hacia el exterior con los labios de Titch clavados en los suyos.

En aquel mismo instante paso corriendo Rosa ante los dos.

—¡Nooo! ¡Con ella no!

Josh se liberó del abrazo de la devoradora de hombres y echó a correr tras Rosa.

—¡No era lo que has pensado! —le gritó sin aliento.

—Eso decís siempre los hombres malditos, ¿verdad que sí, Josh?

—Y ¿qué te importa a ti, en todo caso? Antes me has hablado como si fuera una mierda.

Rosa seguía subiendo la cuesta a paso vivo. Se volvió y dijo con tono hiriente:

—No te creas que me importa, Josh. Es que no soporto darles otro tema de conversación.

—Se me tiró encima, Rosa, te lo juro.

—Ya te lo he dicho, no me importa.

Josh la alcanzó y la hizo volverse.

—Quizá con esto te importe —dijo. La asió con fuerza, sin que a ella le fuera posible apartarlo, y la besó con pasión en los labios. Josh sentía que el cuerpo de ella se fundía en el suyo; pero ella, haciendo un esfuerzo mental, pudo liberarse de un tirón.

Le fallaba la voz.

—Ya te lo he dicho, Josh: la verdad es que no me importa.

CAPÍTULO 14

Cuando Josh se despertó de su sueño agitado, Rosa estaba sentada en la terraza de la azotea contemplando el mar. Tenía a Caliente en el regazo; la pequeña cabeza puntiaguda le asomaba por encima del edredón en el que se había arrebujado Rosa.

Josh acercó una silla y se sentó ante ella; le buscó las manos y las tomó en las suyas. Ella desvió la cabeza para no mirarle.

—Creí que vendrías a buscarme a mi piedra anoche —dijo ella.

—Ay, Rosa, eso hice.

—Me dejaste allí abajo.

—Tú me dijiste unas cosas terribles.

Rosa se mordió el labio. Las gaviotas trazaban círculos sobre ellos y chillaban.

—Quisiera ser una gaviota para estar libre de toda esta mierda.

Le rodaban las lágrimas por la cara.

—No pasa nada. No estuviste tan mal, y dudo mucho que alguien recuerde haberte visto. Hasta la posadera parecía bastante bebida.

—Odio este lugar.

—No, no lo odias. Ahora mismo solo te estás odiando a ti misma. Todo saldrá bien, te lo prometo. Mira, entra a resguardarte del frío y haré café para los dos.

Caliente se escabulló mientras Rosa entraba caminando torpemente, todavía envuelta en el edredón.

—Pareces un pingüino —dijo Josh, burlón, y Rosa consiguió esbozar una leve sonrisa—. Ah, aquí está, mi Rosalar de siempre.

—Yo no soy tu Rosalar.

—Bueno, sí, está claro. Porque yo soy... ¿Cómo era? Un cabrón aburrido.

Rosa se llevó la mano a la cabeza.

—Lo siento. Lo siento mucho.

Josh la rodeó con sus grandes brazos, incluyendo al edredón. Ella le apoyó la cabeza en el hombro.

—No me sienta bien beber cuando estoy enfadada, ¿verdad?

—No, Rosa; pero esto ya lo hemos hablado, y estoy seguro de que volveremos a hablarlo. Puede que la próxima vez vayas cuesta arriba en vez de cuesta abajo, ¿no? Al menos, Jacob, el de la Nasa de Langostas, te hará reír.

—Te he estropeado la Nochevieja, ¿verdad?

—Bueno, no cabe duda de que la recordaré.

—Por favor, dime que no buscaste a Titch. Cuando te vi besarla..., bueno...

—Bueno... ¿qué?

—Ay, no importa.

—Te lo prometo. No tuve parte alguna en lo que pasó. Empujé la puerta para entrar a buscarte, y ella se abalanzó sobre mi cara, literalmente, como una mantis religiosa. Tenías razón, es rara. Y ¿dónde estabas tú? Te imaginaba blandiendo la muleta ante la cara resentida de la chica lesionada.

—¿Qué clase de perra era esa también? «Si estoy así es porque tú estabas provocando a mi novio» —dijo Rosa, imitando su voz—. Tía estúpida.

Josh se levantó y fue a hacer café. Cuando volvió a sentarse, Rosa se despojó del edredón, se incorporó en su asiento y dijo:

—Josh, pásame la *Gaceta* un momento, por favor.

El día anterior, cuando se marchaban de la Nasa de Langostas, habían encontrado un ejemplar perdido en su mesa. Rosa, en su estado de ebriedad, lo había tirado sin más en el suelo del cuarto de estar. El titular decía:

Atropello y fuga en la bahía de Cockleberry

Jasmine Simmonds, con domicilio en Chichister Terrace, 9, Londres W9, fue atropellada por un vehículo en marcha hacia las 5:30 de la tarde del 23 de diciembre, cerca del cruce de la calle Mayor con la carretera de Ulchester. El vehículo se dio a la fuga y la policía sigue investigando el caso.

—Ay, Dios; Luke, o mejor dicho, Lucas, se marchó de aquí hacia esa hora. ¿Crees que fue él mismo el que la atropelló? Y, si fue él, ¿por qué no se detuvo a ayudar a su propia novia, a la que había dejado tendida en la calzada?

Rosa soltó un largo suspiro de consternación. Su instinto le decía que había dado con la verdad.

—¿No me dijiste que os habíais bebido una botella de Prosecco?
—le recordó Josh.

—Sí, pero solo una entre los dos.

—Todavía daría positivo, Rosa..., y quizá no se diera cuenta de que se trataba de ella. Ya sabes lo oscuro que está todo por aquí.

—No importa quién fuera; es terrible en todo caso. Imagínate, dejar a una persona allí tendida, herida, y donde la pueden atropellar.

—Sí que es terrible, y la verdad es que me extraña que no se haya pasado por aquí la policía a interrogarte, ya que tú serías su coartada principal.

—Pero ¿por qué iban a hacer eso? Su propio novio sería la última persona de la que sospecharían, ¿no?

—Supongo; pero aun así, creo que deberías dar a conocer tus dudas.

—¿A la policía, quieres decir? De ninguna manera. Me figuro que Sheila haría que me expulsaran del pueblo como a un vaquero solitario si me metiera con la vida de su hijo adorado.

—Pero sería tu deber —insistió Josh—. O sea, ¿qué le debes tú? Nada. Te mintió desde el primer momento.

—No. Ya tiene que sufrir su propia culpa, y Pantaloncitos Chillones no se murió, ¿no? Y seamos sinceros: de todo ello no

saldría nada bueno para mí. Se habrá vuelto a Londres de aquí a nada, y con un poco de suerte no tendré que echármelo a la cara otra vez.

—Vale; pero prométeme que no te tratarás con él.

—Te lo prometo.

CAPÍTULO 15

El piso estaba demasiado vacío y en silencio, con mucho, sin Josh. Rosa se había despedido de él aquella mañana, levantando también en el aire la patita de Caliente para que se despidiera él, y desde entonces había dormido a ratos en su nuevo sofá. Tenía un dolor de cabeza palpitante. Bostezó y miró a su alrededor con ojos legañosos. Había decidido quedarse también con el sofá viejo. Le daría una buena limpieza con algún producto para la tapicería y compraría algunas mantas y cojines de colores para cubrirlo. Pero estos, de momento, eran artículos de lujo, al menos hasta que hubiera vendido el colgante y se hiciera con una cantidad respetable de dinero por fin.

Tenía hambre y abrió la nevera; pero no tenía ánimo para cocinar y volvió a cerrarla. Había en la alacena una pizza fría que Josh no había calentado cuando había llegado a casa la noche anterior. Ella debía de haber perdido el sentido inmediatamente, pues no recordaba nada; bueno, es decir, no recordaba nada *después del beso*.

Estaba tan satisfecha que no había dicho nada. Josh y ella *no* se besaban. A ella le había gustado enrollarse con él un poco de vez en cuando, sí; pero aquello no equivalía a tener una relación. Según lo veía ella, un beso sí que equivalía... y, en todo caso, ella no quería tener una relación con Josh. Era su amigo..., casi su hermano. Y era demasiado serio para ella.

Se sirvió un vaso de leche y llevó la pizza al cuarto de estar; por el camino, abrió la puerta de la terraza a Caliente, que lloriqueaba. Se sentó y se quedó mirando la pared, lamentando ahora no

haberse comprado un televisor. Se sentía con resaca; se sentía vacía. Volvió a la cocina y localizó en la alacena la botella de Jack Daniel's medio llena. Era el día de Año Nuevo... No había otra cosa que hacer, y al menos la haría dormir y olvidarse de la terrible noche pasada.

Horas más tarde la despertó un mensaje de texto de Josh.

En casa. La tía abuela Deirdre sigue viva. Yo también..., apenas. ¿Todo bien, espero?

Rosa se sentía mareada y tenía frío. Se había olvidado de cerrar la puerta de acceso a la terraza, lo cual era bueno para Caliente pero no para ella. Tiritando, fue al cuarto de baño. Mientras orinaba como un caballo, se sujetó la cabeza con las manos. El día anterior había estado muy positiva sobre la tienda; pero aquel día todo le parecía oscuro, de alguna manera. Le resonaba en los oídos el consejo de Josh de que «se moderara». Tenía razón, por supuesto, y ella sabía que el alcohol no era la solución, pero todo aquello era más fácil de decir que de hacer, y aquel día el señor Jack Daniel's era su mejor amigo.

Cuando se estaba lavando las manos, llamaron a la puerta y Caliente se puso a ladrar. Rosa se miró en el espejo de camerino deslustrado y vio que estaba que daba miedo. Tenía el pelo más revuelto que de costumbre, y el maquillaje de la noche anterior le formaba grumos alrededor de los ojos.

Llegó a la conclusión de que no se iba a molestar en abrir la puerta; pero, fuera quien fuera, dejó claro que no estaba dispuesto a marcharse. Rosa, después de limpiarse los churretes de rímel de debajo de los ojos y de enjuagarse la boca con un poco de pasta de dientes, bajó despacio a la planta inferior y llegó hasta la puerta de la tienda.

Con los ojos entrecerrados, y sintiéndose todavía un poco achispada, entreabrió un poco la puerta.

—Rosa, soy yo, Lucas. ¿Puedo entrar, por favor?

CAPÍTULO 16

Josh consultó su teléfono por tercera vez: ningún mensaje de Rosa. Seguramente se habría vuelto a dormir. Le haría una llamada rápida antes de acostarse. En su casa, cerca de Whitechapel Road, entró en el que había sido el dormitorio de ella y sonrió al ver el cuadro que representaba a un hombre desnudo de espaldas, y que ella siempre le decía que lo había comprado en el mercadillo de Shoreditch.

Rosa resultaba cargante a veces, pero él ya echaba de menos su vitalidad, su energía. Era como un caballo sin domar. Bella, pero salvaje. Josh sabía que la solución no consistía en domar a Rosa Larkin. Ella tenía que ser libre y que resolver las cosas por sí misma. Él se limitaría a comprobar que estaba bien más tarde; y, a pesar de sus sentimientos hacia ella, la dejaría en paz un tiempo.

Se tendió en el sofá y, mientras encendía el televisor, recordó el beso de Titch. En el fondo, aquello también le había gustado. No porque fuera Titch en concreto, pero él era hombre, tenía sus necesidades, y ya llevaba demasiado tiempo sin satisfacerlas como es debido.

CAPÍTULO 17

—**E**stoy ocupada, Luke, Lucas, o como te llames —dijo Rosa con voz cansada.

—¿Ocupada? Nadie está ocupado el día de Año Nuevo; y yo también te deseo feliz año. —Caliente le olisqueaba los zapatos—. Y al señor Salchicha, claro. Es que me vuelvo a Londres mañana y quería decirte adiós.

—Vale; pues ya me lo has dicho —dijo Rosa, y empezó a cerrar la puerta.

Luke adelantó el pie para impedirselo.

—Rosa, por favor, no seas así.

Rosa observó su rostro atractivo y sus vaqueros apretados. Recordó la boca pequeña y fruncida que ponía Francine al soltarle que había estado «insinuándose» a su novio. Se sentía lujuriosa y con resaca, y casi hubiera deseado haberlo estado de verdad.

—Pasa, entonces; pero solo cinco minutos. Y no esperes ningún tipo de hospitalidad. Estoy que doy asco, y de bastante mal humor.

Luke le miró el culito bien formado mientras subía las escaleras tras ella. Aquella actitud ardiente y despreocupada de ella le resultaba muy excitante.

Rosa se sirvió otro Jack Daniel's con Coca Cola.

—¿Quieres beber algo?

—¿En serio? No, gracias —dijo Luke, y se sentó—. Sofá nuevo... Qué bonito. ¿Te lo ha comprado tu novio?

—No es mi novio.

—Pues es un tipo fuerte. Cuando me pidió que quitara mi furgoneta, el día 26, pensé que me iba a pegar.

—¿Qué?

—Sí. Yo había aparcado en tu sitio. Le dije que quería hablar contigo. ¿No te lo comentó?

—Claro que sí —mintió ella—; pero ¿por qué iba yo a querer hablar contigo, después de como me habías tratado?

Luke extendió una mano y se la puso en el hombro.

—Tranquilízate, Rosa.

El hecho de que Josh no le hubiera dicho que había visto a Luke ante el portón de atrás no la tranquilizaba en absoluto. A ella no le hacía falta que la protegieran. Se quitó de encima la mano de Luke.

—¿Qué quieres? Escúpelos y vuélvete a tu casa de una vez con esa perra de novia que tienes.

—Eh, ¡no te pases!

—¿Cómo que no me pase? Fuiste tú quien me hiciste beber, quien me sacaste información y quien se lo contaste después a toda la bahía, maldita sea —dijo ella con rabia—. Van a pasarse semanas enteras babeando de emoción con este cuento. Es decir, si no se les ha olvidado lo del atropello y la fuga.

Luke parecía inquieto. Se puso de pie.

—Solo quería decirte cuánto lamento todo aquello. Seguramente te habrás dado cuenta de que mi madre no es una persona con la que se pueda discutir; y... bueno, ella se pensaba que te ayudaría a ti también, pues me dijo que no te cobrara mucho.

—Qué considerado por vuestra parte, caray.

—No hemos hecho daño a nadie, y lo positivo es que ahora, cuando abras, todos acudirán en tropel a tu puerta para ver qué es lo que vendes.

—Solo tenía que habérmelo preguntado. Yo se lo habría dicho cuando estuviera preparada.

—Debes entender que Sheila Hannafore no espera a nadie. No me cabe duda de que mi padre descansa en paz.

Extendió la mano y, al mismo tiempo, dobló un dedo, acariciando la palma de la mano de Rosa. Ella sintió inmediatamente una chispa eléctrica de deseo.

—Hablando de hacer daño, qué terrible lo de tu novia —dijo, retirando la mano—. Qué miedo debió de pasar, tendida de esa manera en la calzada.

—Pues... sí. Pero se va a poner bien. La operaron en el hospital general de Ulchester para arreglarle el tobillo con unos clavos. Si tiene cuidado, pasará seis semanas enyesada, y después hará fisioterapia. Rosa, hablando de eso...

Rosa tomó un trago de su bebida mientras Luke seguía diciendo:

—Es que yo salí de aquí hacia la misma hora en que se produjo el accidente. De modo que, si te lo llegan a preguntar, ¿te importa decir que no salí de aquí hasta las seis? Vi los coches de policía y, como me había tomado una o dos copas de ese Prosecco y no quería que me hicieran soplar, volví a subir hasta aquí y aparqué donde no me vieran.

Miró a Rosa con expresión de súplica.

—Sé que fue una cobardía, pero en aquellos momentos ni siquiera me daba cuenta de que la que estaba allí tendida era Jasmine.

—Entonces, ¿por qué dejaste aquí la furgoneta todo ese tiempo?

—Porque mentí para que no me pillaran por conducir bebido y dije que había venido de Londres en tren desde la estación de Paddington y que iba a recoger a Jas de la estación con el coche de mi madre. Me di cuenta de que cuantas más mentiras decía, más culpable parecía. De hecho, ahora he aparcado la furgoneta al fondo del parque. Esta noche me marcharé discretamente, pues está claro que hoy, precisamente, no habrá ningún policía en treinta kilómetros a la redonda.

Todo aquello parecía muy creíble, y lo cierto era que el otro día había estado muy amable con ella, a pesar de que venía en misión de espionaje. Pero Rosa pensaba que a una pícara no se le engaña, y que se reservaría su opinión, al menos de momento.

Lucas volvió a sentarse en el sofá, a su lado.

—Sé que es mucho pedir, Rosa; y es poco probable que la policía acuda a ti, pero... por si acaso, ¿eh? Y recuerda lo barato

que te salió que te arreglara las cañerías.

La miró fijamente a los ojos verdes con manchurroneos de maquillaje y le puso suavemente la mano derecha en el muslo izquierdo.

Rosa le quitó la mano y pasó la suya por la parte frontal del jersey de él. Mientras lo rascaba suavemente, le susurró:

—Yo no lo contaré si tú no lo cuentas.

Él le quitó el jersey con vehemencia, poniendo de manifiesto que ella ya tenía los pezones en actitud de firmes.

No llevaba ropa interior; no se había bañado desde el día anterior, pero la verdad era que no le importaba. Los últimos días le habían hecho daño y necesitaba que la tocaran. Y sabía por experiencia que un chico como Luke sería capaz de hacerlo de la manera más adecuada.

Cogió un condón que había escondido estratégicamente en el fondo del sofá cuando él entró, se quitó los leggings y buscó la cremallera de él.

—Ni una palabra de esto, ¿eh, Luquitas? —murmuró, llevándose un dedo a los labios.

CAPÍTULO 18

El primer día laborable del año había traído lluvia y viento. De hecho, el viento aullaba con tanta fuerza por la terraza de la azotea que Rosa se había despertado y Caliente lloriqueaba inquieto. Rosa veía cabritillas blancas en las olas de alta mar, y hasta los chillidos de las gaviotas quedaban amortiguados mientras las aves se esforzaban por elevarse y planear por el cielo gris.

Curiosamente, y a pesar de tener una nueva resaca, Rosa se había despertado con ánimo positivo. No lamentaba en lo más mínimo haberse acostado con Luke. El sexo había estado bien, y nadie podría enterarse de ninguna manera. El que estaba siendo infiel era él, no ella. Y reconocérselo a Josh no serviría para nada bueno, sobre todo teniendo en cuenta que le había prometido que no volvería a ver a Lucas. Rosa dio el incidente por archivado. Si volvía a verle, no se hablaría para nada de atropellos con fuga ni de rollitos ocasionales.

Comió y dio de comer a Caliente, y acto seguido se abrigó bien contra la furia de los elementos. El pobre perrito salchicha llevaba días enteros sin darse un paseo como es debido. A Rosa siempre le había parecido una cursilada poner un abrigo al chucho, pero ahora que estaba pensando en convertirse en una magnate de los artículos para mascotas, quizá debería echar una ojeada y ver qué podría venirle bien. En cualquier caso, pobre angelito, aquel día hacía un frío de muerte en el exterior.

Cuando rodeó la esquina ante la playa, una fuerte bocanada de viento estuvo a punto de derribarla de costado, y se apresuró a tomar en brazos a Caliente, que se quejaba.

—No pasa nada, querido —le dijo—. Vamos a entrar en la bahía; puede que ahí estemos más recogidos.

Las olas rompían contra la orilla; eran las más grandes que había visto desde que había llegado allí. Rosa alzó la cabeza hacia la lluvia que caía a raudales y se dejó impregnar por la Madre Naturaleza en su manifestación más furiosa. Tenía que despejarse la cabeza de todo lo que le había pasado en los últimos días, y aquello sería el bálsamo ideal.

Dejó a Caliente en el suelo y se rio al verlo perseguir trozos de madera y residuos del cubo de basura; el viento dispersaba su contenido por todas partes. Cada vez que Rosa intentaba atrapar algo para devolverlo al cubo, el viento volvía a llevárselo por los aires, fuera de su alcance.

Sintió alivio cuando se volvió y se puso a caminar subiendo por la playa sin que recibieran el azote directo del viento. Pero la lluvia seguía metiéndose en los ojos de Rosa, que levantó un brazo para protegerse de lo que ya le parecía granizo. Caliente temblaba a sus pies, y ella lo izó y se lo metió dentro del abrigo.

Pudo percibir, entre el ambiente plomizo, que venía andando hacia ella una persona que sostenía con optimismo un paraguas, al cual el viento no tardó en dar la vuelta, casi llevándose consigo a la mujer que lo portaba, como si fuera Mary Poppins.

Cuando la mujer se acercó a Rosa, esta reconoció los cabellos blancos plateados, ahora empapados como colas de rata, de Sheila Hannafore. La posadera se detuvo y le habló, pero tuvo que gritar para hacerse oír entre los elementos, e incluso así resultaba difícil entender lo que decía.

—Como no esperaba verte en una temporada, me he arriesgado a salir ahora. Toma, toma esto —dijo, entregando a Rosa un sobre—. ¿Por qué no subes y te secas a la lumbre?

Aunque Rosa era reacia a mantener ningún tipo de conversación con aquella mujer, ya estaba tan fría y tan mojada, y sentía temblar a Caliente sobre su pecho de tal manera, que siguió a Sheila hasta

el pub. Antes de entrar, se quedó en el porche y abrió el sobre. Contenía ciento veinte libras en billetes de diez.

—En la barra hay café, querida. Sírvete... y toma una oreja de cerdo para el hombrecito. En el perchero hay una alfombrilla absorbente, de modo que quítate ese abrigo o te vas a quedar helada hasta los huesos. Toma, una toalla para Caliente.

—Gracias; y gracias por devolverme el dinero.

—Puede que yo sea una cotilla y que haga las cosas a mi manera, Rosa, pero no soy una ladrona. Y tú no te alojaste aquí dos noches que tenías pagadas.

—Pero supongo que las dejarías libres, así que...

—No suelo alquilar habitaciones durante la Navidad cuando está aquí la familia —dijo Sheila, mientras empezaba a despojarse de sus prendas mojadas ella también; y añadió—: Está bien; no te preocupes. Bueno —dijo por fin—; estaba haciendo pan, de modo que será mejor que me vaya. Sírvete más café si quieres.

Rosa comprendió que aquello era lo más parecido a una disculpa que podía recibir por parte de Sheila Hannaford, de manera que más le valía aceptarla. Puede que el modo en que había llevado las cosas no fuera «normal», pero ¿cómo se definía lo normal, en todo caso?

Cuando Caliente estuvo seco y hubo terminado de gruñir de alegría mientras custodiaba y daba cuenta de su aperitivo grasiento, Rosa se volvió a poner el abrigo húmedo y se dirigió hacia la puerta, pensando con temor en la vuelta a casa cuesta arriba. Tampoco Caliente tenía ganas de marcharse y tiraba de la correa, intentando llevarla hacia la lumbre. En aquel momento apareció Sheila en la barra.

—En todo caso, ¿qué vas a vender allí? —le preguntó abiertamente.

—Tendrás que esperar para verlo —le dijo Rosa con una sonrisa—; pero estoy segura de que, sea lo que sea, serás la primera en enterarte.

Sheila le devolvió la sonrisa; sabía reconocer cuando había dado con la horma de su zapato.

—Que pases buen día, Rosa. Aquí los martes por la noche tenemos concurso de preguntas, si te interesa. Y viene bastante gente joven.

—Ya veré.

Dicho esto, Rosa volvió a adentrarse en la meteorología ruidosa y empezó a subir penosamente la cuesta para volver a su casa. De tal palo, tal astilla, pensó. En realidad, Sheila Hannafore no había pretendido disculparse con ella. Sabía perfectamente que su hijo era culpable y que Rosa era su única coartada.

CAPÍTULO 19

Rosa acababa de cerrar la puerta de la tienda cuando Josh la llamó por teléfono.

—Caramba, ¿estás viva, entonces?

—Lo siento; anoche me quedé muerta, y ahora he estado paseando por la playa con Caliente. Aquí sopla hoy un temporal.

—Bueno. Vale. Entonces, ¿te sientes mejor con la vida hoy?

—Unos días sin beber y estaré como una rosa. Sheila Hannafore me ha encontrado en la playa, casi se ha disculpado, y me ha devuelto ciento veinte libras por la habitación que no usé.

—Es lo menos que podía hacer. ¿Se ha marchado ya ese capullo de su hijo?

—Pues... no se lo he preguntado, pero supongo que sí.

Rosa intentó quitarse de la cabeza la imagen de Luke y ella dándole como conejos en el sofá.

—Pues mejor. Ahora tienes que concentrarte en ti misma y en la tienda.

—Sí. Esta tarde me pondrán la línea y sacaré el portátil viejo que me diste y emprenderé la misión de buscar existencias. Antes he estado viendo por el teléfono los accesorios para mascotas más raros que te puedas imaginar. ¿Qué te parece un «adorno floral para el trasero de su perrito»?

—¿Cómo dices?

—Viene a ser una flor de plástico que metes en el culo del perro para que no se le vea.

Josh se rio.

—Infame —dijo.

—Pues estoy pensando en comprarme otro para mí.

—Más infame todavía —dijo Josh, riendo con más fuerza—. Pero, en todo caso, es estupendo que estés trabajando en ello. Había pensado que quizá debieras organizar un pequeño evento para la inauguración; que acuda la *Gaceta*.

—Es una idea genial, caray.

—Las tengo de vez en cuando. Bueno, te dejo que sigas. Voy a pasar el resto de esta semana en una convención, de modo que no tendrás muchas noticias mías.

Josh colgó y se recostó en la butaca del despacho de su casa. Lo más probable sería que Rosa ni siquiera se diera cuenta de que él estaba procurando no mantener contacto con ella para darle la oportunidad de valerse por sí misma. Tenía que dejar que se las arreglara sola durante algún tiempo.

Rosa se dio un baño caliente y se puso ropa limpia. Ahora que ya se habían quitado de en medio la Navidad y el Año Nuevo, todo parecía muy real. Miró las provisiones que tenía en la nevera y en los armarios y emprendió la subida hacia el Co-op. Cuando se disponía a entrar, oyó que la llamaban desde más arriba de la calle.

Jacob se afanaba en adecentar las cestas colgantes con pensamientos del exterior del pub. Sin duda habían sufrido con el viento. Cuando Rosa se acercó, advirtió que Jacob cojeaba. Caliente se puso a olisquear entre las patas de los bancos del exterior.

Jacob era muy atractivo para ser un hombre de algo más de cuarenta años. Llevaba cortado a la perfección el cabello negro salpicado de blanco, y hasta con un pantalón de chándal y un jersey seguía emitiendo cierto estilo. Hasta la escayola que llevaba en el pie, y que Rosa ya veía claramente, era negra, a la moda.

—Feliz Año Nuevo a los dos —dijo.

—Feliz Año Nuevo, Jacob. ¿No me digas que el atropellador fantasma de la bahía de Cockleberry ha atacado de nuevo? —dijo Rosa, señalándole el pie.

—No —dijo Jacob, y rio con ganas, dándose cuenta de cuánto apreciaba ya a aquel personaje tan pintoresco—. Me torcí el pie bailando la *Macarena* en Nochevieja con los tacones de diez centímetros de Betty Turpin. Raffaele me dijo que debería haberme quedado con los zapatos de cordones que solía llevar ella; pero, querida, la verdad es que no tengo las pantorrillas para llevar zapatos sin tacón. Y me daba tanta envidia su peluca de Bet Lynch, con sus tetas y sus tacones...

Rosa no pudo contener la risa.

—Perdona —dijo, atragantándose.

Jacob le puso una mano en el hombro.

—La risa es la mejor medicina, querida. Ay, escucha lo que te dice el doctor Jacob. —Se sentó trabajosamente en uno de los bancos—. Qué alivio.

—Déjame que ayude con esto. Sujétalo, haz el favor.

Le entregó la correa de Caliente y se puso a terminar la tarea, replantando los pensamientos arrancados y retirando las hojas y otros residuos.

—Rosa, querida, te quería preguntar una cosa. No había pensado en ti hasta ahora, y sé que estarás ocupada, claramente, preparando la tienda, pero ¿has trabajado alguna vez en bares?

—Eso es como preguntar si el papa es católico. ¡Vaya que sí!

—Excelente. Lo que pasa es que yo no puedo estar de pie mucho rato de momento, y que nos vendría bien algo de ayuda. Alyson, mi hermana, a la que conociste el otro día, se las puede arreglar sin mí, pues esto en enero está más muerto que mi abuela, pero no puedo esperar que trabaje en su tiempo libre; de modo que ¿qué te parecería cubrirnos un par de tardes? Solo de seis a once, los miércoles y los viernes. Te pagaría cuarenta libras en metálico por turno, más las propinas.

Rosa se detuvo a pensarlo. Se había prometido a sí misma no tomar trabajo adicional; pero, como no había vendido el colgante todavía, tendría sentido hacerlo. Además, así tendría ocasión de

conocer a gente nueva y quizá de dar a conocer la apertura de la tienda.

—Vale; pero solo temporalmente, si no te importa...

—Sí, sí, claro. Dijeron que tardarían seis semanas en quitarme esta cosa, pero yo creo que, si hago los ejercicios, no serán más de cuatro.

—Entonces, ¿cuándo quieres que empiece?

—Mañana sería estupendo, si te es posible. Yo puedo irte enseñando los secretos sentado en la barra.

—Vale, trato hecho.

—Eres un encanto, Rosa; es una gran ayuda para nosotros.

—¿Podrá venir también Caliente?

Jacob lo estaba acariciando por debajo de la mesa.

—Claro que sí. Nosotros también tenemos dos chicos, Feo y Pongo, los dos doguillos más hermosos del mundo. El pequeño Caliente puede considerarlo como una salida para ir a jugar con sus amigos.

—Ay, muchas gracias, Jacob, y tengo muchas ganas de conocer a vuestros nenes peludos.

—Feo, Caliente y Pongo... parece un grupo de música juvenil —dijo Jacob, y empuñó una de sus muletas e hizo como que cantaba con un micrófono—. Y gracias por ayudarme con los pensamientos. —No pudo evitar hacer un gesto pensativo al decir *pensamientos*—. Se agradece mucho.

La verdad era que tenía gracia. Rosa bajó de nuevo hacia el Co-op con el paso algo más alegre. Aquel dinero adicional le vendría francamente bien, y ya había decidido que Feo y Pongo serían los primeros invitados de su lista el día de la inauguración.

Mary estaba en el mostrador. Cuando vio a Rosa sonrió.

—Feliz Año Nuevo, querida.

—Lo mismo te digo, Mary; y no me olvido de que todavía tengo tu plato. La comida estaba riquísima, por cierto. Todo un manjar. Lo siento; ha estado de visita mi amigo Josh, y no tuve tiempo de

devolvértelo; después, pensé que te vería en el pub en Nochevieja para haberte dado las gracias antes.

—Ah, yo no bebo, Rosa. La verdad es que no salgo mucho. ¿Y si te dejas caer por mi casa más tarde? Sé que a mi abuelita le encantaría conocerte.

—Hum.

Rosa había pensado relajarse en el sofá, buscando posibles existencias para la tienda en internet; pero Mary no estaba dispuesta a aceptar un no por respuesta.

—No tienes por qué quedarte mucho tiempo, solo tomarte un té con nosotras.

—Vale, entonces.

—Yo termino el turno en el Co-op a las cinco; ¿qué te parece a las cinco y media?

—Perfecto. Os veré entonces.

CAPÍTULO 20

Cuando Rosa llamó tímidamente a la puerta de la casa de las brujas de Cockleberry, estaba en parte emocionada y en parte aterrorizada pensando en lo que podría encontrarse allí dentro. Nunca había tenido que ver con nada sobrenatural, y le parecía que leer el porvenir no era más que un medio fácil para sacar el dinero a seres inocentes y atribulados.

Observó que el letrero blanco y azul con el nombre de «Casa de la Espuma Marina» tenía también una pequeña figura de un caballito de mar. Le pareció que los cristales naturales también habían cambiado desde la última vez que había pasado ante la casa.

Pero ella no había ido a que le leyeran el porvenir; había ido a tomarse una taza de té, a devolver el plato a las señoras y a conocer a la vieja Queenie Cobb, aunque solo el cielo sabía por qué le insistía tanto Mary en que la conociera. Quizá no fuera más que para matar el rato ella misma, entre sus horas de soledad. Si no bebía, ¿qué hacían para divertirse un poco?, pensó Rosa.

Oyó la tos de Mary que acudía hacia la puerta. La abrió y dijo:

—Hola, Rosa. —Bajó la vista y añadió—: ¿No ha venido Perrito Caliente?

—Se ha quedado en casa. No estaba segura de cómo se llevaría Merlín con los perros; porque la verdad es que Caliente no es muy amable con los gatos. Toma tu plato, antes de que se me olvide dártelo.

—Gracias. Y pasa, pasa.

La manera de andar de Mary recordaba a Rosa a la de un pingüino; cargaba sucesivamente el peso de su cuerpo robusto a la izquierda y a la derecha.

La puerta principal daba acceso directamente de la acera a un salón abarrotado de objetos. Había un televisor pequeño en un ángulo y un sofá verde de dos plazas de aspecto cómodo; el sillón del rincón estaba adornado con una manta negra con figuras de soles y lunas y tenía delante un reposapiés desgastado. La repisa de la chimenea relucía con la luz de unas veinte velas. Parecía que en todas las paredes había estantes llenos a rebosar de diversos adornos y de las líneas de libros viejos encuadernados en piel. Sobre la cortina de encaje de estilo antiguo estaba colgado un bonito atrapasueños con plumas.

Rosa, siguiendo a Mary, entró en una cocina más grande, cuya pieza central era una mesa cubierta de un mantel negro y con una silla a cada lado. Aunque la cocina era muy antigua, con muebles de formica y el suelo original de losas de piedra, estaba impecablemente limpia.

—Esta casa tenía la distribución primitiva, con dos piezas abajo y dos dormitorios arriba. Cuando vino a vivir la abuelita, se las arreglaban con una tina de estaño y un retrete exterior. Cuando llegó mi madre, Ned (ya sabes, Ned, el que tenía tu tienda) puso un cuarto de baño. O sea que ahora tiene tres piezas abajo y dos arriba.

—¿Sigue viviendo tu madre por aquí? —le preguntó Rosa. Aquellas historias la fascinaban

—Murió, Rosa.

—Ay, Mary, lo siento mucho. Debías de ser muy joven.

—No llegué a conocerla. Murió al tenerme. —Mary echó la cabeza hacia atrás para poner freno a las lágrimas que le pugnaban por salir. Añadió con voz tenue—: La echo de menos todos los días, a pesar de no haberla conocido, si es que eso tiene sentido.

—Todo el sentido del mundo. ¿Y tu abuelo?

Mary se aclaró la voz y dijo:

—No lo conocí. Me crio la abuelita. Por eso estoy aquí ahora. Yo creía que, con sus noventa y tres años, podía estar funcionando algo peor y que me necesitaría; pero... bueno, ya la verás.

Su leve risa se convirtió en un largo ataque de tos.

Rosa no se atrevió a hacer más preguntas. Nunca se le daba bien afrontar emociones; y ella, al menos, no tendría que sufrir el duelo de haber perdido a su madre..., al menos, en el sentido tradicional.

Salvó la situación el ruido de la cisterna del retrete, pues en ese momento apareció Queenie Cobb, que salía del baño que daba a la cocina. Llevaba puestas unas gafas oscuras.

—Basta ya de ñoñerías, Mary. A Rosa no le interesan esas cosas.

Rosa pensó con cierto nerviosismo que, si las palabras mataran, la nieta de Queenie estaría soltando su último aliento.

La anciana tenía la piel muy morena y su rostro estaba surcado de líneas profundas. Tenía los labios agrietados, y llevaba los largos cabellos grises recogidos en un moño. Rosa se preguntó por qué llevaría gafas oscuras dentro de la casa.

—Hola. De modo que es a usted a quien tengo que agradecer que me abriera la puerta de la Tienda de la Esquina la otra noche —dijo Rosa.

La anciana negó con la cabeza.

—Debes de estar equivocada, querida. Yo no volveré a salir de esta casa más que con los pies por delante.

Mary se apresuró a intervenir, diciendo:

—La abuelita ya tiene la vista fatal; está casi ciega. ¿Quieres un té, Rosa?

—Te puedo leer los posos del té, si quieres —dijo la anciana. Se dejó caer con cuidado en una de las sillas de la mesa de la cocina, soltando, al hacerlo, un leve pedo por debajo de las varias capas de faldas que llevaba.

—Ah, no, déjelo —dijo Rosa precipitadamente—. La verdad es que no soy aficionada a esas cosas.

—No debes tener miedo —dijo Queenie, asiendo la mano de Rosa—. Lo único que hay que temer es al miedo mismo, ya lo sabes.

Rosa percibió que la anciana no iba a aceptar un no por respuesta. Queenie señaló la silla que estaba frente a ella.

—Vamos; sientate, querida.

Mary, jadeante, dejó sobre la mesa una tetera llena. Sacó de debajo un taburete y se instaló en él; sus grandes nalgas se derramaban por los dos lados.

—Déjame que me siente yo allí —se ofreció Rosa.

—No, no. Eres nuestra invitada; ni soñarlo.

Las tazas no tenían asa, y Queenie se llevó la suya a la boca con las dos manos temblorosas, mientras decía:

—Resulta refrescante tener una cara nueva por aquí. Los jóvenes suelen marcharse cuando llegan a cierta edad. Todo esto les parece un poco aburrido. Pero tú tienes enfoque. Te puedes quedar.

—Ah.

Aquello no animaba a Rosa precisamente; pero no tenía que quedarse en la bahía de Cockleberry para siempre, solo hasta conseguir que la tienda fuera un negocio en marcha para sacarle algo de dinero; después, se la pasaría a otra persona que se la mereciera.

—Dotty era amiga mía, ¿sabes? Bueno, lo fue durante algún tiempo, en todo caso. Hasta...

La anciana alzó la vista al techo.

—¿Dotty? —repitió Rosa.

—Dorothea, la de la Tienda de la Esquina —apuntó Mary.

—Ah, vale.

—La mujer de Ned —añadió Queenie.

—Venga, abuelita, vamos a hablar de otra cosa. A Rosa no le interesan estas cosas.

Ahora le tocaba a Mary intentar cambiar de tema. Rosa no comprendía la causa de la agitación de Mary. Parecía muy nerviosa. Era lógico que su abuela se alterara por la pérdida de una amiga. A

Rosa le interesaba enterarse de más cosas sobre su predecesor y su vida, y le sorprendió que nadie le hubiera hablado hasta entonces de Dorothea.

—Una mujer tan encantadora... Qué pena...

—¡Abuelita! —exclamó Mary.

—Entonces, ¿qué vendían Dotty y Ned? —preguntó Rosa, intentando aliviar la situación.

—De todo y cualquier cosa, en realidad. Era como una tienda mágica. Si te hacía falta hilo de algodón para tu máquina de coser, o un tacón para la bota, o incluso una botella de leche en el último momento, parecía que Dotty siempre lo tenía. Cuando ella... —Queenie respiró hondo—. Cuando ella murió, él siguió llevando la tienda tal como ella lo habría querido.

—Qué bien.

Queenie siguió contando:

—Antes de que llegara ese condenado supermercado Co-op teníamos dos carniceros, un pescadero y una florista. Ya habrás visto que ahora solo queda un carnicero, Alfie Davies. Siguió llevando la tienda después de su padre, el viejo Bill; a mí me parece que no es tan bueno, pero nosotras seguimos comprando allí las chuletas de cerdo, ¿verdad, Mary?

Mary asintió con la cabeza.

—La verdad es que yo no quería que Mary trabajara en ese dichoso supermercado; pero aquí hay unas necesidades, ¿verdad, Rosa? Y, lo que yo digo, ¿quién quiere estar encerrada con una anciana como yo, veinticuatro horas al día y siete días a la semana?

Queenie levantó la mano y apoyó los dedos huesudos en la cara de Rosa. La palpó, y le tocó por fin la cicatriz.

—Ya veo —murmuró para sus adentros; después, dijo en voz más alta—: Eres muy hermosa, ¿verdad?

—Ay, abuelita, qué cosas tienes —dijo Mary, que parecía fuera de sí de vergüenza. Rosa, que no tenía claro cómo reaccionar, siguió quitándose hojas de té sueltas de los dientes. En cuanto hubo terminado, Queenie se apoderó de su taza vacía.

—Deja que te lo mire —dijo.

Rosa no se atrevió a preguntarle cómo podía mirarlo si no veía bien. Sin quitarse las gafas oscuras, y como si le hubiera leído el pensamiento, Queenie gruñó:

—Puedo percibir las siluetas, y tocar.

En aquel momento, Rosa se quedó completamente sobresaltada al abrirse de golpe la gatera y aparecer el gato negro más grande que había visto ella en su vida. Fue directamente a su comedero, que estaba en el suelo, con croquetas para gato; se zampó algunas y después, sin previo aviso, le saltó en el regazo, haciéndole doblar las rodillas y llenándole la boca de pelos.

—Merlín, abajo —dijo Mary, intentando expulsarlo de encima de Rosa, que, algo agitada, se quitaba de los labios no solo hojas de té sino pelo de gato.

—Le gustas —dijo Queenie, sonriente—. Y los animales saben juzgar muy bien el carácter, ¿sabes?

Merlín profirió un curioso gruñido y se retiró por fin a su cesta, que estaba en el rincón de la cocina, y se puso a asearse ruidosamente.

La anciana había empezado a mover las manos en círculo sobre la taza de Rosa y, sin previo aviso, emitió un sonido, entre silbido y quejido, que hizo soltar a Merlín un maullido ensordecedor, y a Rosa casi le hizo dar un salto hasta el techo.

—No pasa nada, Rosa —susurró Mary—. Los dos hacen eso todas las veces.

Rosa, que comprendía que seguramente sería más fácil escaparse de un campo de prisioneros de guerra que de donde estaba ella, se quedó inmóvil en su asiento esperando a oír lo que le dijeran.

Queenie miró el interior de la taza de Rosa. Después, extendió el brazo sobre la mesa y tomó la mano de Rosa.

—Veo papeles, un fajo de papeles. —Queenie titubeó un momento, como si esperara que Rosa dijera algo—. Recuerda siempre que la culpa fue del amor. Las sirenas lo saben.

Queenie le soltó la mano y empezó a hablar de nuevo.

—El de cabello oscuro y liso; una vida torcida. Pero la culpa no es de él esta vez... —Empezó a hacer girar las manos de nuevo sobre la taza—. Veo muchos animales.

Rosa ya empezaba a perder interés. Estaba claro que habían contado a Mary lo de Luke, y saltaba a la vista que a ella le gustaban los animales, pues todos podían ver cuánto significaba Caliente para ella.

—No te dejes engañar por el alto... —le advirtió a continuación la anciana.

Rosa pensó que, si lo decía por Josh, ella sabía que aquello era una tontería, en realidad. Josh no le mentiría nunca. Aunque también era verdad que el otro día no le había dicho nada de que había visto a Luke, y a ella se le había olvidado preguntarle por qué. La anciana siguió adelante a gran velocidad.

—Sé generosa con tu energía, Rosa, y tus ángeles te guiarán. Cree en ti misma y la felicidad encontrarás. Come bien, pero bebe menos. Mucho menos.

Mary estaba inmóvil como si fuera de piedra; hasta Merlín se estaba echando una siesta con un ojo abierto. Pero la anciana señora Cobb no había terminado aún y, cuando oyó que Rosa se revolvía inquieta en su asiento, gritó:

—¡Espera! —Esta vez dio un salto hasta la propia Mary—. No llegues a conclusiones precipitadas.

Abrió de pronto los ojos y miró fijamente a Rosa. Volvió a hablar con voz suave.

—Tienes un buen futuro por delante, querida. No lo desaproveches.

—Si evito a todos esos hombres, evidentemente —dijo Rosa, sin que viniera muy a cuento.

—¿He dicho algo de algún hombre, Rosa?

Aunque Rosa no estaba segura de si era lo que debía hacer, dio las gracias a Queenie y le preguntó tímidamente si le debía algo.

—Rosa, por favor; claro que no. Te he invitado a esto. Pero, cuando estés dispuesta, a Merlín le vendría bien una correa nueva.

—Yo..., esto... ¿Una correa?

—Sí, mi Mary lo saca de paseo a veces. A él le encanta, vaya que sí.

Mary asintió con la cabeza con energía.

—Bien, entonces Merlín tendrá la mejor correa para gato del mercado. ¿Cómo ha sabido que yo pensaba vender productos para mascotas?

—¿He dicho eso? Creo que no. Basta de preguntas, querida niña. Por favor, solo dime que ya te marchas, pues la verdad es que me vendría bien una siesta.

—¡Abuelita!

—Ay, chist, Mary. Ya sabes lo que me cansa esto.

Rosa se puso de pie.

—No importa, en serio. En todo caso, ya tenía que volver con Caliente.

Queenie Cobb se levantó de su silla poco a poco. Apoyando ambas manos en la mesa para estabilizarse, dijo en voz baja:

—Si encuentras el colgante, no lo vendas, Rosa.

Rosa se quedó boquiabierta.

—Pero... ¿Cómo...?

La anciana le señaló, agitando el dedo.

—Guárdalo en un lugar bien seguro y no hables de él a nadie. A nadie.

Aliviada de encontrarse de nuevo en la tranquilidad de la vivienda superior de la Tienda de la Esquina, Rosa se preparó rápidamente una tortilla de queso, se puso el pijama y se acomodó en el sofá con Caliente y con su ordenador portátil.

Recordando el episodio de los posos del té, tenía que reconocer que su escepticismo sobre las lecturas del porvenir se había tambaleado un poco. ¿Cómo diablos podría saber Queenie Cobb lo del colgante? ¿Y por qué no podía venderlo? ¿Y por qué no podía vender la tienda, al fin y al cabo?

Cansada de pensar, escribió en Google las palabras «gato» y «correas», y contempló atónita la gran cantidad de opciones que le salieron. Llegó a la conclusión de que no pensaría más en lo que le había dicho Queenie Cobb. Ella, la pequeña Rosa Larkin, era muy capaz de crearse su propio destino, y no había más que decir.

CAPÍTULO 21

Cuando Rosa llegó al pub para empezar su primer turno de trabajo no había ni una sola persona bebiendo en el interior. Raffaele salió a recibirla. Si no hubiera sido gay, Rosa se habría excitado sin dudarlo por sus zapatos de tacón Gucci de aspecto muy caro. Tenía el pelo oscuro y venía a tener la misma estatura que Luke, con una cara de estas tan monas que te dan ganas de apretarlas.

Cuando habló, Rosa advirtió que tenía un leve acento italiano. Entonces recordó todo lo que le habían contado en aquella tarde de copas en el bar, el día de Nochevieja. Jacob le dijo que había entrevistado a Raffaele para el trabajo de cocinero y le había preguntado si quería vivir en el local. Raffaele le había dicho que sí, sin caer en la cuenta de que aquello equivalía a trasladarse al mismo piso de Jacob. Por suerte, la artimaña de Jacob había dado resultado. Se habían entendido bien y llevaban cinco años de pareja y uno casados.

—*Ciao*, Rosa, ¿cómo estás?

—Bien, gracias, Raffaele.

—Jacob bajará en seguida... y, no temas, la cosa no va a estar así de tranquila toda la noche. Tenemos una mesa para cuatro y una mesa para dos para cenar más tarde. ¿Por qué no te vas familiarizando con la barra? Y sírvete una bebida si quieres.

—Estupendo, gracias; eso haré.

Cuando Raffaele regresó a la cocina, Rosa miró a su alrededor. La verdad es que se trataba de un espacio encantador, con vidrieras de colores en la fachada principal y una bonita barra de madera

sobre las que estaban alineadas todas las bebidas imaginables, iluminadas con arte para generar un ambiente relajante.

—Hola, niña, ¿estás bien? —dijo Jacob, que venía hacia ella, cojeando.

—Sí; bien, gracias. Esta noche he dejado a Caliente en casa, por cierto. Pensé que prefería concentrarme sin tener que preocuparme de él.

—Ay, los chicos se llevarán una desilusión. Ya les había dicho que hay una salchicha nueva en el pueblo.

Rosa se rio con ganas mientras Jacob terminaba de llegar, renqueante.

—¿Cómo está el pie? —le preguntó.

—Me duele un montón; pero, oye, tengo otro.

—Y dime; no lo he entendido bien: ¿vivís aquí arriba, entonces?

—Sí y no. Ya te dije que tenemos una casa junto al mar en el pueblo de al lado; pero aquí también tenemos una habitación para cuando se hace tarde por la noche, etcétera. Mi hermana y su novio viven arriba fijos. Los perros siempre se vienen con nosotros, vayamos donde vayamos. Procuramos ir a la otra casa siempre que podemos, que es con frecuencia, ya que Alyson y Brad se las arreglan perfectamente para llevar el local. Pero a mí me gusta estar encima.

—Estáis muy bien organizados.

—Sí, tengo mucha suerte. Ahora, vamos a empezar con el trabajo. Ya has visto las cervezas de barril. Estos son los menús de bebidas y de comida. Los vinos blancos están en el cubo —dijo, señalando un estante a un lado de la barra—. Los tintos están ahí abajo. Si esta noche también puedes atender a las mesas, será estupendo. Te podrás quedar todas las propinas que recibas en metálico.

—Vale, estupendo.

—Déjame que te enseñe la caja.

Rosa observó con atención mientras Jacob le explicaba todos los botones.

—Es un poco más moderna que la mía de la Tienda de la Esquina —dijo—; pero estoy tentada de quedarme con esa en todo caso. Es tan de la vieja escuela...

—No pretendo darte lecciones sin que me las pidas, Rosa, pero conviene tener bien controlados los peniques para que las libras se controlen solas. Viene bien tener una caja que te hace todos los cálculos. Te facilita la contabilidad. ¿Has llevado algún negocio antes?

—No. Si he de ser completamente sincera, no tengo la menor idea. Como os conté la otra noche, la tienda me la han dejado en herencia. Hasta entonces solo he estado trabajando en bares, en tiendas y de vez en cuando en ventas telefónicas. Pero me figuré que no podía ser tan difícil. Comprar existencias, vender existencias, sacar un beneficio, gastarse el beneficio en cosas bonitas.

—Y también tienes que añadir a la lista pagar las facturas, comprar comida, pagar a un contable, mantener el local, sacar tiempo para hacer tu vida... Este asunto es más duro de lo que crees, Rosa.

—Hablas igual que Josh.

—Solo estoy siendo realista, cielo. Además, tienes que afrontar el ser la recién llegada al pueblo. A nosotros nos costó al menos seis meses que nos aceptaran aquí. Este local era un antro para bebedores; cada cliente habitual del pueblo tenía su taburete propio en la barra. No les gustó nada que llegara la gente de ciudad, que les quitaran sus asientos y lo convirtieran en un gastrobar. Pero cuando la cosa se puso interesante de verdad fue cuando empecé a quitar clientela a la señora Hannafore. El verano pasado tuve un incendio en mi almacén. Es verdad que era un día de muchísimo calor y que la zona de fumadores está al lado, pero todavía tengo mis dudas.

—¿De verdad? —dijo Rosa, atónita.

—No quiero decir que te vaya a pasar nada de eso, pero asegúrate de hacerte un seguro ya. Y no me entiendas mal: por aquí hay gente estupenda (la mayoría, en realidad); y cuando empiezan a

llegar los turistas hay un ambiente divertido, y entonces es cuando empieza a correr el dinero. Pero ándate con ojo, Rosa.

—Josh también me insistía en lo del seguro. Lo arreglaré mañana.

—Tu Josh es mono.

—No es *mi* Josh... No es mi tipo. Somos amigos porque era mi casero. Vale, es más bien un amigo con derecho a roce muy de tarde en tarde, pero él es el que se lleva más roce, en realidad.

—Ah. Me pareció que hacíais buena pareja. Pero dile que si la próxima vez que se venga por aquí quiere enseñarnos a hacer placajes de rugby, nos venga a ver —dijo Jacob, sonriendo a Rosa con malicia—. En cualquier caso, ¿tienes idea ya de lo que vas a vender?

—Pues sí. Estaba pensando en productos para mascotas. Correas, comederos, comida, juguetes..., incluso abrigos para perritos, quizá.

—Me gusta; y aquí tienes a tus primeros clientes, claro. No sé si me imagino a la gente de aquí poniendo tutúes rosa a sus perrazos, pero nunca se sabe. Pero los productos para mascotas en general, sí, veo claramente que hay mercado. Y por aquí hay montones de hostales y de casitas de vacaciones que admiten perros, ya que es una zona muy buena para pasear.

—Eso me pareció a mí —dijo Rosa, animada ante el entusiasmo de Jacob.

Jacob se apoyó una mano en la cabeza en actitud pensativa y dijo por fin:

—De hecho, conozco a un tipo de Londres que montó un negocio de venta por internet de cosas así. ¿Quieres que te ponga en contacto con su proveedor?

—¡Ay, Jacob, eso sería maravilloso! ¡Gracias!

En ese momento se abrió la puerta del pub.

—Allá vamos, chica. Ahora te toca a ti.

Jacob observó a Rosa mientras esta tiraba con habilidad una pinta de Guinness y localizaba rápidamente el vino que le habían

pedido. No se había equivocado con ella: estaba muy capacitada. Y a los clientes les encantaría.

La muchacha recordaba a Jacob un poco cómo era él a su edad. Cuando era veinteañero solo pensaba en el futuro lo justo para organizarse las vacaciones siguientes, y sus relaciones de pareja iban y venían sin ninguna noción de sentar cabeza. Solo cuando tenía la treintena se le habían ordenado las ideas y había empezado a salir adelante. Ojalá hubiera tenido alguna orientación antes; pero las cosas se ven de maravilla a posteriori, y no cabía duda de que se había labrado bien su camino. También había tenido mucha suerte de conocer a Raffaele, que no solo estaba de muy buen ver, sino que era leal y trabajador y tenía una familia a la que estaba muy unido y que compartía sus valores.

La tarde transcurrió rápidamente; Rosa tomaba las comandas de comida y de bebidas sin incidentes y charlando amistosamente con la clientela. Los comensales de las dos mesas habían alquilado casitas en la bahía y se habían tomado una semana más de vacaciones después de Año Nuevo. Jacob subió al primer piso cuando se hubo cerciorado de que Rosa se quedaba tranquila trabajando sola, después de decirle que llamara al timbre que estaba al pie de las escaleras si necesitaba de él.

A las diez de la noche el local estaba vacío. Rosa empezaba a pensar que era poco probable que llegaran más clientes en una noche fría de miércoles, en enero, y que quizá podía pedir permiso a Jacob para marcharse, pero entonces abrieron la puerta.

—Hola —dijo, saludando al parroquiano solitario con una sonrisa—. ¿Qué te pongo?

Aquel tipo era atractivo dentro de un estilo intelectualoide. Era alto y delgado, tenía algo de caballete en la nariz y llevaba gafas de concha. Tenía el pelo rubio muy corto, al estilo Tintín, con un pequeño tupé a la moda. Tenía los labios carnosos y los ojos azules claros y almendrados. Con su sudadera de lana gris y sus pantalones vaqueros bien ajustados, a Rosa le hacía pensar en un Leonardo DiCaprio de aspecto más juvenil.

Los dos se miraron mutuamente durante un poco más de tiempo del normal, y Rosa sintió esa conexión fuerte que solo se puede establecer con los ojos.

—Esto está muy animado esta noche, ¿eh? —dijo el recién llegado.

—Ha habido algo de gente antes, pero también es verdad que estamos en enero.

—Solo me tomaré media pinta de la cerveza de aquí, por favor, para aguantar la subida de la cuesta. —El hombre se quitó la sudadera, bajo la cual llevaba una camiseta negra ceñida, y se sentó ante la barra—. Me llamo Joe, por cierto.

Rosa le entregó su bebida.

—Yo soy Rosa.

—Ah, la orgullosa nueva propietaria de la Tienda de la Esquina. Según lo anunció el hijo de la posadera la otra noche, en el Barco.

—No te vi por allí.

—Seguramente sería porque cuando te perdí de vista te llevaba bajo un brazo un hombretón con aspecto de jugador de rugby.

—Ay, Dios. «Maneras de causar impresión, primera parte».

—No pasa nada. Dudo que nadie se fijara mucho. La mayoría de la gente estaba bastante bebida. Pero supongo que habrás perdonado al hijo de la posadera, pues lo vi salir de tapadillo de tu casa el día de Año Nuevo.

Ay, maldita sea.

—Solo me estaba ajustando las cañerías antes de marcharse.

—Así lo llaman ahora, ¿eh? —dijo Joe, guiñándole un ojo.

—Qué grosero. ¡Para nada! Tiene novia. —Rosa se hacía la indignada, pero rabiaba por dentro porque alguien hubiera visto marcharse a Lucas—. En todo caso, ¿por qué viene un hombre joven (y de Manchester, me parece por el acento) a un pub vacío, en un lugar perdido, una noche de miércoles en enero?

—Por aburrimiento. Porque sabía que había una camarera nueva y guapa en el pueblo. Premio por lo del acento, por cierto.

Rosa sonrió.

—Con buenas palabras se te abren todas las puertas.

—En todo caso, me alegro de que te haya arreglado las cañerías.

Pero a Rosa no le apetecía seguir hablando de Lucas Hannafore.

—Le pagué —dijo escuetamente.

—Eso fue la misma noche que atropellaron a su novia, ¿verdad?
Cuando recibió la llamada en tu casa debió de ponerse frenético.

—¿Cómo decías que te llamabas? ¿Monsieur Poirot? —dijo Rosa, que empezaba a sentirse incómoda.

Joe ladeó la cabeza.

—Se rumorea que fue el propio Lucas quien la atropelló, ¿sabes?

—Me extraña que te creas nada de lo que oyes decir, si vives aquí. Parece que en este lugar no hay más que rumores.

—¡Ja! Aprendes deprisa. Y ¿cómo te va con la tienda, en todo caso?

—Bien, bien. Ya me dispongo a empezar a traer existencias. Pero quiero asegurarme de que todo está bien antes de abrir.

—La gente está impaciente por saber lo que vas a vender.

—Tengo algunas ideas —dijo Rosa, sin dar más detalles—. De todos modos, resulta refrescante ver por aquí a otra persona joven. La vieja Queenie Cobb me decía que cuando los jóvenes de aquí llegan a cierta edad, intentan huir del aburrimiento.

—Ah, yo no procedo de aquí, como has adivinado.

Rosa sintió una oleada de desilusión cuando percibió la alianza que llevaba puesta.

—Entonces, ¿cuándo crees que podrás abrir? —le preguntó Joe.

—Depende de lo que tarde en recibir las existencias. De hecho, estaba pensando en vender productos para mascotas: comida, comederos, accesorios, tapones de flores para el culo de los perritos. ¿Qué te parece?

Joe soltó una carcajada sonora.

—Es interesante... y es un buen comienzo para empezar a asustar a la gente de aquí; pero el resto parece una buena idea. Habría mercado, sin duda, para la mayoría de esas cosas, porque

no hay una tienda buena de cosas para mascotas en sesenta kilómetros a la redonda.

—La verdad es que estaba pensando en celebrar una jornada de puertas abiertas.

—Muy buena idea —dijo él, y apuró su bebida.

—Quizá pudieras ayudarme tú a traer algo de gente, y ven tú también. Traete a tu mujer y a tus hijos.

Joe se puso la sudadera y volvió a mirarla fijamente a los ojos.

—Pronto será mi exmujer; y no, no tengo hijos míos. Mira, toma esto. Tendré mucho gusto en ayudarte.

Se sacó del bolsillo una tarjeta de visita, apretó la mano de ella con la suya al entregársela y se marchó.

Mientras Rosa metía su vaso en el lavaplatos, susuró en voz alta:

—Huy, Joe Fox, redactor jefe de la *Gaceta de los Acantilados del Sur*, ¡puedes cubrir mi apertura siempre que quieras!

CAPÍTULO 22

Jacob había cumplido lo prometido y le había facilitado los datos de contacto del proveedor del que le había hablado; y al día siguiente Rosa se levantó temprano y se puso a trabajar.

Había abierto una cuenta corriente a su nombre, de momento, pensando en abrirse una cuenta comercial cuando las cosas estuvieran funcionando. Los de Suministros para Mascotas Beavis aceptaron con mucho gusto que les pagara el primer pedido por PayPal y le dijeron que le abrirían una cuenta si quedaba satisfecha. Recibiría el primer pedido al cabo de pocos días.

Siguiendo también el consejo de Jacob, había conseguido encontrar en eBay una caja registradora de segunda mano, que también estaba en camino. Hasta se había preparado una hoja de cálculo y había determinado el margen comercial con que vendería los productos, procurando que los precios no dejaran de ser muy razonables.

A Rosa le habían encantado de niña las tiendas que vendían pequeños adornos, cajitas decoradas, animales hechos con conchas marinas, collares de cuentas y artículos de broma. Se había dado una vuelta por la calle principal de la bahía de Cockleberry y había observado que nadie vendía dulces a la antigua, de los que se guardaban en grandes tarros de cristal y se pesaban en una balanza. Se le llenó la cabeza por un momento de caramelos blandos, tofes, nubes de caramelo y barritas de regaliz. ¡Parecía muy oportuno! Ella serviría a las personas mayores los productos para mascotas, y a sus críos, dulces, baratijas de

vacaciones y regalos. Cuando viera cómo le iba así, ya tomaría la decisión oportuna.

Rosa siempre había tenido tendencias artísticas. Quería que el escaparate y los estantes de la Tienda de la Esquina fueran bonitos y singulares; para ello, había comprado varias cestas de mimbrés para exhibir los productos y unos tejidos con motivos florales para recubrir cada estante.

Aquella mañana de lunes, satisfecha de sus progresos, se preparó una taza de té y se sentó en el sofá del piso de arriba a hacer cuentas. Después de haber pagado a los proveedores, solo le quedaban doscientas libras; pero como no tenía que pagar alquiler, y con lo poco que ganaba en la Nasa de Langostas, tendría lo justo para arreglárselas. Caliente tendría cubiertas sus necesidades, al menos, con el pedido que había hecho de comida para perros. Y ella ya había vivido a base de tostadas con judías estofadas de lata y podría hacerlo otra vez.

Cuando entró en el dormitorio y se encontró con el montón de ropa sucia que tenía en el rincón, Rosa reconoció que lo que le hacía falta de verdad era una lavadora. La lavandería automática podría servirle durante algún tiempo, pero llevar las bolsas pesadas cuesta arriba y subirlas por la escalera empinada del piso no tardaría en volverse una tarea pesada. ¿Cómo se las arreglarían los pobres Ned y Dotty? Qué raro: Queenie no había parecido muy deseosa de hablar de ellos, y hasta se había puesto un poco rara cuando salió el tema del fallecimiento de Dotty.

Rosa deseaba fervorosamente que su negocio tuviera éxito; le parecía que se lo debía a Ned y a Dotty, que, evidentemente, habían trabajado mucho para que siguiera en marcha la tienda durante toda su vida. Sentía el impulso de enterarse de más cosas sobre ellos. Seb le había dicho que Ned no tenía familia cuando murió, de modo que no debían de tener hijos. Con este dato suelto, todo el asunto de la herencia resultaba más raro todavía. Rosa suspiró. ¿Por qué diablos había ido a parar a sus manos la Tienda de la Esquina?

Abrió el cajón del escritorio y buscó el colgante, que estaba bajo unos papeles. ¿Cómo era posible que Queenie supiera de su existencia? Había recomendado a Rosa que lo guardara en un lugar seguro, pero ¿por qué? Era evidente que había pasado años hundido en aquel sofá sin que nadie lo supiera. Lo dejaría en una caja, encima del armario... Allí estaría bien.

Rosa se subió a la cama para mirar; y cuando vio la cantidad de polvo que había ahí arriba volvió a bajar inmediatamente y fue a buscar un paño húmedo. Después de limpiar, cuando ya empezaban a apreciarse las vetas de la madera entre la suciedad, advirtió la presencia de un pequeño pestillo de latón. Intrigada, tiró de él y se le levantó en las manos junto con un cuadrado de madera. Era una tapa.

Con prudencia, sin saber qué podría encontrarse, metió la mano por la apertura y tanteó.

Al principio no notó nada, pero siguió buscando por el pequeño túnel que alguien había construido bajo el falso techo del armario, e hizo un leve gesto de sorpresa cuando sus dedos tocaron algo. Tosiendo con el polvo que volvió a levantarse, extrajo el objeto y lo dejó sobre el armario.

El grueso manojito de papeles estaba amarillento; la cinta azul con la que estaban atados estaba deshilachada. Rosa se sentó en la cama, desató con cuidado la cinta, extrajo una carta del montón, la desplegó y se puso a leer. Solo había tenido tiempo de leer el encabezamiento, «Querida T», cuando sonó su teléfono móvil y la sobresaltó, haciéndola volver al mundo real.

Mientras Caliente ladraba en el piso de abajo, Rosa saltó de la cama y atendió la llamada, dejando las cartas donde estaban.

—¿Todo bien, Rosalar? —dijo la voz familiar de Josh—. ¿Ya estás ganando millones?

—Todavía no, pero ya he encargado existencias y he abierto una cuenta corriente como me dijiste. ¿Cómo te va? ¿Me sigues echando de menos?

—No, pero echo de menos a Caliente.

—Qué mentiroso eres. En todo caso, la última noticia de la bahía es que me han leído el porvenir, y escucha: Queenie Cobb me dijo que no vendiera el colgante. O sea, ¿cómo sabía siquiera que yo tenía un colgante?

—Quizá porque hablamos de ello delante de su nieta en el Co-op.

—¿Ah, sí?

—No lo sé; pero piensa con la cabeza, Rosa. Seguramente esté espíandote, nada más, como todos los demás. Te creía más lista que todo eso.

—Y lo soy, pero... ¡me dio tantos detalles! En todo caso, no voy a venderlo aún. He pagado algunas existencias al contado; las estanterías no estarán llenas, pero quiero ver cómo me va para empezar.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan sensata?

—Desde que me he dado cuenta de que si no pago las facturas, no tendré agua caliente ni luz.

—¿Se ha oído algo más del atropello?

—No, ya no se habla de ello... Ah, menos un tipo que se llama Joe al que he conocido en la Nasa de Langostas. Es periodista y redactor jefe de la *Gaceta*, y de hecho se puso a hacerme preguntas sobre Luke y sus idas y venidas. Qué cara más dura. Yo me hice la tonta. Hablando de Luke...

—¿Qué pasa con él?

Rosa cayó de pronto en la cuenta de que si preguntaba a Josh por qué no le había contado que había visto a Luke, se enteraría de que ella había visto al fontanero. Ay, Dios, todo aquello era demasiado complicado. Josh se enfadaría si supiera que había vuelto a hablar con Luke, ¡más aún si se enteraba de que había follado con él!

—¿Has vuelto a entrar en el Barco? —le preguntó Josh con desconfianza.

—Dios, no; pero Jacob me preguntó si podría hacerle un par de turnos en la Nasa de Langostas, porque él se ha roto un tobillo. Se

cayó con sus tacones de diez centímetros en la fiesta de disfraces, cuando bailaba vestida de Betty Driver, la del pub *El regreso del viajero* del serial de la tele.

—Qué gracia, caray —dijo Josh alegremente.

—Sí que lo es. Pero es un buen tipo. Me dio el contacto del proveedor de cosas para mascotas.

—Bien. Bien. Supongo que tendré que plantearme cuándo puedo volver a visitarte otra vez.

—Si te acabas de marchar. ¿Lo ves? La verdad es que me echas de menos. ¿Y si vienes para la inauguración? No me vendría mal contar con algunos figurantes, sobre todo si va a cubrir el evento la *Gaceta*.

—¿Cuándo pensabas hacerla?

—Puede que de aquí a dos semanas. Así tendré tiempo de dejar la tienda con buen aspecto y de promocionarla. Cuanto antes empiece a ganar algo de dinero, mejor.

—De acuerdo; tenme informado..., y que sea un sábado, ¿vale?

—Qué exigente eres, caramba —repuso Rosa para hacerle rabiar.

Josh dejó el teléfono y suspiró. Aunque Rosa era una pesadilla casi siempre, la echaba de menos más de lo que se podría figurar ella. Aun después de emborracharse en la convención a la que asistía por su trabajo y de haberse acostado con Lucy, de Relaciones Públicas, no pensaba más que en las cosas extravagantes y en el hermoso rostro de su errante excompañera de casa. Pero, siendo realista, tenía que reconocer que estaban en mundos distintos. Y a él le iba muy bien en su trabajo. Sin embargo, le parecía que cuanto más intentaba distanciarse de ella, más quería verla.

¿Qué le pasaba? Lucy era una chica bonita, aunque sin la belleza natural de Rosa; pero su edad era parecida a la de él, tenía una gran personalidad y compartía sus mismos valores; sin embargo, no tenía ese algo especial. Ese algo especial que te

resulta imposible de definir cuando intentas explicarte por qué quieres estar con una persona.

CAPÍTULO 23

Rosa había terminado su turno del viernes en la Nasa de Langostas y volvía hacia su casa acompañada de Caliente, que trotaba alegremente a su lado. El perrito estaba encantado de haber conocido a sus nuevos amigos, Feo y Pongo, y lo había pasado en grande correteando por el bar y recibiendo las caricias de los parroquianos. Rosa también estaba contenta: daba gusto tener algo de dinero en el bolsillo.

Advirtió que en la casa de las brujas de Cockleberry había todavía una luz y se preguntó qué harían Mary y Queenie para matar las horas de la noche. Aquella vez había un hermoso cristal natural rosado en el alféizar de un lado y una jardinera de pensamientos en el otro.

Caliente seguía lleno de energía, de modo que, iluminándose con su linterna, Rosa siguió caminando hasta dejar atrás la tienda y bajó hacia la playa. A Rosa le encantaba la sensación de paz y de libertad que le producía aquel pueblecito pintoresco, y se sentía fuera de peligro cuando andaba por él, aunque fuera a oscuras. Y había descubierto que rara vez se sentía sola, a pesar de que no tenía compañía durante buena parte del tiempo. También era verdad que siempre había sido algo solitaria. Le costaba trabajo confiar en los demás; casi se esperaba que le fallarían. Luke y Sheila habían traicionado su confianza, en efecto; pero Jacob, Raffaele, Mary y Joe le habían dado muestras de amabilidad hasta el momento.

Rosa se reconocía a sí misma que echaba de menos la familiaridad, y también la seguridad, de vivir con Josh, pues sabía que él siempre la sacaría de cualquier lío en que se metiera. Pero ya

le había llegado el momento de valerse por sí misma; además, quería que Josh se sintiera orgulloso de ella. Aunque ella no había sabido nunca lo que era tener una madre o un padre, no tenerlos resultaba duro. No contaba con ningún modelo de conducta. En la práctica, nunca le habían impuesto ninguna restricción a su conducta; y cuando las había tenido, se había rebelado contra ellas con una actitud de «no es justo».

Siendo sincera, se reconoció a sí misma que nunca, jamás, se había sentido verdaderamente feliz. Ni siquiera estaba segura de lo que buscaba para serlo. El dinero no tenía verdadero valor para ella. Los hombres, ídem: solo le servían para satisfacer su necesidad de que la abrazaran y de sexo. Pero Rosa se dijo a sí misma, no sin cierta sorpresa, que en esos momentos estaba bien. Le encantaban la playa y los elementos. Le encantaba su casita nueva y la emoción de llevar su propio negocio.

Cuando llegó a la playa se envolvió en la bufanda cubriéndose la boca; no le había parecido que hiciera tanto frío mientras estaba al abrigo de las casas adosadas de las calles estrechas. Las estrellas iluminaban el cielo de medianoche y las olas rompían en la orilla con un rumor hipnótico. Aparte de aquello, el aire de la noche estaba quieto y en silencio; hasta las gaviotas se habían retirado a sus lechos en los acantilados hasta la mañana siguiente.

Soltó a Caliente la correa para que se diera unas carreras rápidas y volvió la vista hacia la Posada del Barco. Estaba completamente a oscuras, salvo una luz en un dormitorio que daba a la fachada principal. Pensó que era pronto para que estuviera cerrado un viernes por la noche. Pero es que estaban a mediados de enero y hacía un frío helador. Tomó la decisión de que volvería a entrar allí algún día; pero todavía no. No había recibido ni una palabra de Luke, pero ¿por qué iba a decirle nada? Los dos habían tenido lo que querían: una hora de lujuria pura y simple, sin más obligaciones. Pero a Rosa sí que le venían recuerdos de aquellos momentos, pues habían sido bien buenos, y, a pesar de lo que le había hecho Luke, a ella le gustaba a rabiar.

Tampoco se oía nada del atropello con fuga; bueno, aparte de que Joe hacía pesquisas por su cuenta, al parecer. Luke *tenía* que ser el culpable, aunque su historia de lo de conducir bebido había parecido creíble. Cuando Rosa trabajaba en la tienda de todo a una libra, su supervisor siempre le decía, con su expresivo acento del norte de Inglaterra: «La verdad siempre sale a relucir». El tiempo lo diría, pensó Rosa, pues ella no iba a decir una sola palabra, desde luego. El mero hecho de recordar lo mal que lo había pasado trabajando en aquella tienda le hacía darse cuenta de nuevo de la suerte que tenía. Poder optar por trabajar a tiempo parcial en aquellos momentos era como un sueño hecho realidad.

Recordó de pronto que llevaba algún tiempo sin tener noticias de Josh. Consultó su teléfono. Había pasado una semana entera. Era muy impropio de él no haberle enviado un mensaje de texto cada dos días, como mínimo. Aunque era ya tarde en la noche del viernes, supuso que estaría despierto aún. Sonriendo mientras preparaba una primera frase descarada, se puso seria al oír el ruido vacío de su buzón de voz.

Se disponía a llamar a Caliente para volverse a casa cuando advirtió la presencia de una figura solitaria, hundida sobre el banco del principio de la playa. Era raro a aquella hora de la noche. Empezó a caminar hacia el banco, acompañada de Caliente. Al iluminar el banco con la linterna vio que la figura tenía las rodillas contra el pecho y la cabeza entre las manos. Y cuando se acercó más, oyó sollozos ahogados.

La pequeña figura solo llevaba puesta una falda, medias gruesas y un jersey. Ni abrigo ni bufanda.

—¿Titch? ¿Eres tú?

La muchacha separó los dedos para ver entre ellos de quién se trataba, mientras Caliente se puso a saltar hacia ella, ladrando.

—Chist, Caliente, basta ya.

Rosa le puso la correa y la acortó.

—¿Rosa? ¿Qué haces aquí abajo a estas horas de la noche?

—Yo podría preguntarte lo mismo. ¿Qué hay? ¿Qué ha pasado?

—Estoy un poco borracha.

—Bueno; eso no es delito, ¿no? Ni tampoco es motivo para que estés sentada aquí fuera, sollozando y muriéndote de frío. Mira, ¿qué te parece si te presto un rato mi abrigo y te acompaño a casa?

Cuando Rosa dijo esto, se dio cuenta de que, en realidad, no tenía ni idea de dónde vivía Titch. De hecho, lo único que sabía de ella era que trabajaba en el pub y en la cafetería y que Seb Watkins opinaba que tenía unas tetas estupendas.

Titch se echó a llorar otra vez.

—Ahí está la cosa. No tengo dónde ir, y Sheila Hannafore me ha despedido por beber en el trabajo.

Rosa la rodeó torpemente con sus brazos. No se le daba bien manifestar ni comunicar emociones. En una situación como aquella intervenía, más bien, su espíritu práctico.

—Vale; ponte esto —le dijo, quitándose la cazadora—. Vente a mi casa; tengo café caliente o Jack Daniel's frío; lo uno o lo otro te sentarán bien.

—¿Quién te llama a estas horas, un viernes por la noche?

—Esto..., es uno de los chicos del club, borracho, en la despedida de soltero de su hermano —respondió Josh desde el baño.

Lucy se tendió de manera provocativa, apoyada en una almohada, sobre la cual extendió su larga cabellera rubia.

—Pues apágalo ya y vuelve a la cama, muchachote. Tengo una sorpresa para ti.

Josh apareció en la puerta y sonrió.

—¿No me digas?

Lucy parecía sexy; Lucy *era* sexy; pero mientras le hacía el amor no podía dejar de pensar en la llamada perdida de Rosa y en si estaría bien.

CAPÍTULO 24

Rosa sabía hacer frente a la mayoría de las cosas, pero no a los vómitos. Cuando Titch devolvió todo el contenido del bar de la Posada del Barco, lo único que pudo hacer fue llevarle una botella de agua fresca y una toalla. Recordaba cómo Josh le apartaba el pelo de la cara y le frotaba la espalda cuando había vomitado; pero ella no se sentía capaz de acercarse a menos de tres metros de Titch. Al menos la melenita corta de esta era un punto a su favor.

Encendió la calefacción y comprobó qué hacía Caliente. Este se había quedado tendido en la cama, donde lo había dejado ella, y silbaba suavemente, dormido, agotado tras aquel día de juegos. Rosa sacó el edredón y la almohada que había traído Josh y los puso en el viejo sofá. Si Titch volvía a vomitar aquella noche, lo más probable sería que ni se notara.

Titch apareció, muy pálida y un poco tímida.

—Ya estoy mejor —dijo débilmente.

—Bien —dijo Rosa, y le dio más agua—. Toma. Ahora, bébete esto y envuélvete en ese edredón.

—Lo siento mucho, Rose.

—Rosa.

—No sé por qué, pero no puedo dejar de llamarte Rose. Se me ha metido en la cabeza.

Rosa se rio.

—No importa. Me han llamado cosas mucho peores, te lo aseguro. Y no me digas que lo sientes... Todos hemos pasado por eso.

—Pero si casi no te conozco...

—Acabo de ver el interior de tu estómago, de modo que ya nos vamos conociendo.

Titch sonrió con labios temblorosos y tomó un trago de agua. Después, se puso a hablar.

—Seguramente tengo menos edad de la que me echas.

—Vale.

Rosa había aprendido que a veces, en vez de intervenir, era mejor guardar silencio y dejar que la otra persona hablara. Y el caso era que ella tenía bastantes deseos de saber algo más acerca de Titch, pues, aunque no lo decía, se veía bastante reflejada en la muchacha.

—Tengo dieciocho años, por lo que todo es mucho, muchísimo peor.

—¿Qué es peor?

—Que estoy embarazada, joder —dijo Titch, y cerró los ojos—. Y ahora ya te lo he dicho a ti. De manera que ya lo sabéis dos personas, aparte de yo misma.

—Y nadie más lo sabrá, a menos que me pidas que lo cuente.

—¿Lo dices en serio, Rosa?

—Mira, Titch, a mí también me ha pasado mucha mierda. No veo qué sentido tiene el maldito cotilleo. Tengo cosas mejores que hacer con mi vida.

Titch se echó a llorar de nuevo. Rosa le llevó papel higiénico suave y se sentó de nuevo a su lado, mientras la joven se sonaba la nariz ruidosamente.

—¿Me prometes que no dirás nada a nadie, Rosa?

—Mira, Titch: o te fías de mí, o te largas... Y lo digo en serio.

—Bueno, ya me voy —dijo Titch. Se puso de pie, vacilante, pero volvió a sentarse—. Ni siquiera sé quién es el padre.

—Mierda.

—Puede ser uno de dos tipos con los que me acosté una misma noche.

—¿Y los conoces?

—Claro que los conozco, joder —replicó Titch, ofendida—. Soy zorra, pero no tanto.

—¿Los conozco yo?

Titch recostó la cabeza en el sofá.

—No te lo quiero decir.

—Vale, vale; pero, maldita sea, Titch. ¿Quién es esa otra persona a la que ya se lo has contado?

—Solo a mi madre. Se puso como loca; me ha echado de casa; me dijo que era una deshonra absoluta y que no quería verme cerca de ella. Que había arruinado mi vida y que no se creía capaz de soportar las habladurías que llegarían. De modo que me marché de casa, me fui al pub, me emborraché, y el resto es historia.

—Titch, la verdad es que deberías tomar la píldora.

—Mira lo que dice aquí la madre Teresa de Calcuta. Ya tomo la condenada píldora.

—Bueno, ¿entonces te has hecho más de una prueba? Quizás estés equivocada. La píldora no suele fallar.

—Hum... A veces se me olvida tomarla.

—Ay, Titch...

—Ya sé. No hace falta que me digas nada.

—Tienes opciones, y el que te hayas emborrachado de esa manera me hace pensar: ¿quieres tener ese niño, en realidad?

—Eso es duro, Rosa.

—Es la realidad, Titch. Mi madre era una bebedora que no podía cuidar de mí, y me crié en hospicios y casas de acogida. No fue nada divertido, te lo seguro.

—Qué mal.

—¿Sería más fácil hablar con tu padre?

—Murió. Solo estamos mi madre y yo.

—Vale. Entonces, puedo entender su reacción.

—¿De verdad puedes, Rosa? No lo creo. Verás: Ronnie (que era mi hermano menor) también se murió. Se cayó de un acantilado. Mi madre está convencida de que fue un accidente, de que se resbaló con su bicicleta. Yo sé que no. Es que encontré la nota de suicidio

que dejó escrita, aunque no se la quise enseñar. —A Titch se le llenaron los ojos de lágrimas—. Pero no fui capaz de guardármela. Fui tan tonta de enseñársela a mi padre..., y al día siguiente lo encontraron ahorcado en el garaje. Ahora, la única hija que queda a mi madre no solo es responsable de la muerte de su padre, sino que está embarazada de un hijo ilegítimo.

—No me jodas. Has superado mi historia de pena —dijo Rosa, consiguiendo esbozar una débil sonrisa—. Pobre criatura... Y lo de tu madre es terrible. Pero no te puedes culpar a ti misma de que tu padre se haya quitado la vida. ¿Cómo ibas a guardarte ese secreto para ti? No debías de ser más que una niña.

—Si yo hubiera cerrado la boca, él seguiría aquí ahora mismo —dijo Titch, y soltó un aullido de dolor.

—Eso no lo sabes —dijo Rosa, y apoyó la mano torpemente en la espalda de Titch, que temblaba.

—Pero hay que seguir adelante, ¿no? —dijo Titch, atragantándose—. Esta cosa que llaman vida solo te da una oportunidad. Y, al menos, mi madre podrá morirse creyendo que su hijo murió por un accidente, sin tener que cargar con la culpabilidad de que se suicidara y de pensar que podría haberle ayudado.

—Pero tú has tenido que guardarte todo ese gran secreto... y eso es duro, Titch.

—Lo que no te mata, te hace más fuerte, y todas esas cosas —dijo la muchacha, y se sonó la nariz.

—Te entiendo; pero sigue siendo una mierda. Me parece que las dos debemos dejar de hacernos las valientes.

La jovencita se frotó los ojos y bostezó.

—Ya no quiero hablar más del tema —dijo—. ¿Estás segura de que no te importa que me quede aquí?

—Claro. Y quizá debas ir a ver a Sheila mañana; le pides disculpas y le dices que no volverá a suceder.

—No; que se vaya a la mierda esa tía vieja miserable.

Rosa suspiró.

—Mira, las cosas nunca parecen tan malas a la mañana siguiente —dijo—. Ya volveremos a charlar entonces. Y, escucha, Titch...

Titch asintió con la cabeza mientras Rosa se levantaba y apagaba la luz.

—Te ayudaré todo lo que pueda —dijo Rosa.

CAPÍTULO 25

El sábado por la mañana, a Rosa la despertó el tono de llamada de su móvil. Sin mirar siquiera quién era, respondió con voz muy soñolienta:

—Diga.

—Caray, sueñas mal, chica.

—¿Para qué diablos me llamas a estas horas?

—Son las diez y media, Rosa. Yo ya estoy levantado y dispuesto a ir al entrenamiento de rugby.

—Pues enhorabuena. Yo no me acosté hasta eso de las tres.

—Ah, ya me parecía que debías de estar borracha para haberme llamado.

—Pues la verdad es que no lo estaba. Había estado trabajando en el pub y... —En ese momento apareció Titch en la puerta del dormitorio—. Espera un momento, Josh. —Rosa se apoyó el teléfono en el pecho—. Pon a calentar agua en el hervidor, estaré en seguida —dijo a Titch. Esta asintió con la cabeza y se dirigió a la cocina.

—Perdona —se disculpó Rosa.

—Rosa, ¿tienes un hombre en casa? Lo tienes, ¿verdad?

—Ojalá. No, es Titch, la del Barco. Se pasó por aquí anoche y tomamos unas copas y charlamos, y terminó quedándose a dormir.

—Eso está bien. Tienes que hacer amigos. ¿Iba tan ligerita de ropa como otras veces? —le preguntó Josh con voz lasciva.

—Me niego a responder, por discriminación sexual —dijo ella. Josh se rio—. En todo caso, ¿estás bien? —le preguntó Rosa a su vez—. No me has estado chinchando como de costumbre.

—Sí, todo bien. He estado liado con el trabajo. Y estamos en plena temporada de rugby.

—¿No te ves con ninguna señora, entonces?

—¿Cómo está Caliente?

—Lo tomaré como un sí. Bueno, bien, ya era hora de que alguien hiciera de ti un hombre honrado. Pero dudo que haga tan buenas mamadas como Rosalar Larkin.

—Yo... Esto...

—Bueno, lo que sea; si no quieres decirme nada, no me importa. Las cosas marchan bien por aquí —dijo Rosa, animada—. Me queda poco dinero, pero iré tirando con lo que gano en el pub hasta que abra la tienda.

—Todo eso suena genial. Ya lo ves: eres capaz de hacer cosas cuando te lo propones. ¿Has marcado ya la fecha de la gran inauguración?

—No. Tengo que descubrir cuánto sitio ocupan las cosas que he encargado, y supongo que, en función de eso, ya veré.

—Vale. Tenme informado e iré por allí, como te dije. Bueno, tengo que ir al rugby. Rasca la tripa a Caliente de mi parte.

—Y tú rasca la tripa a tu pajarita nueva de mi parte.

—Rosa, qué cosas tienes. Nos hablamos pronto, ¿eh?

Rosa entró en la cocina, donde Titch estaba vertiendo en dos tazas el agua hervida.

—Era Josh, el sexy, ¿verdad?

—No es más que un amigo.

—¿De verdad? Bueno, yo no le haría ascos.

—Tengo entendido que no se los hiciste en Nochevieja.

—Ay, Dios. Lo siento, Rosa. Estaba descontrolada. Supongo que besé a media bahía. Quizá con esto me modere a partir de ahora.

—No sé por qué te disculpas. En todo caso, ¿cómo te sientes?

—Hecha una mierda; ya he vuelto a vomitar. No sé si será por el niño o por el alcohol. De todos modos tengo que marcharme; me toca trabajar en el café. Y, oye, Rose...

—Dime.

—Ya sé que es mucho pedir, pero ¿puedo volver a quedarme aquí esta noche, solo hasta que aclare lo que voy a hacer?

—Sí, está bien, pero quizá deberías llamar a tu madre más tarde; a lo mejor se ha tranquilizado ya.

—Hum. Lo dudo. Hace una montaña de un grano de arena.

Cuando Titch se hubo marchado, Rosa hizo algunas tareas domésticas para poner en orden el piso y, por último, se sentó en el sofá. El caso de Titch le hacía ver la vida de otra manera. Siempre había alguien que estaba peor que tú. Por eso era importante no juzgar nunca por las apariencias.

Rosa miró su teléfono. Josh le había enviado un mensaje de «Que tengas un buen día». No entendía del todo por qué la molestaba de esa manera imaginárselo con otra mujer. No podía tratarse de celos.

CAPÍTULO 26

Rosa había perdido el primer autobús de Cockleberry a Polhampton; llegaba tarde y no estaba del mejor humor. La noche de Titch en su casa se había alargado a cinco noches, y la muchacha no se había ofrecido a comprar comida ni a hacer tareas domésticas. Tendría que hablar con ella seriamente cuando volviera, pues aquella situación no era ideal, y que durmiera en el sofá tampoco lo era.

Para que su negocio tuviera éxito tendría que aprender a decir que no con mayor frecuencia. Aquella mañana, cuando Joe la había llamado inesperadamente, su sentido común le había dicho con insistencia que en realidad no tenía tiempo de ir a Polhampton para reunirse con él. Pero Rosa sabía que Joe podía resultarle de gran ayuda, con todos sus contactos. Y necesitaba dar un empujón en lo que respectaba al día de la inauguración.

Pero ¿por qué no podía venir Joe a verla en la Tienda de la Esquina sin más? Debía de tener coche, y a él le habría resultado mucho más sencillo. A pesar de lo cual, Rosa sentía una rara emoción cuando pensaba en volverlo a ver. Alzó la vista para comprobar de nuevo que aquel era el pub acordado y, respirando hondo, se alisó la falda sobre las rodillas y empujó la puerta de cristal.

Joe estaba en la barra, y cuando Rosa se acercó a él estaba hablando con un par de tipos con aspecto de surfistas. Se despidió de ellos inmediatamente y la saludó con un beso en cada mejilla.

—Qué buenas relaciones públicas, encanto —dijo Rosa, sonriendo.

Él la miró de arriba abajo.

—Hay que ver, te has puesto guapa para mí —dijo, devolviéndole la broma.

—Cuando me conozcas mejor, Joe, te darás cuenta de que yo no me pongo guapa para ningún hombre. En todo caso, ¿cómo estás? Le encantaban sus gafas de concha y su tupé rubio a la moda.

—¿Que cómo estoy? Necesitando beber algo. Ven.

Le apoyó la mano en la baja espalda y la dirigió hacia un reservado que dominaba la magnífica bahía.

Rosa se quitó el abrigo y lo puso sobre el respaldo del asiento, mientras comentaba:

—Esto está bastante animado para ser la hora de comer en enero.

—Sí, Polhampton está lleno de gente adinerada y con yate. Aquí hay muchas casas de fin de semana para gente pija de la City, y otros muchos se han venido aquí al jubilarse. Este local marcha muy bien sirviendo almuerzos, comidas y un menú exclusivo de cenas, todo el año. Y procuran servir productos locales, lo cual siempre es bueno. Pero basta con el tema. ¿Qué le apetece tomar, señorita?

—Ya sé que es hora de comer, pero a la porra: una copa de vino tinto, por favor.

Rosa se encontraba ante un paisaje sobrecogedor. La playa de Cockleberry era bonita, pero aquella bahía era otra cosa, con su extensión inacabable de arena y sus olas espectaculares. Entendía por qué se habían comprado allí la casa Jacob y Raffaele.

Contempló las gaviotas que planeaban entre los acantilados imponentes, equilibrándose con sus alas entre los vientos invernales. Un par de paseantes con perros habían salido a pesar de los elementos. Rosa observó que sus amigos peludos no llevaban abrigos, lo cual la animó.

Prueba número uno superada cuando Joe volvió con una copa grande de vino sin que se lo hubiera tenido que decir. Rosa no soportaba la tacañería. Joe dejó la copa en la mesa junto a su pinta de cerveza local.

—Muchas gracias, y lamento haber llegado tarde —le dijo ella—. No sabía que el autobús paraba en todos los pueblos.

—Estamos en Devon, querida, no en Dulwich. En todo caso, me alegro de verte —dijo Joe, y tomó un trago de su cerveza—. Entonces, ¿ya has decidido cuándo va a ser el gran día?

—Te precipitas un poco, ¿no? ¡Si te acabo de conocer!

—¡Ja! Toda una humorista. Pero estoy escarmentado en ese sentido, señora..., es natural, después de estar pasando por un divorcio como el mío.

—Ay, lo siento.

—Lo malo es que, a pesar de lo que hizo ella, no me puedo quitar esto —dijo, tocándose la alianza.

—¿Fue tan malo de verdad? A veces creo que la gente solo tiene que relajarse un poco.

Joe se rio.

—Caray, ¿dónde te habías metido cuando repartieron el gen de la solidaridad? Y sí, lo fue para mí. Se acostó con otro.

—Pero ¿tuvo una relación propiamente dicha, o una sola vez?

—Ella dice que solo una vez, pero ya no puedo confiar en nada de lo que me dice.

—Entiendo lo de la confianza. Yo no doy segundas oportunidades a la gente. Pero, aparte de eso, sí que considero que el sexo no es más que sexo. En la vida, las cosas no son o blancas o negras, Joe. No hay un manual con las reglas..., bueno, aparte de las que nos impone la maldita sociedad.

—En eso tienes razón. Por eso me gusta estar aquí, en el campo. Siento que aquí puedo ser más fiel a quien soy. Lejos del estrés.

—Mira, yo no soy ninguna maestra de la ciencia del amor —le dijo Rosa—. De hecho, todavía no he sido capaz de combinar lo del sexo con eso del amor, sea lo que sea. Ningún hombre me ha hecho llorar nunca, y jamás he añorado mucho a ninguno después de romper con él. Dicen que solo sabes lo que es el amor cuando te llevas un desengaño amoroso, ¿no?

—Creo que sería más fácil arrancar una respuesta sobre el amor a esa gaviota que se acaba de cagar en la ventana que a mí. Bueno, vamos a pedir algo de comer. Invito yo.

Los dos atacaron sendas hamburguesas de la casa con patatas fritas.

—¿Has vuelto a tener noticias del tal Lucas?

—Ah..., no, ¿por qué iba a tenerlas?

—Solo me lo preguntaba. ¿Es verdad que cuando salió de tu casa con cara de vergüenza el día de Año Nuevo no había hecho más que arreglarte las cañerías?

—Joe..., ¿por qué estás obsesionado por Lucas?

—Soy periodista, Rosa.

—¿Y cómo conseguiste mi número de teléfono? —le preguntó Rosa, con repentina desconfianza—. Recordarás que me diste tu tarjeta tú a mí, y no al contrario.

—Debo de ser un buen periodista, ¿eh? —dijo Joe. Sonrió y tomó un trago de cerveza—. Volviendo a Lucas, creo que en su versión de los hechos el día del atropello y fuga había demasiadas contradicciones sospechosas. Y, además, es un mierdecilla rastrero. Se merece que le bajen los humos un poco.

Joe miró a Rosa fijamente a los ojos, como antes, y añadió:

—Y... sé que no te conozco muy bien todavía, pero me gustas, Rosa. Eres distinta de nadie que yo haya conocido por aquí desde hace tiempo, y no quisiera que una persona como esa te hiciera daño.

Unas mariposas hicieron una pequeña danza en el estómago de Rosa.

—¿No habíamos venido a hablar de mi fiesta de apertura?

Joe estuvo a punto de atragantarse con una patata frita.

—Me encantaría hablar de su apertura, señora.

Prueba numero dos superada, y Rosa se relajó. Le encantaba que hubiera un poco de doble sentido.

—Y bien, ¿por dónde empezamos?

CAPÍTULO 27

Rosa llegó a su casa, arrojó las llaves en la encimera de la cocina e hizo muchas fiestas a Caliente, que estaba muy animado. Lo había pasado bien en la comida con Joe, llena de flirteo, y era agradable que la invitaran a una. No obstante, y a pesar de la química que ella había notado entre los dos, se le veía claramente afectado por lo que estaba pasando en su matrimonio.

Se sintió aliviada porque no estuviera Titch en casa, pues necesitaba pasar una noche recogida con algo de tranquilidad. Cuando entró en su dormitorio advirtió que sobresalía un trozo de papel de debajo de su cama desordenada. Con todo lo que había estado pasando, se había olvidado por completo del manojito de cartas que había encontrado en lo alto del armario. Se puso de pie en la cama, extrajo las cartas, cerró el escondrijo secreto y recogió del suelo la carta perdida. Después, se quitó los zapatos con la punta de los pies, se tendió en la cama y se puso a leer.

2 de junio de 1954

Mi querida T,

Se me parte el corazón de saber lo desgraciada que eres. Hemos superado una guerra mundial terrible. Bien pensado, ¡yo he superado dos! De modo que esto no es más que una simple mancha en el oceano. A quien amo es a ti. Podemos hacer esto a nuestra manera.

No me olvides. Te necesito a ti, y solo a ti. Espérame donde el cielo se junta con el mar.

Tu amado Ned.

Rosa sintió que se le asomaban las lágrimas a los ojos. Sorbió y se incorporó hasta quedar sentada en el borde de la cama. Había empezado a darse cuenta por fin de cómo sonaba el amor verdadero, y la entristecía no poder imaginarse que nadie le dijera a ella palabras como aquellas.

Entonces, ¿quién era T? Rosa reflexionaba sin parar. Era evidente que Dotty y Ned habían estado allí desde hacía muchos años, desde bastante antes de la triste muerte de Dotty que tanto había afectado a Queenie. Pero aquello había pasado hacía mucho tiempo. Volvió a leer la última frase y salió apresuradamente en busca del colgante que había guardado en el escritorio del cuarto desocupado. Estaba segura de que lo que estaba grabado en él se parecía mucho a aquello de «Espérame donde el cielo se junta con el mar».

Entonces... el colgante había sido de T, y Queenie debía de saber quién era ella; si no, ¿por qué diantres le habría dicho que no lo vendiera? Debía de ser de Dorothea; ¿era posible que él la llamara con un mote cariñoso propio?

Metió la mano hasta el fondo del cajón, que ya estaba lleno de otros trastos que había encargado para venderlos; pero el colgante no estaba. Buscó en el cajón del otro lado: nada. Pensando que podría haberlo guardado en la seguridad del escondrijo de la parte superior del armario, sin recordarlo, se puso de pie en la cama y rebuscó allí dentro: tampoco había nada. Ya era tarde, y Rosa, cansada y preocupada a la vez, guardó la carta con las demás para otro día y bajó de la cama.

Quizá se hubiera traspapelado el colgante, sin más, con todo el alboroto de la llegada de Titch y de estar recibiendo existencias todos los días. Ya lo buscaría bien al día siguiente, cuando limpiara el piso.

Cuando Rosa estaba a punto de quedarse dormida, oyó que llamaban a la puerta. Estaba segura de haber dejado la llave bajo la rana de piedra de la parte trasera para que pudiera entrar Titch. Se puso unos pantalones de chándal y una camiseta y bajó las

escaleras, tiritando con el frío de la noche. Titch le hacía muecas por la ventana.

—Necesito que me ayudes; mira —le dijo, y señaló una bicicleta sobre la que había un colchón individual atado torpemente al sillín. Rosa abrió la puerta. —Mi jefe de la cafetería lo iba a tirar, y parece que está bien limpio. Ahora podré dormir en él, en el otro dormitorio.

—Vale, estupendo. Pero ¿sabes qué? Estoy agotada. Vamos a dejarlo dentro de casa de momento, y ya lo montaremos mañana.

—¿De verdad? ¿Estás dispuesta a consentir que una mujer en mi estado duerma una noche más en un sofá? —insistió Titch.

Rosa soltó un resoplido.

—Bueno, vale... Deja que lleve yo el peso, tú solo guíame. Y tenemos que hablar mañana por la mañana, por favor.

—¿De qué? ¿De comprar un televisor?

Rosa estaba a punto de soltar a Titch todo lo que se había ido guardando, pero entonces la muchacha le entregó unos billetes de diez libras.

—Toma, Rose. Para cubrir la comida, etcétera. ¿De acuerdo?

Rosa no dijo nada. Quizá la hubiera juzgado con un poco de precipitación; y en cualquier caso, la pobre chica se encontraba en un apuro nada envidiable.

Puso el colchón en el suelo, en el rincón del dormitorio pequeño, y movió el escritorio de tal modo que quedara al final mismo del cuarto y no estorbara. Aunque no se había dado cuenta antes, desde el ventanuco se dominaba toda la calle hasta la playa. Titch apareció con la ropa de cama que había tomado del sofá del cuarto de estar, y se puso cómoda al momento.

—Gracias por acogerme, Rose —dijo con voz soñolienta.

Y antes de que Rosa hubiera tenido tiempo de responder, Titch ya estaba tendida sobre un costado, hecha un ovillo y roncando suavemente.

CAPÍTULO 28

—¿Cómo que no lo encuentras? —dijo Josh.

Rosa sostuvo el móvil bajo la barbilla mientras vaciaba el contenido de su cesta de la ropa sucia en una bolsa de deportes grande.

—En serio, Josh. Lo he buscado por todas partes y no aparece.

—¿Has probado a buscarlo otra vez en el sofá?

—He probado en todas partes.

—Bueno, en cualquier caso no lo ibas a vender, de modo que no pierdes nada.

—Ya lo sé, pero es muy raro. No se puede haber esfumado; y, lo que es más, ahora que he leído esa carta que te he contado, siento una conexión extraña con el colgante. Es como si tuviera que cuidar de él.

—Maldita sea, toda esa brisa marina se te ha subido a la cabeza, ¿no? —dijo Josh. Hizo una pausa, y prosiguió—: Lamento decir esto abiertamente, pero ¿no creerás que lo puede haber cogido Titch, verdad? Quiero decir que, según me has contado, su madre la ha echado de casa y ha perdido el trabajo en el pub, de modo que debe de estar apurada de dinero.

—Hum. Eso no lo había pensado, pero no... A pesar de todos sus defectos, no la veo como ladrona. Y tengo que reconocerle que me ha dado algo de dinero para comida, y me va a pagar cuarenta libras a la semana por el alojamiento de ahora en adelante.

—¡Cuarenta libras! ¿Te estás volviendo loca, Rosa?

—Ay, Josh, ya basta. No estoy en Londres, y ahora mismo está en un colchón pequeño en el suelo, en una habitación en la que,

aparte de eso, no hay más que un escritorio viejo. Eso bastará de momento, y el dinero me viene francamente bien.

—¿Y has hablado con ella esta mañana, como me dijiste que pensabas hacer?

Josh se mordió el labio... Estaba hablando como uno de sus antiguos profesores.

—Josh, ¿es que estamos jugando a las veinte preguntas? No le he dicho nada; debe de estar haciendo el turno de mañana en la cafetería.

—Y cuéntamelo otra vez: ¿por qué me dijiste que había perdido el trabajo en el Barco?

Rosa soltó un bufido.

—Bueno, estoy ocupada —dijo—. Tengo que marcharme.

—Entonces, ¿has empezado ya a montar la tienda? Cuando te quieras dar cuenta estaremos en febrero.

—Ya lo sé, ya lo sé. ¡Deja de atosigarme! Me doy cuenta de que he estado descuidando un poco las cosas; pero Joe, que es encantador, me ha propuesto hacer la inauguración el Día de San Valentín. Voy a encargarme unas chocolatinas para perro en forma de corazón, para regalarlas, y repartiré vales de descuento del diez por ciento para la primera compra de la gente. Pienso dejar el escaparate muy atractivo. De hecho, tengo ideas divertidas para el escaparate el próximo verano, que encantarán a los niños.

—Recuérdame otra vez quién es Joe...

—Es el reportero y redactor jefe de la *Gaceta*.

—Ah, sí.

—Va a publicar un editorial en el periódico la semana anterior, con otro vale que se podrá gastar en la tienda el Día de San Valentín.

—Estupendo. Entonces, ¿el Día de San Valentín cae en sábado este año?

—Sí, y también coincide con la Semana Blanca, de modo que me parece que es ideal, pues también pueden venir por aquí algunos turistas. Solo espero que no haga demasiado frío.

—Entonces, ¿voy a recibir una invitación oficial?

—Sí, te invito verbalmente. ¿Vendrás?

—Claro que sí, caray, con bandera y banda. Carlton me ha dicho que quizá se venga él también, pues un antiguo compañero suyo de la universidad juega en el club de rugby de Falmouth. De modo que el plan es que se vendrá conmigo el viernes y se alojará en casa de su amigo el sábado por la noche.

—Ah, el célebre Carlton... Me alegraré de conocerlo en persona por fin. Os puedo ofrecer los sofás a los dos, pero quizá os interese más ir a un hostel.

—Sí. ¿Puedes enterarte de si Jacob tiene habitaciones en la Nasa de Langostas, si me haces el favor?

—Cuando le diga que te vienes tú con otro del rugby, supongo que os ofrecerá su propia cama.

Josh se rio.

—Ese hombre no para en barras —dijo.

—¿Y como sigue tu chica nueva?

—La llevo a cenar a veces; no es nada serio —dijo Josh. Esperó alguna muestra de celos, aunque fuera minúscula, pero Rosa guardó silencio—. Como te digo, no es nada serio. En todo caso, y lo que es más importante, ¿tienes algún hombre digno de mención? Cuando vivías conmigo no recuerdo que pasaras nunca mucha sequía de hombres.

—Por desgracia, la bahía de Cockleberry no es precisamente un criadero de tíos buenos, como lo era Londres en su día.

—¿Y ese tal Joe, *que es encantador*?

—Se está divorciando.

—Entonces, tienes posibilidades de estar al rebote.

—¡Ja! Esperemos que sí.

—¿Y qué vas a hacer con lo del colgante? ¿Vas a dar parte a la policía?

—Dios, no. Ya aparecerá. No hay indicios de que haya entrado ningún ladrón en casa. Puede que las brujas de Cockleberry se lo

hayan llevado por arte de magia a algún lugar seguro para que yo no lo pueda vender —dijo, e hizo una imitación de risa de bruja.

—Tengo muchas ganas de conocer a todos esos nuevos amigos tuyos.

—No mientas. Pero me encantará verte.

En ese momento entró en la cocina Caliente, dando saltitos y ladrando.

—Ay, allí está mi chico —dijo Josh con afecto—. No veo el momento de darle un besote de tornillo.

Rosa soltó una risita.

—Bueno, señor Smith, el sabueso y yo salimos para la lavandería automática. Si diera la casualidad de que su madre fuera a tirar una lavadora, comuníquenoslo.

—Qué monita descarada...

—La verdad es que me quieres —dijo ella, y colgó.

CAPÍTULO 29

Titch, después de respirar hondo, abrió la puerta de la Posada del Barco con su llave y entró. Sheila Hannafore estaba limpiando las mesas del bar.

—Hola, Sheila.

La posadera dio un respingo.

—¿Cómo se te ocurre darme esos sustos? Y ¿qué quieres?

—La verdad es que he venido a preguntarte si me puedes volver a dar mi trabajo de limpiadora. Te prometo que no volveré a beber en horas de trabajo.

—¿Que tú no vas a beber? —dijo la mujer con desprecio—. Eso solo me lo creería si estuvieras embarazada.

Sheila se rio echando la cabeza hacia atrás. Titch hizo una mueca y levantó la vista para evitar que le cayeran las lágrimas.

Sheila, al verlo, se llevó las manos al pecho.

—Ay, Dios mío. ¡Lo estás, maldita sea! ¡Estás embarazada!

—No, no.

Sheila la miró de pies a cabeza.

—A mí no me engañas, querida. Aunque solo estés de pocas semanas, tienes la pinta. Estaba visto —dijo con desprecio—, entregándote a tantos hombres de esa manera.

A Titch se le puso el rostro de color rosado. Dijo con firmeza:

—He trabajado mucho para ti, Sheila; y puede que no esté bien beber en horas de trabajo, pero yo siempre he dejado el dinero en la caja. Desde luego que no soy una ladrona. —Dejó con un golpe la llave de la puerta en la mesa que tenía más próxima—. Tampoco me merezco que me hables así. Lo que yo haga es asunto mío.

—¿El qué? ¿Ser una sucia zorra? —dijo Sheila entre dientes, y se puso de nuevo a limpiar el polvo con energía.

—Quizá no tan sucia, Sheila, cuando es muy probable que lleve aquí a tu nieto —dijo la muchacha señalándose el vientre, y se dispuso a marcharse airadamente. Sheila la asió del brazo con fuerza.

—No serás capaz de caer tan bajo de mentir en una cosa así...

—Pues pregúntaselo a él..., pregúntaselo a tu querido Lucas. De hecho, me sorprende que no me haya usado como coartada. Verás: me topé con él cuando él salía de la Tienda de la Esquina la noche del accidente. Y te aseguro que me hizo algo más que arreglarme las cañerías en la parte de atrás de su furgoneta.

Sheila, jadeando de indignación, le preguntó con tono autoritario:

—¿No se lo habrás dicho a tu madre, supongo?

—Sí, y ella me apoya en todo.

Titch tenía la esperanza de parecer convincente. A decir verdad, su madre ya había empezado a enviarle algunas señales de reconciliación en forma de mensajes de texto, y ella iba a visitarla más tarde.

—¿Cómo? ¿Le has dicho que crees que es de mi chico?

—Todavía no.

—No me creo que Lucas se comportara de esa manera, sobre todo el mismo día que venía Jasmine.

—Al menos, supongo que con esto no pudo ser él el que la atropelló.

Sheila hizo caso omiso de este comentario. En vez de ello, dijo:

—Tienes opciones, Titch. Solo tienes dieciocho años. No te arruines la vida.

Sheila, ya ablandada, se dispuso a pasar un brazo por los hombros de la muchacha, pero esta se liberó.

—Sí, ya sé que tengo opciones —dijo—; pero, como ya he dicho, lo que yo haga es asunto mío.

Dicho esto, salió por la puerta del pub con la cabeza muy alta. Respiró una honda bocanada de la brisa marina helada, alzó al aire

uno de sus pequeños puños y formó con los labios la palabra «¡sí!».

CAPÍTULO 30

Cuando Rosa abrió la puerta de la Nasa de Langostas, dispuesta a hacer su turno de trabajo del viernes por la noche, se sorprendió de ver lo animado que estaba el local. Jacob y Raffaele estaban sentados por fuera de la barra.

—¿Ha pasado algo sin que yo me enterara? —preguntó Rosa, mientras levantaba a Caliente para que lo acariciaran ambos.

Jacob se inclinó hacia delante en su taburete, la besó en ambas mejillas y le explicó:

—El hermano de Raffa está pasando esta semana con nosotros. Está aquí ahora mismo, de hecho. Es cantante. Dijo que actuaría una noche para nosotros. He puesto una nota hoy mismo en nuestra página de Facebook, y ya sabes cómo son las cosas por aquí.

—Sí —intervino Raffaele—, las noticias no corren, vuelan. Música en vivo en la bahía; y creo que la foto también hizo algo. Aunque no es tan guapo como yo.

Jacob se llevó a los labios la mano de su joven marido.

—Claro que no, querido. Pero lo que sí me temo es que esta noche no vengan más que mujeres por aquí. Hasta puede que Mary Cobb se quite las zapatillas para la ocasión.

—Lo dudo —intervino entonces una anciana de arrugas marcadas y que llevaba un pañuelo negro en la cabeza. Miró fijamente a Rosa y añadió—: Esa ya no toca el alcohol, después de lo que le pasó.

Rosa pensó que la anciana podía ser la misma que le había ayudado a abrir la puerta el día de Nochevieja y se disponía a preguntárselo, pero entonces el micrófono que estaba probando

Alyson soltó un chirrido ensordecedor que hizo ladrar a Caliente. Entre el ruido y la confusión, la anciana apuró su bebida y salió discretamente del bar.

Cuando Rosa hubo dejado a Caliente con los doguillos en el piso de arriba, bajó y preguntó a Jacob:

—¿Quién era esa?

—¿Quién era quién? —dijo Jacob, distraído por la llegada de nuevos parroquianos.

—La señora mayor del pañuelo en la cabeza.

—No la había visto nunca por aquí. No te sabría decir; lo siento.

—Vale, ¿dónde está Enrique Iglesias cuando lo necesitas? —dijo Rosa, riendo—. Es español, ¿no?

—¿Quién es español? —dijo una nueva voz—. *Sono italiano, io* —añadió, con indignación fingida.

Jacob saludó a su cuñado e hizo las presentaciones:

—Angelo, te presento a Rosa. Rosa, Angelo.

Angelo tomó la mano de Rosa y dijo:

—*Ciao, principessa.*

Era mucho más llamativo que Raffaele; llevaba perilla recortada y unos pómulos de muerte. Apoyó el dedo en la cicatriz de Rosa.

—*Ecco, un rayito perfecto. Bellissima.* —Bajó la voz—. Te han tocado los ángeles... y ahora te ha tocado un Angelo.

Rosa esbozó una sonrisita, cosa que no solía hacer nunca.

Jacob le guiñó un ojo y le susurró al mismo tiempo:

—Es precioso, ¿verdad?

—Entonces, ¿dónde me pongo? —dijo Rosa, dispuesta a empezar a trabajar.

—En un sitio bien lejos de donde te gustaría ver a Angelo —dijo Jacob con malicia. Rosa chascó la lengua en broma—. Empieza en la barra, por favor. Parece que va a haber mucho movimiento, de modo que también puedes ayudar a servir la comida, si te parece bien.

—Muy bien.

Cuanto más propinas, mejor, pensó Rosa para sus adentros, sacando pecho y poniendo una gran sonrisa para los clientes.

Cuando Rosa llegó a su piso era medianoche. Entreabrió silenciosamente la puerta del cuarto de Titch y oyó sus ronquidos tranquilos. Se preparó un chocolate de taza, dio a Caliente algo de comer y pasó al cuarto de estar; tenía que relajarse después de aquella noche agitada. Pensando en lo agradable que sería ver algo de televisión intrascendente, se propuso buscar una de segunda mano al día siguiente.

Rosa revisó su teléfono. No tenía mensajes, y se preguntó qué estaría haciendo Josh. Como estaba demasiado cansada para molestarse en llamarle y hablar, se retiró a su habitación y empezó a desvestirse. Después de guardar su reloj de pulsera en el cajón, se puso de pie sobre la cama, sacó un par más de sobres azul claro desvaídos y se puso a leer.

10 de junio de 1954

Mi querido Ned,

¿Cómo podría ser feliz, si no puedo estar con el hombre que quiero? Pero las cosas tienen que ser así. No puedo traicionar a una amiga. Ni siquiera sé cómo hemos llegado a este nivel de cariño. De modo que me voy a vivir con mi hermana Kathleen, en Londres, con la esperanza de que, cuanto menos vea tus ojos, bellos y bondadosos, más se acallará el fuego de mi corazón.

Hoy he leído esta cita de Kahlil Gibran:

«Cuando el amor te llame, síguelo, aunque sus caminos sean duros y ásperos. Y cuando te envuelva con sus alas, ríndete a él, aunque te hiera con la espada que lleva oculta entre las plumas».

Esto no solo nos herirá a nosotros, sino también a la pobre Dotty.

Te espero donde el cielo se junta con el mar.

Tu T.

Rosa estaba boquiabierta. Dios mío, Ned tenía una aventura de alguna clase. Estaba deseosa de seguir leyendo, pero la dominaba el sueño.

Caliente se despertó, meneó la cola y se dirigió a la cama para lamer a Rosa en la cara.

—Hola, nene —dijo ella. Lo subió a la cama consigo; se acomodó y cayó por fin en un sueño reparador, aspirando el olor limpio, a cuero, del animal.

CAPÍTULO 31

El ruido de Titch vomitando en el baño despertó a Rosa.

Se frotó los ojos, se puso la bata y, seguida de cerca por Caliente, fue a la cocina a poner el hervidor de agua y a dar de comer al perro. Titch apareció en la puerta con aspecto pálido.

—Ay, pobre. ¿Puedes con una taza de té.

—Uf, no. Solo un poco de agua, por favor.

Rosa le dio un vaso grande lleno de agua fría.

—Ven, vamos a sentarnos en el cuarto de estar —le dijo. Abrió la puerta de la terraza, dando paso al sonido de las gaviotas y a una bocanada de aire frío. Caliente salió corriendo y ladrando, hizo pis en su tiesto favorito y volvió a entrar a toda prisa.

—Te prometo que te sacaré a pasear dentro de un rato, señor Salchicha.

Al decir esto, Rosa se acordó de pronto de Luke.

—Entonces, ¿has pensado algo más en lo que vas a hacer? —preguntó a Titch.

—Sí, lo he pensado. He dicho a Sheila Hannafore que el niño es de Lucas.

—¿Qué? —exclamó Rosa, expulsando algo de té de la boca—. ¿Y lo es?

—Claro que no. Tomo la píldora, pero desde que un escocés guapo me pegó la clamidia en una despedida de soltero, el verano pasado, también uso condones —dijo Titch, que parecía visiblemente alterada—. Pero no lo usé cuando me acosté con el padre del niño.

Rosa tocó el hombro de Titch.

—Todo saldrá bien —le dijo—. Entonces, ¿cuándo pasó todo eso, en todo caso?

—El día que vino aquí Lucas antes de Navidad para ayudarte con la fontanería. Mi casa está un poco más arriba, por la parte trasera de tu casa, y pasaba por allí cuando él salía. Me pareció que estaba algo bebido. Charlamos, empecé a flirtear y terminamos en la parte de atrás de su furgoneta... Y el resto es historia.

—Pero ¿no me dijiste que no sabías quién era el padre?

—Aquella noche, cuando me encontraste, estaba confusa y borracha.

—Entonces, ¿quién es el padre? —preguntó Rosa, que ya estaba completamente confundida.

—Divulgar esa información no serviría de nada a nadie, porque él no se va a enterar nunca. Cuantas menos personas lo sepan, mejor.

La verdad era que Rosa ya se sentía algo hastiada de todo lo relacionado con Luke. Lo del día de Año Nuevo había sido lo que había sido, sexo consentido, un acto físico, nada menos y nada más. Ella no se había sentido culpable por sus actos; pero ahora que oía aquello sí que se sentía rebajada de pronto. Lucas Hannafore tenía más de serpiente de lo que ella se había llegado a figurar.

Titch percibió la expresión de Rosa.

—¿No me dirás que te gusta, después de lo que te hizo en el Barco?

Rosa, sin confiar en su propia cara, se levantó para ir a cerrar la puerta de la terraza.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó la muchacha—. Sí que pasó algo entre vosotros.

Rosa soltó un suspiro.

—Y yo que me creía especial porque había sido infiel conmigo —dijo—. Seguramente es otra cosa que más vale no contar.

—Fíate un poco de mí, por favor. Y, siendo justas, tú conoces un secreto mío mucho mayor. Pero razón de más para alegrarme de habérselo contado a la señora Hannafore.

—Pero con eso no respondes a la pregunta de qué vas a hacer, Titch. Ya debes de estar de bastantes semanas. Si vas a abortar, entonces, cuanto antes, mejor.

—Sé exactamente lo que voy a hacer, Rose. De momento, no voy a hacer absolutamente nada más que esperar. Esperar y nada más.

CAPÍTULO 32

Rosa dejó atado a Caliente ante el supermercado Co-op y abrió la puerta. Mary se levantó torpemente del taburete en el que reposaban sus grandes nalgas.

—Hola, Rosa, qué gusto de verte, querida. ¿Cómo estás? —dijo, y tosió con fuerza.

—Deberías tomarte algo para esa tos, Mary, en serio.

—No te preocupes por mí; la abuelita me da su propia receta con jengibre, limón y miel. Ay, míralo —dijo Mary, volviendo la cabeza hacia la cristalera para ver a Caliente—. ¿Qué querías hoy?

—Me preguntaba si podía poner esta tarjeta en el tablón de anuncios, por favor. ¿Hay que pagar?

—Por ser tú, no, claro está. Necesitas hasta el último penique para poner en marcha esa tienda. ¿Has decidido ya la fecha de la inauguración?

—Sí, dentro de dos semanas, concretamente el Día de San Valentín.

—Eso es fantástico. Más vale que me reserves esa correa de gato para Merlín. —Tomó de manos de Rosa la tarjeta escrita a mano y la leyó en voz alta—: «Se necesita un televisor de tamaño mediano». Ah, vale; me aseguraré de que todos los que entren sepan que lo estás buscando. ¿Has mirado tú si se vendía alguno? En el kiosco de prensa de Collins también hay un tablón de anuncios. Y si quieres publicarlo en el próximo número de la *Gaceta*, puedes llegar a tiempo si te das prisa; pero eso te costará dinero.

—Estupendo, Mary, gracias —dijo Rosa, y se pasó una mano por el pelo—. Bueno, será mejor que siga con lo mío. Voy a hacer

imprimir unas invitaciones con vales de descuento para la inauguración, y te traeré uno. Será divertido. Voy a poner música y va a venir una maquilladora para pintar la cara a los niños.

—Va a ser un día grande para la bahía de Cockleberry —dijo Mary, y su risa degeneró en otro ataque de tos violenta. Cuando se le hubo pasado, Rosa le dijo:

—Dale recuerdos a tu abuelita.

—Se los daré. Pasa buen día, querida. Y... bueno, me parece que debes estar muy orgullosa de ti misma.

Rosa sintió que le recorría el cuerpo un hormigueo extraño, una sensación que no había tenido nunca hasta entonces. Quizá se debiera a que nadie le había dicho nada como aquello en toda su vida hasta entonces. Y sí, era cierto: había conseguido en unas pocas semanas más de lo que había soñado nunca.

—Mmm, gracias, Mary —dijo, sintiéndose casi al borde de las lágrimas—. Muchas gracias.

Cuando Rosa abrió la puerta para marcharse, Mary la detuvo diciéndole en voz alta:

—¿Puedes dejarme tu número de teléfono? Así, si alguien dice que vende un televisor, te podré avisar en seguida, por si se les olvida llamarte.

—Vale, buena idea. Dame el tuyo y te envío un mensaje con el mío. Gracias de nuevo, Mary.

La cara regordeta de Mary se iluminó con una sonrisa.

Mientras Rosa desataba la correa de Caliente del poste de delante del Co-op, recordó lo que había dicho la otra noche la anciana en la Nasa de Langostas. ¿Qué diantres podría haber pasado a Mary para que no volviera a beber nunca más? Fuera lo que fuese, debía de haber sido bastante grave para que la anciana hablara de ello. Rosa tomó la decisión de que se lo preguntaría a Mary si alguna vez llegaba a darse un momento oportuno para ello.

Rosa sentía un poco de lástima por Mary en general, aunque no tenía claro por qué. Tenía que vivir con su abuela decrepita y con Merlín, el gato loco; y estaba claro que no sacaba el mejor partido

de sí misma. Estaría mucho mejor con un buen corte de pelo, arreglándose las cejas y con unos toques de barra de labios y de rímel. Pero aquello era asunto de Mary, y Rosa podía solidarizarse con ella, pues tampoco Rosa había sido muy dada a los tratamientos de belleza ni a pintarse demasiado. Siempre le había supuesto un esfuerzo excesivo. Nunca le había costado trabajo atraer a los hombres, pero quizá fuera por la facilidad con que se entregaba a ellos. Cuando se miraba al espejo no veía una persona especialmente bella y siempre se fijaba en la cicatriz en zigzag, en forma de rayo.

—¿Qué piensas tan absorta?

Rosa estuvo a punto de dar un respingo cuando Seb se detuvo junto a ella en una furgoneta roja. Caliente ladró en solidaridad con ella.

—¡Seb! Me has asustado. ¿Cacharro nuevo?

—Sí, el viejo trasto tuvo que ir a parar al desguace. Encontré esta hermosura en eBay. Y solo me ha costado doscientas libras. ¿Estás bien?

Caliente lloriqueó para expresar lo poco que le gustaba que le hicieran quedarse quieto, y las furgonetas rojas, y los hombres flacos con barba.

—Sí, sí, todo va bien, gracias —dijo Rosa. No soportaba cómo la miraba de arriba abajo el de la barba pelirroja.

—¿Has visto a Titch últimamente? —le preguntó él—. Hace tiempo que no se la ve por el Barco.

Rosa no sabía qué debía callar o qué podía contar a nadie acerca de su inquilina alocada. Ni siquiera sabía si la muchacha había dicho a alguien dónde estaba viviendo. Y como la Tienda de la Esquina tenía una puerta trasera discreta, Titch podía entrar y salir con facilidad sin que la vieran. Al parecer, la rumorología de Cockleberry no se había enterado... Al menos, de momento.

—Rosa, ¿qué pasa? —insistió Seb.

—Nada. La vi antes en la cafetería y me comentó que iba a ir a Polhampton por si encontraba más trabajo. ¿Quieres que le dé

algún recado si la veo?

—Sí, por favor. ¿Puedes decirle que me llame lo antes posible?

—¿Nada más?

—Nada más. Gracias.

Mientras Seb entraba en el Co-op, Rosa recibió un mensaje de texto. Apareció en su teléfono la palabra «fontanero». «Dime si quieres que te desatasque algo más la próxima vez que vaya por allí». Seguido del emoji de la cara guiñando un ojo. Rosa lo borró inmediatamente.

Si ella no hubiera sabido que Luke el Guapo también se había acostado con Titch (y en la trasera de su furgoneta, para colmo), se habría planteado responderle, pero, tal como estaban las cosas, e incluso con el nivel moral actual de ella, digno de una gata callejera, se había pasado de la raya para Rosa Larkin. Una cosa era engañar a la novia una vez, pero mojar el churro en todo lo que se movía no era aceptable de ninguna de las maneras.

Le sorprendía que se estuviera planteando siquiera ir por allí, teniendo en cuenta que la *Gaceta* todavía daba vueltas al misterio sin resolver del atropello navideño con fuga de la bahía de Cockleberry.

Supuso que ahora tendría que creer a Luke cuando decía que no había sido él, pues Titch era la prueba viviente de que había estado «atropellando» y «fugándose» de una manera muy distinta.

Rosa y Caliente rodearon la manzana y Rosa abrió el portón de la entrada trasera de la tienda, pero descubrió que la puerta de atrás no estaba cerrada con llave. Molesta al pensar que Titch debía de haber vuelto a casa y no había echado la llave, entró y apagó la luz de la cocina de atrás, chascando la lengua. Desde luego, esa muchacha no tenía ni idea de lo que era el ahorro. Después, sus propios pensamientos la hicieron sonreír. Solo un par de meses atrás, ella habría estado haciendo lo mismo en la casa de Josh, sin tener en cuenta que a él le tocaba pagar las facturas.

—¡Hola! —exclamó en voz alta mientras subía las escaleras, pero no obtuvo respuesta. Titch no estaba. Quizá hubiera encontrado algún trabajo adicional. Caliente se tendió en el suelo ante el sofá, y Rosa se dirigió al dormitorio en busca de su ordenador portátil. Josh, siempre tan razonable, se había empeñado en que, aunque ella creía que el colgante lo había dejado en alguna parte, debía guardar con llave sus objetos de valor cuando saliera; por eso se acababa de comprar un minicandado y lo había puesto en su maleta pequeña. Soltó un «¡Ah!» cuando encontró allí las cartas que había bajado del armario. Aunque no estaba segura de por qué, se había sentido obligada a guardarlas bajo llave también.

Pero ahora estaba impaciente por seguir leyendo. Enterarse de las andanzas del viejo Ned resultaba muy interesante. Podía permitirse un poco de tiempo libre para ello, ya que había metido en el banco parte de lo que había ganado en el pub para disponer de algo de saldo para las actividades de la fiesta de apertura de la tienda. Rosa se acababa de preparar un café y estaba entrando en su cuenta de correo electrónico cuando se le iluminó en la pantalla del teléfono el nombre del zorro.

—Aquí Joe Fox, reportero; organizador de la apertura de la Tienda de la Esquina y, francamente, el hombre más encantador de la zona de los Acantilados del Sur, sin más —dijo a modo de saludo.

Rosa se rio.

—Caray, sí que estás de buen humor.

—Ajá. Sí, la verdad es que sí. A lo cual contribuye el hecho de que hoy voy a verte para comer.

—¡Y una porra!

—No me digas que se te había olvidado. Me siento herido mortalmente.

—Olvidado no; solo que lo tenía apuntado en mi calendario para mañana. ¿A qué hora habíamos quedado?

—A las once y media; pero si necesitas algo de tiempo puedo llegar a la una. Mañana sería demasiado tarde, pues entramos en prensa al día siguiente.

—Sí, sí; está bien. Lo único que estaba haciendo era, literalmente, enviar una transferencia a la maquilladora; y he encontrado un altavoz portátil Bose pequeño en venta para la música.

—Estupendo. Vamos a quedar en el Café, Té y Mar. Hoy no puedo ponerme con la cerveza; tengo demasiado que hacer.

—Perfecto. Nos vemos allí a la una.

CAPÍTULO 33

Josh llamó por teléfono cuando Rosa salía corriendo por la puerta.

—¿Rosalar?

—Ay, señor Smith. ¿Dónde se había metido usted? Le he echado de menos.

—Claro que no —dijo Josh, riendo—. Tengo una reunión en seguida y no puedo charlar; solo quería asegurarme de que habías reservado una habitación en el pub para Carlton y para mí.

—Mierda, mierda. No, todavía no, lo siento. Ahora salgo a reunirme con Joe, el de la *Gaceta*; me pasaré por el camino. Queríais dos noches, ¿verdad?

—Sí, por favor.

—Vale. ¿Estás bien?

—Bien, bien; estoy con prisa, ya hablaremos como es debido durante la semana.

Cuando Rosa entró en el café, Joe le dedicó una amplia sonrisa. Se quitó el abrigo y dejó a la vista una minifalda verde con peto con un jersey rosa de cuello vuelto y medias de rayas verdes y rosas. Llevaba sueltos los rizos castaños. A él le encantó su extravagancia.

Se sentó junto a él y dio unas palmadas muy rápidas.

—Qué frío condenado hace hoy —dijo.

Joe se puso de pie.

—Te traeré un café.

—La verdad es que prefiero una taza de té, si puede ser, y un *muffin* de limón de los que hacen aquí. Toma, pago yo los bollos.

Hizo ademán de entregarle un billete de cinco libras, pero él se lo devolvió.

—Invito yo. Todo sea por conseguir una buena noticia para el periódico, sobre todo ahora que estamos en enero y no pasa gran cosa por aquí.

Mientras Joe estaba ante el mostrador, Rosa observó sus vaqueros bien cortados y su sudadera a la moda. Y también le gustaba su leve aspecto intelectualoide.

—Veo que hoy no trabaja tu amiga Titch.

—No, creo que ha ido a Polhampton a buscar trabajo.

—Ah. A mis dominios. ¿Ya no trabaja en el Barco?

—Dios, qué curioso eres —dijo Rosa. Le sonrió y empezó a arrancar la parte superior del *muffin*. Era su manera favorita de comérselos.

—Mi trabajo consiste en ser curioso. Por cierto, hay novedades en el caso del atropello con fuga. Se había desprendido una parte del parachoques del vehículo, y tenía restos de pintura blanca.

—Entonces, queda claro... que puede ser cualquiera —dijo Rosa en broma—. ¿Qué va a hacer la policía? ¿Revisar todos los parachoques de todos los coches blancos de los alrededores para ver si se les ha caído un trozo? Si fuera mío, lo habría llevado a arreglar sin pérdida de tiempo.

—Entonces, dime, ¿cómo vas con la inauguración?

—En resumen, estoy esperando a que llegue la última caja de existencias que he encargado hoy, y entonces podré empezar a montar el escaparate y las estanterías. Voy a ocultar el escaparate con una tela oscura por dentro para mantener el misterio, pero ya he puesto un cartel grande por delante para anunciarlo.

—Bien, bien. ¿Has repartido ya vales de descuento en los pubs, en las cafeterías y en las tiendas?

—No. Acabo de encargarlos en un sitio de esos de imprenta rápida por internet, y tienen que llegar hoy, o eso espero. El plan es que Caliente y yo los repartamos mañana.

—Una gran labor de equipo. No olvides llevarlos también a la urbanización de casitas para vacaciones Acantilados del Sur; pueden poner uno en cada una, pues aquí suele haber bastante

animación en la Semana Blanca. Las mamás y los papás podrán llevar a sus chicos, sobre todo si has contratado a la maquilladora con pinturas para caras. Y Louise es muy buena; hace participar a todos.

—Qué bien. Lo de la música ya está arreglado; la pasaré de mi teléfono al altavoz nuevo; y ¿sigues dispuesto a llevarme al hipermercado para traer unas botellas de champán y unos aperitivos algún día de esta semana?

—Eso haré. ¿Y qué te parece preparar unas jarras de zumos y vasos de papel para los niños? Y ¿has encargado las golosinas para perro en forma de corazón?

—Sí, todo eso está hecho; y también hay un par de globos en forma de corazón con fotos de Caliente.

—¡Genial! Me encanta.

—Sí, va a saltar a la fama por fin. He pensado poner uno por fuera de la puerta y otro por dentro. Vamos a estar algo apretados en el interior, pero esperemos que no haga demasiado frío y que podamos salir un poco a la calle.

Joe se aclaró la garganta y dijo:

—Yo también he conseguido cerrar un trato increíble para tus relaciones públicas, pero no sé qué te parecerá a ti.

—Ay, Dios, cuéntame.

—Una entrevista por la mañana en el programa de radio *Los acantilados del sur hoy*, el día anterior a la inauguración.

—¿Yo? ¿Esta pobrecita en la radio? —dijo Rosa, dejando su trozo de bollo.

—Rosa, sé que eres capaz de hacerlo. ¿Qué es lo peor que puede pasar; aparte de que digas palabrotas, quiero decir? Quedarás estupenda, lo sé.

—¿Tú crees?

Joe asintió con la cabeza.

—Te prepararé un guion, y podrás tomar partes; tendrás bastantes cosas que decir.

Rosa se cubrió la cara con ambas manos y empezó a dar pataditas en el suelo y a proferir un ruido raro.

—Todo esto es surrealista —dijo por fin—, pero es muy emocionante. Gracias, Joe.

—Solo puedo decir que menos mal, porque ya había confirmado la entrevista. Sé perfectamente que te vendrá bien. Vendré a buscarte, te llevaré allí y esperaré contigo a que hayas terminado. Te irá bien.

—Es muy amable por tu parte.

—También estoy escribiendo un artículo para el número de esta semana; pero lo que sí que necesito es un nombre para tu tienda. Ah, y una foto tuya con Caliente, si te parece bien.

—¡Seremos famosillos! Pero, Joe, ¿no la puedo llamar solo la Tienda de la Esquina de momento? En todo caso, no me puedo permitir hacer que pinten otro letrero. Además, así puedo cambiar de negocio y vender otras cosas si esto sale mal.

—Pero si estás vendiendo cosas para mascotas, te hará falta un nombre que tenga que ver con las mascotas, ¿no?

—Como Estilo Perrito o Ari Gato —dijo ella, riendo—. La verdad es que el Estilo Perrito me gusta bastante.

—¿En serio? —dijo Joe, enarcando las cejas con malicia.

Rosa se sonrojó.

—Huy, lo que he dicho...

Joe no pudo contener la risa.

—¡Estilo Perrito! Eso es genial.

—O quizá se pudiera llamar Rosa a secas. Si la llamásemos así, me sentiría orgullosa de mí misma.

—Me encanta oírte pensar de manera positiva. Anoche vi un programa sobre el reclutamiento para las fuerzas especiales del ejército, y cuando has dicho eso me lo has recordado.

—Joe, voy a abrir una tienda en un pueblo, no voy a salvar al país.

—Déjame que te lo cuente. Tú no tienes padres, ¿verdad?

A Rosa le gustaba su acento del norte de Inglaterra. Pero lo que acababa de decir la sobresaltó.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó. Quizá se lo hubiera dicho una noche a Jacob, estando bebida; pero no solía sacarlo a relucir.

Joe, sin responder a su pregunta, dijo:

—En todo caso, esto fue lo que dijeron en el programa, que me hizo saltar las lágrimas. Algunos de los chicos que hacen el programa de entrenamiento tienen historias personales muy tristes, pero, a pesar de ello, tienen mucho ánimo. Hasta lo escribí. —Joe hojeó su cuaderno de notas, y leyó por fin—: «Cuando triunfas, no tienes a nadie que esté orgulloso de ti; cuando fracasas o haces algo mal, no desilusionas a nadie. Depende de ti que te sometas a esa presión tú mismo, que estés orgulloso por ti mismo; y entonces es cuando descubres quién eres de verdad».

Joe puso su mano sobre la de Rosa, lo que produjo a esta la sensación extraña de que se le asomaban las lágrimas a los ojos.

—Te me estás poniendo tierno, Joe Fox —dijo, y parpadeó para limpiarse las lágrimas.

—Debe de ser difícil haberse criado sin saber a quién recurrir.

—Tú no sabes nada de mí.

—Bueno, quizá me gustaría saber algo más.

Joe, que había dejado muda a Rosa con este comentario, tomó su taza y la levantó.

—¡Un brindis por la gran inauguración de la Tienda de la Esquina!

CAPÍTULO 34

Titch subía por la escalera a toda velocidad, saltando los escalones de dos en dos, y estuvo a punto de chocarse con Rosa, que llevaba una bandeja con su cena.

—Despacio, señora; has estado a punto de fastidiarla.

—Perdona, perdona. Tengo que ir al baño ahora mismo —dijo Titch, pero observó con apetito los macarrones con queso de Rosa—. Huy, ¿queda algo de eso?

—No, era un plato preparado. He tenido un día agitado... En todo caso, ¿dónde has estado tú? No, ya me lo contarás después de ir al baño.

Cuando Titch volvió a aparecer, con aspecto mucho más tranquilo, dijo a Rosa:

—Hoy se me ha dado muy bien. He encontrado trabajo de limpiadora en dos pubs de Polhampton; por la mañana temprano, pero no los días que estoy en la cafetería, de modo que voy a ganar bastante. Pero eso no es todo lo que he conseguido hoy —añadió con aire triunfal—. ¡Mira!

Sacó de su bolso un cheque y empezó a agitarlo en el aire.

—¡Tres mil libras! Ya sabía yo que era cuestión de tiempo.

—¿Cómo? ¿Te ha tocado la lotería o algo así?

—En cierto modo.

—Titch, deja de fastidiar y cuéntamelo.

—Pero es una situación de esas de que «si te lo cuento, tendré que matarte, Rose».

Rosa no se imaginaba siquiera qué iba a soltar por la boca esta vez aquella muchacha alocada.

—¿Qué has hecho ahora? —le preguntó, sacudiendo la cabeza.

—Bueno, ya sabes que dije a Sheila que el niño era de Lucas.

—Sí. Ay, Dios, Titch. Me parece que ya sé lo que me vas a decir.

—Me llamó para que fuera a verla y me dijo que había hablado con Lucas y que él le había reconocido que se había acostado conmigo.

—Pero él sabría que usasteis condón.

—Dije a Sheila que se había roto. Se largó tan deprisa que ni se habría enterado, el muy cabrón. En todo caso, ella me creyó y se ofreció a pagarme un aborto en una clínica privada lejos de esta zona. Pero yo no me contenté con eso. Verás, es que necesito más que eso.

—Ay, Titch, ¿qué más le dijiste?

—Que si lo que quería era una coartada para el atropello con fuga, podía pagarme más.

—Pero él estaba firme en que no había sido él cuando hablamos de ello —objetó Rosa.

—No seas tan crédula, Rose. También te pidió a ti que lo cubrieras, recuerda. Su historia de que no quería que lo multaran por ir bebido podía ser un cuento absoluto, y la señora Hannafore sabe exactamente lo que pasó aquella noche, lo noto.

—Titch, ¿eso no es un chantaje?

—Yo lo entiendo como un trato constructivo.

—Entonces, hablando en serio, ¿cuándo vas a hacerte el aborto? Debes arreglarlo pronto.

—No me lo voy a hacer.

—Vale —dijo Rosa, y tomó un largo trago de su Coca Cola light. Caliente rascó la puerta de la terraza, pidiendo que lo dejara salir.

—No te preocupes. No pretendo que me sustentas a mí y, además, a un mini Titch —dijo la muchacha. Tomó la lata de Rosa y le dio un trago—. Aquí tengo tres mil libras. Ahora tengo dos trabajos. Voy a ahorrar todo lo que pueda para poder alquilarme una casita en alguna parte. Esta criatura va a tener una vida feliz. Bueno, todo lo buena que yo pueda hacérsela, al menos.

—Pero ¿qué pasará cuando Sheila se dé cuenta de que no has abortado?

—Ya me preocuparé de eso cuando llegue el momento. Para entonces ya habré pagado una señal y un primer alquiler de una vivienda... y ¿cómo era ese dicho? No se puede pedir cuentas a un hombre de paja, o algo así.

—Tienes huevos, te lo reconozco.

—Y como soy tan pequeñita, espero que no se me empezará a notar hasta dentro de unos meses.

—Será duro, Titch. Criar a un niño tú sola...

—La vida es dura, Rosa; y después de haber perdido a mi hermano y a mi padre, no soy capaz de pensar siquiera en dejar perder esta vida pequeñita. Hoy he visto también a mi madre. Se ha calmado del todo y, lo creas o no, está muy emocionada de pensar que voy a tener al niño.

—¿Sabe ella de quién es?

—Solo le he dicho que es de un turista desconocido que había venido por aquí en Navidad. No quiero que intervenga en esto el padre.

—Ah, ¿cómo no me lo habías dicho? —dijo Rosa, satisfecha por tener al fin una respuesta, aunque fuera parcial. Pero percibía la agitación de Titch—. En todo caso, es un alivio que tu madre haya reflexionado y que lo lleve bien. Me encantaría conocerla.

—Verás, es que no sale mucho porque está en silla de ruedas; tiene esclerosis múltiple. Ahora tenemos una casa de un solo piso en lo alto de la cuesta, y eso viene bien; pero sé que me habrá echado de menos en casa, aunque tiene una cuidadora que se pasa todos los días.

—Parece que tu familia ha tenido más mala suerte de la que le tocaba en justicia, ¿verdad?

—Sí. Yo debería estar revolcándome por el suelo y gritando «¿por qué yo?». Pero tú y yo somos supervivientes, Rosa. Por eso te quiero. Nos tenemos la una a la otra. Pero, Rosa...

Rosa volvió a sentir aquel hormigueo extraño.

—No te preocupes, Titch. Si lo que quieres es volverte a tu casa, debes ir. Tu madre te necesita, y ahora tienes que ahorrar el dinero.

—¿Estás segura?

—Claro que estoy segura, caray. La verdad es que apreciaré la tranquilidad —dijo Rosa en son de burla.

—¡Eh! —exclamó Titch, dándole un puñetazo suave en las costillas.

—Tenemos que ir poniendo en marcha el Fondo Mini Titch, ¿no? Así que, cuando haya abierto la tienda, me encantaría que me ayudaras (si quieres, claro está), y también en la inauguración, el Día de San Valentín. Te pagaré el sueldo normal.

—Eso sería maravilloso. Gracias, Rose. Déjame que te dé algo más de dinero como alquiler antes de marcharme. Cuarenta libras no era nada.

Rosa recordó la generosidad de Josh cuando ella se disponía a trasladarse a Devon.

—Ni hablar de ello —dijo—. Es muy importante que estés preparada lo mejor posible para este muchachito o señorita.

Fue ella quien tuvo que morderse el labio en esta ocasión.

Titch apoyó la mano en el brazo de Rosa.

—Estoy segura de que ella te quería, Rose —dijo.

Rosa se levantó apresuradamente y salió a la terraza, donde el rumor de las olas y los chillidos de las gaviotas ahogaron sus sonoros sollozos.

CAPÍTULO 35

Cuando Rosa empezaba a temer que sus octavillas para el día de puertas abiertas no llegarían a tiempo, oyó que metían por el buzón de la puerta algo que cayó pesadamente en la alfombra de la entrada.

Corrió al piso inferior y vio con agrado un grueso sobre marrón. ¡Las octavillas! Rompió el sobre acolchado sin titubear y se quedó francamente complacida. Aunque había recurrido a una de esas empresas de imprenta rápida en las que diseñas tu propio trabajo, las octavillas tenían un aspecto verdaderamente profesional.

—Vamos, chico, tengo que ponerte los arreos —dijo a su fiel mascota—. Vamos a darnos un paseo largo, calle arriba y calle abajo.

Cuando llegaron a lo alto de la cuesta se encontraron con Jacob, que estaba regando sus plantas.

—Hola a los dos —dijo, y se agachó para acariciar a Caliente—. ¿No me notas algo cambiado? —preguntó a Rosa después de levantarse.

Rosa estudió su cara detenidamente. Él se señaló el pie.

—Me han quitado la escayola. ¡A jugar...!

Rosa se rio.

—Ay, qué noticia más fabulosa. Pero ahora no te pongas tacones de aguja en una temporada, ¿eh?

—Por desgracia, me temo que mis días de Christian Louboutin pueden estar contados, querida. Bueno, al menos durante unos meses. Pero en el hospital me han puesto un fisioterapeuta joven que es muy mono, lo cual es siempre un punto a mi favor.

—¡Cómo eres! Oye, han llegado las octavillas de mi gran inauguración.

—¿Tu gran inauguración, querida? No me la perdería por nada del mundo —dijo Jacob, frunciendo los labios y guiñando un ojo—. Déjame unas cuantas y me pondré a hacerte publicidad... e iremos todos a apoyarte, por supuesto. *Todos* somos Raff y yo, y Feo y Pongo, claro. También haré que se pase Alyson. Es necesario llevar a figurantes, sobre todo si viene la fotógrafa de la *Gaceta*.

Jacob dio a Caliente una golosina para perro que se sacó del bolsillo, y siguió diciendo:

—Rosa, querida, te iba a preguntar si quieres que Raff te prepare unos aperitivos. Estaba pensando en unos canapés, y también hace unos huevos duros empanados caseros muy buenos. Invito yo, claro, por ser un día especial.

Rosa se sintió abrumada por tanta generosidad.

—Jacob, eres un encanto, caray, y la respuesta es que sí, gracias. Estoy con mis últimos peniques, es decir, hasta que empiece a vender, de modo que eso me será de gran ayuda. Voy a traer unas botellas de champán, y zumos para los chicos.

—Será divertido, y tengo muchas ganas de ver los tapones para culo de perrito en plan flores jipis.

Al cabo de una hora, poco más o menos, Rosa había repartido casi todas las octavillas, y se animó al ver que toda la gente de las tiendas y de las cafeterías y restaurantes parecía muy amistosa con ella. Cuando estuvo cerca de la casa de la Espuma Marina, vio que Mary estaba limpiando las ventanas que daban a la calle. En cuanto la mujer percibió a Rosa y a Caliente, interrumpió su trabajo. Merlín debió de captar el olor de un chucho en su dominios y salió como un rayo por la puerta principal, que estaba entreabierta, soltando chillidos de indignación, y se perdió de vista calle abajo.

—Ya se va el gato loco Merlinita —dijo Mary, guardándose el paño y el limpiacristales en el bolsillo de su delantal.

—¿No te preocupa que esté por la calle? —le preguntó Rosa, que no soportaba pensar que Caliente pudiera correr en libertad cerca de algún posible peligro.

Mary tosió.

—Huy, no; ese tiene más de siete vidas. Pero ¿cómo estás hoy, Rosa? Parece que los dos estáis tramando algo.

Se inclinó y acarició el cuerpo suave y tembloroso del teckel.

Rosa sonrió.

—No, sólo estábamos repartiendo folletos para anunciar la apertura de la tienda el Día de San Valentín. Me encantaría que vinieras, y Queenie también, claro, si se siente capaz. Nos tomaremos juntas una copa de champán.

—Ay, no sé, y ya sabes que mi abuelita no sale de casa.

—No te preocupes; también habrá bebidas sin alcohol. Me encantaría que vinieras. La verdad es que el otro día vi en el pub a una señora mayor que...

De pronto apareció en la puerta la figura algo encorvada, de hondas arrugas, con gafas oscuras, de Queenie Cobb. Llevaba los largos cabellos grises bien recogidos en una trenza gris que le llegaba hasta el trasero.

—De nada sirven los chismorreos, Rosa. Escucha siempre a tu corazón y a tu instinto. A veces, las cosas no son siempre lo que parecen. —Tomó del alféizar un cristal natural morado y lo rodeó con ambas manos, murmurando—: Hasta a los delfines se les atrapa cuando nadan a contracorriente, ¿sabes?

Dicho esto, la anciana desapareció en el interior de la casa con tanta rapidez como había aparecido.

Mary empezó a frotarse una oreja y a mover los pies con aire de incomodidad.

—No te preocupes, Mary; tu abuelita es un personaje maravilloso, y el mundo sería un lugar mejor si hubiera muchas como ella.

Mary miró directamente a los ojos de Rosa con los suyos del mismo color.

—Estaré allí el día catorce, pero poco rato. No soy aficionada a las multitudes. Y sé que las habrá.

—Gracias, Mary. Cuantos más seamos, mejor lo pasaremos.

Cuando Rosa llegó a su casa, abrió la puerta de entrada de la tienda y soltó un suspiro de alivio.

—Ya casi estamos, Caliente. Este asunto de la promoción lleva un poco más de tiempo del que yo había creído.

Subió a la vivienda y arrojó sus llaves sobre la encimera de la cocina. Queenie era un ser extraño. Y ¿qué era eso que había dicho de los delfines? Casi parecía que había estado escuchando la conversación de las dos y que la había interrumpido porque no quería que Rosa contara lo que había dicho la anciana en el pub. Pobre Mary: su abuelita la estaba protegiendo de lo que le había sucedido, fuera lo que fuera. Pero Queenie tenía algo de razón: los chismorreos no servían de nada, en efecto. Dejaría el tema.

CAPÍTULO 36

Cuando Rosa se aproximaba a la emisora del programa *Los acantilados del sur hoy*, sentía unos nervios que no había tenido nunca en su vida.

—¿No te pusiste así de nerviosa cuando hiciste los exámenes finales de secundaria? —le preguntó Joe, aparcando marcha atrás en una plaza para visitantes.

—No llegué a hacer los exámenes finales.

—Ah. Bueno, en serio, no te preocupes. Estarás en una habitación con Barry Savage y con su productor; solo tienes que pensar que estás charlando con ellos y con nadie más. ¿Te has preparado lo que quieres decir?

—Sí, así que estaré bien.

—Los he puesto en antecedentes de lo que hay.

—Bien. Entonces, no tendré problemas. Sé lo que vendo, lo sé todo acerca de la inauguración, de manera que ¿qué podría preguntarme que yo no sepa responder?

Rosa saltó del bonito Jeep de Joe y se alisó el abrigo con las manos. El gran danés de Joe, Suggs, al que acababa de conocer aquel mismo día, iba sentado, erguido, en el asiento trasero, igual que un pasajero humano. Rosa se alegraba de no haber traído a Caliente, pues no sabía cómo habría reaccionado ante un perro tan grande.

—Entraré contigo y después iré a dar un paseo a Suggs y te escucharé por mi teléfono. ¿Conoces a alguien más que vaya a escucharte?

—Pues sí. Mary, Queenie, Titch y los de la Nasa de Langostas me estarán oyendo. Y mi amigo Josh, que viene para aquí, también pondrá la radio por el camino.

—Y en el artículo de la *Gaceta* también comenté que hablarías hoy, así que vamos a cruzar los dedos esperando que se animen más clientes a venir el día de la inauguración.

Una mujer de gafas, bien arreglada, apareció en la recepción con una carpeta abierta.

—¿Rosa Larkin?

Rosa asintió con la cabeza.

—Estupendo, venga conmigo.

Joe se despidió de Rosa levantando el pulgar derecho, mientras ella seguía a la mujer hacia el estudio.

—¡Chist! —dijo Jacob, haciendo señas a Raffaele para que apagara la aspiradora—. Ven, vamos a oír a Rosa.

Los dos se acomodaron en el sofá del salón de su enorme casa con vistas al mar, en Polhampton.

Terminaron de leer las noticias.

—Ahora le toca a nuestra chica —dijo Jacob. Feo y Pongo se subieron al sofá y se pusieron a jugar entre los dos—. Chist, callaos vosotros también, chicos.

El locutor empezó a hablar, y Jacob soltó un quejido.

—Ay, es ese repelente de Barry Savage, que sustituye a Terry Logan. ¿Te acuerdas de cuando tuvimos el incendio? —Raffaele asintió con la cabeza—. Pues en vez de promocionar el dato de que ya estábamos abiertos otra vez, lo único que quería era hablar de quién lo podía haber provocado, casi insinuando que habíamos sido nosotros para cobrar el seguro.

—Sí, sí. Es un hombre desagradable. Ay, mierda; pero Rosa es fuerte. Lo hará bien.

—Pues aquí estoy con Rosa Larkin, que es la nueva propietaria de la Tienda de la Esquina de la bahía de Cockleberry. Bienvenida, Rosa.

A Rosa le parecía que Barry Savage era el vivo retrato del señor Sapo, de *El viento en los sauces*, con su traje de tres piezas a cuadros que le ceñía, muy tenso, el grueso vientre.

Todos los que conocían a Rosa y estaban escuchando el programa soltaron un «¡Viva!» al unísono.

—Eh... Hola, qué tal —dijo Rosa, y tomó un trago de agua del vaso de plástico blanco que le habían dado. ¡Ella que nunca decía «hola, qué tal»! Recordando las instrucciones que le había dado Joe antes de venir a la radio, respiró hondo e irguió los hombros.

—¡Qué maravilloso debió de ser enterarte de que habías heredado la tienda! —dijo a modo de introducción Barry, sonriéndole y mirándola por encima de sus gafas sin montura, haciéndole recordar de pronto al abogado, igual de zalamero, que le había entregado la cartera desgastada hacía solo ocho semanas.

—Sí, maravilloso, sorprendente, un poco escalofriante... todas esas cosas.

Lo que menos quería ella era abrir el tema espinoso de quién se la había legado. ¿No le habría advertido al respecto Joe?

—¿Es verdad que no sabes quién te la dejó?

—Así es, sí; pero estoy segura de que esto no interesa a sus oyentes. Mañana es la gran inauguración, y he preparado muchas cosas divertidas para todas las edades.

—Ah, estoy seguro de que sí les interesa. Un benefactor misterioso que deja una tienda a una joven que no tiene ni idea de cómo llevarla. Sobre todo, teniendo en cuenta que la tienda lleva cerrada cinco años y que mucha gente de aquí habría querido poder comprarla.

Joe dejó de caminar por el acantilado y se llevó una mano a la cabeza en gesto de consternación. Era cierto que él había comunicado ese dato intencionadamente; era muy radiofónico, y también sería un punto interesante para seguirlo en la *Gaceta*. Pero no había llegado a prever cómo se echaría encima Barry Savage. Se parecía a Suggs con un hueso, de hecho.

—Bueno, Barry —dijo Rosa con firmeza, tomando el control—, pues ahora mismo no se van a enterar. Pero si quieren pasarse por la tienda, mañana a cualquier hora a partir de las diez de la mañana, quizá se lo pueda decir.

—¡Toma! —gritó Jacob desde el sofá—. ¡Bien dicho, chica! Qué cabrón más total y absoluto.

Joe sonrió. Aunque Rosa no hubiera terminado los estudios, era más lista de lo que se había figurado incluso él mismo.

A Josh, que había sintonizado el programa en el coche de Carlton, solo le preocupaba que Rosa saliera de aquello sin haber perdido para nada su confianza en sí misma. El día siguiente sería importantísimo para la tienda, y él se alegraba de haber podido salir del trabajo más temprano de lo esperado, para compartirlo con ella.

—Y eso de que no tengo idea de cómo llevar una tienda, señor Savage —siguió diciendo Rosa, recalcando el apellido del entrevistador—, es verdad en parte. Pero teniendo en cuenta que solo he llegado a la bahía de Cockleberry hace unas semanas (justo antes de Navidad, de hecho), me estoy felicitando a mí misma por todo lo que he conseguido hasta ahora. Mañana pondré a la venta unos magníficos productos para mascotas, habrá regalos y juguetitos para los niños y vendrá una maquilladora para hacerles pinturas faciales. Hasta tengo golosinas para perros en forma de corazón.

—Ah, ya entiendo la idea; es un Día de San Valentín para mascotas.

—Exactamente. Tengo un miniteckel que se llama Caliente, y puede hacer de enamorado mío en cualquier momento.

—El perrito Caliente, ja, ja, ja. Estupendo. Pero ¿tienes un verdadero amor en tu vida digno de mención, Rosa?

—Digno de mención... no, Barry.

Josh soltó una carcajada.

—De acuerdo; entonces, atención todos: parece que mañana hará un día frío pero despejado, de modo que dirigíos a la Tienda de

la Esquina de la bahía de Cockleberry. Es en la calle Delantera, ¿verdad?

—Sí; pueden aparcar en el Llano si vienen en coche, o venir de Polhampton en el autobús 48, que sale a las diez y media. Ah, y se me había olvidado decir que habrá copas de champán gratis y aperitivos para los que vengan. Y un vale de descuento para la primera compra en la tienda.

—Parece estupendo, y te deseo la mayor suerte en el seno de esta nuestra comunidad bien avenida, Rosa.

La falta de sinceridad con que le hablaba aquel hombre de rostro rojo y regordete, de labios delgados, produjo náuseas a la muchacha. Gracias a Dios que la entrevista había concluido, pues sabía que se había ganado un enemigo en el señor Sapo.

—Muchas gracias, Barry.

Rosa se dispuso a quitarse los auriculares, pero él le indicó con un gesto que se los dejara. Se disponía a entrar a matar.

—Ah, y antes de que te marches, Rosa... ¿Tienes alguna idea de quién podría ser el conductor que cometió un atropello en la bahía de Cockleberry el día de Navidad y se dio a la fuga?

Rosa alzó las manos en gesto interrogativo, hizo una mueca y formó con los labios las palabras «¿Qué coño?».

—Pareces sorprendida; pero estaría muy cerca del lugar de los hechos si hubiera salido de la parte de atrás de tu tienda, ¿verdad?

—La verdad es que no quiero hacer ningún comentario sobre esto, gracias. Está en manos de la policía.

—Nos habría bastado con un simple sí o no, Rosa.

—Entonces, no. Gracias... y adiós.

Empezó a sonar en antena *Can't Buy Me Love*, de los Beatles. Rosa se arrancó los auriculares con indignación.

Barry se puso de pie para darle la mano y le dijo:

—Bienvenida al mundo de los medios de comunicación, querida. No te esperarías que esto fuera a ser sencillo, ¿verdad?

Rosa, despreciando su mano, exclamó con tono cortante:

—Para ser sincera, sí, lo esperaba, tratándose de una emisora local. Esto tampoco es precisamente Radio Cuatro de la BBC, ¿verdad?

—Díselo a Joe, para que no me dé tantas pistas buenas de aquí en adelante, entonces.

Rosa sintió que se le revolvía el estómago.

—No dudes que se lo diré, por supuesto que sí.

Joe la esperaba en el exterior en su Jeep. Suggs estaba tendido en la parte trasera; sus patas lo llenaban todo.

Joe le abrió la puerta del pasajero; Rosa subió en silencio y cerró de un portazo.

—¿Quién diablos te has creído que eres, Joe Fox, para montarme una encerrona como esta? —exclamó, con una voz dos octavas más aguda de lo habitual—. «Todo irá como la seda», me decías. «Cuéntales todas las cosas estupendas que van a pasar en la inauguración», me decías. Y él no solo me suelta la historia del benefactor misterioso, sino que me pregunta también si sé algo del atropello con fuga.

Joe soltó un gran suspiro.

—Debes entender que soy periodista por naturaleza, y que sabía que con la simple noticia de la apertura de la tienda quizá no te conseguiría la entrevista.

—De acuerdo, pero de aquí en adelante, avísame, caray. Si hubiera sabido que iban a sacar a relucir aquello, no habría venido aquí.

—Exactamente.

—¿Exactamente? Joe, ¿no habías pensado que podían disgustarme, o hacerme decir algo que yo no quería? Yo confiaba en ti.

—Entonces, ¿hay algo que sepas del atropello con fuga?

Rosa respondió en voz baja:

—No.

—Lo siento, lo siento de verdad —dijo Joe, poniendo una mano sobre las de Rosa—. Solo quiero que tengas éxito, y, a veces, para

tenerlo, tienes que hablar de cosas que no te gustan.

—¿Lo dices de verdad? —le preguntó Rosa, mirándolo a los ojos azules claros y con forma de almendra. Al observarlos de cerca le recordaban a los ojos de un delfín.

—Lo digo de verdad y lo siento.

Joe se inclinó hacia ella y la besó suavemente en los labios.

—¿Y eso ha sido de verdad también?

Joe sonrió y le apretó la pierna.

—Vamos, tú; tenemos que recoger unos globos.

Joe y Rosa entraron en la tienda por la puerta de atrás, llevando los globos de helio. Ella lo guio hasta la parte delantera y encendió las luces.

—*Voilà!*

—Guau, está increíble. Has dejado el escaparate precioso... y todas esas cestas con las cosas para los niños son dignas de verse. Me tira de espaldas. Parece una tienda como es debido.

—Pues ¿qué esperabas que pareciera? —repuso Rosa. Se agachó para acariciar a Caliente, que la había echado de menos durante toda la mañana.

Cuando se puso de pie, Joe le apoyó las dos manos en los hombros.

—Ya veo por qué estás orgullosa de ti misma.

La atrajo hacia sí y, cuando se disponía a besarla (con todas las de la ley esta vez), se oyó un fuerte golpe en la puerta de entrada de la tienda.

Rosa vio la silueta de una figura alta y ancha y se apartó de Joe inmediatamente, murmurando:

—Mierda; me había olvidado de que Josh llegaba hoy.

—¿Josh?

—Ya sabes... Mi amigo de Londres. Estoy segura de que te he hablado de él.

Rosa abrió la puerta, pero en vez de con su encantador Josh, se encontró con dos policías de aspecto muy severo.

—¿Rosa Larkin? —preguntó el más alto de los dos.

—Hum, sí; esa soy yo.

—Queríamos hablar con usted del incidente de atropello y fuga que tuvo lugar el veintitrés de diciembre del año pasado en la parte alta de esta calle.

—¿Cómo? ¿Ahora mismo?

—Si es posible.

—Vale.

—Yo ya me marchaba —dijo Joe, haciendo sonar las llaves en su bolsillo—. Suggs está en el Jeep, y tengo que volver a la oficina.

Caliente daba vueltas como loco alrededor de todos ellos, ladrando con furia; entonces, Rosa oyó la voz familiar y tranquilizadora de Josh que gritaba fuera:

—¡Rosalar! ¡Caliente! Atención, llegan los canallas del rugby.

Joe soltó un «hola» escueto cuando las figuras imponentes y muy apuestas de Josh y de Carlton entraron en la tienda por la pequeña puerta. Aquello parecía cada vez más una farsa, y el policía más pequeño soltó un gran suspiro.

—Mierda, Rosa. ¿Va todo bien? —dijo Josh, y la besó en la mejilla—. Te presento a Carlton.

Carlton, que medía metro noventa y tenía una suave piel color ébano y ojos castaños, se inclinó y la besó en la otra mejilla.

—Mucho gusto en conocerte, Rosa. Entonces, cosa arreglada, Josh, muchacho. Ya no nos hará falta la habitación en el hotel si aquí la señorita está en chirona —dijo, guiñándole un ojo.

Rosa sonrió y dijo:

—¿Por qué no subís a tomar la habitación en el pub de arriba? Iré a tomar algo con vosotros en cuanto haya terminado.

—¿Estás segura?

—Estoy bien. En serio.

Cuando los chicos se hubieron marchado del local, Rosa tomó en brazos a Caliente y acompañó apresuradamente a los dos agentes de policía al piso superior. Se sintió aliviada porque Titch estaba trabajando en la cafetería, y esperó que esta hubiera dejado presentable el cuarto de estar aquella mañana.

Los chicos de uniforme se sentaron, incómodos, en el borde de cada uno de los sofás. El más pequeño alzó la voz.

—Muy bien, señorita Larkin; ahora que contamos con toda su atención, debemos mantener una charla en serio con usted. Verá: tenemos motivos para creer que usted estuvo implicada en el incidente de atropello con fuga en el que resultó herida la señorita Jasmine Simmonds.

Rosa abrió desmesuradamente los ojos y la boca con incredulidad. Hasta el propio Caliente dejó de ladrar durante un instante. Después del mal comienzo que había tenido aquel día, parecía que las cosas se iban a poner mucho peor todavía.

CAPÍTULO 37

Josh no perdía de vista la puerta del pub, y en cuanto vio entrar a Rosa acudió inmediatamente a su lado. La rodeó con un brazo y la llevó hasta la barra, donde Carlton la saludó y le preguntó qué quería beber.

—No puedo beber; estoy trabajando y ya llego con algo de retraso —les explicó. En aquel momento apareció Jacob, procedente del piso de arriba—. Lamento haber llegado tarde —se disculpó Rosa, pero después exclamó—: Jacob, acaba de pasarse por mi casa la poli local, que insinuaba que he tenido que ver con el atropello con fuga.

—Ay, querida, no puede ser. ¿De qué te han acusado? ¡Si ni siquiera tienes coche!

—Ya lo sé, qué me vas a contar. En un momento dado pensé que me iban a llevar a la comisaría.

—Pobre criatura —dijo Jacob, pero, más animado, añadió—: Al menos, tienes a estas dos bellas criaturas para que te cuiden este fin de semana. Mira, te diré una cosa. Yo puedo ponerme detrás de la barra esta noche mientras tú te pones al día con tus amigos. Mañana tienes por delante un día grande, con la inauguración y todo lo demás.

Rosa le dio un beso en la mejilla.

—Es un gran alivio, gracias. Todavía tengo montones de cosas que hacer, y abro a las diez.

—Raff tendrá preparados los canapés y los bollos de salchicha esta noche; solo tendrás que calentarlos bien en el horno mañana por la mañana.

—Perfecto —intervino Josh—. Uno de nosotros podrá llevártelos. No querrás que Caliente los encuentre antes de la cuenta.

—Eso sería canibalismo, ¿verdad? Salchicha..., perro... ¿Lo pillas?

—Recibido y conforme, Carlton.

Todos se rieron.

—Todo va a salir bien —prometió Josh—. Podemos ayudarte a hacer todo lo que haga falta. Carlton no tiene que marcharse hasta las diez y media para ir al partido de rugby, de modo que podemos aprovechar también esos músculos que tiene.

Jacob soltó un «¡huy!» afectado y fue a atender a un cliente.

—Muchas gracias, pero ¿estás seguro de que no quieres ir a Falmouth con él?

—No, claro que no. He venido a verte a ti.

Rosa tomó un trago de su copa de vino.

—Me tomo solo una, literalmente; y después tengo que volver y empezar a sacar las copas y demás.

Con todo lo que le acababa de pasar, podría haberse bebido una botella entera de un tirón; pero no, el espectáculo debía continuar.

Cuando estuvieron sentados en una mesa, en un rincón, Rosa contó a Josh y a Carlton el incidente con la policía. Los agentes le habían explicado por qué habían acudido: alguien había llamado al número de teléfono que había facilitado la policía para informar sobre el incidente y había dicho que se había visto a una joven que se ajustaba a la descripción de Rosa salir corriendo de la escena cuando llegó la ambulancia.

—Les dije que yo estaba en mi casa, seguro, pues acababan de arreglarme la calefacción y estaba hasta el cuello de trabajo con la limpieza, ya que acababa de mudarme. Me dijeron que si nadie podía confirmar mi coartada, quizá tuviera que participar en una rueda de reconocimiento. Cuando les dije que cómo podría haber tenido algo que ver si no tenía coche, me dieron a entender que podría haber sido cómplice, y que si estaba encubriendo algo podría tener graves problemas.

Rosa tomó un largo trago de su copa.

—Maldita sea —exclamó Josh, con expresión dolorida—. Pero no eres culpable, de modo que no tienes nada de que preocuparte. Y ¿no estuvo en tu casa ese día el Fontanero Pajillero, arreglándote la calefacción?

—Sí, estuvo, pero se marchó a eso de las cinco.

—Y ¿no tenía yo entendido que iba a recogerla, a esa tal Jasmine?

—Ay, Josh, no vamos a hablar aquí de esas cosas. Estoy segura de que esto quedará en nada. Yo estaba en el piso, y eso es un hecho.

De pronto, Rosa se sentía incómoda hablando del asunto, teniendo en cuenta, sobre todo, que parecía que en aquel pueblo había ojos y oídos por todas partes. Se había planteado la posibilidad de mentir para proteger a ese falso absoluto y picaflor de Lucas Hannafore, como se lo había pedido él, pero eso había sido antes de que este hubiera demostrado cómo era de verdad. Ahora, si le hiciera mucha falta, podía pedir su coartada a Titch. Lo último que quería ella era meterse en un lío, verse relacionada con cualquier cosa que pudiera poner en peligro el éxito de la Tienda de la Esquina.

Afortunadamente, no le habían preguntado nada acerca de la furgoneta de Lucas ni si sabía que había estado aparcada en la parte trasera de la tienda. Como en aquella zona no había cámaras, era posible que la historia que había contado él fuera dada por válida. Aunque, por otra parte, si iban a apretar las tuercas con la investigación, podrían localizarlo, sin duda, por las señales de su teléfono móvil. Todo aquello era un lío, y quizá tuviera que soltarles la misma historia que le había contado a ella de que no había querido conducir porque había bebido. Sin pruebas, no podían multarlo por conducir bebido, y si era inocente del atropello con fuga, no le pasaría nada. Pero Rosa se daba cuenta de cómo se metía en líos la gente a base de decir mentiras sobre más mentiras.

Rosa apuró su vino.

—Vale, solo tengo que dar un último repaso a todo para mañana —dijo—. Vosotros dos, quedaos aquí y pasadlo bien.

Cuando Rosa se estaba poniendo el abrigo, la puerta del pub se abrió de golpe dejando paso a una fuerte corriente de aire y a Titch, que irrumpió a toda prisa en el local. Llevaba en brazos a Caliente, que lloriqueaba e iba envuelto en una manta ensangrentada. Titch corrió hacia la barra, deshecha en lágrimas.

—¿Dónde está Rosa? —exclamó—. Tenemos que llevar a Caliente a un veterinario lo antes posible.

CAPÍTULO 38

—Disculpe. ¿Es este el teléfono de información sobre el incidente de atropello con fuga? —preguntó la persona que llamaba, y tosió.

—Sí, señora —le respondió una voz de hombre con fuerte acento de Devon—. ¿Qué desea?

—¿Tengo que dar mi nombre?

—Ahora mismo, no, si no quiere; pero si se trata de una información que debemos seguir, quizá tengamos que ponernos en contacto con usted de nuevo.

—Vale, vale. Pues bien, he oído decir que se vio salir corriendo del lugar del accidente a una persona que se ceñía a la descripción de Rosa Larkin, ¿no es así?

—No puedo confirmar ni desmentir esa alegación a estas alturas de la investigación, señora —dijo el sargento de guardia, mientras tomaba su cuaderno y su bolígrafo, temiendo que la conversación no quedara bien grabada.

—Entiendo —dijo la señora que estaba al otro lado de la línea, y tosió de nuevo—. Solo quería decir que, bueno, que no pudo ser ella.

—De acuerdo. Siga.

—Porque yo pasé andando por delante de su tienda a la hora en que se dice que tuvo lugar el incidente en cuestión y vi que estaba limpiando las ventanas delanteras, de arriba abajo. Les estaba dando un buen repaso, vaya que sí. Ella no estuvo implicada, se lo puedo asegurar. Tienen que buscar ustedes un poco más cerca de casa, eso es. Un poco más cerca de casa.

Y, dicho esto, la interlocutora anónima colgó el teléfono.

Queenie se quitó el pañuelo y pasó el dedo por el texto grabado en el colgante de oro que tenía en la mano. Cuando llegó a la palabra «Espérame», suspiró profundamente.

—¿Lo has hecho, Mary, cariño?

—Sí, abuelita. Está hecho y arreglado.

CAPÍTULO 39

—¡Ay, Dios mío!

Rosa se acercó de un salto, seguida de cerca por Josh, y tomó en sus brazos a su querido perro. Jacob salió corriendo de detrás de la barra.

—Toma —dijo Jacob, sacándose del bolsillo las llaves de un coche—. Voy a llamar a Helen, es nuestra veterinaria y amiga mía, en Polhampton. Nos abrirá la consulta por ser nosotros. Josh, ¿puedes conducir?

—Me he tomado dos pintas y no quiero arriesgarme.

Raff salió de la cocina limpiándose las manos con el delantal.

—No importa; yo me puedo encargar de la barra. Ve tú, Jacob. Brad puede ocuparse de la cocina.

Titch, en el asiento trasero del coche con Rosa y con Caliente, que ahora tiritaba, estaba desconsolada.

—Yo acababa de volver a casa y había abierto la puerta principal —sollozó—, y Caliente llegó a saludarme dando saltitos, como suele hacer. Me incliné para acariciarlo, cuando, de pronto, sonó un ruido fuerte, como un petardo o algo así (pudo ser el escape de un coche), y Caliente saltó a la calle. En ese momento subía una moto a toda velocidad por la cuesta y... y...

—No pudiste evitarlo, Titch; fue un accidente.

—Creo que solo lo rozó con un reposapiés, pero el muy cabrón ni miró atrás, y yo estaba tan asustada que ni siquiera le vi la matrícula. Creo que el casco era negro y plateado.

Josh iba sentado junto a Jacob, en el asiento delantero.

—Lo más probable sería que ni siquiera se diera cuenta de lo que había pasado; al menos, eso espero —dijo—. Caliente es muy bajito, y, si solo lo rozó, menos mal. Podría haber sido mucho peor si se hubiera tratado de un coche.

Casi dos horas más tarde, Jacob y Josh dejaron en la Tienda de la Esquina a Rosa, a Titch y a Caliente, que iba muy soñoliento.

—Jacob, no sé cómo puedo agradecértelo —dijo Rosa, abrazándolo de todo corazón.

—No importa, querida. Ya sé que nuestras mascotas son como hijos para nosotros. Ahora, ve a dejar en su cesta a esa salchichita.

Josh acarició suavemente a Caliente en una oreja.

—Será mejor que vuelva a ver si Carlton está bien —dijo.

—De acuerdo. Os veré por la mañana, entonces.

Rosa se hizo cargo de pronto de la gravedad de lo que podía haber sucedido y sintió algunas náuseas.

—No seas tonta. Me pasaré a tomarme algo caliente contigo antes de irme a acostar.

—Me parece bien. Hasta luego, entonces.

Titch pasó el brazo derecho por el izquierdo de Rosa, procurando no molestar al pobre perrito herido.

—Vale ya, los dos —dijo—. Me parece increíble que no tuviera nada roto. Solo tiene magulladuras y unos cortes pequeños, ¿no ha dicho eso la veterinaria?

—Sí, estará muy dolorido durante un par de días. Helen le ha dado un antibiótico para las heridas y algo para que duerma esta noche, que evidentemente ya le está haciendo efecto. Qué bueno es mi niño.

—Ya lo sé... Y te vuelvo a repetir que lo siento mucho, Rosa.

—¿No es raro que alguien tire petardos en estas fechas?

—Bueno, fuera lo que fuera, asustó a Caliente y lo hizo huir, y tú ya sabes que nunca suele salir corriendo por la puerta principal, porque siempre que lo hace le reñimos mucho después.

—Ay, bueno, demos gracias a Dios de que está bien.

Rosa tendió suavemente a Caliente, ya dormido del todo, en su cama para perros, nueva y acogedora, en el dormitorio de ella, donde podría tenerlo vigilado. Josh se había empeñado en pagar de su bolsillo la minuta de la veterinaria, diciéndole que ya se lo devolvería cuando estuviera ganando lo suficiente con la tienda.

Mientras Titch se preparaba para acostarse, Rosa sacó dos tazas y puso agua a hervir.

—¿Querías tú tomar algo caliente? —dijo en voz alta.

—No, gracias —dijo la muchacha, que salió del baño con el cepillo de dientes en la boca—. Mañana te ayudaré, Rosa, y después, a última hora, me volveré a casa de mi madre, si te parece bien.

—Claro que me parece bien. ¿Te pusiste en contacto con Seb, por cierto?

—Sip.

—¿Qué era eso tan urgente de lo que tenía que hablarte?

—Ah, nada importante. Y a partir de ahora más vale que no se cruce conmigo. Se me pone la carne de gallina solo de verlo. Desde ahora, solo estamos el Mini Titch y yo —dijo, frotándose el pequeño vientre—. Bueno, al menos durante algún tiempo. Buenas noches, Rose.

Rosa estaba tan cansada que ni siquiera se sentía capaz de bajar a comprobar las existencias. Tendría que poner el despertador a las seis y hacerlo todo por la mañana. El pronóstico meteorológico había sido de tiempo frío pero soleado; de modo que eso, al menos, iba bien. Y lo cierto era que se había organizado bastante bien y que solo tenía que dar los últimos toques.

Tras echar otra rápida mirada a Caliente, fue al cuarto de estar, encendió las lámparas y echó las cortinas. Con tanta conmoción, no se había acordado de Joe ni una sola vez. Ni siquiera sabía a qué hora iba a llegar por la mañana. Le envió un breve mensaje de texto y se volvió a la cocina.

Había dejado la puerta de atrás sin cerrar con llave para que pudiera entrar Josh, y este le susurró un «Hola, soy yo» cuando

subía por las escaleras. Después, le dio uno de aquellos enormes abrazos de oso suyo que a ella le daban tal sensación de seguridad, incluso cuando las cosas no le marchaban tan bien en Londres.

Se separaron, y Josh señaló el dormitorio de Titch y formó con los labios la pregunta de si ya estaba acostada. Rosa asintió con la cabeza e hizo el gesto universal que denota el embarazo, formando un bulto imaginario con la mano sobre su vientre. Josh abrió mucho los ojos y la boca. Josh era la única persona a la que Rosa se lo podía contar sabiendo que la cosa no pasaría de él. Él susurró: «Ay, Dios mío, ¿de quién es?», y Rosa susurró a su vez que no lo sabía.

En la cocina, Rosa cerró la puerta y habló en voz baja.

—Ya sé que lo de Titch es una locura. Solo tiene dieciocho años.

—¿Y va a tener el niño, seguro?

—Sí.

—¿De cuánto tiempo está?

—¡Josh! Cuántas preguntas. ¿Por qué te preocupa tanto, en todo caso?

Josh alzó las manos al aire.

—Lo siento, señora, solo preguntaba —dijo. Después, volvió a abrazarla—. Mi pobre Rosalar y Caliente, tan estresados; pero al menos el pequeño está sano y salvo.

El teléfono de Rosa sonó avisando de la llegada de un mensaje de texto. Josh extendió el brazo para pasarle el aparato.

—Ooh, conque el Zorro, ¿eh? ¿Quién es? Ah, era el que se estaba despidiendo de ti cuando llegamos nosotros. Cuéntame más.

Se asomó sobre el hombro de Rosa mientras ella leía: «Maldita sea la bofia, que nos cortó cuando nos íbamos a dar el primer beso bien dado. Pero espero que te fuera todo bien con ellos. Hablamos mañana. Te veo hacia las 11. Bss».

—¡Eh! Es mi teléfono, y es mi mensaje.

—«Un beso bien dado...». Huy, qué infantil. Y «Bss...». ¿Tienes novio, Rosa Larkin? Qué callado te lo tenías. Y tú no das «besos bien dados». Yo creía que tú eras chica para un rollo de una noche o nada...

Rosa, molesta, notó que se estaba sonrojando.

—Vale, me gusta. Es original, divertido; me ayudó a conseguir la entrevista en la radio y va a cubrir la inauguración de la tienda mañana.

—Ah, el tipo de la *Gaceta*. Entonces, ¿no te has acostado con él todavía? —preguntó Josh, intentando aparentar que no le daba importancia.

—No. En cualquier caso, tú también estás saliendo con alguien... Y no me lo niegues. Siempre te lo noto. ¿Cómo se llama?

—Bueno..., yo no diría que estoy «saliendo», precisamente.

—Te conozco, Josh: cenar y pasar la noche juntos es «salir», y habéis hecho eso.

—¿Cómo estás tan segura?

—Pues no lo estaba, pero me lo acabas de confirmar, so bobo.

—¡Eh! Vale; se llama Lucy, trabaja en mi empresa, en relaciones públicas. Es buena chica.

—Buena chica, ¿qué quiere decir eso? Aunque me parece que le ibas a añadir un pero.

Rosa vertió agua hirviendo sobre el Nescafé con leche que ya había echado en las tazas.

—Es encantadora, nos reímos y el sexo está bien, pero no es...

—Josh parecía un poco agitado—. No quiero seguir hablando de ella. Pero qué bien que hayas cazado un zorro de verdad. ¿Es tan atractivo como yo? —preguntó, sacando pecho.

—Tanto o más, evidentemente —dijo Rosa, soltando una carcajada—. Venga, vamos a ver a Caliente; está muy tierno.

Josh la siguió al dormitorio, donde Caliente estaba envuelto por completo en una manta limpia, con la cabecita asomando por la parte superior, hacia un lado. Su respiración era regular. Josh, al verlo, se llevó la mano al pecho y dijo «¡Huy!». Rosa le hizo salir de nuevo, por si despertaban al pequeño paciente, que necesitaba un buen descanso.

—Caray, ya es media noche. Tengo que levantarme a las seis —dijo Rosa, levantándose del sofá de un salto y casi derramando su

café.

—¿Ya? Entonces será mejor que me marche, antes de que me convierta en calabaza. —Los dos se rieron—. Y Carlton ha estado solo toda la noche.

—Estoy segura de que entre Jacob y Raff lo habrán tenido entretenido.

—Ja, sí, no lo dudo. ¿Quieres que esté aquí a las seis y también? No me importa, de verdad. A menos de que vaya a venir a ayudarte tu chico querido, claro.

—Ja, qué gracioso. No puede venir hasta eso de las once, pues se trae a la fotógrafa, y esta tiene que cubrir antes algún otro evento de San Valentín, evidentemente. —Rosa dirigió a Josh una mirada severa—. Hablando del día de los enamorados, ¿cómo lleva la Bella Lucy no estar a tu lado en vuestro primer San Valentín?

—Hum. Me pude disculpar poniendo en juego el célebre encanto de Joshua Smith. Le dije que se lo compensaría. Ella ya sabe lo importante que es el rugby para mí.

—Entonces, ¿no le dijiste que ibas a estar conmigo? ¿Y no le importa que tengas una amiga?

—Dios, las mujeres pensáis demasiado.

Rosa se calló y entregó a Josh su abrigo.

—En serio, no te molestes en madrugar demasiado. Ven cuando puedas. Si uno de los dos puede bajar la comida, eso me vendría bien. Así podré prepararlo todo antes de las diez.

—Bien, de acuerdo —dijo Josh, y la atrajo hacia sí para darle otro abrazo—. Y estoy la mar de orgulloso de ti, muchacha. Lo de mañana saldrá estupendamente, lo sé.

—Vale, ya está bien de achuchones —dijo Rosa, apartándose de él.

Bajó los escalones empinados por delante de él y cerró la puerta principal cuando salió. Levantando el paño negro que había montado para ocultar el escaparate, le despidió haciendo señas con la mano desenfadadamente. Y Josh, sacándole la lengua con gesto

infantil, le devolvió las señas y se volvió para subir la cuesta a paso vivo.

CAPÍTULO 40

Cuando sonó el despertador, a las cinco y media, a Rosa le dieron ganas de arrojarlo al otro lado de la habitación, pero al acordarse de su perrito enfermo y de que aquel era un día grande encendió inmediatamente la luz de la mesilla y saltó de la cama, con los ojos entrecerrados y el pelo revuelto.

Caliente seguía en la misma postura de la noche anterior. La miró a los ojos y lloriqueó. Rosa se arrodilló y le acarició las orejas, murmurando: «Está bien, chico». Lo desenvolvió con suavidad, dejando a la vista un vendaje blanco que le cubría toda la zona del vientre, protegiéndole los cortes y las magulladuras. Profiriendo sonidos tranquilizadores, lo llevó con cuidado a la terraza por si quería hacer pis. Lo dejó solo para que olisqueara por su cuenta; le sirvió algo de comida en la cocina y vio con alegría que daba cuenta de ella y se bebía casi un cuenco entero de agua fresca.

La veterinaria le había recomendado que no lo sacara de paseo durante un par de días, y Titch se había prestado generosamente a vigilarlo a lo largo del día mientras durara la conmoción de la inauguración de la tienda.

Rosa se dio una ducha rápida, y se estaba poniendo unos pantalones de chándal y una sudadera cuando llamaron a la puerta principal. Bajó corriendo, sonriendo para sus adentros.

—Te dije que no hacía falta que vinieras a las seis.

—Lo que dice Rosa Larkin y lo que quiere decir son cosas completamente distintas a veces —dijo Josh, y la besó en la mejilla—. Bueno, vamos a ello.

A las ocho de la mañana ya habían retirado todas las telas negras de los escaparates, habían vuelto a ordenar el género en los mismos y se habían asegurado de que estaban a la vista todas las etiquetas con los precios. Rosa cargó de cambio la caja registradora y dispuso copas y platos de plástico mientras Josh llenaba un cubo de agua fría en el patio trasero y ponía a enfriar dentro las botellas de Prosecco. No cabían todas en la nevera ni mucho menos, pero hacía el frío suficiente para que estuvieran a buena temperatura. Instalaron el altavoz Bose y lo probaron, y montaron los globos a ambos lados de la puerta. Rosa también había puesto guirnaldas de cintas en el escaparate principal y había dispuesto las chocolatinas para perritos en forma de corazón en una mesa próxima a la entrada de la tienda.

Los proveedores de la comida para perros también le habían enviado unos postes muy bonitos para ponerlos en la tienda, además de un expositor especial con ganchos para ofrecer una variedad de correas. De momento, solo había encargado unas pocas prendas de diseño para perritos, para sondear el mercado, pero sabía que cuando Jacob viera las gabardinas de Barbour y los suéteres de cachemir, el vestuario de Feo y de Pongo aumentaría.

—¡Ven aquí, aprisa! —dijo Josh, y la tomó de la mano y la llevó al otro lado de la calle estrecha—. ¿Verdad que tiene un aspecto maravilloso? —dijo, señalándole la tienda.

Rosa profirió un ruido curioso y se puso a dar saltos.

—¡Es mi tienda, Josh! Eso lo he hecho yo.

—Sí, lo has hecho tú; y ahora ha llegado el momento de empezar a convertirla en un éxito.

En aquel momento vieron que Mary venía hacia ellos con sus andares de pingüino.

—Ay, Rosa, da gusto verla, vaya que sí —dijo, y tosió antes de añadir—: Me he llevado un disgusto. Me han cambiado el turno en el último momento en el Co-op y tengo que trabajar esta mañana; qué mala suerte. Pero no he querido dejar de venir a saludarte y a darte eso. —Puso un objeto en la mano de Rosa y le hizo cerrar los dedos

sobre el mismo—. Es de parte de la abuelita y mía. Vendré a mirar correas para Merlín cuando no haya mucha gente, si no te importa.

—Claro que no me importa, y muchas gracias, Mary. Por cierto, te presento a Josh, mi amigo de Londres.

Mary miró a Josh a los ojos sin soltar la mano de Rosa.

—Hola, Josh. Cuida a esta, ¿vale?

Antes de que Josh hubiera tenido ocasión de decir nada, Mary soltó la mano de Rosa y se apartó para subir por la cuesta a buen paso.

—Cáscaras, supongo que esta es una de las brujas de Cockleberry, ¿no?

—Sí, esa es Mary. Está más loca que una cabra, pero tiene algo que me gusta.

—Las cabras tenéis que apoyaros las unas a las otras —dijo Josh, sonriendo—. En todo caso, ¿qué te ha dado?

Rosa abrió las manos. Tenía dentro una cajita blanca; la abrió y descubrió un pequeño cristal natural verde acompañado de una nota escrita a mano.

Querida Rosa: Este es un cristal de la abundancia. Se llama aventurina verde y es de la familia del cuarzo. También lo llaman la piedra de la oportunidad. Se considera que es el cristal natural que da más suerte de todos. Buena suerte hoy. Con cariño, Mary y Queenie.

—¿Crees que es una bruja?

—Josh, que unas personas sean aficionadas a los cristales naturales no quiere decir que sean brujas.

—A mí todas estas cosas me parecen demasiado raras. Pero es muy amable por su parte, eso sí.

Rosa esbozó una gran sonrisa cuando vio venir hacia ellos a Jacob, a Carlton y a Raffaele. Jacob estaba oculto tras un enorme ramo de flores, y los otros dos llevaban bandejas de comida.

—Feliz día de la inauguración, querida —dijo Jacob, y le dio unos besos al aire y le entregó las flores—. Te hace mucha falta que flote por las narices de todos el aroma de los lirios.

Jacob se adentró en la tienda mientras Josh acompañaba a los otros hasta la cocina.

—Oye, esto está magnífico. Ay, y mira estos —dijo, tomando las gabardinas para perro de Barbour—. Bueno, pues ya has hecho la primera venta, cielo. Pero voy a esperar para comprártela más tarde, cuando me esté viendo todo el mundo.

—Te sabes todos los trucos, ¿verdad?

—Aquí hay que sabérselos, Rosa. Esta es tu oportunidad de brillar. ¿Qué te vas a poner? ¡Eso no, supongo! —dijo, señalándole la sudadera y haciendo una mueca.

—No. Tengo un vestido rosa con caniches blancos estampados y unos botines blancos de piel.

Jacob se rio.

—Ya sabía yo que no harías las cosas a medias, niña querida.

Rosa abrazó a Raffaele.

—Muchas gracias por encargarte de la comida; huele de maravilla.

—No hay problema, pequeña. Bueno..., más vale que me vuelva a la cocina. No dejes de decir a la gente que venga a comer a nuestro local.

En aquel momento sonó el teléfono de Rosa. Era Joe.

—Feliz San Valentín —le dijo.

—Ay, gracias; lo mismo te digo.

Rosa no había pensado en ello siquiera. La verdad era que tampoco había comprado en su vida una tarjeta de San Valentín; y Joe y él no tenían una relación, en cualquier caso... ¿O sí?

—Solo quería saber si todo iba bien. Siento no poder ayudarte esta mañana.

—No, no importa; pero me alegraré de verte más tarde. ¿Sigues pensando venir a eso de las once?

—No estoy seguro del todo, pero la fotógrafa (que se llama Olivia, por cierto) estará contigo dentro de poco; su novio la podrá dejar allí a las diez menos cuarto, preparada para cuando abras las puertas. ¿Tienes una cinta o algo así para ponerla en la puerta?

—No lo había pensado, pero sí, tengo muchas. ¿Debería haber invitado también al príncipe Harry y a Meghan a que la cortaran?

Joe se rio.

—Entonces, habrías aparecido en algo más que en la primera página de la *Gaceta*; eso es seguro. Bueno, me tengo que marchar. Vas a dar el golpe, Rosa. Te veo más tarde.

—Tu chico querido, ay, tu chico querido —cantó Josh a su espalda—. Qué ganas tengo de conocerlo.

Carlton se había vuelto a la Nasa de Langostas para preparar su equipaje, pero había regresado a la tienda para despedirse antes de salir para Falmouth. Josh estaba en el piso superior comprobando cómo estaba Caliente, antes de que llegara Titch para hacerse cargo de él más tarde.

—Entonces, hasta la vista, Rosa; me alegro de haberte conocido.

—Y yo a ti, y siento mucho todo el drama de anoche.

—No importa; estuve bien en el pub, relajándome. He tenido una semana muy atareada, y esta noche será fuerte.

Rosa sonrió.

—Ya te entiendo. He sido víctima de muchas resacas del señor Smith de las noches de después de un partido de rugby.

—Enhorabuena por la tienda, por cierto. No sé si Josh te habrá dicho algo de esto, pero yo he montado bastantes tiendas en mi vida, con lo último y lo más avanzado del mercado en estanterías, iluminación, etcétera, pero lo que has hecho tú con un espacio pequeño, un destornillador y buen ojo para lo que funciona en un escaparate es digno de alabanza. Buen trabajo.

—Ay, qué cosa más bonita me dices, Carlton. Gracias —dijo Rosa. Y, sin poderse contener, le preguntó—: Entonces... Hum... ¿Qué hay de esa tal Lucy con la que ha estado saliendo Josh? ¿Cómo es?

—Es una buena chica, pero ¿con quién está pasando él el fin de semana? ¿Eh? —dijo Carlton, guiñándole un ojo y dándole una palmada en el hombro con su manaza.

Entonces apareció Josh.

—¿Te vas ya, chico? Pásalo bien, y nos vemos mañana. Ponme un mensaje cuando estés a media hora, e iré en taxi a la estación, para que no vuelvas a tener que bajar andando hasta aquí.

—Gracias, chico —dijo Carlton, y miró otra vez a Rosa—. Y tú, cuida bien a ese perrito tuyo.

—Oye, que estoy bien criado —dijo Josh con una sonrisita.

—Eso haré. Buena suerte en el partido..., y a partir de esta noche tengo libre el cuarto de los invitados, de modo que puedes pasarte por aquí cuando quieras.

—Quizá te tome la palabra... cuando no haga este frío condenado. Yo creía que en el suroeste hacía calor. Vale, me tengo que ir.

Rosa y Titch saludaban a los posibles clientes en el exterior de la tienda mientras sonaba *Hound Dog*, de Elvis Presley, en el nuevo altavoz Bose portátil. La cinta seguía intacta, a modo de barrera que nadie podía atravesar de momento. Mientras Josh ofrecía copas de champán o de zumo y bandejas con los canapés maravillosos que había preparado Raffaele, no tardó en reunirse una multitud de unas veinte personas mayores, seis niños y cinco perros que rondaban por allí. Louise, la maquilladora, había montado su taller de pinturas faciales para los niños en el pequeño patio trasero, al fondo de la tienda. Rosa había dejado abierta de par en par la puerta trasera para que todos pudieran ver lo que pasaba allí.

Olivia, de la *Gaceta*, apareció con mucha prisa; se disculpó por haber llegado un poco tarde y dijo a Rosa que Joe se había retrasado también y que llegaría en cuanto pudiera.

Josh entregó a Rosa unas tijeras y la impulsó suavemente hacia delante.

—¡Ya! Adelante, todos te esperan. Buena suerte.

Titch bajó la música, con lo que la gente dejó de hablar.

Rosa se sonrojó.

—Así que..., hum..., hola. Me llamo Rosa Larkin y quiero agradecer a todos que hayan venido a conocerme y a ver lo que les puede ofrecer mi pequeña Tienda de la Esquina. —Tragó saliva—. Voy a vender, sobre todo, productos para mascotas y comida para mascotas de todas clases, con algunos artículos de lujo además, pues todos sabemos cuánto nos gusta mimar a veces a nuestros pequeños peludos.

Sonaron risas.

—Si buscan algo y no lo encuentran, les ruego que me lo digan para que se lo pueda encargar. —Volvió a tragar saliva, y de pronto se llenó de confianza y siguió diciendo—: Esta tienda es tanto suya como mía. También tengo al fondo de la tienda regalos y juguetitos que pueden gustar a los niños; y los que han traído a sus perros sírvanse libremente las golosinas para perro en forma de corazón que están junto a la caja —dijo, señalando hacia el interior de la tienda—. Titch. ¿Dónde estás? —Titch alzó la mano—. Ah, ahí está. Titch, aquí presente, tiene unos vales con un diez por ciento de descuento para los que hagan una compra hoy mismo.

Titch empezó a pasearse entre la gente y a repartir los vales. Sheila Hannafore, que había estado en última fila, se volvió con cara de trueno y emprendió el camino cuesta abajo para abrir el Barco.

—Quiero conseguir que la Tienda de la Esquina sea un valor para la maravillosa comunidad de la bahía de Cockleberry, como lo consiguieron Ned y Dotty, mis predecesores. —Rosa se aclaró la voz y se puso en posición para cortar la cinta—. De modo que ya me callo, y solo diré que declaro que la Tienda de la Esquina de la bahía de Cockleberry queda inaugurada y abierta al público.

Jacob, Raffa, Titch y Josh soltaron aclamaciones mientras la gente aplaudía; la cinta cayó al suelo y los asistentes empezaron a entrar en la tienda uno a uno.

CAPÍTULO 41

Rosa solo cayó en la cuenta de que Joe no había aparecido cuando Josh y ella estaban contando los ingresos en el cuarto de estar. Miró su teléfono por si tenía algún mensaje, pero la pantalla estaba en blanco.

Josh estaba mimando a Caliente, que tenía un aspecto bastante cómico cuando caminaba con su vendaje en las costillas. Ya estaba mucho más animado y había vuelto a ladrar a las gaviotas desde la terraza.

—Ay, míralo, hecho un chico grande y valiente —le decía Josh con ternura—. Puede que mamá y yo te llevemos a dar un pequeño p...

—No pronuncies esa palabra delante de él, Joshua Smith. No se puede excitar demasiado; pero sí, ya estoy harta de recoger caca de allí fuera. Buaj. Me da asco.

—Entonces, menos mal que no es un gran danés, ¿verdad?

Rosa le dirigió una mirada interrogativa.

—Joe tiene un gran danés, ¿lo sabías?

—No. He dicho el primer perro grande que me ha venido a la cabeza. En cualquier caso, ¿dónde está tu chico querido? Ya podía haber hecho un esfuerzo por venir, no solo por ser tu día especial sino porque es San Valentín, nada menos.

—No estamos saliendo exactamente, ¿sabes? —dijo Rosa. Pero no podía negar que se sentía desilusionada.

Josh fue a la cocina y regresó con dos copas de una botella de Prosecco que había sobrado.

—Quiero proponer un brindis —dijo, alzando su copa—. A mi pequeña Rosalar, gran propietaria de su tienda y chica excelente. Feliz San Valentín, nena.

Rosa chocó su copa con la de Josh.

—Gracias —dijo—; por esto y por todo lo que has hecho para hacerme llegar hasta aquí. Ya sé que a veces soy una perra quejica, pero la verdad es que lo aprecio mucho. Y puedes celebrar el Día de San Valentín conmigo en cualquier momento.

—Excelente. Por cierto, ¿dónde está Titch? —preguntó Josh.

—Esta noche duerme con su madre. Y yo lo agradezco bastante, pues estoy demasiado agotada para ayudarle a llevarse sus cosas.

—¿Y todo eso de que está embarazada?

—Es una locura, ¿verdad? Está empeñada en que va a tener el niño. Tiene mérito, porque si yo estuviera en su lugar la verdad es que no creo que pudiera ser tan fuerte.

—¿Y ella sabe de quién es?

—Bueno, lo único que sé yo es que no es de Lucas.

—¿Cómo? Ahora sí que no entiendo nada.

—Se acostó con Lucas y dijo a la madre de este que el niño era suyo, aunque no puede serlo de ninguna manera porque usaron condón.

—No me...

—Ya sé, no me digas nada. La cosa es peor todavía.

—Dime.

—Sheila le pagó para que abortara y para que no volviera a hablarle del asunto nunca más.

—¡Jesús! Esa Sheila Hannafore es todo un bicho, desde luego.

En ese momento llegó un mensaje de texto al teléfono de Rosa.

—Yupi, corre, quizá sea él —bromeó Josh con voz inexpresiva.

Rosa tomó su teléfono y leyó: «Lo siento mucho, Rosa. Avances en el caso del atropello con fuga, y no he podido salir. Espero que lo de hoy haya sido un éxito. Te compensaré, te lo prometo».

Josh vio que se ponía seria.

—¿Y...?

—Está bien; tiene novedades sobre el atropello, y sé la importancia que tiene para él su trabajo. Me pregunto qué habrá descubierto.

—Llámale, Rosa.

—No.

—¿Por qué no? —dijo Josh, que había notado inmediatamente que allí había algo raro.

—No me ha dicho nada de cuándo lo volveré a ver. Que se joda.

—No lo dices de verdad. Por primera vez desde que te conozco noto que el tipo te gusta.

—Es igual —dijo Rosa. Apuró su Prosecco y recobró la compostura. Aquel día había sido muy importante para ella por muchos motivos y no estaba dispuesta a consentir que un hombre se lo echara a perder.

Saltó del sofá.

—Bueno, vamos a ordenar este dinero.

Caliente se tendió a sus pies y los acarició a los dos con el hocico, y Rosa le dio una golosina en forma de corazón que se había guardado en el bolsillo.

Se hizo el silencio mientras Rosa y Josh contaban los ingresos y los clasificaban en bolsas de plástico para dinero que Jacob, generosamente, había dado a Rosa aquella mañana.

Josh rompió el silencio por fin.

—Caramba. ¡Seiscientas libras! Si pudieras hacer tanto de caja todos los días, ya podrías reírte.

—Ay, Dios mío, es maravilloso —dijo Rosa, jugueteando con varias bolsas de monedas—. Claro está que no todo es beneficio.

—Claro que no; pero para una tienda pequeña, en un pueblo pequeño y fuera de temporada, es fantástico. Y antes he mirado tus existencias y he visto que mucho de lo que se ha vendido ha sido comida para perros y no lujos, con lo que cabe esperar que sigas vendiendo de lo mismo.

Josh señaló el dinero y dijo con voz de maestro de escuela:

—Y ahora, ¿qué harás con esto el lunes por la mañana?

—Iré a comprarme un bolso de diseño y un barril de vino, claro está —replicó Rosa con una sonrisa.

Josh la riñó agitando un dedo.

—Directamente al banco y a la cuenta comercial.

—Qué soso eres.

—Ya lo sé, pero necesitas que alguien te controle. No debes tener montones de dinero en el piso. Hablando de esto, ¿encontraste por fin ese colgante?

—No. Estoy intentando no pensar en ello. Es verdad que Titch se dejó abierta la puerta de atrás el otro día; de modo que, si lo ha hecho otras veces, supongo que puede haber entrado un ladrón oportunista y habérselo llevado, ya que he buscado en todas partes, literalmente.

—Pero es raro que no te falte nada más.

—En realidad, aquí no hay nada más de valor que llevarse, ¿verdad? Ni siquiera tengo un televisor todavía.

Llegó otro mensaje de texto y Rosa se apresuró a leerlo.

—Ay, ¡qué bien! Es de Jacob, que pregunta si nos pasamos a tomar algo.

—¿Te apetece que subamos? Yo tengo que ir en todo caso, a pagar mi cuenta. Le dije que me quedaría aquí contigo esta noche... Supongo que eso no te molesta, ¿verdad?

—¿Sabes? La verdad es que no quiero dejar solo a Caliente. Ve tú; yo me daré un baño y me relajaré un rato.

—De acuerdo; no tardaré mucho. ¿Qué te parece si traigo pescado frito con patatas fritas a la vuelta?

—Perfecto.

Rosa se disponía a abrir el grifo de la bañera cuando llamaron a la puerta de la terraza de arriba. Qué raro... Ella creía haber cerrado con llave el portón de atrás. Tenía que ser Titch o Josh, pues poca gente sabía que se podía subir por la escalerilla a la terraza.

Se puso la bata, se acercó con cuidado a la puerta de cristal y soltó un leve chillido de susto al ver la cara que estaba apretada contra la misma.

—¡Lucas Hannafore, me has dado un susto de muerte!

—Bueno, pues déjame entrar.

Rosa contempló su rostro hermoso y descarado y se sintió molesta al constatar que todavía la atraía.

—He oído decir que te ha ido bien hoy —dijo él tranquilamente—. El escaparate está estupendo.

—Gracias, pero ¿qué haces tú aquí, en la bahía de Cockleberry, sobre todo siendo el Día de San Valentín? ¿No deberías estar en una cita romántica con Jasmine?

—Me ha hecho venir mi madre. Me cuenta que la policía ha venido a verte.

—Sí, vinieron y yo les dije la verdad. Lo siento. Les dije que te marchaste de aquí a las cuatro y media y que yo no tengo idea de dónde te dirigiste.

—Bueno, pues muchas gracias, Rosa. Eso es lo que me dijeron a mí que tú les habías dicho, pero quería comprobarlo. Casi me había hecho la ilusión de que tendrías lealtad.

—Mira, Luke, yo no quiero complicarme. Si eres culpable, ¿por qué no te entregas sin más? En cualquier caso, Jasmine no te demandará. Dile que fue un accidente absurdo.

—Hum, ahora que me acaba de pillar follándome a su mejor amiga, ya no estoy tan seguro.

—Por Dios, ¿es que no puedes tener la bragueta subida?

—Mira quién habla, la chica que se quitó las bragas más deprisa que cualquier puta.

—Eso fue entonces. Ahora tengo algo más de dignidad. De hecho, estoy saliendo con alguien.

—¿De verdad? ¿Con ese gilipollas de la capital? Se aburrirá en seguida en este pueblo perdido.

—Josh vale cien veces más que tú. Y a ti no te importa con quién estoy.

—Ah, ya entiendo. El tipo de la *Gaceta* ha estado olisqueando por aquí, ¿verdad? Te consiguió la entrevista en la radio... Eso debió de valerle una mamada, por lo menos.

—Vete, vete ya —dijo Rosa, señalando las escaleras.

Luke no cejaba.

—Y tú crees que soy yo el que tengo mala sangre...

—¿Qué demonios quieres decir con eso? Lo que pasa es que tienes celos.

—¿Celos? No seas ridícula.

—Ay, lárgate ya, Luke. Y no vuelvas.

—No te preocupes; ya me voy. Pero estoy muy enfadado contigo, Rosa.

—Pues quizá deberías preguntar el motivo a Titch —dijo Rosa con rabia.

Luke, lleno de frustración y cerrando los dos puños, gritó:

—No fui yo quien atropelló a esa imbécil de mi exnovia, joder.

Caliente se puso a ladrar como loco. Entonces, aparentemente en cuestión de segundos, Josh subió las escaleras en tres saltos, arrojó al suelo la bolsa que traía con pescado y patatas fritas, agarró a Luke del cuello de la camisa y, diciéndole: «No vuelvas a aparecer por aquí nunca, jamás», lo arrastró al piso inferior y lo arrojó a la calle.

Rosa se inclinó para tranquilizar a Caliente, que temblaba, susurrándole:

—Lo siento mucho, querido.

Josh se puso a su altura y la rodeó con un brazo.

—No te acerques a él ni a su madre de ahora en adelante, Rosa. Jacob ya nos advirtió de que no eran buena gente, y de él sabemos que podemos fiarnos, al menos.

Rosa asintió con la cabeza y se acurrucó contra el pecho de Josh.

—¿Vas a dormir esta noche conmigo y con Caliente?

Estaban tan cansados que no tenían fuerzas ni para comer; se dirigieron al dormitorio y Rosa se quedó profundamente dormida a los pocos minutos de haber apoyado la cabeza en la almohada. Caliente roncaba suavemente a sus pies, y Josh oía por la ventana abierta las olas que rompían en la playa. Volvió la cabeza para mirar

a Rosa. Con sus rizos castaños oscuros extendidos sobre la almohada, y con su sombra de ojos reluciente de color rosado, que no se había quitado todavía, aparentaba muchos menos años de los veinticinco que tenía.

Josh recordó un comentario que le había hecho Carlton antes, cuando él había dicho algo de que Rosa no servía para novia. «Pero el amor es amistad encendida, ¿no dicen eso, chico?».

Josh se besó un dedo, lo apoyó suavemente en la pequeña cicatriz en forma de rayo que tanto adoraba y, soltando un hondo suspiro, se acomodó junto al calor de su linda compañera, haciendo la cuchara, y cayó en un sueño profundo.

CAPÍTULO 42

—Lamento tener que marcharme tan temprano, pero Carlton tiene que volverse, porque debe decorar una tienda esta noche —dijo Josh a Rosa a la mañana siguiente. No le dijo nada de que, además, había prometido a Lucy comer juntos para celebrar San Valentín con retraso.

—No importa. De hecho, las brujas de Cockleberry me han invitado a comer el domingo.

—¿Y qué te van a dar? ¿Ojos de tritón y dedos de rana, lana de murciélago y lengua de perro?

Pero Rosa no tenía la cultura suficiente para reconocer el pasaje de Shakespeare que había citado Josh.

—Puaj. Calla. Yo esperaba más bien algo de rosbif y pudin de Yorkshire. ¿Quieres que llame al que hace de taxista, a ver si está libre?

—Sí, por favor; supongo que deberíamos haberle llamado anoche. Carlton dijo que yo tenía que estar en la estación a las diez.

—Si Ralph no está libre, no te preocupes. Seb Watkins hace viajes por cinco libras para ganarse un dinero, pues siempre está mal de trabajo.

Caliente entró corriendo en la cocina y saltó a la pierna de Josh.

—Ay, ya casi parece el de siempre —dijo Josh.

—Sí, gracias a Dios. Jacob va a llevarme a la veterinaria mañana por la mañana para hacerle un chequeo.

—Traviesillo... —dijo Josh, tomándolo en las manos y poniéndoselo sobre el hombro. Caliente se puso a lamerle la cara con vigor.

—Uf...

Josh se apresuró a dejarlo de nuevo en el suelo de la cocina y se limpió la mejilla y la oreja mojadas.

Cuando Josh se hubo marchado, Rosa ordenó el piso y después bajó a la tienda para comprobar las existencias. Sonrió al ver las cestas semivacías y las correas en el expositor, casi agotadas. Había sido muy divertido llevar su propia tienda y cobrar dinero de verdad. Sabía que tendría que trabajar duro y que probablemente no todos los sábados estarían tan animados, pero al menos ya sabía lo que tenía que hacer, y ya solo era una cuestión de hacerlo y de hacerlo bien.

De nuevo en el piso superior, pensó meterse en la cama un rato antes de prepararse para comer y decidió sacar las cartas de su escondrijo y leer un rato.

—Huy, sí —dijo en voz alta—. Vamos a ver en qué líos se metía el travieso de Ned.

Con Caliente dormido a sus pies, desató el fajo de cartas y se puso a leer.

15 de agosto de 1954

Mi querida T:

Ya llevo dos meses sin verte, y la verdad es que no lo soporto. Han puesto una cabina telefónica nueva en el rompeolas, justo por debajo de nuestro sitio, en los acantilados del oeste. El número es Cockleberry 7875. Estaré allí este domingo a las 6 de la tarde. Prométeme que llamarás; tengo que saber que estás bien.

Dotty ha empeorado. A pesar de que ya hace un año desde que sufrió su último aborto y la histerectomía, no es capaz de hacerse a la idea de que nunca podrá darnos una familia a los dos. El médico ha estado viniendo a diario, pero parece que no somos capaces de hacerla salir de esa depresión tan honda.

Ya sé que parece una tontería, pero necesita a su amiga. Yo también necesito una amiga. Sé que una noche nos pasamos de la raya, pero no pude resistirme a ti. El amor que siento por ti es tan fuerte, T... Pero ahora también tengo una responsabilidad para con mi esposa. Te ruego que lo entiendas.

Espero que te sientas capaz de llamarme el domingo.

Te espero donde el cielo se junta con el mar. Tu enamorado Ned.

Aquella historia de amor real que se iba desarrollando ante sus ojos ya apasionaba a Rosa.

21 de agosto de 1954

Mi querido Ned:

Espero que recibas esta antes del domingo, pues ahora no me siento con fuerzas para hablar contigo. La culpabilidad y el dolor que siento respecto de Dotty me están devorando; y con todo lo mucho que deseo estar en tus brazos, si voy a volver a casa durante un fin de semana será por ella, y solo por ella. Después me volveré directamente a Londres, pues no soporto estar cerca de ti sin estar contigo.

¿Quién iba a pensar que el verdadero amor podría ser tan doloroso? Y durante todo el tiempo que paso aquí sentada pensando en ti, también tengo que pensar en mí misma y en mi futuro. Tú no puedes abandonar a Dotty de ninguna manera, en el estado en que se encuentra; y si lo hicieras, las repercusiones serían tan grandes que nos encontraríamos en una situación difícil pasara lo que pasara.

Tenemos que poner fin ahora mismo a esto, Ned, sea lo que sea; no es sano para ninguno de los dos. Yo puedo vender la casita, marcharme, empezar una nueva vida en Londres.

Te espero donde el cielo se junta con el mar. Tu T.

El dolor que se traslucía entre líneas dejaba agotada a Rosa. No era capaz de imaginarse siquiera lo que estarían pasando emocionalmente los dos amantes. Qué situación tan horrible. Se preguntaba por qué seguirían allí las cartas; pero la verdad es que las habían dejado muy bien escondidas. Puede que a Ned se le olvidaran con la edad. Aquello era como leer un libro, pero ella ya conocía el final. Con una curiosidad macabra, no solo quería saber cómo terminaba la historia, sino también cómo había muerto Dotty. A juzgar por la reacción de Queenie, no pudo ser de buena manera. Tenía que seguir leyendo.

1 de septiembre de 1956

Mi querida T:

La alegría de ver tu hermoso rostro durante el fin de semana ha sido casi insoportable. Y no sé qué has hecho para animar a Dotty, pero ha sido como un milagro. No la había visto nunca tan animada como cuando te marchaste. ¿Qué le dijiste?

Pero no por esto dejo de echarte mucho de menos. Tenerte tan cerca y no poder acariciar tu suave piel ni besar esos labios de rosa ha sido un verdadero tormento.

Vuelve a casa, T. Si Dotty es capaz de superar su depresión, y yo creo que ahora podemos estar presenciando el principio de su recuperación, entonces quizá sea capaz de sobrellevar lo nuestro, y entonces tendríamos un futuro.

Te espero donde el cielo se junta con el mar.

Tu siempre amante Ned.

Rosa miró su reloj. Todavía faltaba una hora para su cita en la casa de las brujas. Cuando Caliente profirió un leve sonido, como el pitido de un ordenador, Rosa se inclinó para acariciarlo desde la cama. Después, siguió leyendo.

5 de septiembre de 1956

Mi querido Ned:

Esta es, seguramente, una de las cartas que me resultará más difícil escribir en toda mi vida.

Me preguntaste qué le dije a Dotty. Pues bien, le dije que estoy embarazada, y que si me quedo en Londres es por eso. Y es verdad. ¿No es vergonzoso lo mío? Un hijo de soltera... y no, Ned, no es tuyo. Al fin y al cabo, tengo treinta años, y no podía estarte esperando eternamente. Como aquí nadie me conoce, pueden decir lo que quieran.

Rosa se quedó boquiabierta.

—Me parece increíble —dijo a Caliente, y siguió leyendo.

Lamento mucho, mucho, decirte esto por carta. Te querré siempre, Ned; pero también querré siempre a Dotty, y es una mujer demasiado buena como para que le partan el corazón las dos personas que más la quieren.

Te espero donde el cielo se junta con el mar. T.

Rosa se apresuró a buscar la carta siguiente, pero esta no era más que un papel en blanco.

No. Eso no podía ser todo. Maldita sea. Se quedaba con el misterio.

Pobre Dotty, y pobre Ned. Y también pobre T. En la década de 1950 debía de ser duro tener un hijo de soltera; y en el pueblo nadie había dicho nada de que Ned hubiera tenido un hijo; de modo que ¿qué podía haber sucedido? Recordaba claramente que Seb había dicho que Ned se murió rodeado de sus amigos porque no tenía familia. ¿Y T? Ahora tendría que preguntárselo a Queenie; había demasiadas cosas sin respuesta.

Un mensaje de texto la trajo de nuevo a la realidad. Era de Joe.

Hola, tendera sexy; ¿te apetece comer algo más tarde? ¿Puedo pasarme a verte a las 7? Bss.

Rosa suspiró. Con todas las cosas que habían pasado, ni siquiera había pensado en Joe. Respondió:

Hola, detective sexy, ¡me parece una gran idea! Nos vemos a esa hora. Bss.

CAPÍTULO 43

—**E**ntra al calor, Rosa, date prisa; hoy hace un frío terrible fuera.

Mary cerró la puerta de entrada de la casa de la Espuma Marina y tomó el abrigo de Rosa. En la cocina ardía una hermosa lumbre de troncos. Merlín, al ver a la visitante, soltó un chillido de desaprobación.

—¿Y cómo está el pobrecito Caliente? —se interesó Mary—. Me enteré de lo del accidente.

—No lo dudo —dijo Rosa con una sonrisa. Aquí se enteraba uno de casi todo—. Ya se está recuperando, gracias al cielo. Mira, no quiero ser grosera, pero no me voy a quedar mucho tiempo, porque quiero volver a su lado. Hola, Queenie —añadió, saludando a la anciana que estaba sentada en su silla habitual de la cocina. Aquel día llevaba los largos cabellos grises en hermosos rizos; con sus gafas oscuras podría haber pasado por una estrella de cine que envejecía con elegancia—. Qué bonito peinado.

Mary sonrió.

—Sí —dijo—; pensamos que el esfuerzo valdría la pena, ya que es domingo y venías tú a comer.

Fue entonces cuando Rosa se dio cuenta de que Mary llevaba su cabellera negra peinada con el mismo estilo.

Queenie alzó una mano.

—He oído decir que la inauguración fue un gran éxito —dijo—. Ya sabía yo que serías una chica lista.

—No estoy segura de ello, Queenie; pero seguiré intentando serlo.

—¿Te gusta el rosbif, Rosa? —dijo Mary, que se acercó al fogón a remover la salsa de carne.

—Esta misma mañana he dicho a Josh que ojalá me pusierais eso mismo, mi plato favorito. Os agradezco mucho que hagáis esto.

—No hay de qué —dijo Mary, tosiendo—. Nos damos cuenta de lo mucho que has trabajado.

—Ah, toma —dijo Rosa, buscando en su bolso—. Una correa para Merlín. —El enorme gato bufó al oír su nombre—. La he elegido verde, a juego con sus ojos. Espero que os guste.

Mary se puso contentísima.

—Ay, es maravilloso, verdaderamente maravilloso.

—¿Cuánto te debemos, cielo? —intervino Queenie.

—No seáis tontas; es un regalo. Las dos habéis sido todo amabilidades conmigo desde qué llegué aquí.

—Pásame mi monedero, Mary —dijo Queenie, y entregó a Rose un billete de diez libras—. ¿Cómo te vas a ganar la vida si empiezas ya a regalar cosas? Coge esto y métetelo en la hucha, de nuestra parte.

—De acuerdo, muchas gracias.

—Ahora, sientate, niña, y deja de dar impresión de desorden.

Mary le sirvió una ración opípara, que Rosa, que no había cenado la noche anterior ni había desayunado aquel día, devoró en pocos minutos.

—Tenías apetito, cariño —dijo Mary, retirándole el plato limpio.

—Esta mañana ni siquiera desayuné, porque hace tiempo había encontrado unas cartas escondidas, y hoy no pude aguantar más sin leerlas. —Queenie se quedó inmóvil como una piedra—. En todo caso, no las había asociado al manojito de cartas que tú viste en mis posos del té, pero deben de ser estas.

Ante el silencio de la anciana, Rosa siguió diciendo:

—Y ya sé que me dijiste que no chismorreara; pero bueno, leyendo entre líneas, creo que Ned tenía una relación a espaldas de tu amiga Dotty.

Rosa percibió que quizá debía dejar el tema, pero había algo que la impulsaba a hablar.

—Era con una tal T. Estaba embarazada, pero Ned no sabía que el niño era suyo, porque ella le mintió; hizo como que era de otro hombre. Pero supongo que eso ya lo sabías, porque también eras amiga de ella. ¿Qué pasó, Queenie? —preguntó Rosa, con más pasión—. Siento que tengo que saberlo. La verdad es que al leer esas cartas se le parte a una el corazón.

De pronto, Queenie dio un palmetazo en la mesa.

—Deja de hablar así, Rosa. No lo soporto. Pobre Dotty, pobre.

—No pasa nada, abuelita —dijo Mary para tranquilizarla—. Rosa, quizá sea mejor que te marches. O, abuelita, ¿quieres que Rosa te traiga las cartas?

—Sssí.

La palabra sonó como el silbido de una serpiente entre los labios contraídos de la anciana.

Mary torció el gesto ante la conducta de su abuela.

—¿Dónde las encontraste, querida? —preguntó tímidamente a Rosa—. Debían de estar bien escondidas.

—Sí que lo estaban. El que las escondió preparó un compartimento secreto en la parte superior del armario.

En el rostro de Queenie Cobb se formó una leve sonrisa que se desvaneció en cuanto Rosa se volvió a mirarla.

—Ned debía de querer mantener la relación en secreto, pero claramente estaba tan enamorado que no era capaz de deshacerse de las cartas. Es muy triste. Todas las cartas terminan diciendo: «Te espero donde el cielo se junta con el mar...», que no sé lo que querrá decir.

—Si subes a lo alto de los acantilados del oeste, lo...

—¡Mary! Cállate, estate callada ya —dijo Queenie, dando otro golpe en la mesa con el puño—. ¿Podrías traerme las cartas, por favor? —suplicó a Rosa—. Yo sé que eres buena chica, pero por respeto al recuerdo de Dotty, creo que lo justo será que las cartas se

queden en el pasado, pues son del pasado. Podemos echarlas a la lumbre.

Rosa se levantó y acudió a su lado. Puso la mano suavemente sobre la mano de la anciana, delgada como un papel.

—Voy a hacerlo ahora mismo —dijo—. Y siento haberte alterado.

—No tiene importancia, pequeña Rosa —dijo Queenie, ya con voz suave—. Ya no puede alterarme nadie, me alteré yo sola.

Rosa volvió apresuradamente a la Tienda de la Esquina; volvió a atar las cartas con la cinta azul y las metió en el sobre acolchado donde habían llegado las octavillas. Dio a Caliente una golosina de perro y volvió a emprender la subida de la cuesta hacia la casa de la Espuma Marina.

—Aquí están.

Rosa no había terminado de hablar siquiera cuando Queenie le arrancó el sobre y lo arrojó directamente al fuego.

—Ahora que hemos estado hablando de cosas difíciles, tengo que contaros otra cosa —dijo Rosa, con un gesto de vergüenza.

—Dime, querida —dijo Queenie, que contemplaba fijamente las llamas.

—Bueno, ¿te acuerdas de que hablaste de un colgante cuando me leíste los posos del té?

—Sí —dijo Mary.

—Pues sí que encontré uno. Muy en el fondo del viejo sofá, en el piso.

Queenie se limitó a asentir despacio con la cabeza.

—Cuéntame —dijo.

—Bueno, lo dejé en un sitio que a mí me pareció seguro, y ahora no lo encuentro. Y... me temo que alguien lo haya podido robar. —Rosa soltó un largo suspiro—. Ya, ya está dicho. Te prometo, con la mano en el corazón, que no lo he vendido, pero no sé cómo te lo puedo demostrar.

Mary estaba mirando directamente a Queenie, y esta volvió a asentir con la cabeza despacio.

—No hace falta que lo demuestres, Rosa.

Rosa, sin terminar de entender cómo podía ver algo Queenie con su aparente mala vista y sus gruesas gafas oscuras, guardó silencio.

Mary se dirigió a uno de los cajones de la cocina, rebuscó en él y le entregó el mismísimo colgante pesado de oro grabado y con un zafiro.

Rosa estaba atónita.

—No entiendo...

—Lo encontré yo. Ante tu portón de atrás. Puede que alguien entrara y lo cogiera, tuviera miedo y lo dejara caer. Quién sabe, Rosa.

—Ay, Dios mío, de modo que es verdad que alguien ha entrado en la tienda.

—Cambia las cerraduras, querida. Y quizá deberías poner una alarma ahora mismo; no te diré más.

—Muy bien, eso haré. Había estado pensando en comprarme un televisor cuando tuviera beneficios, pero tienes razón: debo hacer esto primero. Y también comprarme un candado nuevo para el portón de atrás.

—Buena chica, Rosa, buena chica —intervino Queenie—. Y el colgante, quédatelo.

—Pero era de Ned y de T...

—Ninguno de los dos se lo volverá a poner —dijo Mary en voz baja.

—Póntelo un día especial —le insistió la anciana—; y así, estés donde estés, podrás acordarte de nosotros y sonreír.

—Supongo que está bien, si Ned no dejó familia, y la verdad es que es muy bonito. Pero ¿y la familia de T?

—Lo entenderían, querida.

En aquel momento, Merlín saltó en el regazo de Queenie y se puso a ronronear con fuerza. La anciana acarició al gran animal, y después buscó la mano de Mary y se la apretó a la vez que se la sacudía con frenesí. Parecía casi eufórica.

—Ya me puedo marchar —dijo, como hablando sola.

Merlín soltó un maullido inmenso y salió corriendo por la gatera de la puerta de atrás.

Rosa formó con los labios las palabras «¿Dónde se va a marchar?», dirigidas a Mary, que tenía el rostro tan contraído que no era capaz de hablar.

Entonces, la anciana se inclinó hacia delante y tomó las dos manos de Rosa.

—Escúchame, Rosa —le dijo—. Hay veces en la vida en las que, si no sabes qué hacer, no hagas nada, no digas nada, y la respuesta te vendrá. Estás bendecida.

Y, dicho esto, Queenie Cobb se recostó en su silla y falleció pacíficamente.

CAPÍTULO 44

—¿Dónde estás, Rosa? Estoy aporreando la puerta de tu casa. Oigo a Caliente, pero no hay señales de ti.

—Huy, Joe, sí... Hola. Lo siento mucho. Estoy con Mary en la casa de la Espuma Marina. Su abuela se ha muerto y estamos esperando a la ambulancia.

—Huy, qué terrible. ¿Cuánto tiempo crees que tardarás? Te puedo esperar en el pub si quieres.

—Ah, ya llegan, y la policía también. Será mejor que me vaya; pero sí, ve a la Nasa de Langostas y te tendré informado. Me hará falta beber algo después de esto.

Mary había quitado a Queenie sus gafas. La anciana tenía un gran aspecto de paz. Era como si todas las arrugas y las tensiones de una larga vida se le hubieran marchado con el alma. Además, tenía un aspecto muy familiar. Era la primera vez que Rosa veía un cadáver, pero no le daba miedo. No era más que el envoltorio donde había residido una persona magnífica.

—Mary, ¿estás segura de que tu abuelita no salió de la casa para nada en los últimos meses?

—Bueno, eso era lo que me decía siempre —dijo Mary. Se dirigió a la ventana que daba a la calle y la abrió de par en par—. Será mejor que dejemos que salga volando su alma con libertad, Rosa. No me cabe duda de que ya estará revolviendo en alguna otra parte.

El hombre y la mujer de la ambulancia y los policías llevaron a cabo su tarea a conciencia, de manera respetuosa y dándoles toda la información necesaria. A Rosa la inquietaba un poco el hecho de que uno de los policías era uno de los dos que la habían interrogado

la otra noche, pero el agente se comportó con profesionalidad y se ciñó a la cuestión presente.

Cuando se disponía a marcharse en el coche de policía con su compañero, bajó la ventanilla y dijo:

—La acompaño en el sentimiento, pero la buena noticia para usted es que alguien ha declarado que usted estaba en casa a la hora que había dicho; la noche del atropello con fuga, quiero decir.

Rosa no se atrevió a preguntar quién había sido, porque nadie había sabido que ella estaba en casa, aparte de Luke; y desde luego que no podía haber sido él quien llamara a un teléfono de información de la policía. El coche de policía se marchó antes de que a ella se le hubiera ocurrido ninguna respuesta.

Se volvió hacia Mary y le puso una mano en el brazo en gesto de afecto.

—Pareces muy tranquila; ¿estás bien? —le preguntó.

—Me parece que todavía no me he hecho a la idea.

Mary hizo un gesto de dolor cuando Merlín se puso a soltar un aullido escandaloso que no cesaba, ni siquiera al ofrecerle unas golosinas para gato Dreamies de pollo.

—¿Quieres un té? —le preguntó Rosa, y Mary asintió con la cabeza—. Siéntate; yo te lo traeré.

Puso agua a hervir y preparó las tazas y las bolsitas de té.

—Me puedo quedar contigo un rato si quieres...

—No, vete. Tenías una cita, ¿no? —dijo Mary, consiguiendo sonreír.

—Algo así. Es con Joe, el de la *Gaceta*. No sé si lo conoces.

—No mucho —dijo Mary, y tomó un trago del té fuerte y dulce que acababa de ponerle delante Rosa.

—¿Estás segura de que no quieres que me quede, Mary? Porque tú tienes mucha más importancia que un hombre cualquiera. Has sufrido una impresión grande.

—Estaré bien. Lo más probable es que me haga falta quedarme sola un rato. Adelante, vete; pero... Rosa...

—¿Qué?

—Cuídate.

—Eso haré —le aseguró Rosa—. Bueno, mañana tengo que llevar a Caliente a la veterinaria, pero en cuanto haya terminado con eso vendré a verte a ti.

Rosa, entristecida, emprendió la subida hacia el pub. Ver a Joe sería muy bonito, pero después de haber pasado por una cosa tan difícil, ella preferiría estar con alguien que la conociera bien. De hecho, la única persona con quien quería hablar era con Josh. Sacó su teléfono.

—¡Rosalar! ¿Cómo te va? No puedo hablar mucho rato, lo siento. Lucy me ha dado una sorpresa cuando he llegado a casa. Le había dicho que la llevaría a comer, pero ella ya me había preparado una comida de San Valentín. Yo he salido un momento a comprar una botella de vino.

—Entonces, ¿tiene llave de tu casa, eh? —dijo Rosa, avergonzada de su propia reacción.

—Esto... No. Yo estoy en casa de ella. Entonces, ¿va todo bien?

—Pues la verdad es que no. Queenie Cobb se acaba de morir delante de mí.

—Mierda. Pero era vieja, ¿verdad?

—Sí, pero tampoco ha sido muy agradable; y yo había llegado a quererlas mucho a Mary y a ella, de una manera extraña.

Rosa oyó una voz de mujer que llamaba a Josh a lo lejos.

—Será mejor que vayas —le dijo, apesadumbrada.

—Sí. Siento no poder hablar contigo como es debido. Te llamo mañana, ¿de acuerdo?

—Vale.

Rosa suspiró. No le gustaba estar de tercera rueda en una relación, ya fuera de un amigo suyo o de quien fuese.

Como Jacob no trabajaba los domingos por la noche, ni siquiera tuvo el consuelo de ver su rostro familiar detrás de la barra cuando llegó al pub. Joe se levantó y la besó en la mejilla.

—¿Todo arreglado?

—Bueno, todo lo arreglado que puede estar el mandar una persona al tanatorio, me figuro. No había tenido que hacer una cosa así nunca. De hecho, no había visto nunca un cadáver.

—Dudo que muchas personas lo hayan visto a tu edad. Entonces, ¿qué pasó?

—Nada dramático; la verdad es que murió como todo el mundo querría morir, probablemente. Habíamos hecho una comida agradable; ella estaba sentada en su silla favorita, en su casa de toda la vida; y, de repente, se cayó de espaldas sin más, literalmente... y estaba muerta. —Rosa se pasó una mano por sus cabellos rizados—. En todo caso, basta del tema. Estoy agotada, pero una copa grande de Merlot sería una manera maravillosa de rematar este fin de semana.

—Mira, te vuelvo a decir que siento no haber podido ir a la inauguración.

—Entonces, ¿cuál era la gran noticia de primera plana tan importante sobre el atropello con fuga?

—Bueno, es que conozco a un par de polis de Polhampton, y uno estaba en el pub de allí donde voy yo. Dijo que se había visto salir de una furgoneta blanca a una chica que había huido corriendo a toda velocidad, bajando la cuesta.

—Eso no es ninguna novedad, Joe. La policía insinuó que esa chica podía ser yo, aunque no lo era, evidentemente.

A Rosa se le ocurrió de pronto que sí que podía haber sido Titch, no obstante. Era cierto que las dos tenían el pelo de color distinto, pero se parecían en cuanto a estatura y complexión. Pero si Titch hubiera estado aún en la furgoneta con Lucas, circulando, y si hubieran atropellado a Jasmine..., ella se lo habría contado a Rosa, sin duda, cuando se estaba sincerando con ella.

—¿Qué piensas?

Rosa recordó el consejo de Queenie y se guardó sus pensamientos.

—Estaba pensando que no somos detectives y debemos dejar este asunto en manos de la policía. Supongo que ellos también lo

dejarán de lado pronto. Si no lo han resuelto a estas alturas, ¿cuándo lo van a resolver? —Mary soltó un largo suspiro de cansancio—. ¿Me puedes poner ya con el Joe Fox que no está trabajando?

Él levantó su cerveza y la hizo chocar con la copa de ella.

—Sí. Vale. Feliz Día de San Valentín con retraso, señorita.

—La verdad es que no sé por qué todo el mundo celebra este día y le da tanta importancia —dijo Rosa, pensativa—. Yo veo el sexo sin amor como una buena forma de ejercicio; en cuanto al amor, aunque no he estado enamorada nunca, a mí me parece que trae consigo mucho dolor, muchas riñas y muchos disgustos.

—Caray, tú siempre tan romántica.

—El casado eres tú —dijo Rosa. Le miró la mano y advirtió que ya no llevaba puesta la alianza.

Él agitó al aire su mano izquierda.

—Se acabó. Ya no puedo más. La que engaña una vez, engaña siempre, creo yo. Y bien, ¿qué quieres comer?

Quizá fuera porque había visto la muerte de cerca y se le habían potenciado las ganas de vivir, pero el caso fue que Rosa, sin pensar siquiera en las palabras que le salían de la boca, miró el rostro del hombre que tenía delante y respondió:

—Quiero comerte a ti.

Habían hecho el amor de manera rápida y desenfrenada. No había habido «besos bien dados»; más bien, sexo crudo, peligroso y decididamente guarro en todas las habitaciones del piso.

Después de terminar bajo las sábanas de su dormitorio, Rosa se volvió hacia Joe, que ahora tenía la cara roja pero sonreía mucho, y le dijo:

—Esto me hacía falta.

Joe cubrió con su mano uno de los pechos de ella, perfectamente redondo y con el pezón todavía bien erecto.

—¿Quién dijo que ya no existía el romanticismo? Ah, sí, ya sé. Lo dijiste tú —dijo Joe, y sonrió—. Pero, hablando en serio, Rosa, la

verdad es que eres bastante hermosa.

Ella se incorporó apoyándose en un hombro.

—Tú tampoco estás mal; y si me lo pidieras, hasta podría pensar en verte otra vez.

—Caray, en tu mundo eso casi sería estar saliendo, ¿no es así?

—Vaya, no estoy segura de si quiero llegar a tanto —dijo Rosa en son de burla.

—Pero, Rosa, ¿te importa que guardemos el secreto un tiempo? Todavía hace pocos días de mi separación de Becca y...

—Entendido; pero solo si me haces otra vez lo que me hiciste con la lengua.

—¡Zorra!

—¡Si te encanta! Y por la mañana puedes ir al Café, Té y Mar y traerme un montado de bacon y un café, o, mejor todavía, llevarnos en coche hasta Polhampton a Caliente y a mí, porque vamos a ver a la veterinaria. ¡Eso sería perfecto!

—Huy, qué mal. No pensaba quedarme toda la noche, Rosa. La verdad es que tengo que volver. Suggs está en la casa solo; ¿te imaginas cómo me lo encontraría todo si no le diera su último paseo de la noche?

—Mierda, claro. No me acordaba del pobre Suggs. Entonces, ¿quiere eso decir que ya no vives con tu mujer?

—Ya te lo dije; no puedo estar más con una persona que me engaña. Me resulta demasiado difícil vivir con ella sabiendo lo que me ha hecho.

Cuando los dos salieron del dormitorio, Caliente estaba dormido en el sofá. Abrió un ojo tristón y volvió a dormirse al momento.

—Menos mal que no sabe hablar; si no, nos podríamos meter en un lío —comentó Joe, y recogió sus llaves que estaban en el brazo del sofá.

Rodeó a Rosa con los brazos y la miró.

—Gracias por la sesión de ejercicio... y me alegro mucho de que todo te esté marchando bien.

—El gusto es mío —dijo ella. Sonrió y, sin poder contenerse, añadió—: ¿Podemos tomarnos un café cuando vaya a llevar a Caliente mañana?

Rosa vaciló por dentro. Era la primera vez que cobraba tanto apego a un tipo.

—Puede. Tengo que escribir lo último del caso del atropello con fuga y el artículo de lo de tu tienda, de modo que ya veremos. Y no olvides que ahora tienes que llevar una tienda.

Rosa se llevó una mano a la cabeza.

—Huy. Hay que ver; me había acostumbrado tanto a ser libre... Tendré que preguntar a Titch si me puede suplir mientras voy a la veterinaria.

Bajó al piso inferior para despedir a Joe.

—No olvides echar bien la llave; ahora es evidente que tienes existencias aquí dentro. Y buenas noches, señora sexy.

—Buenas noches, superdetective.

Cuando Rosa volvió a subir, sacudió el edredón, y al hacerlo salió volando un calcetín de Josh. Lo recogió y se lo quedó mirando. Sí, había estado bien tener sexo loco, guarro, con Joe; pero si era sincera consigo misma tenía que reconocer que los sentimientos que había tenido cuando Josh la había besado en Nochevieja habían sido más hondos y más intensos. Pero Josh estaba mucho más por Lucy de lo que había dado a entender, y, a pesar de que Carlton le había comentado que Josh había preferido estar con Rosa el Día de San Valentín, en vez de con Lucy, cualquiera estaba dispuesto a echar una mano a una buena amiga en su día especial.

Y ¿por qué la iba a querer Josh, en cualquier caso? Ella no era tan lista, ni siquiera tan atractiva..., y, decididamente, no era tan elegante. Si Josh la había besado aquella noche había sido solo porque estaba bebido y quería hacerla callar.

Como dándose cuenta de que le hacía falta algo de compañía, Caliente se presentó en el dormitorio y la miró con sus grandes ojos castaños.

Rosa lo puso sobre la cama y lo acarició.

—Es mucho más sencillo quererte solo a ti, ¿verdad, señor Salchicha? —le dijo. Y él meneó la colita y soltó un pedo.

CAPÍTULO 45

Rosa estaba asida del brazo de Mary en un banco de primera fila de la iglesia de la bahía de Cockleberry, pequeña y hermosa. Las vidrieras y las tallas de madera eran impresionantes, y el ruido de las gaviotas y el sonido rítmico de las olas que entraban por la puerta abierta del templo resultaban tranquilizadores.

Queenie había querido que la incineraran y que se celebrara después una breve ceremonia de bendición en la iglesia local. Rosa no había asistido hasta entonces a ningún funeral y se sentía aliviada de que aquello estuviera a punto de terminar.

A pesar de la edad avanzada de Queenie y de que esta no tenía familiares dignos de tal nombre, a excepción de Mary, la iglesia estaba medio llena. Jacob y Sheila habían acudido a presentar sus respetos en calidad de posaderos de la localidad, así como Titch, Seb Watkins y el propietario del Café, Té y Mar. Rosa había reconocido también a algunas personas que habían asistido a la inauguración de su tienda el otro día; le habían sonreído y saludado sin palabras al entrar en la iglesia.

Llegó el momento de la bendición. El vicario, bastante calvo y con dientes de conejo, carraspeó y empezó a decir:

—Estamos aquí reunidos para celebrar la vida de Teresa Rose Cobb, conocida familiarmente por el nombre de Queenie.

Cuando pronunciaron el nombre completo de su abuela, Mary, mirando hacia el frente con los ojos llenos de lágrimas, tomó la mano de Rosa y se la apretó con fuerza. La luz del sol entraba a raudales por las vidrieras, arrojando arcoíris sobre todos los

presentes; y cuando Rosa se aferró a Mary, sintió que su propio corazón maltratado se llenaba de algo muy parecido a la alegría.

CAPÍTULO 46

Transcurrieron varias semanas en un arrebatado de compras de existencias, venta rápida de las existencias e inventarios. Rosa empezaba a disfrutar de verdad de su vida como dueña de una tienda. Y también le encantaba conocer a todos los perros, y procuraba que el local fuera siempre acogedor para ellos, con golosinas para perros en abundancia y un gran bebedero con agua fresca ante la entrada. Para que Caliente no volviera a salir por la puerta de la tienda, lo tenía confinado en el cuarto de estar, en el piso de arriba. Dándole un paseo de madrugada, a paso vivo, después lo dejaba durmiendo a gusto hasta la hora de la comida, cuando Rosa cerraba la tienda para comer algo y llevarlo a darse otro paseíto a buen ritmo.

Al haber combinado la zona de mascotas con un rincón de juegos, donde los chicos podían entretenerse y elegir regalitos para comprárselos con su dinero de bolsillo, sus padres podían elegir con más tranquilidad lo que deseaban.

Por entonces se veía con Joe un par de veces por semana, normalmente las noches de entre semana, ya que los sábados eran los días de mayor movimiento en la tienda, y parecía que él siempre tenía que trabajar con fecha límite de entrega los domingos. Cuando se veían, iban a darse largos paseos por las muchas playas de la zona o iban en coche a comer en un sitio remoto de alguno de los pueblos pintorescos de Devon. Pero lo más frecuente era que terminaran en la cama, en la casa de Rosa.

Ya no sonaban más noticias sobre el atropello con fuga, lo cual era todo un alivio, en realidad. Parecía que hasta la propia Sheila

Hannafore se ceñía a su rincón del pueblo sin más incidentes.

A Mary le iba bien estando sola, pero Rosa le había dicho que si necesitaba ayuda con cualquier cosa solo tenía que mandarle un mensaje de texto.

El gran tema innombrable era el nombre de la T, lo cual no era de extrañar. Rosa no había tardado en atar cabos y deducir que Teresa Cobb era «mi querida T». Por respeto, no había intentado sonsacar más información a Mary... de momento. No dudaba que llegaría la ocasión, ahora que empezaban a forjar una relación entre las dos. Queenie había debido de estar estupenda en sus tiempos. Pero Rosa mentiría si dijera que no quería enterarse de qué había pasado a Dotty y de si T había criado o no a su hijo, y cómo, en el difícil entorno de los años 50. Y la cosa resultaba más trágica todavía por el hecho de que la madre de Mary hubiera muerto tan joven. El tropiezo de Ned y Queenie había afectado a muchas vidas.

Titch llegó en la soleada mañana del 1 de abril a hacer el que ya era su turno habitual de las mañanas de los lunes en la tienda.

—Conejos, conejos, conejos —cantó, mientras entraba con energía y arrojaba su bolso sobre el mostrador.

—Pero ¿todavía hay gente que dice esas cosas el día primero de cada mes? —le preguntó Rosa, que se ocupaba de llenar de cambio la caja registradora.

—Bueno, mi madre lo sigue diciendo. No tengo idea de qué significa. De hecho, se lo preguntaré al señor Google hoy, mientras estoy aquí sentada.

Rosa miró el vientre de Titch.

—¿Todavía no se deja ver el Mini Titch, entonces? —le preguntó.

—Gracias al cielo. Solo estoy de trece semanas todavía, aunque me parece que hace un siglo que estoy embarazada. La mayoría de las mujeres ni siquiera se lo dicen a la gente hasta que están de este tiempo.

—¿Y las náuseas?

—Igual de mal. En el trabajo tengo que hacer como que tengo resaca cuando salgo corriendo al baño. El viernes me hacen la primera ecografía —dijo, mirando a Rosa con rostro radiante—. Estoy muy emocionada.

—¿Te vas a enterar de si es niño o niña?

—He decidido que no lo voy a preguntar; espero que así el elemento de sorpresa me impida pensar en el parto..., al que ya temo, dicho sea de paso.

En ese momento se abrió la puerta de la tienda, haciendo sonar la campanilla que ya les resultaba familiar.

—Seb...

—Titch...

Titch se levantó del taburete del mostrador y se encaminó a la cocina de atrás a paso vivo. Mientras tanto, Jet, el perro labrador negro de Seb, empezó a olisquear las golosinas para perro.

—Hola, Seb, ¿cómo te va?

—Sí, todo bien. ¿Tienes de esa comida para perro que me llevé la otra vez, por favor? A Jet le encanta. Y es más barata que la del Co-op, de modo que todos salimos ganando.

—Me alegro de poder servirte —dijo Rosa. Entregó a Seb su cambio y metió el pienso en una bolsa.

—¿Qué le pasa? —dijo Seb, señalando hacia la cocina del fondo.

—Ah, está bien, bien.

—Vuelve a vivir con su madre, según dicen.

—Hum, sí, eso creo.

—Vale, me tengo que ir. Dile que he preguntado por ella.

—Se lo diré, Seb.

El personaje larguirucho de barba pelirroja se marchó. Cuando hubo sonado el ruido de la puerta al cerrarse, Titch salió de la cocina.

—¿Piensas contarme qué está pasando entre vosotros dos?

—Nada, no pasa absolutamente nada. Solo que, ahora que voy a ser madre, procuro evitar a los cerdos pervertidos.

—Entendido —dijo Rosa, sonriendo, y Titch le devolvió la sonrisa—. De acuerdo; ¿te has enterado de todo? Hoy no tienen que traer ningún pedido, pero Ruth Hollis va a recoger unos sobres de comida para gatos sensibles que le he encargado, además de un comedero para Saatchi, su gato, con su nombre grabado por su cumpleaños.

—Muy bien —dijo Titch, dejando sobre el mostrador una lima y esmalte de uñas.

—Hablando de cumpleaños, el mío es el día trece —prosiguió Rosa, mientras empezaba a recolocar las cosas del escaparate y a añadir otras nuevas—. Si me fuera un par de días, ¿te importaría a ti hacerte cargo de la tienda?

—¿Por qué no? Con mucho gusto. Solo tienes que avisarme cuando estés segura de las fechas, para que me organice en el resto de mis trabajos. ¿Dónde pensabas ir, en todo caso?

—Todavía no estoy segura.

De momento, Rosa estaba guardando ante todo el mundo el secreto de su relación con Joe. El divorcio de él iba a ultimarse en poco tiempo, y Joe le había dicho que después ya podrían salir en público y con la cabeza bien alta. Tiempo atrás, Rosa había comentado algo a Mary de que tenía una cita con alguien, pero la única persona que sabía lo que pasaba era Josh.

Habiendo dejado a Titch a cargo de la tienda, Rosa corrió al piso superior para recoger a Caliente y fue a reunirse con Joe y con Suggs en la playa de Cockleberry. El sol que le daba en el rostro le ponía un tono rosado en las mejillas. Estaba a gusto con la vida.

Cuando se acercó a Joe, este sonrió.

—¿La gatita se ha comido la nata?

—Hoy estoy de muy buen ánimo. Y este pequeño y yo estamos dispuestos a darnos un largo paseo.

Caliente, al oír la palabra mágica, empezó a correr alrededor de Rosa mientras ladraba con fuerza.

—La verdad es que me gustaría subir a los acantilados del oeste —dijo Rosa, alzando la voz para hacerse oír entre aquel alboroto—. Todavía no he estado allí arriba.

—Es toda una caminata.

—No tienes prisa, ¿verdad?

—No, la verdad es que no.

—¡Perfecto!

Rosa soltó a Caliente la correa. Entonces, se acordó de una cosa.

—Ya sé lo que quería preguntarte: ¿sabes si hubo en el pueblo una cabina telefónica?

—Pues, pensándolo bien, alguien habló de ello hace unos meses en la radio local. Dijo que hacía de centro de comunicaciones del pueblo después de la guerra, cuando poca gente tenía teléfono propio. Según parece, estaba cerca del primer puesto de helados, en ese extremo de la playa —dijo Joe, señalando—. ¿Por qué lo preguntas?

—Ah, por una cosa que dijo Queenie Cobb. Bueno, ¿por dónde se va al camino de los acantilados del oeste?

La marcha hasta lo alto de los acantilados era deliciosa bajo el sol. Joe cogía a Rosa de la mano para ayudarla cuando había que salvar cercas y en las partes pedregosas; ella tomaba a Caliente en brazos y Suggs saltaba con facilidad; pero el camino estaba despejado en general, y la vista hasta el mar era sencillamente sobrecogedora. Había flores primaverales por todas partes y aves de todas clases que volaban con elegancia; en sus cantos melódicos se traslucía su alegría de vivir en aquel entorno idílico.

Solo cuando hubieron llegado a la parte llana superior llegó a comprender Rosa cómo era la verdadera belleza de la naturaleza. Había estado con Joe en algunas playas magníficas, y él le había acompañado por las orillas de ríos cantarines y por algunos paisajes maravillosos del campo, pero aquella vista no se parecía a nada que hubiera conocido ella en toda su vida.

Contempló el mar hasta muchos kilómetros de distancia y sin poder contener las lágrimas que le asomaban a los ojos. Se imaginaba a Ned y a Queenie acordando sus citas secretas en

aquel lugar. En realidad, se parecía bastante a lo que estaba haciendo ella con Joe en esos momentos.

Joe notó su emoción y le tomó la mano.

—Es casi tan hermoso como tú —le dijo con suavidad, y después la besó delicadamente en los labios.

—Aquí es donde el cielo se junta con el mar, ¿verdad? —susurró Rosa.

—Supongo que eso se puede decir de cualquier horizonte —dijo Joe, sonriendo con aprecio. Rosa sabía lo que era la vida en muchos sentidos, pero era una inocente en otros muchos.

Rosa, consciente de que no todos los horizontes eran tan especiales como aquel, dejó a los perros dormidos apaciblemente junto a Joe, se acercó hasta el borde del acantilado tanto como se atrevió y miró hacia abajo. Las peñas eran escarpadas y se apreciaba claramente la espuma marina que saltaba allí donde las olas azotaban la base pedregosa.

No se imaginaba cómo sería Queenie cuando era joven. Podría pedir fotos a Mary. Y tampoco podía imaginarse el dolor que habrían sentido tanto Ned como Queenie. Tener un amor tan grande debía de consumir todo lo demás. Y poner en peligro no solo la felicidad de una esposa sino la de una mejor amiga le resultaba casi incomprensible. Esperaba que también ella pudiera sentir algún día el poder de un amor de tal magnitud; o quizás no, pues la asustaba un poco la idea de perder el control de sí misma.

Seguía sumida en sus pensamientos, y todavía peligrosamente cerca del borde del acantilado, cuando Joe llegó corriendo a su espalda y la asió rápidamente entre sus brazos y la hizo volverse.

—Hora de la siesta, diría yo.

—¿Es que solo piensas en eso?

—Cuando estoy contigo, sí. ¿Algún problema?

CAPÍTULO 47

Joe había recibido una llamada urgente y había tenido que ponerse en camino con el coche inmediatamente desde el aparcamiento de la playa, dejando que Rosa subiera la cuesta a pie con Caliente. Rosa fue directamente al Co-op para ver a Mary.

—Hola, Rosa. ¿Estás bien, querida?

—Sí, hoy he dejado a Titch a cargo de la tienda. Solo voy a hacer unos recados y cerraré después, cuando vuelva.

—¿Sigues buscando una tele? —le preguntó Mary.

—Sí. He estado muy ocupada, es increíble que no me haya puesto con ello aún. Y puede ser de segunda mano; la verdad es que no necesito ningún aparato de capricho.

—Eso está bien, porque he dejado tu anuncio. Esta mañana lo ha visto una señora y me ha dicho que no le funciona el teléfono y por eso me ha dado solo la dirección. Está en Polhampton. Dijo que si podías pasarte mañana por la tarde, a eso de las siete, le vendría bien, porque ya habría terminado de preparar la merienda de sus chicos. ¿Qué te parece?

—Estupendo. Gracias, Mary. Cerraré la tienda y cogeré el último autobús. Desde allí podré volverme con el televisor en un taxi. ¿Te dijo cuánto pedía?

—Ah, eso se me olvidó preguntárselo —dijo Mary con cara de consternación.

—¿Y te ha dado un nombre?

Mary se llevó la mano a la cabeza.

—No te preocupes —se apresuró a decir Rosa, y le dio el paquete de golosinas para gato que le había llevado para Merlín—.

Ya tienes demasiadas cosas de que ocuparte. Y gracias, es muy amable por tu parte.

—Antes de que te marches, querida, ¿recuerdas que me dijiste que si necesitaba cualquier cosa te lo dijera?

—¿Sí? —dijo Rosa, echando una mirada al exterior para cerciorarse de que Caliente, que estaba atado fuera, se estuviera comportando bien.

—¿Te importaría pasarte, el domingo quizá, para ayudarme a preparar bultos con la ropa de la abuelita, para que se la lleven los de la tienda benéfica? No sé si sería capaz de hacerlo yo sola.

—Claro que sí.

—Te haré rosbif.

—Entonces, ya no hay más que hablar —dijo Rosa, riendo—. Ya te contaré cómo me va con lo de la tele.

Pero cuando Rosa se hubo marchado y Mary se quedó sola, la sonrisa de esta se desvaneció y ocupó su lugar una expresión de inquietud. Queenie le habría dicho que hiciera eso mismo... ¿O no?

CAPÍTULO 48

Rosa se bajó del autobús y se dejó guiar por Google Maps hasta la dirección que le había dado Mary. Resultó ser una casa hermosa y de construcción reciente en una urbanización moderna. Le abrió la puerta una mujer bonita, de unos treinta y cinco años, con larga coleta rubia. Se oía ladrar a un perro en una habitación, más al fondo.

—Lo siento. Esto es hoy un manicomio, se lo puedo asegurar —dijo la mujer, frotándose con la mano izquierda el bulto de un embarazo bien visible—. Tengo que dar de comer a unos mellizos de cinco años, y pronto llegará del instituto un adolescente hambriento. Pero, perdone, estoy divagando. ¿Qué deseaba?

—Es por el televisor que vende. Me dio su dirección la señora que trabaja en el Co-op de la bahía de Cockleberry. Me dijo que no le funcionaba el teléfono; si no, la habría llamado antes de venir, claro está.

La mujer parecía desconcertada.

—Lo siento, pero no sé de qué me habla. Quizá lo sepa mi marido. Puedo llamarle si quiere. Hoy está muy ocupado porque es la fecha de cierre de edición, pero quizá atienda al teléfono.

—No, no, en serio... Debe de ser un error. Ha debido de darme mal la dirección. Siento mucho haberla molestado.

De pronto, el perro que ladraba llegó corriendo hasta la puerta.

—¡Suggs! Vete —exclamó la mujer.

Rosa no sabía si llorar o vomitar. Mientras sentía que le subía la bilis desde el estómago, vio de pronto la imagen de Queenie Cobb.

«A veces es mejor no decir nada». El gran danés se adelantó aprisa y se puso a lamer la mano de Rosa.

—Huy, le cae bien —dijo la mujer, que parecía sorprendida.

Rosa profirió un ruido a mitad de camino entre un chillido y un sí.

—Con todos los paseos que se le dan, debería estar cansado.

—Bueno, tengo que irme —dijo Rosa, sin saber siquiera cómo había conseguido recuperar una voz normal—. Y... esto..., ¿para cuándo espera el niño?

—Todavía me faltan un par de meses. Joe, que es mi marido, está muy ilusionado, porque va a ser nuestra primera niña.

Rosa sintió que el corazón se le caía hasta las rodillas.

—Seguro que lo está —dijo—. Vale, buena suerte, y le pido perdón de nuevo por haberla molestado.

Cuando acababa de marcharse, temblorosa, se detuvo ante la puerta del jardín un ciclomotor. El adolescente con granos que lo llevaba se quitó el casco negro y plateado, sacó el teléfono y, marchando por el camino de entrada de la casa sin mirar por donde iba, dio un leve empujón a Rosa al pasar.

CAPÍTULO 49

Al no poder contar con Josh ni con Titch en aquellos momentos de aflicción, Rosa recurrió a su viejo amigo Jack Daniel's. No se había sentido tan traicionada en toda su vida. Había confiado en Joe; se había prendado de él, francamente; le había contado cosas que no habría contado a nadie más en circunstancias normales. Y ¿para qué?

Saltaba a la vista que Joe estaba felizmente casado y esperaba una niña. Y, además, también tenía un hijo adolescente..., de modo que, evidentemente, también le había mentado acerca de su edad. ¡Qué cabrón tan completo y absoluto! ¡Y qué tonta tan completa y absoluta había sido ella!

Y, por otra parte, ¿cuál era la probabilidad de que ella hubiera aparecido en su casa? No tenía idea de cómo había sido capaz de controlarse delante de su mujer. En un caso como este, la venganza era un plato que se servía frío, y a Joe Fox le iba a tocar una ración bien grande.

A Rosa la sorprendía que nadie de Cockleberry le hubiera desvelado que él tenía mujer e hijos. Pero también era verdad que nadie de allí sabía que se había estado viendo con él. Había estado tan obsesionada por él, él le había lavado el cerebro de tal manera diciéndole que no se lo dijera a nadie, que ni siquiera se lo había contado a Titch.

Pero ¿por qué? ¿Por qué había tenido que venirle Joe con tantas mentiras? Podría haberle dicho que tenía hijos, y a ella no le habría importado; pero todos aquellos cuentos de que su mujer había tenido una relación extramatrimonial y de que él ya no vivía con

ella..., aquello era una proyección absoluta de sí mismo, eso es lo que era. ¡El infiel era él! Rosa se estremeció. Pobre mujer.

Tomó el edredón de repuesto, se envolvió en él y se tendió en el sofá. Como Caliente no estaba acostumbrado a oír sollozar a su ama, se puso a correr de un lado a otro, ladrando; después, al no obtener respuesta, escaló el sofá y se metió bajo el edredón, acurrucándose en su regazo.

Rosa se había incorporado para servirse otro vaso cuando advirtió que parpadeaba la pantalla de su móvil, al que había quitado el sonido. Era Mary. Rosa suspiró. Mary no la llamaba nunca, pero eso era antes de que hubiera perdido a Queenie; y era verdad que Rosa le había dicho que se pusiera en contacto con ella siempre que le hiciera falta.

Saludó a Mary con un «hola» estropajoso.

—Rosa, querida, estaba dando una vuelta a la manzana con Merlín y he visto que te has dejado encendidas las luces de la tienda. ¿Está todo bien?

—Ay, gracias, Mary. Iré a apagarlas —dijo Rosa con voz vacilante, y sorbió con fuerza.

—¿Estás segura de que estás bien?

El sorbido se fue convirtiendo en un gran sollozo.

—No, no estoy bien —dijo, llorando.

—¿Por qué no vienes y te tomas una taza de té bien caliente, cariño?

—No, gracias. Estoy mejor sola.

—Venga. Acabo de echar otro leño a la lumbre.

—No, no quiero salir del piso.

Rosa se vio de pronto otra vez con doce años, cuando sus padres de acogida le dijeron que, aunque la querían de todo corazón, no tenían fuerzas para soportar sus rabietas constantes, lo que quería decir que tendría que volverse al asilo.

—Vale, entonces voy yo a verte.

A Mary la salió a recibir a la puerta principal una muchacha de cara roja e hinchada.

—No entiendo lo que me dices, Mary —le dijo Rosa—. Las luces de la tienda no estaban encendidas.

—Ah. Habría jurado que lo estaban.

—¿Quieres beber algo? —le ofreció Rosa cuando llegaron a la cocina de arriba—. ¿Un Jack Daniel's? ¿Vino? ¿Cerveza? —Se tambaleaba—. Ah, no bebes, ¿verdad? ¿Por qué no bebes, Mary?

Mary puso firme su gruesa figura y se dirigió a la tetera.

—Creo que las dos vamos a tomar té.

—Yo no quiero té.

—Pues, entonces, siéntate mientras yo me preparo uno.

Mary entregó a Rosa un vaso de agua grande y se sentó en el sofá de enfrente.

—Puedes contarme lo que te pasa si quieres, cariño.

—No puedo.

—Pues entonces no puedo ayudarte.

El Jack Daniel's había llegado al nivel subconsciente de Rosa, y entonces dejó de tener freno la salida de sus demonios, que flotaron sobre un torrente de insultos.

—¿Qué te hace creer que tú podrías ayudarme, Mary? Para mí que ni siquiera has sabido lo que es tener un novio, viviendo aquí metida con tu abuela vieja en tu guarida de brujas.

—No deberías beber cuando estás triste, Rosa.

—Pareces una condenada asistente social. No debería hacer muchas cosas, Mary, pero las he hecho y las hago. Alguien me dijo una vez que no me fiara de nadie que no bebiera, ¿sabes?

—¿Eso te dijeron? —Mary cerró los ojos un momento—. A juzgar por ese pequeño arrebató, supongo que esto tiene que ver con un novio, ¿no? De modo que, ya que estoy aquí, bien podrías contármelo.

Rosa agitó el cuerpo hacia delante y hacia atrás y soltó por fin un enorme sollozo.

—Fui a ver el televisor que vendían en Polhampton —dijo, pasándose las manos por el cabello—. Y..., bueno, no había ningún televisor..., pero sí había una esposa.

La palabra «esposa» le salió como un susurro.

Mary fue a sentarse junto a Rosa y la tomó de la mano mientras ella aullaba:

—Me dijo que se estaban separando, pero la mujer está embarazada, de modo que no es posible, ¿verdad?

—¿Se lo has preguntado a él?

—Claro que no.

—Entonces, dame tu teléfono.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No le llames esta noche, Rosa, cuando no estás en tus cabales. Venga —insistió Mary, tendiéndole la mano—. Déjame que te lo guarde, solo por esta noche.

—¡No! —exclamó Rosa, metiéndose las manos con furia entre los rizos alborotados—. Quiero llamarle, pero en parte no quiero saber la verdad, porque, cuando salga a la luz, sé que no podré verle más, y eso me duele. Me duele mucho. —Empezó a sollozar de nuevo—. ¿Por qué me abandona todo el mundo, Mary?

Mary, tragándose sus propias emociones, tomó torpemente a Rosa entre sus brazos y se puso a acunarla suavemente. Rosa estaba demasiado alterada para resistirse.

—¿Crees que puede tratarse de un gran error, Mary? ¿No puede ser su mujer la mentirosa?

Mary siguió acunándola con movimiento rítmico.

—Escucha estas palabras, joven Rosa. Tu alegría es tu pena desenmascarada. Cuanto más hondo se grabe la pena en tu ser, más alegría podrás contener. En verdad que estás suspendida como una balanza entre tu pena y tu alegría. Solo cuando estás vacía te encuentras en reposo y en equilibrio.

—¿Eso es una especie de hechizo?

—No, Rosa. Son palabras de un hombre llamado Kahlil Gibran, de un libro suyo titulado *El profeta*. Sé que has tenido una vida dura, querida, pero ahora tienes sitio para mucha alegría. La gente, los hombres..., irán y vendrán; pero tú anímate con los buenos, porque,

aunque ahora mismo no te lo parezca, ahí fuera hay buenas personas. Solo tienes que dejarlas entrar.

—Un poco como Caliente, supongo. Lo maltrataban; pero ahora mira cómo está —dijo Rosa, y sorbió con fuerza.

—Exactamente. Todo el amor que le has dado se le nota. De modo que no te pierdas tú el amor por miedo al abandono. Prométemelo, Rosa.

La muchacha se soltó de los brazos de Mary y se quedó sentada. Le había venido una cosa a la cabeza.

—¡Has sido tú! Me mandaste a la casa equivocada a propósito, ¿verdad, Mary?

Mary se puso de pie.

—No, mi niña. Te mandé a la casa adonde tenías que ir.

CAPÍTULO 50

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —preguntó Titch, que estaba revolviendo la ropa de Rosa, buscando tops holgados que pudieran venirle bien a ella.

—La verdad es que no lo sé.

—Me extraña que no se lo soltaras todo a su mujer sin más. Pero ella no tiene la culpa de estar casada con un capullo, ¿verdad?

—No, pobre tía. A mí también me extraña. Y luego me emborraché... Ni siquiera le llamé por teléfono ni hice nada, de hecho.

—¿Se ha puesto en contacto contigo hoy?

—Sí; un mensaje de texto como los que me manda todos los días. Dice: «¿Cómo está mi tendera favorita esta mañana?».

—Dios, Rosa. No sé cómo no has saltado contra él como una loca.

—Yo tampoco lo sé. A lo mejor es que estoy madurando; o a lo mejor es que no estoy acostumbrada a que me engañen. Nunca solía llevar las relaciones tan lejos.

—Tenemos que pensar algo. Algo bueno para arreglarlo —dijo Titch, y sacó del armario un vestido blusón azul—. Huy, este es bonito.

—No quiero arreglarme con él —dijo Rosa tajantemente.

—No quería decir eso, tonta. Lo que quiero decir es que tenemos que desquitarnos de él. ¿Cómo se atreve a tratarte así ese gilipollas? Pero no te preocupes. No se irá de rositas. Yo le haré pagar lo que ha hecho.

—Pero ¿cómo?

—No lo sé todavía, Rose; pero tú aparenta normalidad de momento. Dile que estás demasiado ocupada para verte con él, y así tendremos tiempo para trazar un plan. Y ¿me prestas este vestido, por favor? Será ideal para ocultar la tripa.

—Sí, sí, llévatelo —dijo Rosa, agitando la mano.

—¿Se lo has contado a tu Josh?

—Tengo que llamarle; esta mañana me dejó un mensaje. Me parece increíble no estar más alterada. Supongo que es como si no quisiera creerme que es verdad.

—¿Sabía Josh que te estabas viendo con él?

—Esto... Sí, se lo dije. Siento no habértelo dicho a ti, Titch.

—No importa. Yo ya sabía que te veías con él, en todo caso. Ya conozco el aspecto de una persona que tiene sexo con regularidad, vaya que sí.

Rosa se rio.

—Hemos cambiado los papeles. Ahora resulta que tú eres la pura y casta.

—Tal como tengo la vejiga de momento, tengo que estar así por necesidad. Si alguien se me pusiera a menos de dos dedos del chichi, vomitaría o me mearía encima.

—Qué bonito —dijo Rosa, y empezó a hacerse la cama—. ¿Sabes que hasta el propio Lucas Hannafore me dijo que Joe era mal tipo... ¡Y mira quién lo fue a decir! Entre ellos se conocen.

—Hablando de Luquitas, ¿tienes noticias de él?

—Ninguna desde que Josh lo echó a patadas, gracias al cielo. — Rosa soltó un suspiro—. No sé lo que me pasa últimamente —dijo—. Con lo espabilada que he sido siempre...

—Tu corazón; eso es lo que te pasa.

—Sí, sí, tienes razón. Es eso de la relación de pareja. Está claro que no se me da bien. Bajé la guardia; y no volveré a hacerlo.

—Bien dicho. Mi madre dice siempre: «Déjate guiar por tu corazón, pero no te dejes en casa el cerebro». Y dice otra cosa, hablando de los hombres: «Hay que procurar que tengan el

estómago lleno y los huevos vacíos», pero eso no es tan poético, ¿verdad?

—Tiene mucha razón.

—Sí, pero está claro que yo no he atendido a ninguno de sus consejos. —Las dos se rieron—. Bueno, Rose, tengo que coger el próximo autobús a Polhampton, porque hoy me toca limpiar allí. Pero me necesitarás aquí mañana, ¿no?

—Sí, por favor. Y, Titch...

—¿Qué?

—No digas nada a nadie de lo de Joe, ¿vale?

Titch se plantó ante Rosa con los brazos en jarras.

—¿Cuándo vas a tener confianza en mí, Rose? Me duele que no confíes en mí. Ya sé que tengo pocos años, pero velo por ti, igual que tú velas por mí.

—Me resulta difícil confiar, ya lo sabes —dijo Rosa, apartando la vista.

—Hum. Sin comentarios —dijo Titch, y sonrió.

—Vale, vale. Me rindo. Lo siento. Confié en el zorro traicionero. Ahora, vamos, tengo que abrir la tienda.

Bajaron al local, dejando a Caliente en el piso de arriba.

—Solo tienes que confiar en la gente adecuada ¿eh? —Rosa asintió con la cabeza, y Titch siguió diciendo—: Y no dejes de pensar en que vamos a vengarnos de ese hijo de perra; todavía no sé bien cómo, pero lo haremos. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Rosa se retiró a la cocina del fondo para poner agua a hervir, y a los pocos momentos rompió a llorar.

Josh la llamó cuando se estaba sonando la nariz.

—Rosalar, ¿cómo marcha todo?

—Marcha bien —dijo ella, sorbiendo sonoramente.

—Ay, bonita, ¿qué te pasa? No estarás llorando, ¿verdad?

—Ya sabes que yo solo lloro cuando pelo cebollas. Estoy un poco resfriada, nada más.

—Ay. Bueno, no trabajes demasiado. ¿Cómo van las ventas, por cierto?

—No podrían ir mejor. Los collares de fantasía para perro se venden como rosquillas, y las baratijas para los niños han sido muy buena idea. La gente me hace pedidos de comida para perros por adelantado, por correo electrónico, de modo que en ese sentido las cosas van de maravilla.

—¿Cómo está tu chico querido?

—Ah —dijo Rosa, e hizo una pausa—. Está bien —añadió por fin con voz inexpresiva.

—¿Estás segura?

Rosa sintió una agitación interior; no estaba preparada para un «ya te lo advertí» por parte de Josh.

—Sí, Josh, estoy segura. ¿Cómo está la Bella Lucy?

—Ella también está bien.

—Bien. —Rosa hizo un esfuerzo—. Tendrás que traerla un día a la gran bahía para que la conozca.

—Esto... Puede ser. Para ser sincero, prefiero ir yo solo. Podremos reírnos un poco, sobre todo teniendo en cuenta que pronto hará el calor suficiente para ir a la playa. ¿Cómo está Caliente? ¿Se ha recuperado del todo?

—Sí, tan expresivo como siempre. Está perfectamente. —En aquel momento ladró el pequeño perro salchicha—. Ahí lo tienes, te está saludando.

—Ay, lo echo de menos..., y, bromas aparte, a ti también. Pero ahora que tienes pareja y tal..., bueno, supongo que míster Gaceta es tu hombre número uno, y que nosotros los de la capital tenemos que pasar a un segundo plano.

—No, Josh. Mi hombre número uno tiene cuatro patas y cola.

—¡Menos bromas! Bueno, tengo que volver al trabajo. Por cierto, ¿qué vas a hacer en tu cumpleaños?

Rosa cayó en la cuenta de que ya no iba a tener lugar su fin de semana picante. Dios, ¿qué cuento tendría que contar Joe a su pobre esposa para poder pasar una noche fuera de casa? Y ¡qué

tonta había sido ella para no darse cuenta de que Joe no se había quedado nunca por la noche en todas las seis semanas que había estado con él!

—Pues da la casualidad de que no tengo nada planeado; ¿por qué no te vienes entonces? Este año cae en el fin de semana de Semana Santa; tendré que trabajar parte del tiempo, pero tú podrás ayudarme si te apetece. Será divertido. Y... si quieres traerte a Lucy, estoy segura de que Jacob y Raff os darán habitación; o podéis alojaros en mi casa, aunque supongo que a ella no le apetece.

—Hum, esta tiene gustos de cinco estrellas. Puede que ni siquiera le guste la Nasa de Langostas.

A Rosa le pasaron por la mente las palabras «tía pija».

—Como tú quieras, Josh. Avísame.

CAPÍTULO 51

Rosa miró el teléfono que sonaba sobre la encimera de la cocina. Llevaba dos días sin responder a los mensajes de texto de Joe, y la vieja fórmula del «tratarlo con severidad para tenerlo interesado» empezaba a dar todos sus frutos. Era la tercera vez que la llamaba aquella mañana. Armándose de valor, tomó el aparato y respondió a la llamada.

—Joe.

—Ah, ¿estás viva, entonces? Ya te imaginaba con los pies asomando entre cajas de comida para perro que se te habían caído encima.

—Pues no has venido a buscarme; podía seguir allí tendida, y Caliente ya empezaría a comerme los dedos de los pies a modo de salchichas.

—¡Ja! Ay, te he echado de menos, chica sexy. ¿Cómo te va?

—Estoy bien, solo que he estado ultraocupada. He recibido una nueva línea de correas, y también he estado preparando un anuncio para publicarlo en la *Gaceta*, precisamente.

—Bueno, ¿y qué te parece si te lo publico gratis, por ser tú?

—Sería muy amable por tu parte, y un poco raro. He oído decir que nunca haces favores en ese periódico condenado.

—Por ti haría cualquier cosa, Rosa. Había pensado pasarme más tarde, ¿te parece bien? Tengo unas flores para ti que llevan dos días en mi coche.

Rosa se tragó un «sí, claro». Dijo en su lugar:

—Cualquiera pensaría que tiene usted la conciencia poco limpia, señor Fox. ¿Anuncios gratis? ¿Flores?

Joe chascó la lengua.

—No seas tonta. Te he echado de menos, eso es todo. Y la que no contestabas al teléfono eras tú.

—He estado ocupada liándome con todos los chicos de la bahía, ya me conoces. —Rosa tenía a estas alturas una expresión de esas de «si las miradas mataran»—. Mira, Joe, hoy no te puedo ver. Estoy apurada de verdad, y había prometido a Jacob hacerle un par de turnos esta semana, porque su hermana y Brad están fuera.

—Bueno, ¿entonces puedo pasarme por allí y verte en algún momento?

—No es buena idea. Estaré en la cocina, ayudando a Raff. Te llamaré, te lo prometo.

—Esto me huele a que no quieres verme —dijo Joe, aparentemente desanimado.

—Si te huelo a algo es porque estoy muy ocupada... ¿Lo pillas?

—Llegarás lejos —reconoció Joe.

—Nos vemos, Joe —dijo ella. Y cuando se hubo cortado la conversación, añadió: «Y tú llegarás al infierno».

CAPÍTULO 52

Josh, sentado ante su escritorio, buscó en Google «la Tienda de la Esquina, bahía de Cockleberry». Estaba muy orgulloso de Rosa. Aunque había sido una persona que no tenía el menor amor propio ni pensaba dónde se dirigía, había dado un giro total a su vida. La persona que había confiado en ella y le había legado la tienda debía de saber lo que se hacía. No solo la había animado, sino que le había otorgado una alegría de vivir y un enfoque en su vida. Jacob también era un buen tipo; había creado aquel sito web para ella y con ella; era sencillo, casero, pero había quedado precioso, y era estupendo que Rosa ya estuviera anunciando allí la posibilidad de hacer pedidos por teléfono y por correo electrónico.

Había pensado preguntar a Rosa si tenía alguna indicación más de quién le había legado la tienda, pues estaba seguro de que en la rumorología de Cockleberry debían de saber algo. También quería ponerse al día sobre el asunto del atropello con fuga, que suponía que ya habría quedado cerrado. Todo señalaba a Lucas; tenía que haber sido él.

Josh estaba algo preocupado, porque Rosa le había parecido un poco decaída por teléfono. Se preguntaba si algo le iría mal. Pero si las cosas no le marchaban bien con su chico, se lo habría dicho, sin duda. Puede que lo único que estuviera echando en falta fuera ver una cara conocida. Le daría una sorpresa. Iría a verla el fin de semana de su cumpleaños. Últimamente había estado pasando mucho más tiempo con Lucy, y sabía que a esta no le gustaría mucho que le dijera que iba a ver a Rosa, sobre todo en Semana

Santa. Pero podría decirle que iba a ir con Carlton a algo relacionado con el rugby. Sí, eso haría. Ella lo comprendería.

Tomó el teléfono para llamar a Jacob. Encargaría una comida especial de cumpleaños para Rosa en la Nasa de Langostas, invitando también a Jacob y a Raff. Les pediría que prepararan una tarta. Que fuera un cumpleaños memorable.

CAPÍTULO 53

Mary abrió la puerta de la casa de la Espuma Marina y a Rosa le llegó el aroma delicioso a asado de la cena que se estaba preparando.

—Hola. Pasa, pasa.

Cuando Merlín vio que llegaba una visita, soltó un chillido y voló entre las piernas de Rosa, casi haciéndole perder el equilibrio en su intento de huir. Mary se dirigió a la cocina con su contoneo habitual y echó una rápida ojeada al horno.

—Gracias por venir, Rosa. Espero que no tardemos demasiado en ordenar las cosas de la abuelita; pero..., bueno, la verdad es que no me apetecía hacerlo yo sola.

—No importa, Mary; me alegro de poder ayudarte.

—¿Cómo te encuentras después de lo de la otra noche?

—Un poco mejor, creo.

—¿Has hablado con él?

—Sí, pero solo para que dejara de llamarme constantemente y para decirle que estoy muy ocupada y no puedo verle de momento. Titch y yo estamos trazando un plan para que reciba su merecido.

—Ah —dijo Mary. Abrió un armario y sacó la salsa de carne en gránulos—. ¿Estás segura de que eso es lo que debes hacer?

—Seguramente no lo sea, pero ¿por qué se va a salir con la suya ese mierdecilla?

—Bueno —dijo Mary, mirando su reloj de pulsera—, tenemos tres cuartos de hora para ordenar algunas cosas antes de que meta los púdines de Yorkshire en el horno.

El dormitorio de Queenie Cobb era exactamente tal y como se lo había imaginado Rosa. Oscuro, con atrapasueños y cristales naturales en todos los espacios disponibles. Pero no había polvo; estaba claro que Mary era estricta en cuestiones de limpieza. En la antigua cama de caoba, tipo trineo, había una colcha magnífica; era de color azul marino y estaba cubierta de estrellas y lunas blancas.

Cuando Rosa la vio, se quedó impresionada.

—¡Me encanta esa colcha, caray!

—Pues quédatela.

—¿Estás segura? ¿No la querrás tú?

—Ya tengo otra. Quiero dejar este cuarto limpio y despejado ya. Hasta voy a vender la cama. Solo quiero tener aquí la mecedora grande, para sentarme a leer. En esa cocina condenada hay demasiada corriente, aunque se encienda la lumbre.

Las dos mujeres no tardaron en preparar dos montones de ropa, una para la tienda benéfica y otra para el contenedor de basura. Manejaban las prendas con respeto.

—Del resto, de los zapatos y demás complementos, me puedo ocupar yo, querida; pero te agradezco mucho tu ayuda. Me alegro de que a la abuelita la cremaran con su vestido largo de terciopelo amatista y el chal con margaritas, que eran sus favoritos.

Mary tosió y se quedó algo falta de aliento. Sacó un inhalador del bolsillo de su delantal.

—No sabía que usaras inhalador.

—Sí, cariño. Hoy no estoy respirando nada bien. La verdad es que me parece que la marcha de la abuelita no me ha sentado bien.

Rosa notó que se asomaban lágrimas a los ojos de Mary.

—Te quería, Mary. Yo lo notaba, a pesar de sus modales bruscos.

—También me guardaba un resentimiento, Rosa. Es que nunca, jamás llegó a superar la muerte de María.

—¿María?

—Mi madre. La abuelita me puso mi nombre por ella. Mi madre era muy guapa, Rosa. Murió con solo veinte años. Y murió al

tenerme a mí, ¿sabes? Perdió tanta sangre que no pudieron hacer nada por salvarla.

—¡Ay, Dios mío, qué triste! ¿De modo que María era la hija de Ned y de Queenie, en realidad?

Mary, agitada, empezó a doblar la colcha.

—No puedo hablar de ello, Rosa. Ya sé que la abuelita no está aquí, pero si hablara se enfadaría mucho.

En aquel momento, la luz de la mesilla de noche se encendió y se volvió a apagar.

—¿Has visto eso? —exclamó Rosa, dando un paso atrás.

—Sí —dijo Mary, y soltó una risita—. Ya sabía yo que no tardaría. Es ella, seguro.

—¿Es que crees en los fantasmas entonces, Mary?

—Creo en el poder del espíritu, Rosa. No tengas miedo jamás. Es una cosa mágica.

—Es estupendo pensar que todos podemos volver para molestar a los que nos han hecho daño y para consolar a los que hemos querido. A mí me gustaría volver en forma de perro, pero solo si pudiera tener una dueña como yo —dijo Rosa alegremente.

La risita de Mary se convirtió en una nueva tos. Apoyó una mano en Rosa como para sostenerse.

—Y yo, en forma de gato —dijo—. Aunque espero que no tan alterado mentalmente como Merlín.

—Quisiera hacerte una pregunta más. Será la última de momento, te lo prometo.

Mary apoyó las manos en las caderas y se irguió para tomar algo más de aire.

—Dime.

—Después de leer todas esas cartas, tengo que saber qué fue de Dotty.

La actitud de Mary cambió de pronto.

—Basta de preguntas, Rosa —dijo. Sacó el inhalador y tomó otra gran bocanada—. Por respeto a la memoria de Queenie, no hagas más preguntas, te lo suplico. —Ahora tenía la cara marcada por el

dolor—. Debo volver a ocuparme de la cena. Te llamaré cuando esté lista.

Hizo una breve pausa; después, entre jadeos y resoplidos, pareció que cambiaba de opinión. Extrajo una carta del bolsillo de su delantal y dijo con voz ronca:

—He encontrado esto. Me habían dicho que tuvo un accidente.

Contuvo un sollozo y empezó a bajar las viejas escaleras empinadas con toda la prisa que le permitía su complexión gruesa.

A mi Ned:

Cuando leas esta carta, estaré en nuestro lugar..., ya sabes, allí donde el cielo se junta con el mar. Suelo preguntarme si la llevabas allí también a ella. Al menos, tendré una vista maravillosa cuando salte.

¿Me habías creído de verdad tan ciega como para que no viera lo que había entre T y tú? ¿Y se pensaba ella de verdad que los dos nos creeríamos su historia de que el niño que lleva dentro no es tuyo?

Rosa se llevó la mano a la boca.

Te quiero, Ned. Eres un buen hombre y has sido un marido perfecto, pero mi tormento interior de no haber podido darte lo que tanto necesitas es como un ruido de fondo que tengo dentro de la cabeza y que no se me quita nunca.

Adiós, Ned, y que seas feliz con tu nueva pequeña familia.

Tuya para siempre, Dorotea.

Rosa estaba paralizada. El lugar donde ella se había asomado al borde de los acantilados del oeste podría haber sido el punto mismo desde donde se había despeñado Dotty. Pobre mujer. Y pobre Mary. Hasta sentía lástima por Ned y por Queenie. Qué final tan horrible para todos los que habían tenido tanto amor a Dotty, a pesar del triángulo amoroso trágico.

De modo que Ned había sido desde siempre el abuelo de Mary. Mary había vivido casi enfrente de él, y ni siquiera lo había sabido. No era de extrañar que estuviera como estaba. Pero Queenie sí lo sabía; ¿por qué no se lo había dicho a su pobre nieta? Mary no había tenido en su vida a una madre (ni tampoco a un padre, que Rosa supiera), y no había recibido ninguna influencia masculina en su vida.

Mientras Rosa bajaba despacio las escaleras para cenar el asado con Mary, iba pensando para sus adentros en cómo había muerto Queenie Cobb, con tantos secretos y con todavía más preguntas sin respuesta. Y la mayor de todas, en esos momentos, era quién había legado a Rosa la Tienda de la Esquina de la bahía de Cockleberry. ¿Y por qué? ¿Por qué?

CAPÍTULO 54

—**R**ose, ven en seguida; es la moto que atropelló a Caliente, estoy segura. Mira: tiene colgado un casco negro y plateado.

Rosa salió por la puerta de entrada de la tienda y vio la moto, que estaba estacionada en la calle, un poco más arriba. De pronto, cayo en la cuenta de una cosa. Abrió la boca para decir a Titch que entrara, pero era demasiado tarde.

—¡Eh..., tú!

Rosa se quedó parada ante la puerta con ademán de temor, mientras su valiente amiga seguía con su arremetida.

—¿Tienes por costumbre hacer daño a pobres animales inocentes y largarte, ¿verdad?

Rosa, horrorizada, dejó caer la bolsa de monedas de una libra que llevaba en la mano, y tuvo que salir a perseguirlas mientras rodaban cuesta abajo.

El adolescente se fijó en ella.

—Ah, eres tú —dijo con desdén.

—¿Cómo dices?

El parecido del muchacho con Joe despertó de pronto la ira de Rosa. Se disponía a decir algo más sobre Caliente, pero el chico habló primero.

—No te acerques a mi padre, perra, o ese chucho tuyo se va a llevar algo más que una patada la próxima vez.

Dicho esto, se puso el casco sobre los largos bucles revueltos, puso en marcha la moto y salió velozmente cuesta arriba.

Titch hizo sentar a Rosa en la cocina de atrás y le preparó una taza de té bien cargado.

—Ya sé que te has llevado una impresión. Está claro que te habrá visto con Joe en alguna parte, pero estoy segura de que no sabe nada con seguridad.

—Eso ni siquiera me importa. Es que me parece increíble que un ser humano quiera hacer daño a mi Caliente.

—De tal palo, tal astilla, ¿no dicen eso? —dijo Titch mientras guardaba la leche—. La verdad es que me alegro de que Joe Fox vaya a seguir casado. Puedes encontrar a alguien mucho mejor que a un mequetrefe como ese.

—Estoy de acuerdo. Pero, después de lo que ha pasado, me he dado cuenta de que tengo que verlo temblar. ¿Sabes qué, Titch? Se me acaba de ocurrir el modo exacto de conseguirlo.

Joe esbozó una gran sonrisa cuando Rosa se acercó a él en el aparcamiento. Apagó la radio de su Jeep y bajó para recibirla con un fuerte beso en los labios.

—Cuánto tiempo sin verte, y estás estupenda, sexy, caliente... Hablando de Caliente, ¿dónde está?

—Me van a entrevistar en la radio, Joe. Era mejor dejarlo en casa, ¿no te parece?

Rosa tuvo que poner en juego todas sus fuerzas para contenerse y no soltarle allí mismo lo que pensaba de él.

—Y gracias por incluirme a mí también como representante de la *Gaceta* —dijo Joe, muy ufano—. Me impresionó bastante que consiguieras la entrevista tú sola.

—Es la energía femenina y todo eso, Joe. Soy muy capaz de coger un teléfono. Y sabía que al bueno de Barry Savage se le haría la boca agua de pensar que yo iba a desvelar quién fue el benefactor misterioso de la Tienda de la Esquina.

—¡Guau! ¿Por qué no me lo habías dicho, Rosa? ¡Podría haber tenido la exclusiva para la *Gaceta* antes de que saliera en directo por la radio!

Rosa respondió a Joe encogiéndose de hombros mientras aparecía, como en la ocasión anterior, la mujer de gafas y bien arreglada, con su carpeta. La siguieron hasta el estudio; por el camino, Rosa no respondía a las preguntas de Joe sobre quién le había legado la tienda.

En los altavoces que rodeaban el estudio sonó con fuerza la sintonía: «Radio Acantilados del Sur, dos cuatro ocho a dos cuatro nueve FM, con Barry Savage».

Rosa temblaba por dentro cuando se sentó ante el pomposo locutor, que llevaba el mismo traje de tres piezas que le sentaba tan mal de la otra vez. Barry indicó a ambos con un gesto que se pusieran los auriculares y, dedicándoles una amplia sonrisa falsa, con la que se parecía al señor Sapo haciendo «puf, puf» en su automóvil, se dispuso a entrar en directo.

—Bienvenidos a mi sección de los invitados de los sábados, donde esta mañana tenemos no a una, sino a dos personas maravillosas que van a hablar con nosotros. Un gran saludo de nuevo a Rosa Larkin, propietaria de la Tienda de la Esquina de la bahía de Cockleberry.

—Eh... Hola, qué tal —dijo Rosa, y tomó un trago de agua para aliviarse la sequedad de la boca.

—Bienvenida, Rosa, y bienvenido también el favorito de las amas de casa, Joe Fox, redactor jefe de la sin igual *Gaceta de los Acantilados del Sur*.

Barry hizo un guiño a Joe. Rosa sintió náuseas; puede que también él tuviera sus aventuras por ahí.

—Entonces, Rosa, ¿cómo va todo?

—Va estupendo, Barry, gracias. Parece que la gente de por aquí es aficionada a vestir a sus perros con abrigos y tutús de diseño.

—Qué londinense es eso —dijo Barry, soltando una risotada.

—Ahora que va mejorando el tiempo empezamos a recibir muchos visitantes de fuera, de modo que sí, los que se pasan por la tienda son una mezcla de turistas y de gente de aquí.

—Para los que estaban escuchando el programa antes, se cuenta que a Rosa le dejó la tienda un benefactor misterioso. ¿Sabes algo más acerca de quién pudo ser?

—La verdad es que sí, Barry. —Barry hizo la seña de levantar el pulgar—. Pero hoy he venido a hablar a tus encantadores oyentes de mi servicio de pedidos. Los alimentos para mascotas húmedos y secos Dogalot han tenido tanto éxito que, si la gente me quiere hacer pedidos por correo electrónico, puedo tener preparados sus productos para el día siguiente. Y así salimos ganando todos, mis clientes y yo, pues ellos tienen un servicio rápido y yo no tengo que tener tantas existencias de producto.

—Estupendo, estupendo. Muchas gracias, Rosa. Y ahora, hablando de...

Rosa le interrumpió.

—La dirección de *e-mail* se puede encontrar directamente en mi página web, que tu productora me aseguró que pondría en vuestro sitio web al final de este programa.

—Gracias, sí, fabuloso, sí, y pasemos a Joe. Queridos oyentes, hemos tenido la idea de conocer el día a día en la vida del redactor jefe de un semanario. Sus misterios, sus intereses. ¿Cómo es capaz de ocuparse de su familia, teniendo tanta carga de trabajo? Pero, antes, vamos a oír una canción. Vamos a disfrutar de *Paper Roses*, cantada por la sin igual Marie Osmond.

Barry se quitó los auriculares y dijo a Rosa:

—Me gusta lo que has hecho, generando suspense sobre la identidad del benefactor. Vamos a hacer la gran revelación al final, tal como acordamos.

—Ah, sí, habrá una gran revelación, Barry, te lo puedo asegurar.

—Entonces, ¿quién es? —le preguntó Joe sin poder contenerse—. Supongo que ya nos lo puedes decir.

—Tendrás que esperar —dijo Rosa, y tomó un trago de su vaso de agua.

—Me está encantando la idea de esta entrevista. Buen trabajo, Rosa. ¿Estás preparado para entrar a continuación, Joe?

—Sí, está preparado —dijo Rosa, sonriendo y apretando la mano de Joe.

Joe puso cara interrogante, pero no dijo nada, pues no quería quedar en mal lugar delante de Barry Savage.

—Fabuloso. Por cierto, jovencita, las preguntas que me has sugerido son estupendas. ¿No te interesaría dedicarte a esto del periodismo a ti también?

Joe clavó un dedo en el muslo izquierdo de Rosa, haciéndola revolverse y soltar un leve chillido. La productora dirigió a los dos una mirada furiosa.

—Así sonaba *Paper Roses*; ahora, vamos a hablar con un redactor jefe de un semanario. De modo que, Joe Fox, bienvenido a Radio Acantilados del Sur Hoy.

—Hola, qué tal. Gracias por recibirme.

Joe estaba visiblemente incómodo e inquieto, para deleite de Rosa.

—De modo que dinos: ¿cuánto tiempo llevas trabajando para la *Gaceta*, Joe, y qué cualidades debe tener, para ti, un buen periodista y redactor?

—Ya llevo allí cinco años, por mis pecados —dijo, riendo—. Bueno, a los que están empezando les diría: escribid, escribid y escribid más. Cuanto más puláis el oficio, mejores seréis.

—Pero ¿cómo te las arreglas para sacar a alguien una noticia buena? —le preguntó Barry, que releía la lista de preguntas y asentía con la cabeza.

—Creo que es..., hum..., una combinación de empatía y de conocer bien previamente los hechos disponibles.

—Bien, bien —dijo Barry Savage, asintiendo con aire de sabiduría—. Y, naturalmente, cuando se trata de un tema polémico, debes saber cubrir el punto de vista de las dos partes, ¿no es verdad?

—Sí, sí, claro.

—Pero por aquí no hay muchos temas así, supongo...

—Algunos. El atropello con fuga de Navidad todavía despierta interés.

—Ah sí, feo asunto. Entonces, ¿qué rumores corren por la calle sobre eso, por así decirlo? —dijo Barry, riéndose de su torpe intento de juego de palabras.

—A decir verdad, si no aparecen pronto nuevas informaciones, creo que el caso quedará abierto.

—Un caso abierto. ¿Sabrán nuestros oyentes lo que es eso?

—Ah, perdón; se llama caso abierto a una investigación criminal no resuelta, que queda abierta hasta que se descubran nuevos indicios. De hecho, debo informar de algo nuevo al respecto.

—Cuéntanos, Joe; nos interesa a todos.

—La *Gaceta* ofrece una recompensa a toda nueva información sobre lo sucedido aquella noche.

—Así se habla, Joe. ¿De cuánto?

—No lo puedo desvelar todavía, pero os daré un número de teléfono para que lo publiquéis en vuestro sitio web.

Joe estaba improvisando sobre la marcha. Pero, en vista de que las cifras de ventas de la *Gaceta* estaban cayendo últimamente, sabía que aquello despertaría interés, sobre todo si ofrecía una recompensa lo bastante elevada.

—¡Genial! —dijo Barry, animado—. De modo que atención todos: si sabéis algo, por poco que sea, llamad por teléfono a la *Gaceta*. Muy bueno, Joe. Ahora, hablemos un poco de ti. Recapitulando. ¿Qué clase de persona crees que tiene que ser un buen reportero?

A Rosa le vinieron a la mente las palabras «un embustero gilipollas total».

—Entregado, trabajador, buen investigador, con capacidad para pensar de manera creativa.

—Sí, todo eso, Joe, y ¿tienes que trabajar muchas horas?

—Sí, tengo unos horarios de locura.

—Mi informadora me dice que no solo tienes un gran danés y tres hijos, sino que tienes una niña en camino. ¿Cómo te las arreglas para dedicarles tiempo también a todos ellos?

Rosa, al ver que el rostro de Joe perdía el color, intervino con una voz tan tranquila como la marea de primavera.

—Caray, Joe, sí, ¿de dónde sacas el tiempo para todo eso? Si a mí me cuesta encontrar tiempo solo para mi perro Caliente, ahora que hay tanto movimiento en la tienda.

Joe cerró los ojos un momento, los volvió a abrir e inspiró hondo.

Barry marcó con los labios las palabras «¿estás bien?», mientras Joe hacía el gesto de «corten» pasándose la mano por la garganta.

—Y ha llegado la hora de hablar del tráfico y de viajes con Yvonne Greggs. Sigán a la escucha para enterarse de cómo Joe consigue sacar tiempo para todo, con tantas obligaciones familiares como tiene.

Joe se quitó los auriculares.

—Lo siento mucho, Barry. Me encuentro mal de pronto. Debo de haber cogido ese virus que corre por ahí. Voy a tener que marcharme.

Y, dicho esto, salió del estudio a toda prisa.

Rosa también se despojó de los auriculares y dijo con tono de inquietud:

—Será mejor que vaya a ver si está bien.

—Vale, vale, no os preocupéis. Pero volved pronto los dos —gritó Barry mientras Rosa salía persiguiendo a Joe. Solo entonces recordó que no le habían explicado aún el misterioso legado de la Tienda de la Esquina de la bahía de Cockleberry.

Joe llegó apresuradamente a su Jeep, subió al vehículo y puso en marcha el motor. Rosa lo seguía a buen paso y saltó al asiento del pasajero.

Joe tomó un largo trago de una botella de agua. Le temblaban las manos.

—Me parece increíble lo que me acabas de hacer —dijo con rabia.

Rosa se quedó boquiabierta de asombro.

—¿Que te parece increíble lo que te acabo de hacer? Ay, siento haberte puesto en un aprieto, Joe.

—Escúchame, Rosa: te lo puedo explicar.

—Sí que puedes —replicó Rosa. La ira ya se le apreciaba claramente en la voz—. Me lo puedes explicar ahora mismo.

—Vale, vale. Tengo mujer, como sabes.

—Sí, tienes mujer, un hijo adolescente desagradable, unos gemelos de cinco años, un perro y otra niña en camino —dijo Rosa—. «Ay, Rosa, pobre de mí —siguió diciendo, parodiando la voz de Joe—, mi esposa me engaña y la voy a dejar. Ay, Rosa, no tengo hijos». Eres un jodido mentiroso, Joseph Fox.

—¿Cómo sabes todas estas cosas de mí?

—Cómo me he enterado no te importa Joe, pero ahora quiero saber la verdad. Yo ya he dejado de sufrir por ti, pero tengo que oírlo de tu boca para poder dejarte atrás y seguir con mi vida.

—De acuerdo, de acuerdo. Me ha sido infiel y no quiero estar con ella. Ni siquiera nos llevamos bien. No solemos hablarnos. Si seguimos juntos es por la niña que espera ella. Ni siquiera sé si es mía.

En aquel momento sonó el teléfono de Joe en el dispositivo de manos libres del Jeep, y Rosa vio aparecer en la pantalla las palabras «mi mujercita».

—Responde —dijo Rosa apretando los dientes—. ¡Responde ahora mismo!

—No.

Joe también estaba enfadado ya. Se dispuso a cortar la llamada, pero Rosa se apoderó de su teléfono y pulsó el botón de respuesta.

Reconoció la voz de Becca, a la que había conocido la otra noche.

—Querido, soy yo. Te estaba escuchando por la radio. ¿Te encuentras bien? Ya te dije que no te tomaras con el desayuno uno de los bollos de crema que quedaron de anoche, pero no me quisiste hacer caso. ¿Vienes hacia casa?

—Sí, sí. No puedo hablar. Estoy hecho una mierda; nos vemos pronto.

—Te quiero. Y no te olvides de...

Joe cortó la llamada.

Rosa intentaba no llorar. Empezó a rodarle una lágrima solitaria sobre la pequeña cicatriz.

—Sí que parece que no os lleváis nada bien, ¿eh?

—Lo siento mucho, Rosa —dijo Joe, e hizo ademán de limpiarle la lágrima con un dedo.

—¡No me toques! Lo tuyo es increíble. Te has aprovechado de mí. —Empezaba a fallarle la voz—. Y... y... y yo te quería.

Saltó del Jeep y se puso a andar a buen paso hacia la parada del autobús.

Joe la siguió despacio en el coche y le dijo:

—Te puedo llevar.

—No quiero nada de ti nunca más.

—¿Se lo vas a contar a mi mujer?

Rosa se detuvo.

—¿Quién te has creído que soy, so asqueroso? No quiero pasar vergüenza, y se puede quedar contigo si quiere. Pero lo que sí te diré es que tu hijo mayor sabe algo de lo nuestro, pues fue él el que hizo daño a Caliente... aposta, o eso me dijo. El de la moto aquella noche era él. Y es un mal bicho, por cierto. Sale al padre. De tal palo, tal astilla.

—¡Dios, no! —exclamó Joe, llevándose una mano a la frente.

—Dios, sí. Pero estoy seguro de que se te ocurrirá alguna mentira que contarle a él también, ¿eh? Adiós, Joe.

—¿Qué te parece lo de que hable de la tienda en el periódico? Tendremos que vernos para hablar de eso —dijo él, casi balbuciendo.

—No tengo claro qué parte de «adiós, Joe» no has entendido —dijo Rosa, y siguió caminando con la cabeza bien alta.

CAPÍTULO 55

Rosa, que estaba ante el supermercado Co-op llevando a Caliente con su correa, se asomó por la puerta. Le sorprendió no ver a Mary en la caja, pues solía trabajar allí los viernes por la tarde. Pero vio luz en la casa de la Espuma Marina, de modo que pensó que se pasaría a visitarla más tarde para asegurarse de que estaba bien.

Saltaba a la vista que a la pobre Mary la había afectado mucho enterarse de que Dotty se había quitado la vida, además de la muerte dramática de Queenie. Rosa había procurado dejarla en paz desde la última vez que se habían visto, dándole tiempo para pensar en todo aquello y para que empezara a asimilar el golpe de su pérdida y de los últimos descubrimientos. Como Rosa no se consideraba capaz de abstenerse de acosarla con más preguntas, prefería mantenerse a distancia. Ya volvería a hablar con Mary cuando se hubieran calmado un poco las cosas. Pero en vista de que Mary no había conocido todos los hechos relacionados con Ned y Dotty, quizá no fuera capaz de aclarárselos a ella, en todo caso.

Cuando abrió la puerta de la Nasa de Langostas, Jacob acudió junto a ella a toda prisa y le dio un enorme abrazo.

—Feliz cumpleaños, princesa Rosa —dijo, e hizo una pirueta.

—Gracias, pero ¿cómo lo has sabido?

—El posadero tiene el deber de saberlo todo —respondió Jacob. Se inclinó para acariciar a Caliente por debajo de la barbilla arrugada—. Supongo que quieres subir a ver a tus amiguitos, ¿verdad? —dijo al perrito.

Caliente se puso a ladrar y a corretear alrededor de los dos. Raffaele salió de detrás de la barra.

—*Ciao*, Rosa —le dijo, y la besó en ambas mejillas—. Tengo entendido que es tu cumpleaños.

—Tienes entendido bien —dijo Rosa, sonriendo alegremente.

—Espera, voy a llevármelo arriba con Pongo y con Feo.

Tomó a Caliente en sus brazos musculosos y se lo llevó hasta el fondo del bar. Cuando regresó, al cabo de un breve rato, entregó a Rosa un regalo hermosamente envuelto.

—Feliz cumpleaños, *bella*.

—Ay, qué detalle tan bonito.

Alyson descorchó una botella de champán en la barra.

—Salud.

Todos hicieron un brindis por Rosa con copas del vino espumoso.

—Veintiséis, ¿eh? —dijo Jacob con un suspiro.

—Y no me han besado nunca —añadió Rosa, sonriente.

—Más de diez hombres a la vez, querrás decir. ¡Qué guarrilla!

—Eso solo te lo consiento a ti, Jacob..., y puede que a Josh —repuso ella alegremente.

La deprimía un poco hablar de Josh; había confiado en que pudiera venir, pero cuando habló con él la semana pasada, le había dicho que había tenido que cambiar sus planes. Rosa pensó que sería seguramente por la Bella Lucy y por ser Semana Santa, y no le había hecho mas preguntas.

—Vale, tengo que abrir este regalo, no aguanto más.

Rosa rompió el papel de regalo rosado con estrellitas relucientes y descubrió un hermoso abrigo de cuadros escoceses para Caliente y un hermoso jersey largo para ella, de color verde vivo con una huella de perrito blanca.

—Pensé que no te gustaría de Barbour; demasiado cursi para los dos —le dijo Jacob, y Raffa asintió con la cabeza.

—Exactamente, pero ¿cómo te las has arreglado para colarte en la tienda y comprar esto para Caliente sin que yo me enterara?

—Está claro que Titch ya va aprendiendo a guardar los secretos —dijo Jacob, volviendo a llenar las copas—. Antes le dijimos si quería quedarse a tomar una copa de champán, pero dijo que

estaba agotada después de su turno y que quizá se pasaría un poco más tarde.

—Me encanta el jersey, caray. Muchas gracias —dijo Rosa, levantándolo sobre su cuerpo—. Y ya me imagino a Caliente bajando a la playa, tan contento, con su trajecito.

—Me encantó el vestido de caniches que te pusiste para la inauguración, y cuando me pasé por Londres la semana pasada y vi esto en una *boutique*, supe que estaba hecho para ti.

—Hace juego con tus ojos —añadió Raffaele. Leyó un mensaje de texto que había recibido en su teléfono y guiñó un ojo a Jacob disimuladamente.

—Vale, ¿estáis preparados para comer? —dijo Jacob, y los acompañó a la zona de restaurante e hizo sentar a Rosa dando la espalda al bar. Habían puesto en su silla un globo rosa de cumpleaños.

Mientras todos se sentaban, Alyson subió la música e hizo sonar el *Happy Birthday* de Altered Images.

Rosa, absorta en la conversación, se llevó una gran sorpresa cuando alguien le puso las manos sobre los ojos y la besó en la oreja derecha.

Cuando oyó la palabra «Rosalar», soltó un gritito de placer y se levantó de un salto.

—¿Josh? ¡Ay, Dios mío! Qué gusto de verte..., sapo mentiroso.

—No podía faltar a tu cumpleaños, ¿verdad?

Jacob y Raffaele se levantaron y le dieron la mano. Raffa hizo una seña a Alyson para que sirviera una cerveza a Josh.

—¿Estás solo? —le preguntó Rosa, inquieta de pronto.

—Esta noche, sí. Tuve que negociar un poco. Recogeré a Lucy mañana en la estación de Polhampton.

—Estupendo. Te tengo para mí sola, y después puedo conocer a la tipa nueva.

—¿Has reservado habitación en alguna parte para mañana por la noche? —le preguntó Jacob.

—No, había pensado que nos alojásemos aquí, si tenéis sitio.

—Ay, Josh, estamos en Semana Santa; estamos al completo —le dijo Jacob—. Puedo llamar al Barco si quieres.

—Gracias, Jacob. No quiero ser grosero, pero la verdad es que antes preferiría dormir en la playa.

—¿No habrá algo en el hotel Streatham, allá en vuestro pueblo? —preguntó Rosa a Jacob y a Raffaele.

Raffa torció el gesto y negó con la cabeza.

Rosa se encogió de hombros.

—Entonces, tu chica tendrá que pasar la noche como pueda. Quedaos los dos con mi cama; yo dormiré en el despacho.

—Tú dame esa cerveza, y ya me preocuparé del tema mañana —dijo Josh, y se bebió de un trago una tercera parte de la pinta de *lager*—. Ahora me alegro de poder relajarme... ¡Maldito tráfico de los viernes!

Después, preguntó como sin darle importancia:

—¿Esta noche no está tu chico querido, entonces?

Vio los gestos de horror en los rostros de sus anfitriones. Rosa ya les había contado a ambos toda la triste historia.

—¿Qué pasa? ¿Qué he dicho?

—Es un mentiroso hijo de perra. No quiero hablar de ello hoy.

—Ay —dijo Josh, y apretó la mano de Rosa—. Olvídate de él.

Alzó la copa de champán que le acababa de entregar Jacob.

—Propongo un brindis: por Rosa, por ser la mejor tendera de la bahía de Cockleberry y una muchacha de primera en todos los sentidos.

Rosa sintió esa sensación de hormigueo que ya empezaba a resultarle habitual desde que se había ido a vivir allí.

—Por Rosa —repitieron Jacob y Raffa.

—La verdad es que tu presencia nos alegra a todos y te agradecemos mucho que nos ayudases cuando me lesioné el pie —le dijo Jacob después de beber y de chascar los labios.

Josh sonrió.

—Hay que ver, todos los chicos quieren a la Rosalar.

—A quien quieren es a Caliente, en realidad.

—Ay, Dios mío, me había olvidado de nuestro pequeño Caliente. ¿Dónde está el pequeño, y cómo se encuentra?

—Ya está recuperado del todo gracias al cielo. Está arriba, con los doguillos. —Rosa no se atrevió a contar todavía a Josh que había sido el hijo de Joe quien había hecho daño a Caliente, teniendo en cuenta, sobre todo, la reacción que había tenido contra Lucas Hannafore—. Subiré a recogerlo cuando nos marchemos. Ahora hay demasiado movimiento por aquí, montaría un caos.

Al cabo de dos horas muy felices, después de una ronda general de abrazos y de adioses, Rosa y Josh salieron camino de la tienda, cogidos del brazo y llevando a Caliente con su correa.

—Qué tarde más encantadora... Gracias por haberla organizado. Y la tarta que han hecho los chicos... Estaba deliciosa, caray —dijo Rosa, soltando un suspiro.

—Sí, yo también lo he pasado muy bien. Ahí tienes unos buenos amigos.

Rosa advirtió que la casa de la Espuma Marina ya estaba completamente a oscuras.

—Porras.

—¿Qué pasa?

—Quería pasarme a ver a Mary, porque no estaba en su trabajo. Desde la muerte de Queenie he procurado enterarme de cómo sigue.

—Supongo que en la casa de las brujas de Cockleberry tiene muchos espíritus que le hacen compañía.

—Ay, no te metas con ella, pobrecilla. Ned tenía sus secretos... Tengo muchas cosas que contarte, aunque todavía no sé nada de quién me ha dejado esta tienda, ni de por qué.

Entraron por la puerta trasera para no hacer sonar la campanilla de la entrada principal. Cuando Rosa se dispuso a sacar su llavero con una estrella de mar, tuvo hipo.

—Gracias a Dios que no le dimos al tequila; yo ya estoy borracha.

—Podemos darle ahora —dijo Josh. Rosa se tambaleó y Josh la sostuvo—. ¡Eh, tigre! ¡Mierda!

—¿Qué pasa?

—Tienes que poner una luz de seguridad delante de esta puerta trasera, Rosa. Acabo de darme un golpe con la punta del pie contra algo.

Josh iluminó el suelo con la linterna de su teléfono móvil y vio que Caliente estaba olisqueando una bolsa de basura negra.

—¿Qué es?

—Vamos a entrar, primero, y a encender algo de luz.

Después de cerrar la puerta con llave para cerrar el paso al frío de la noche de primavera, Rosa extrajo de la bolsa una caja blanca alargada que tenía pegado un lacito verde. Era pesada.

Cuando levantaron la tapa, con bastante precaución, los dos soltaron un «oh» enorme. Pues desde dentro de la caja los miraba una escultura de bronce que representaba a Caliente a tamaño natural. De la oreja izquierda le colgaba una bolsita de regalo. Rosa la tomó y la abrió con curiosidad. En su interior había una cajita cuadrada verde, como de un anillo. Rosa dirigió una mirada interrogadora a Josh.

—¡No es mía! —dijo él.

El anillo de diamantes y zafiros, engastados en oro blanco, era la joya más hermosa que había visto Rosa en toda su vida. Los diamantes eran tan relucientes que enviaban rayos de luz por toda la habitación. En el fondo de la cajita había una nota arrugada.

—Vámos, léela ya —le instó Josh.

—Ay, Dios mío.

—¿De qué se trata, Rosa.

—Esto es demasiado espeluznante. Escucha. —Rosa se puso a leer la nota, que estaba escrita con mayúsculas—. «No desconfíes de este regalo, pues te elevará el corazón. Yo estaré siempre a tu lado por mucho que suba la marea. Feliz cumpleaños, rosa querida».

—¿Nada más?

—No te das cuenta, Josh. Son prácticamente las mismas frases de la carta que recibí con la documentación de la tienda. Lo que quiere decir —añadió, emocionada—, que quien me ha dejado este local seguramente no haya muerto, porque no podía conocer la existencia de Caliente, ¿no? Esto me da dolor de cabeza, Josh; no soy capaz de entenderlo.

—Yo estoy demasiado borracho para reflexionar sobre tu benefactor misterioso esta noche —dijo Josh con sinceridad. Bostezó—. Venga, vamos a subir; y no pierdas ese anillo, seguramente es de Tiffany o de algún sitio así.

—Será mejor que no se lo enseñes a Lucy, o se le antojará otro igual de grande.

Josh siguió a Rosa hasta el piso de arriba llevando en la mano la pesada escultura.

—No me voy a casar con ella, Rosa —dijo.

Rosa profirió un ruidito raro.

—Pero ya lleváis unos cuantos meses, ¿no? Y viene a tener tu edad, ¿verdad? Pronto le vendrán las ganas de tener hijos y querrá que le pongas el anillo; espera y lo verás. —dijo Rosa. Agitó en el aire el dedo anular y se puso a dar pasos de baile al estilo de Beyoncé.

—Ay, calla, Rosalar, y sírveme un trago, buena moza. Yo también tengo que sacar tu regalo de mi coche.

Pensando en si les merecía la pena el esfuerzo de bajar por el regalo de cumpleaños de Rosa, se sentaron en la terraza al aire libre con mantas sobre las piernas, con la agradable compañía de Caliente a la luz de la luna y con sendos vasos de Jack Daniel's con Coca Cola en las manos. El suave rumor del mar generaba un ambiente tranquilo y mágico.

—Hay que ver, estamos como un matrimonio de toda la vida —dijo Rosa. Sacó la mano y la puso dentro de la de Josh.

Josh se la apretó.

—Siento lo de Joe —dijo.

—Yo no lo siento. Es una buena lección, me ha enseñado a no bajar la guardia. Dicen que el amor es ciego. Me parece increíble haber sido tan estúpida.

—¿Estabas enamorada de él?

—Esas son palabras mayores... No lo sé, Josh —dijo, mirándolo fijamente—. Pero lo que sí sé es que siento algo cuando estoy con...

—¡Déjame, joder! —dijo una voz femenina. El grito se oyó claramente en el aire tranquilo de la noche—. Lo digo en serio.

Después sonó una voz de hombre:

—¿De verdad eres tan cutre que me venderías por una birria de recompensa de mil libras? Y tú también estabas allí, no lo olvides.

—Es la única cosa por la que te puedo mandar a la cárcel, eso ya lo sé.

—No eres más que una sucia zorra.

Entonces sonó un golpe sordo y los pasos de un hombre que corría cuesta abajo, por la parte de atrás de la tienda. La muchacha sollozaba con fuerza.

Josh se levantó de un salto. Caliente se puso a ladrar con furia.

—Voy a bajar.

Josh pasó sobre la puertecita de la terraza, bajó de dos saltos la escalera de caracol y salió por la puerta trasera, donde se encontró a Titch, que temblaba recostada sobre su coche. Le corría sangre por la cara, tenía el vestido rasgado y una rozadura en la rodilla derecha.

Josh la tomó en brazos, la llevó hasta el piso de arriba y la tendió con suavidad sobre el sofá. Al advertir el bultito de su embarazo puso rostro de consternación.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién te ha hecho esto? —la interrogó Rosa.

Titch levantó la vista.

—Estoy muy cansada —dijo. Y se quedó dormida sin más.

—No podemos dejarla así, llena de sangre —dijo Rosa, preocupada.

—Está agotada la pobrecilla —dijo Josh. Le echó dos mantas encima y la arropó, cubriendo de paso a Caliente. El perrito se había instalado junto a ella y la vigilaba—. Ya la arreglaremos mañana. Ahora vive con su madre, ¿verdad?

Rosa asintió con la cabeza, y Josh siguió diciendo:

—¿Crees que debemos mandar un mensaje de texto a su madre para que sepa que Titch está aquí?

—¿Cómo se te ocurren estas cosas, hasta cuando estás borracho? Qué encantador eres, Joshua Smith —dijo Rosa, y apoyó en el pecho de Josh la cabeza que le daba vueltas—. La voz del hombre me sonaba, pero no caigo en quién era.

—Vamos, Rosalar, ha llegado la hora de que se acuesten las chicas cumpleañeras. Todo nos parecerá más claro mañana por la mañana.

Rosa, que arrastraba las piernas como una niña, gimió:

—Llévame a la cama.

Josh se rio.

—A veces eres como una niña pequeña.

—Nunca lo he sido.

Rosa fue al dormitorio por su pie, se despojó de la ropa interior y se metió en la cama. Dio unas palmaditas en la almohada, a su lado.

—Ven conmigo esta noche, Josh. Me hace falta algo de cariño. Te he echado de menos.

—De acuerdo —dijo Josh, sonriente—, pero sin propasarse. Las manitas, quietas.

—Ah, sí, se me olvidaba. Ahora eres un hombre casado.

—No me vengas con eso —dijo Josh en broma, y la sujetó inmovilizándola, levantándole los brazos por encima de la cabeza.

—Has dicho que sin propasarse —dijo Rosa, que, retorciéndose, rozó los labios de Josh con los suyos por casualidad. Josh no necesitó más invitación; clavando sus labios en los de ella y metiéndole la lengua con firmeza, de pronto se estaban besando como si se fuera a acabar el mundo.

—Más abajo —jadeó Josh, empujando suavemente la cabeza de Rosa bajo las sábanas hacia su pene, ya muy endurecido.

—Hoy la homenajeadada soy yo, caray —protestó Rosa, provocando las carcajadas de los dos—. Y no. Lucy va a venir mañana; y después de lo que he pasado, me he dado cuenta de que Rosa Larkin es demasiado grande para ser segundo plato.

Josh se sentó en la cama, hizo un aplauso lento y exclamó:

—¡Por fin! —Y, sin que se lo pensara más, le salieron de la boca las palabras—: Te quiero, maldita sea, Rosa Larkin.

En aquel momento entró Caliente a toda velocidad y consiguió saltar a la cama sobre los dos, haciendo que se hundieran de risa.

—Cuando no es el uno, es el otro —dijo Rosa entre risitas, y se puso a acariciar a su fiel perro—. Ahora vete a tu propia cama, señor Salchicha; y, Josh, abrázame, y a dormir, grandullón lleno de rugby y de amor.

CAPÍTULO 56

Titch se despertó con el ruido de alguien que llamaba a la puerta de la terraza de arriba. Desorientada y resintiéndose del dolor de su rodilla lesionada, se llevó la mano a la cara y palpó la sangre seca que tenía en la mejilla, que ahora le dolía mucho.

Consiguió bajar del sofá, penosamente y con los ojos entrecerrados; estuvo a punto de tropezarse con Caliente, que había acudido aprisa a enterarse de lo que pasaba y estaba ladrando; y quitó el pestillo de la puerta de la terraza. Casi se cayó de espaldas al encontrarse ante una chica alta que llevaba unos vaqueros elegantes, un jersey rojo de pico y un plumas negro. Le caían por la espalda los rizos rubios como si acabara de salir de una peluquería elegante de Mayfair.

—Hola, soy Lucy —dijo la desconocida—. ¿No puedes hacer callar a ese perro? Feliz cumpleaños con retraso, y..., mierda, ¿qué te ha pasado en la cara? Y ¿dónde se ha metido Josh?

Antes de que Titch hubiera tenido tiempo de abrir la boca para responderle, Lucy ya se había puesto a recorrer el piso. Inspeccionó el dormitorio vacío y la cocina y entró por fin en el dormitorio de Rosa, sin llamar. Cuando descubrió a la pareja dormida, se quedó inmóvil un momento, haciéndose cargo de la escena, y acto seguido les retiró las sábanas y arrojó al rostro de Josh un vaso de agua de la mesilla de noche.

—¿Qué coño...? —exclamó Josh, incorporándose de golpe. Pero cuando vio a Lucy soltó un gemido e intentó darle explicaciones—. Ay, Dios, Lucy, esto no es lo que parece ni mucho menos, te lo prometo.

Rosa, que tenía demasiada resaca como para preocuparse por un ataque de celos de otra mujer, le tendió su mano.

—Hola, Lucy. Josh tiene razón, la verdad es que acabamos durmiendo aquí porque Titch, mi amiga —dijo, señalando hacia el cuarto de estar—, tenía que quedarse. De lo contrario, Josh habría dormido en el sofá.

—De modo que Rosa eres tú. Ya me lo figuraba.

Josh se puso los vaqueros rápidamente y fue a abrazar a Lucy.

—¡No me toques!

—¿Qué es lo que ya te figurabas, Lucy? No seas ridícula. Rosa y yo somos amigos. Sí, estoy de acuerdo en que esto queda bastante mal, pero verás que los dos llevamos puesta la ropa interior. Es como una hermana para mí. Y, en todo caso, ¿qué haces tú aquí?

—Vine anoche; tenía la sensación de que no me podía fiar de ti.

En ese momento entró en el dormitorio Titch, cojeando.

—Lucy, no follan —dijo con voz cansada—; de modo que ¿por qué no nos tomamos todos tranquilamente un té? Después tengo que volverme a mi casa.

—Josh, nos marchamos ahora mismo —dijo Lucy, echándose el cabello hacia atrás con dramatismo—. Y si te atreves a decir lo contrario, entonces...

Rosa se puso la bata y, mientras se dirigía a poner agua a hervir para el té, dijo:

—¿Entonces qué? La verdad es que estás sacando las cosas de quicio.

—Quizá no te parezca que estoy sacando las cosas de quicio cuando te diga..., cuando te diga que... ¡estoy embarazada!

—¡Toma! —dijo Titch entre dientes mientras a Rosa se le caía de entre los dedos un platillo, que se hizo mil pedazos en el suelo de la cocina.

CAPÍTULO 57

—¿Qué está pasando? —dijo Rosa, mientras se sentaba en el sofá con la taza de té bien aferrada entre las dos manos—. Ay, qué mal me encuentro.

Titch había acudido al rescate; había recogido los fragmentos del platillo y había puesto bacon en el *grill*.

—Se han marchado los dos —dijo.

—Me parece increíble que esté embarazada —suspiró Rosa—. Y tampoco sé qué opina él; ahora tendrá que casarse con ella.

—Ay, Rosa. Todavía podréis ser amigos.

—No será lo mismo. Creo que le quiero, Titch. Pero, por otra parte, no siento lo que dicen que se siente con el amor —dijo Rosa, y tomó un trago de té—. Ay, no te lo puedo explicar.

—Mi madre dice que el corazón ve a veces lo que es invisible para los ojos.

—¡Tu madre y sus observaciones!

—Ya lo sé... Son estupendas, ¿verdad? Pero, volviendo a mí por un momento, después de lo de anoche me alegro de seguir estando embarazada. Bueno, creo que me alegro, en todo caso. —Titch puso una mano sobre el bultito de su vientre—. Voy a preparar los sándwiches de bacon, y te lo cuento todo.

Rosa atacó con apetito su sándwich de bacon tostado. Entre bocado y bocado dijo a Titch:

—Si te soy sincera, la verdad es que no recuerdo gran cosa de lo de anoche. Solo que oímos voces de una discusión, y entonces Josh saltó corriendo a rescatarte.

—Es gordo, Rose —dijo Titch con expresión solemne—. Lo que te voy a contar es una cosa gorda.

—No me digas cosas fuertes, Titch. Tengo mucha resaca.

—No me importa; quiero que sepas esto. ¿Sabes que alguien te acusó de que saliste corriendo cuesta abajo, la noche del atropello con fuga?

—Sí.

—Bueno, pues la que corría era yo —dijo Titch, bajando los ojos y con aire avergonzado.

—¡Mierda! Bueno, vale.

—Me parece increíble estar contándote esto. Sé que puedo confiar en ti, pero es una cosa tan terrible..., repugnante. Estoy avergonzada.

Rosa vio que se asomaban las lágrimas a los ojos de la muchacha; se sentó a su lado y la tomó de la mano.

Titch siguió contando, temblorosa:

—Lucas sale de tu casa; está un poco bebido con el Prosecco que se tomó contigo; yo llevo minifalda, él está animado y le gusta lo que ve; a mí siempre me ha gustado él, de modo que nos metemos en su furgoneta y follamos. Todo muy directo, todo bastante propio de una zorra, pero... la cosa se pone peor.

—No te preocupes, sigue —dijo Rosa, apretándole la mano.

—Entonces llega Seb en su furgoneta y se para a mi altura. Debía de habernos visto bajar de la furgoneta de Lucas, supongo; no lo sé. En todo caso, yo me di cuenta de que estaba colocado, puede que un poco bebido también; al fin y al cabo, era Navidad, y por aquí todo el mundo conduce bebido. Y me dice que Sheila Hannafore le ha pagado diez libras para que vaya por la novia de Lucas.

—¿Que vaya por ella en el sentido de recogerla, o de atropellarla? —preguntó Rosa; no hablaba en serio, pero sabía que a Sheila le caía mal Jasmine.

—Mierda, Rosa, ¡no digas eso! Ni siquiera había pensado en ello. De modo que se ofrece a subirme la cuesta hasta la casa de mi

madre. Pero deja atrás la calle de mi madre y empieza a meterme la mano por la falda. Yo me resisto y me lo quito de encima, pero él insiste, insultándome y diciéndome que siempre lo ando buscando. Llegamos a lo alto de la cuesta, junto al taller de reparaciones, y, no sé si lo sabes, pero allí hay un aparcamiento donde puedes dejar el coche y entrar a pasear por el bosque.

—Joder, creo que ya sé lo que me vas a contar.

—Me violó, Rosa. —A Titch ya le rodaban las lágrimas por el rostro—. Me hizo mucho daño. Después, se empeñó en dejarme en mi casa, aunque lo único que quería yo era huir de él; no soportaba verlo. Pero entonces, cuando íbamos bajando la cuesta, vi de pronto a la luz de los faros la cara de esa chica. —Titch se estremeció y se quedó sin habla durante un instante—. Oí un bum enorme, y entonces Seb me dijo que me bajara y echara a correr. Debería haberme quedado a prestar ayuda, pero tenía miedo y estaba alterada. Y él se había largado cuesta abajo a toda velocidad.

—Joder. ¿Debo suponer, entonces, que Sheila Hannafore no sabe que él es el culpable?

—Mi amigo Gully, que trabaja en un sitio de coches de segunda mano en Ulchester, dice que ella le pagó la furgoneta roja nueva que lleva Seb desde hace poco, porque la otra la mandaron al desguace poco después de que descubrieran un trozo de parachoques con pintura blanca. Interpretalo como quieras, pero debe de saberlo.

—Joder.

—Rosa, ¿te importaría decir algo que no sea «joder»?

—Entonces, ¿qué fue lo que pasó anoche?

—Yo iba a dejar correr lo de la violación, sobre todo cuando me enteré de que estaba embarazada; cabe suponer que de Seb, pues con Lucas había usado condón. Lo menos que quería era que mi hijo o hija supiera que era fruto de una cosa tan violenta y tan horrible. ¿Te imaginas?

—Al menos, sabría de dónde había salido, supongo... No como yo.

—Lo siento, Rosa... No pensé...

—No tiene importancia. No me hagas caso; estoy hecha una perra llena de autocompasión. Solo que me altera que te haya pasado esto a ti, Titch.

—Puedo afrontarlo, pero me ha estado comiendo por dentro últimamente, porque pensaba: ¿y si Seb se lo hace a otra, a otra todavía más joven y más vulnerable que yo? Jamás me lo perdonaría. De modo que tomé la decisión de que, si no puedo denunciarlo ya por la violación, pues seguramente ya será tarde, al menos podré hacer que lo detengan por el atropello y fuga.

A Titch le fallaba la voz.

—Dejé un mensaje anónimo en el contestador de la *Gaceta*, pero ¡alguien de allí debió de contárselo a Seb! Lo sé porque me llamó por teléfono anoche, acusándome. Yo lo negué, por supuesto, pero él me repetía que quería hablar conmigo en persona. Estaba tan alborotado que yo no quería que viniera a casa de mamá y montara un escándalo; por eso accedí a verme con él en la parte de atrás de la tienda. Pensé que ahí estaría a salvo y que podría recurrir a ti si me agredía..., como así lo hizo —concluyó, frotándose la rodilla lesionada con expresión llorosa.

—Caray. Titch, deberías habérmelo dicho antes. La verdad es que me parece increíble que quieras tener un hijo suyo. ¿Te habría hecho esto si supiera que estás embarazada?

—No sabe que estoy embarazada... y nunca sabrá que el niño o la niña es suya —dijo la muchacha con firmeza—, aunque salga pelirroja. —Sonrió a pesar de sus lágrimas—. No puedo quitarme de encima a esta almita; ya no, es demasiado tarde. Y ya la quiero. —Sorbió—. Todos tenemos que querer a alguien, Rosa.

A Rosa le dieron ganas de llorar. Se abrazó a Titch con fuerza.

—Sí, tienes razón. Así es.

La muchacha más joven soltó un fuerte suspiro.

—Creo que hay que olvidar de una vez todo esto, igual que los suicidios de Dotty Myers y de mi hermano. ¿Qué fue aquello que dijo Joe por la radio? Casos cerrados, ¿no?

—Entonces, ¿sabías que Dotty se había suicidado? —le preguntó Rosa—. Eso fue hace muchos años.

—Ya sabes cómo es este pueblo. Es como una telenovela, y el reparto somos todos nosotros.

—Entonces, ¿Mary lo sabría? Lo del suicidio de Dotty.

—Habría oído los rumores, desde luego. Al fin y al cabo, su abuela era la mejor amiga de Dotty. ¿Por qué lo preguntas?

—No tiene importancia.

—Bueno, me voy a casa a darme un baño largo. Si se ponen en contacto conmigo de la *Gaceta* o de la policía, diré que no fui yo quien hizo la llamada. En todo caso, llamé desde una cabina, así que no podrán localizarme por mi móvil.

—¡Pero entonces se saldrá con la suya en todo: con haber atropellado a Jasmine; con la violación, que tiene mucha pena, y también con haberte pegado anoche! ¡Tienen que encerrarlo!

A Rosa le hervía la sangre.

—No importa, Rose —dijo Titch, y entonces le tocó a ella consolar a Rosa—. El bumerán siempre vuelve al que lo tira. El karma acabará por alcanzarlo.

—¿Eso lo dice tu madre también?

—Pues sí.

Las dos se rieron, y así soltaron tensión.

—Cuídate, Titch, y, si me necesitas, estoy aquí —le dijo Rosa—. Cuando quieras.

—Lo mismo te digo. Y tú no te estreses mucho por Josh. Ya es mayorcito. Hará lo que tenga que hacer.

Rosa se mordió el labio superior. Si se inquietaba era, precisamente, porque sabía que sería así.

CAPÍTULO 58

Cuando Rosa bajaba las escaleras para ir a abrir la puerta, el repartidor la saludó por la ventana.

—¿Rosa Larkin?

—Sí, soy yo.

—Voy a tener que aparcar un poco más arriba, porque la calle de atrás está bloqueada.

Volvió a los pocos minutos portando una caja plana inmensa, envuelta en papel con figuras de perros salchicha y adornada con un gran lazo rojo.

—¿Es tu cumpleaños, supongo? —dijo el hombre, sonriendo.

—Ha sido hace poco, gracias. ¿Tengo que firmar?

—No, no importa. ¿Podrás con ello? Pesa un poco.

—Sí, gracias, me las arreglaré.

Rosa dejó el paquete en el suelo, cerró en seguida la puerta principal y lo llevó con mucho cuidado al piso superior. Mientras arrancaba el papel de envolver y lo arrojaba al suelo, Caliente correteaba entre los trozos. Rosa descubrió con agrado que era un televisor nuevo y reluciente de alta definición, del tamaño ideal para su cuarto de estar. Rebuscó entre los papeles del suelo, casi esperando encontrar una nota de Joe llena de disculpas, y encontró un sobre rosado que tenía escrito con tinta negra el nombre Rosalar. Ah. Sonrió al abrirlo.

¡¡Cumpleañera!! Con todo el alboroto, me marché en mi coche sin acordarme de darte esto. Vaya lío condenado. Te

llamaré pronto, te lo prometo. Mimos a Caliente. Un azote en el culo a ti. Tu Josh. Bss.

Rosa se llevó la tarjeta al corazón.

—Mi Josh...

Fue a la cocina por un cuchillo para abrir la caja y soltó una maldición, dolorida, pues le había tocado a ella darse con la punta del pie en el perro salchicha de bronce que le había aparecido misteriosamente en la puerta la noche de su cumpleaños.

Con todas las cosas que habían estado pasando, se había olvidado por completo de la hermosa escultura. Corrió al dormitorio, abrió el cajón de la mesilla y sacó el anillo con su nota arrugada. Seguía allí, gracias al cielo. Extendiendo la mano, admiró el rutilar de las piedras, con el anillo bien metido en el dedo anular. Le venía como hecho a la medida. Tomó la nota y leyó en voz alta el texto escrito con letras mayúsculas. «No desconfíes de este regalo, pues te elevará el corazón. Yo estaré siempre a tu lado por mucho que suba la marea. Feliz cumpleaños, Rosa querida».

La tienda había sido de Ned y de Dotty durante tantos años que tenía que existir una relación. Ya iba siendo hora de que Mary Cobb empezara a contar algunos de sus secretos mágicos.

Tendría que dejar para más tarde la instalación del televisor. Cuando Rosa llevaba abajo la caja para dejarla para reciclar, oyó la llave en la puerta principal y, al cabo de un momento, un grito de Titch, que la llamaba, aterrorizada.

—¡Estoy aquí! ¡Estoy aquí! —gritó Rosa a su vez—. ¿Estás bien?

—Yo sí, pero se acaban de llevar a Mary del Co-op en ambulancia; le han puesto una máscara de oxígeno y todo. Con sirenas y luces azules. Me extraña que no hayas oído nada.

Rosa se quedó consternada.

—Titch, ¿estás ocupada? —le preguntó—. ¿Puedes ocuparte de la tienda un rato y vigilar a Caliente?

—Vete, chica. Yo me hago cargo.

Rosa se despidió de Jacob, que la había llevado en coche, y fue directamente al departamento de urgencias del hospital general de Ulchester. La recibió una recepcionista de rostro amable.

—He venido a ver a Mary Cobb —dijo Rosa, nerviosa.

—¿Es usted familiar suyo?

Rosa empezó a divagar.

—Esto... No, solo amiga; pero acaba de perder a su abuela, y tiene un gato que se llama Merlín, y tengo que enterarme de si va a ponerse bien, y de si hay que dar de comer al gato o no, y...

—Bueno. Vale, tranquila, cielo. La señorita Cobb está en reanimación ahora mismo, pero me ocuparé de que alguien te avise en cuanto tengamos noticias. Siéntate, y en el pasillo hay una máquina de café.

—Muchas gracias.

Rosa fue a sentarse. ¿En reanimación? Había visto las series de médicos suficientes para saber que, entonces, la cosa era grave. Como no era capaz de tranquilizarse, salió y llamó por teléfono a Josh. Le saltó el contestador sin que llegara a sonar la llamada siquiera. Puso un mensaje de texto a Titch para decirle que podía tardar un poco, volvió a entrar y se puso a hojear revistas que jamás se habría planteado leer en circunstancias normales. Cuando iba por la mitad de un artículo de la revista *Jardín* sobre cómo cultivar tus propias guindillas, alguien la llamó por su nombre.

Un médico alto y calvo la hizo pasar a una habitación contigua al mostrador de recepción.

—Hola, Rosa. Eres amiga de Mary, ¿verdad?

—Sí, me parece que ella no tiene familia.

—Y bien, la buena noticia es que ya está fuera de peligro.

Mientras Rosa soltaba un suspiro de alivio, el medico le siguió explicando:

—Tiene un trastorno llamado enfermedad pulmonar obstructiva crónica, EPOC, y este ataque ha sido fuerte. Se lo ha desencadenado una infección de las vías respiratorias.

—¿Entonces, es grave? —preguntó Rosa, que no había oído hablar de la EPOC, pero sabía que Mary tosía mucho.

—Puede ponerse grave, como ha pasado hoy. Recomendamos tener a mano fármacos de rescate para los ataques, pero, evidentemente, Mary no los tenía en su casa. Le hemos estabilizado la respiración y le estamos dando esteroides y antibióticos. También le subiremos la dosis del inhalador antes de darle el alta.

—Vale, muchísimas gracias. ¿A qué se debe este trastorno?

—En el caso de Mary, se debe a haber fumado durante años. Esas advertencias tan macabras que salen en los paquetes de cigarrillos tienen su razón de ser, ¿sabes?

Rosa alzó los ojos al cielo.

—Es horrible —dijo.

—Es la realidad. Tendremos que tenerla en observación esta noche, pero podrá volverse a casa mañana. Habrá que cuidarla un poco, si puedes atenderla tú.

—¿La puedo ver ahora?

—No estés mucho tiempo, por favor; está muy cansada y seguirá así algunas horas.

Dieron a Rosa el nombre del pabellón y la guiaron hasta una habitación privada que daba a un pasillo. Mary tenía un gotero por el que le caía un líquido transparente hasta una vía que tenía puesta en la mano, y le estaban dando oxígeno por la nariz. Tenía la cabeza inclinada hacia un lado, y en su sueño profundo le había caído de la boca un leve rastro de saliva. Rosa se puso a su lado y le limpió suavemente la boca con un pañuelo de papel. Después, se sentó junto a ella y le tomó la mano que tenía libre.

Notó que Mary le apretaba la mano un poco y después vio que entreabría los ojos y le miraba el anillo, que Rosa no había tenido tiempo de quitarse del dedo.

—¿Rosa? —dijo, consiguiendo esbozar una leve sonrisa.

—Chist. Tienes que dormir.

—Queenie me estaba llamando, pero no me ha llegado la hora; todavía no, ¿verdad Rosa? —susurró Mary.

Rosa se mordió el labio superior.

—No, Mary, todavía no.

Mary volvió a cerrar los ojos y empezó a respirar más hondo. Rosa le soltó la mano y se puso de pie con cuidado para no molestar a la enferma. Pobre Mary. Ni siquiera era tan mayor, pero parecía que la vida la había envejecido antes de tiempo.

Cuando Rosa salió del hospital, y mientras se juraba a sí misma no volver a tocar un cigarrillo en su vida, y ni siquiera dar una calada a un porro, aspiró una gran bocanada de aire fresco y se dirigió a tomar de nuevo el autobús de vuelta a la bahía de Cockleberry. Salía uno en veinte minutos; podría alcanzarlo con suerte.

Después de que Rosa la hubiera puesto al día desde el autobús con mensajes de texto, Titch la estaba esperando en la cocina de abajo de la Tienda de la Esquina con tazas de té bien calientes y galletas Bourbon.

—Qué buena chica eres —dijo Rosa con un suspiro de agradecimiento—. Gracias por hacerte cargo de todo. ¿Ha habido mucho movimiento?

Titch devoró dos galletas en otros tantos minutos.

—Muy típico mío, que me den antojos de cosas que sientan mal. —Rociando migas de galleta al hablar, añadió—: Ha venido mucha gente por aquí de vacaciones de Semana Santa, y la campanilla de la tienda ha estado sonando sin cesar. Pero preferiría que Caliente no ladrara cada vez. Ah, y... ¡redoble de tambor, por favor! —dijo, sonriente.

Rosa apoyó las manos en el mostrador.

—¿No habrás vendido la corbata de Versace? —dijo con incredulidad—. Pero ¡si estaba a un precio desorbitado!

—¡Sí! Y, para colmo, a mí me parecían feísimas las cabezas de perro que llevaba..., pero algún urbanita se estará paseando por su oficina con ella puesta el lunes que viene.

—¡Qué gracia! Cosas de Jacob: se empeñó en que a alguien le encantaría, y tenía razón. Pero, estupendo, eso puede ir a mi fondo

de ahorro para la lavadora. —Rosa abrió la caja registradora y dio a Titch un billete de veinte libras—. Y esto para el fondo Mini Titch. Te daré tu sueldo normal al final de la semana, pero te agradezco mucho que me hayas cubierto hoy.

—Gracias, Rosa. ¿Estás segura?

Rosa se acordó de todos los jefes horribles que había llegado a tener a lo largo de su azarosa vida laboral.

—Claro que estoy segura. Y hay que ir llenando ese Fondo Mini Titch. Ahora, sube con mamá Whittaker y descansa esas piernecitas.

Cuando Titch ya salía por la puerta, Rosa la llamó de nuevo.

—¿Me puedes hacer un enorme favor para que yo no tenga que volver a salir? —le dijo—. Se me olvidó pedir a Mary una llave de su casa. ¿Puedes llevarte este comedero con croquetas para gato y dejárselo a Merlín ante la puerta trasera de la Espuma Marina? Con eso aguantará hasta mañana.

Cuando hubo salido el último cliente después de una tarde atareada, Rosa cerró la puerta, echó la llave y puso el letrero de «Cerrado». Después, subió las escaleras despacio. Caliente dormía en su propia cama, en la habitación principal. Abrió un ojo y, después de emitir un leve ladrido a modo de saludo, volvió a cerrarlo. Rosa, que se sentía de pronto completamente agotada por los hechos del día, fue a la cocina a servirse una copa de vino.

Intentó llamar a Josh y le sorprendió que le volviera a salir directamente el buzón de voz. Josh ni siquiera le había respondido al mensaje de texto que le había enviado ella dándole las gracias por el televisor y contándole lo de Mary. Aquello no era propio suyo en absoluto. ¿Podía ser que tuviera mucho trabajo en su oficina, o que hubiera puesto el teléfono en silencio para no tener que aguantar la cólera o las hormonas de la Bella Lucy?

Se dejó caer en el sofá con la copa en la mano. Tenía el televisor delante, preparado para hacerle la instalación, pero ni siquiera tenía energía para aquello. Por mucho que lo intentaba, no podía quitarse

de la cabeza la imagen de la pobre Mary tendida en aquella cama de hospital, sola. Las dos tenían en común haber perdido a sus madres, aunque en circunstancias muy distintas; pero allí terminaba la semejanza. No obstante, había algún motivo, que Rosa no era capaz de determinar, por el que apreciaba mucho a Mary Cobb, con todas sus rarezas y con todas sus cosas espirituales.

Al haberse criado sin el amor de una madre, Rosa se había vuelto resistente, independiente y algo espabilada en cierto sentido, pero también se había vuelto temeraria e insegura. Pero aquellas eran las cartas que le habían tocado en suerte. Y ahora, gracias a la herencia milagrosa de la Tienda de la Esquina de la bahía de Cockleberry, y de los regalos que le habían llegado con ella, se le había transformado la vida.

Rosa se juró entonces a sí misma que se enteraría de quién había sido el responsable. Empezaría la investigación en serio en cuanto Mary estuviera mejor.

CAPÍTULO 59

Cuando Rosa se despertó, todavía soñolienta y sin haber descansado, se encontró a Caliente tendido a su lado, con el culo en su cara y haciéndole cosquillas con la cola.

—Oiga, señor Salchicha, no es de extrañar que no duerma.

Su perrito encantador se volvió, le lamió la mejilla y volvió a cerrar los ojos. Rosa pasó unos instantes admirando su cuello arrugado y sus bigotes negros y suaves, mientras inspiraba su aroma celestial de perro y su aliento perruno menos celestial. Después, volvió a mirar su teléfono. Seguía sin haber nada de Josh, pero tenía un mensaje de texto de Mary.

Soy Mary. A Rosa le encantaba su costumbre de empezar siempre así los mensajes. Estoy viva (emoji de la cara sonriente) y una enfermera de Polhampton me trae a casa en su coche. ¡Me había olvidado de Merlín! (emoji de la cara de horror).

Pero yo no (emoji de la cara sonriente), le respondió Rosa al momento.

(Emoji de las alas) Eres un ángel.

Ya lo sé. Ponme un mensaje cuando llegues.

Rosa se estiró y bostezó.

—Bueno, venga, chico, vamos a la playa a darnos un paseo. Parece que hoy va a hacer un día muy bonito.

En cuanto Caliente oyó la palabra mágica «paseo», empezó a resoplar, esperando a que le pusieran el arnés y la correa después de que su ama se hubiera puesto algo de ropa y se hubiera lavado los dientes.

Rosa pensaba que, después de todos los paseos que se habían dado juntos con el frío del invierno, era un gran placer poderse pasear tranquilamente por la playa a la luz del sol y sin tener que llevar abrigo. Caliente ladraba de alegría relacionándose con todos los demás perros que estaban por allí aquella mañana. La mar estaba tranquila y en calma, y ni siquiera parecía que las gaviotas chillaran tanto como de costumbre. El horizonte estaba tan recto que parecía que lo hubieran cortado con tijeras. No faltaba mucho tiempo para que se pudiera tomar el sol, e incluso bañarse.

A pesar de la tranquilidad general, cada vez que Rosa miraba el mar últimamente no podía evitar pensar en las cartas de Ned a T... y representarse la imagen dolorosa de Dotty despeñándose desde los acantilados del oeste, el mismo lugar donde habían encontrado tanto amor Ned y Queenie. Pobre Dotty. ¿Qué le pasaría por la cabeza durante su última caminata de subida hasta el borde del acantilado?

A Rosa le seguía costando trabajo creer que T era Queenie. Todavía no había visto fotos de ellos cuando eran jóvenes, pero, con todo el secreto en que habían llevado la relación, dudaba que hubiera foto de Ned y T juntos.

Era muy cierto que con la Semana Santa habían llegado muchos visitantes a la bahía de Cockleberry. Rosa, sinceramente, prefería la soledad de la bahía en la temporada baja. Pero en la temporada baja no se vendían corbatas de Versace ni se ganaba para pagar las facturas, de modo que tendría que aceptar la nueva situación... Y la verdad es que era bastante agradable conocer a gente nueva.

Intentó llamar a Josh de nuevo, pero obtuvo el mismo resultado de las otras veces. Quizá se hubiera ido de viaje de trabajo al extranjero, pero Rosa estaba segura de que se lo habría comentado. Tomó la decisión de que, si no recibía noticias de él antes de aquella noche, lo llamaría a su oficina. Sabía que debía de estar pasando por un infierno en su casa, pero ¿no sería una amiga precisamente lo que le hacía falta en esos momentos? No quería creerse que Lucy estuviera embarazada, ni tampoco quería que

Josh se conformara con una persona que no era adecuada para él. La verdad era que Rosa ya no soportaba que él no estuviera en su vida ni en su corazón.

Estaba recogiendo una pelota que Caliente había dejado a sus pies cuando advirtió que más arriba, ante la Posada del Barco, había agitación. Ante la mirada de los turistas, dos coches de policía se detuvieron con chirrido de frenos en el aparcamiento del viejo pub. Poco después, se vio claramente el pelo y los dientes inconfundibles de Sheila Hannafore, que salía por la puerta principal entre dos policías que la introdujeron en uno de los coches de policía.

La detención de la vieja y taimada posadera ya era bastante para impresionar a Rosa, pero entonces vio que Seb bajaba a toda velocidad por la salida de incendios exterior y corría hacia la playa. Un policía que estaba en uno de los coches lo vio y salió tras él, persiguiéndolo de cerca. Rosa apenas fue capaz de apartarse de un salto cuando el agente, sin aliento, pisó los cordones del zapato de Seb, haciendo caer aparatosamente en la arena al pelirrojo desaliñado.

Otro agente de uniforme había llegado ya al lugar e inmovilizó a Seb, poniéndole las esposas a la espalda.

—Sebastian Watkins, queda usted detenido como sospechoso en el incidente de atropello con fuga en el que resultó herida la señorita Jasmine Simmonds, la tarde del veintitrés de diciembre del año pasado. Puede guardar silencio, pero podría ser negativo para su defensa si, al ser interrogado, omite cualquier circunstancia que piense alegar más tarde en el juicio. Todo lo que diga se podrá emplear como prueba. ¿Lo ha entendido?

Seb sacudió la cabeza, y el policía le gritó:

—¿Me has entendido, Watkins?

—Sí, y sáquenme ya de esta maldita playa —dijo Seb—. Y ¿qué coño miras tú? —añadió con rabia, mirando a Rosa.

—Nada, nada en absoluto —dijo ella con calma—. Es que me pareció haber visto un bumerán, eso es todo.

CAPÍTULO 60

Rosa puso la correa a Caliente y, mientras subía la cuesta, llamó por teléfono a Titch.

—Puedes volver a respirar, querida; parece que madame Hannafore y Watkins el Pajillero van a recibir su merecido..., y pronto.

Mientras le contaba lo sucedido, oyó en segundo plano el tono de una llamada en espera.

—Titch, perdona que sea tan grosera, pero te llamo más tarde. Tengo que hablar con Josh.

Pero no era Josh.

—Rosa, soy Lucy —dijo una voz prepotente—. Josh cree que lo mejor será que no vaya a verte más.

—¿Cómo dices? Yo creía que Josh sería lo bastante hombre para decírmelo en persona, Lucy. Y tampoco me lo creo. Pásamelo.

Pero Lucy colgó.

Rosa echaba humo de ira. Llamó inmediatamente al móvil de Josh, que volvió a saltar directamente al buzón de voz. Intentó llamar a su oficina, pero también le salió el buzón de voz. ¿Por qué nadie atendía ya las llamadas en las condenadas líneas fijas?

Titch consiguió calmarla un poco diciéndole que ella sabía que no era cosa de Josh, pues su amistad era fuerte como un toro, aunque sí que le parecía un poco raro que no atendiera sus llamadas.

—Mira: ve a ver a Mary —le sugirió la muchacha—, y después llámame y trazaremos un plan.

Cuando Rosa llegó a la casa de la Espuma Marina, la puerta no estaba cerrada con llave. Mary le dijo que entrara y cerrara la

puerta. Rosa se sobresaltó, pues esperaba encontrarla en la cama, y no en la mecedora de Queenie, en la cocina.

—Hola, ¿cómo te encuentras? —le preguntó Rosa con una sonrisa.

—Como si me hubiera deshinchado del todo. Pero mucho mejor de lo que estaba, querida.

—Yo creía que solo tenías asma...

—Lo que tengo es un poco peor, pero me las arreglaré. Yo notaba que me iba a dar un ataque, y debería haber tenido a mano los fármacos necesarios, pero, de alguna manera, no tenía el estado de ánimo adecuado. Estaba completamente dispersa. Ahora ya los tengo, no hay nada que temer. —Miró la mano de Rosa—. ¿Te gusta?

—Sí, es precioso. Tenemos que hablar, ¿verdad, Mary?

—Después de lo que me acaba de pasar, sí, tenemos que hablar, Rosa. A mí me han ocultado las cosas demasiadas veces y demasiado tiempo, y yo no quiero que a ti te pase lo mismo.

Mary tosió, y Rosa advirtió que estaba temblando.

—Prepáranos un té, querida, y ven a sentarte a mi lado —dijo Mary.

Rosa trajo el té, con un par de galletas de jengibre para que comiera Mary, y al cabo de un rato esta temblaba menos y estaba dispuesta a hablar.

—Yo era una niña recién nacida cuando la abuelita tuvo que hacerme de madre. Por eso estaba resentida conmigo a veces. Tenía cincuenta años y se sentía demasiado mayor para criar a una nena como yo, pero no le quedaba otra opción. Y siempre que miraba mis ojos verdes le parecía que estaba mirando los ojos de su hija querida que había perdido. Hasta el nombre, Mary, me lo puso para que me pareciera a mi madre, que se llamaba María.

—¿Sabes quién fue tu padre?

—Sí, pero la noche que murió mi madre, cuando salió del hospital en su coche para volver a casa, tuvo un reventón que le provocó un accidente mortal. O al menos esto fue lo que me contó la abuelita.

Quizá no quisiera vivir, aunque ahora tenía una hija recién nacida, que era yo. —A Mary le temblaron los labios, e inspiró una bocanada de su inhalador—. Ay, Dios mío, esto se pone peor.

Rosa se llevó una mano a la boca en gesto de horror.

—Pero ¿y Ned? —le preguntó—. Debíó ayudarle. Al fin y al cabo, era el padre de María, ¿verdad? Dime la verdad, Mary... ¡Por favor!

—Sí, yo sabía que Ned era mi abuelo, pero la abuelita no quería que se enterara nadie, porque la relación le avergonzaba mucho. Queenie solo me daba migajas de información, pero lo que pude deducir fue que, tras la muerte de Dotty, ella pasó un período negro de duelo, acosada por sentimientos de culpa y de arrepentimiento. Y el hecho de estar embarazada también debía de ser terrible para ella. —Mary miró a Rosa—. Verás, es que yo no fui consciente de que Dotty se había quitado la vida hasta que encontré, el otro día, la nota de despedida que dejó. Yo creía que había sido un accidente. No es de extrañar que la abuelita se pusiera así.

Mary tomó otro trago de té y dejó la taza. Se volvió hacia Rosa.

—Cuando fui mayor, sí que solía hablar con el abuelito Ned; pasamos muchas horas felices juntos en tu terracita al aire libre. La abuelita siguió diciendo a Ned, hasta la muerte de él, que ya no lo quería y que María no era hija suyo. Pero él no le creía. Lo sabía, sin duda. María era su vivo retrato. Él hacía todo lo posible por estar con Queenie, pero ella no lo aceptaba, de modo que él le ayudaba de diversas maneras. De maneras prácticas, para que a ella no le faltara nunca dinero y tuviera la casa en buen estado.

»Nunca tuvieron otros amantes —concluyó Mary con voz tranquila—. Solo tuvieron su propia relación especial. La verdad es que, probablemente, era mejor que la mayoría de las relaciones convencionales, pues los dos se querían hasta la médula. Solo que Queenie, por sus sentimientos de culpabilidad, no se permitía a sí misma amarle abiertamente, aun cuando se hubo agotado por fin el runrún de la rumorología de Cockleberry».

—Qué triste.

—No tanto, porque, en cierto sentido, seguían juntos, aunque sin compartir cama.

—Pero sería triste para María no saber que Ned era su padre, ¿no te parece?

—Ned me dijo que, en cualquier caso, él trataba a mi madre como a una hija y se querían mutuamente; pero me dijo que, cuando ella murió, fue como si hubiera estallado un cohete que hizo saltar su vida y la de Queenie. Pero ninguno de los dos podía rendirse ni huir, pues tenían que cuidar de mí. El abuelito Ned me dijo que yo les había salvado el alma a los dos. Y sí, en esencia, Queenie vivió siempre penosamente sin María, pero muy dentro de mí yo sé que también me quería a mí —concluyó Mary con voz vacilante.

Rosa puso una mano sobre las de Mary.

—Te quería con pasión, Mary. Yo lo notaba.

—¿De verdad?

—Sí. De verdad, con locura, profundamente. A mí, personalmente, me cuesta entender el amor, pero lo reconozco cuando lo veo.

Mary tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Ned te legó la tienda, Rosa.

Rosa sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

—Fui yo quien entró en tu piso... Me quedé las llaves ¿sabes? Quería encontrar las cartas antes que tú. Me parece increíble lo bien que las escondió, pero Queenie sabía que tenían que estar allí. También me llevé el colgante.

—¿Y el anillo y la escultura de bronce? ¿También me los diste tú?

—La escultura de Caliente fue un regalo de Queenie y de mí por tu cumpleaños, querida. Hemos estado velando por ti, Rosa.

—¿Y la coartada del atropello con fuga? ¿Y lo de mandarme a la casa de Joe?

Mary asintió con la cabeza.

—Sí, todo eso. Queenie no tenía ningún problema en la vista; se ponía gafas oscuras en la casa para hacer creer que veía mal, y el

pañuelo negro en la cabeza cuando salía para que nadie se fijara en ella. Quería servirte de ojos y de oídos cuando llegaras aquí, para que no tuvieras miedo.

A Rosa ya le rodaban las lágrimas por la cara.

—Cuéntame el resto. Tengo que saberlo.

—Yo no bebo porque soy alcohólica, Rosa. La convivencia con la abuelita era difícil, como ya te he explicado, y yo no tuve el amor de una madre. Solía pasarme las horas muertas en el Barco. De modo que, una noche, después de una riña enorme de borracha, sobre nada en especial, cogí algo de dinero de la tetera donde lo guardaba Queenie, me preparé una maleta pequeña, me subí al tren y me fui a vivir a Londres. ¿Te puedes imaginar lo ingenua que era? Pero yo tenía veinte años y estaba siempre borracha, de manera que no veía el peligro, o, si lo hubiera visto entonces, lo más probable que lo hubiera agradecido, para pensar menos en el dolor. Me daba todo igual. Lo único que me importaba era de dónde iba a sacar mi próxima copa.

Mary se balanceó en su mecedora. Rosa se sonó la nariz y siguió escuchando con atención.

—Hubo muchas noches de borracheras y muchos hombres. Pero una mañana, cuando me desperté en un cuarto alquilado de alguien, que resultó estar en el barrio de Clapham, sangraba y sentía dolor entre las piernas. Además, tenía tal resaca que no me podía mover. Sabía que si lo denunciaba no conseguiría nada ante un tribunal, pues ni siquiera recordaba quién era aquel hombre o si habíamos tenido sexo consentido o no. También sabía que no podía hacer pasar a Queenie por nada más. Ella ya había sufrido bastante.

Mary, recordando su vida, soltó un suspiro.

—Ni siquiera le dije a ella, ni a Ned, que estaba embarazada. Tuve a la niña y pedí a los servicios sociales ayuda y un sitio donde vivir. Y aunque dejé el alcohol durante el embarazo, y ni siquiera me apetecía fumar, cuando tuve a la niña empecé a beber y a fumar igual que antes. La visitadora sanitaria había dado aviso a los servicios sociales; me estaban vigilando, y yo lo sabía.

Mary tomó a Rosa de las manos; tenía la cara contorsionada.

—Pero, una noche, me emborraché tanto que dejé caer a mi niña y se dio con la hermosa carita en el borde del armario de la cocina. —La mujer se deshacía en lágrimas—. Solo fue un golpecito, lo justo para hacerle sangre en la mejilla, lo justo para dejarle una cicatriz en forma de un rayito perfecto.

CAPÍTULO 61

Cuando Rosa se subió al tren en Exeter, sabía que la gente le miraba la cara devastada por las lágrimas, pero le daba igual. Se coló en un compartimento de primera clase y dejó a Caliente, en su transportín, en el asiento junto al suyo.

Pasaron las horas sin que ella se diera cuenta. Cuando llegaron a Londres, el hombre que iba en el asiento de enfrente le dio un toquecito en el brazo.

—Estamos en Paddington, chica.

Rosa volvió en sí, sobresaltada, y se apresuró a salir de la estación con Caliente, pues notaba que este se moría de ganas de hacer pis. Miraba a un lado y a otro y respiró hondo varias veces el aire sucio de Londres, sintiéndose abrumada por el ruido y el tráfico después de los meses que había vivido en la bahía de Cockleberry.

Cuando Rosa recibió la confirmación de que Mary Cobb era su madre y se enteró de las circunstancias de su concepción, de su nacimiento y de su primera infancia, no había podido soportar la ola inmensa de sentimientos que la había inundado. Había tenido que marcharse, que intentar absorber aquella revelación y, lo más urgente de todo, tenía que contar la noticia a la persona más importante de su vida. A Josh.

Era tan agridulce... ¡Su propia madre real vivía, y ella se había hecho amiga suya! Aquello parecía irreal. Y ¿cómo la habrían localizado Mary y Queenie? Todavía quedaban preguntas por resolver, pero quizá ya supiera lo suficiente. Y aunque una parte de la historia era difícil de sobrellevar, cuando Rosa pensaba en su infancia solitaria y sin madre, por fin, cuando había llegado el

momento, su madre y su bisabuela habían acudido a buscarla, para arreglar las cosas tal como las veían ellas.

Ahora lo entendía todo; entendía por qué no habían querido que vendiera la Tienda de la Esquina: esta era una parte inmensa de la vida de todos y entendían que al heredarla se compensaría una parte de las injusticias del pasado. Rosa sabía que si Queenie no hubiera muerto, Mary habría tenido prohibido contarle la verdad. Pero la vida no funciona así; todo está escrito. Rosa tenía que saber quién era su madre; se merecía esa tranquilidad definitiva para poder seguir adelante y hacer, a partir de ahora, una vida plena y feliz.

Cuando Rosa llamó a la puerta de Josh, apareció como por arte de magia la cabeza de Ethel Beanacre.

—Hola, querida, ¿dónde te has metido todo este tiempo? ¿Eh? ¿Y qué haces aquí ahora?

Caliente se puso a ladrar, y su exvecina cotilla siguió hablando en voz más baja:

—Tu chico se ha buscado una querida. —La anciana hizo una mueca—. Una zorrilla rubia; cuando está borracha, chilla más que chillabas tú.

—¿No me digas? Ay, bueno, tendré que arriesgarme —respondió Rosa educadamente, mientras pensaba: «¿para qué queremos telediarios teniéndote a ti, ¿eh, Ethel?». Había levantado la mano para volver a llamar, cuando Lucy abrió la puerta. Hizo inmediatamente ademán de volver a cerrársela a Rosa en las narices.

—¿Qué coño...? ¡Josh! —gritó Rosa.

Al oír su voz, Josh acudió corriendo a la puerta. Rosa se abalanzó en sus brazos, sollozando. Caliente, que todavía tenía puesta la correa, saltaba sobre los dos.

—Mary... Mary —decía Rosa, llorando, sin ser capaz de añadir nada más.

Josh la condujo al interior de la casa para apartarla de la mirada curiosa de Ethel.

—No pasa nada, Rosa, ya estoy aquí. ¿Qué ha pasado?

El simple hecho de sentir el calor del abrazo de Josh y de oír su voz tranquilizadora la hacía sentirse segura y protegida.

—M... m... m... Mary es mi m... m... madre.

—Ay, Rosa —dijo él, y la estrechó con más fuerza.

—Ned era su abuelo, el amante de Queenie. Le dejó la tienda a ella para que me la dejara a mí. Ned era mi bisabuelo, Josh.

—Mira, pasa y siéntate —le dijo Josh con ternura—. Lucy, prepara té.

—Sí, Lucy, prepara té —dijo Rosa con desdén. Se volvió hacia Josh—. ¿Qué era todo eso de que no querías volver a venir a verme a Devon?

Josh frunció el ceño.

—No sé de qué me hablas.

—Tampoco he podido llamarte. Lo he intentado un montón de veces y me salta directamente el buzón de voz. También te he enviado mensajes.

—Vamos a ver —dijo Lucy, disponiéndose a coger el teléfono de Josh.

—No —dijo Rosa, que fue más rápida que ella y se apoderó del aparato—. Déjame a mí.

Observó el teléfono unos momentos y dijo:

—De modo que has bloqueado mi número en el teléfono de Josh, ¿verdad?

Josh miró a Lucy con incredulidad.

—¿Has hecho eso? —le preguntó.

—¡Yo creía que a quien gustaban los tipos algo rudos era a las mujeres! —dijo Lucy con desdén, y se dirigió a la puerta.

—¿Qué has dicho? —preguntó Josh, poniéndose de pie.

—Bueno, no se puede decir que esta sea muy finita precisamente, ¿verdad? Y sin padres ni familia digna de mención, ¿qué principios morales va a tener?

Rosa se puso de pie.

—Te informo de que mi madre vale diez veces lo que tú. Y ¿sabes qué? Puede que yo no tenga el pelo largo y rubio, uñas postizas, pestañas postizas ni implantes en los labios ni en las tetas. Pero lo que sí tengo es corazón. Y ¿no es de lo que estamos hechos de verdad, cuando se quita toda la otra mierda? El corazón de todos es igual, Lucy, solo que algunos lo tienen más frío que otros.

Lucy estaba inmóvil, boquiabierta.

—Y ¿cómo te va el embarazo? —la interrogó Rosa.

—Esto... Creo que será mejor que...

—No hay embarazo, ¿verdad? —dijo Rosa, desafiante.

—¿Lucy?

Josh, pálido, se acercó a ella y la miró fijamente a los ojos.

—No quería perderte... por esta.

La rabia casi había dejado a Lucy sin habla.

—¿De modo que me dijiste una mentira descarada? ¿Sobre una cosa tan importante? —dijo Josh, indignado—. He estado enfermo de inquietud por todo esto. Pensando en qué teníamos que hacer, en cómo seguir adelante..., y todo era una falsedad completa y absoluta. Lárgate de aquí, ser horrible. Ya vendrás otro día a recoger tus cosas, pero ahora márchate de mi casa y desaparece de mi vista.

Lucy, con el rostro desfigurado por la ira y la rabia, tomó su abrigo y su bolso y salió de la casa sin mirar a ninguno de los dos y dando el portazo más fuerte que pudo.

Josh temblaba visiblemente.

—Si hubiera sido un hombre lo habría tumbado, en serio. —Volvió la vista hacia Rosa—. ¿Cómo sabías que no estaba embarazada?

—No lo sabía con seguridad, pero a una pícara no se le engaña. Y después de lo que hizo, de haber tenido la cara dura de llamarme para decirme que tú no querías volver a verme..., bueno, supe que se traía algo entre manos.

Caliente olisqueaba las piernas de Josh.

—Ay, mira: te ha echado de menos.

Josh se agachó a levantar al teckel y se frotó la cara contra su piel suave; después, rodeó a Rosa con el otro brazo.

—Y, Dios, yo sí que te he echado de menos... Y mucho. No me di cuenta de que había bloqueado tu número. Creía que estabas ocupada, y yo he estado tan centrado en lo que debía hacer para arreglar las cosas con ella...

Josh bajó la cabeza sin concluir la frase, y Caliente le lamió la nariz. Josh, sin saber si reír o llorar, consiguió decir por fin:

—Lo siento, Rosa. Lo siento mucho...

—Quedas perdonado... por esta vez.

Pasó un momento de silencio. Después, Rosa dijo:

—Josh...

—Rosalar...

Josh dejó a Caliente en el suelo, se volvió hacia Rosa y le tomó las dos manos entre las suyas.

Ella se apartó ligeramente de él, pero no retiró las manos.

—Esto de las relaciones de pareja no se me da bien —dijo ella—, pero sí que sé una cosa.

—¿Qué cosa?

—Que mi mundo es un lugar más luminoso cuando tú estás en él. Me haces reír, ves en mí cosas que no ven los demás. Crees en mí. Me traes muebles cuando me hacen falta..., y la tele es estupenda, gracias. Eres, sencillamente, genial, y si yo supiera qué es lo que se tiene que sentir con esto del amor..., bueno, entonces, creo..., creo, Joshua Smith, que te quiero. Aunque no sepa lo que significa eso.

Josh la soltó, cruzó la habitación y, dando la espalda a Rosa, se pasó las manos por el pelo.

—Si tú no sientes lo mismo, lo entenderé —dijo Rosa, que se sentía inspirada—. Pero tenía que decírtelo. No soporto verte con otra mujer. Sé al cien por cien que quiero estar contigo.

Josh se volvió. Tenía los ojos brillantes.

—Rosa Larkin, poca gente es capaz de hacerle saltar las lágrimas a este jugador de rugby de metro ochenta y cinco. Ahora, ven aquí.

La atrajo hacia sí, se inclinó y dio a Rosa el beso más estremecedor que le habían dado en su vida.

Cuando se separaron por fin, sin aliento, Josh besó a Rosa en la punta de la nariz.

Después, intentando no distraerse por la imagen y los ruidos de Caliente, que se empinaba sobre sus patitas traseras para hurgar bajo la tapa de la basura de la cocina, en busca de una ración de la pizza de la noche anterior, Josh solo fue capaz de decir:

—Y para que conste, y sin saber lo que significa, creo que yo también te quiero.

Y los dos se echaron a reír a carcajadas.

EPÍLOGO

Eligieron para la boda un sábado soleado de septiembre. Fue una boda sencilla y no convencional. Un breve servicio religioso en la iglesia de la bahía de Cockleberry y una pequeña recepción en la Nasa de Langostas.

Mary había perdido peso y, como madre de la novia, llevaba un hermoso vestido nuevo, verde, a juego con sus ojos. Ahora que estaba mejor de salud, podría llevar a Rosa del brazo al altar, con la espalda erguida y la cabeza bien alta de orgullo. Y Caliente estaba espléndido con su corbata de pajarita perruna, recién salida de los estantes de la Tienda de la Esquina. El clérigo miraba con cierto recelo al perrito salchicha, que olisqueaba los bancos.

Josh esperaba ante el altar, más apuesto que nunca, y la pobre Titch, que casi había salido de cuentas, parecía a punto de estallar. A su lado y apoyándola estaba su madre. También estaban presentes Jacob, Raffaele y la familia de Josh, con los pañuelos preparados.

¿Y Rosa? Pues Rosa, simplemente, parecía feliz.

En la puerta de la iglesia, rodeada de un haz de luz deslumbrante, esperando el momento para hacer su entrada por el pasillo central, puso en las manos de Mary el colgante de oro.

—«Póntelo un día especial y acuérdate de mí». ¿No dijo eso Queenie? Yo creo que debió de ver el día de hoy en los posos del té.

—No lo dudes —dijo Mary con una sonrisa tierna, ciñendo el colgante al cuello de su hija—. Y me encanta que su anillo te sirva ahora también de anillo de compromiso.

Rosa apoyó la cabeza un momento en el hombro de Mary y dijo con voz soñadora:

—Dedicado a Queenie, Ned, María y Dotty. Esperemos que todos ellos celebren hoy una fiesta... allí donde el cielo se junta con el mar.

Cuando se oyeron los primeros acordes sonoros del órgano, que tocaba la marcha nupcial, Mary dijo apresuradamente:

—Eso mismo digo yo, cariño; pero respóndeme a una pregunta, por favor. ¿A quién crees que dejarás la tienda?

—Espera a que me case primero, ¿eh, mamá? Después, ya veremos —dijo Rosa, apoyándose una mano en el vientre algo hinchado.



El boca a boca es fundamental para el éxito de cualquier escritor. Si lo has pasado bien visitando la bahía de Cockleberry, te ruego que publiques un comentario en Amazon. Aunque solo sea una frase o dos, tendrá mucho valor y te lo agradeceré mucho.

*Con cariño
Nicola*

Título original: *The Corner Shop in Cockleberry Bay*

Edición en formato digital: 2019

© Nicola May. All rights reserved.
© traducción: Alejandro Pareja, 2019
© Bóveda, 2019
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
administrador@editorialboveda.com

ISBN ebook: 978-84-16691-95-1

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.editorialboveda.com